CUADERNOS AMERICANOS

No. 1 Enero-Febrero de 1943 Vol. VII

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA

Durante el año de 1942 se destacan
las siguientes obras publicadas por

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

BARTOLOME DE LAS CASAS
DEL UNICO MODO DE ATRAER A TODOS LOS PUEBLOS A LA VERDADERA RELIGION
(edición bilingüe)

ALFREDO WEBER
HISTORIA DE LA CULTURA

WERNER JAEGER
PAIDEIA
LOS IDEALES DE LA CULTURA GRIEGA

CARL MANNHEIM
LIBERTAD Y PLANIFICACION

RALPH LINTON
ESTUDIO DEL HOMBRE

G. P. GOOCH
HISTORIA CONTEMPORANEA DE EUROPA 1878-1919

G. P. GOOCH
HISTORIA E HISTORIADORES EN EL SIGLO XIX

HERMANN HELLER
TEORIA DEL ESTADO

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PÁNUCO, 63 — MÉXICO, D. F.

TRABAJE USTED
POR LA PATRIA

Ayude a la

LOTERIA
NACIONAL

a sostener la Asistencia Pública
y obtenga los

Lunes	$	25,000.00
Miércoles . . .		12,000.00
Viernes		100,000.00

INVIERTALOS Y PRODUZCA
LO QUE MEXICO NECESITA



Belmont

...PARA LOS FUMADORES DIFICILES

Nada es tan agradable como dejar pasar por la garganta reseca, la líquida frescura de una cerveza espumante ... tan benéfica como el sol...

La cerveza apaga la sed y da inmediato bienestar. Esencialmente es nutritiva y su beneficio es permanente. La cerveza es pura y alimenticia, además de ser sabrosa y fresca. Los pueblos más sanos y fuertes toman cerveza.

¡NO HAY BEBIDA QUE LA IGUALE!

Asociación Nacional de Fabricantes de Cerveza

AS Y MEJOR PRODUCCION

La riqueza petrolera es ahora definitivamente nuestra, pero ello no salva a la Nación de los compromisos que para reivindicarla ha contraído.

La industria no aspira al respaldo de los mexicanos alegando tan sólo razones de patriotismo.

Se ha propuesto —y lo ha logrado— que los productos que elabora reúnan las características de eficiencia y calidad que la técnica moderna reclama.

Estamos listos para contribuír a la Batalla de la Producción que nuestro Gobierno ha ordenado librar, suministrando a la Industria de México productos en la cantidad y calidad necesarias, para lograr el triunfo que todos esperamos alcanzar.



PETROLEOS MEXICANOS

Revista Hispánica Moderna

Publicación trimestral dedicada al estudio y difusión de la cultura hispánica. Contiene artículos literarios, reseñas de libros; una bibliografía hispanoamericana; noticias acerca del hispanismo en América; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR: *FEDERICO DE ONIS.*

Casa de las Españas, Columbia University
435 West 117th Street, NEW YORK City.

C I E N C I A

REVISTA HISPANOAMERICANA
DE CIENCIAS PURAS Y APLICADAS

DE APARICIÓN MENSUAL

DIRIGIDA POR EL

PROF. IGNACIO BOLIVAR URRUTIA

Comprende trabajos de información sobre puntos diversos de la Ciencia, comunicaciones originales, novedades técnicas, estudios de ciencia aplicada, reseñas de nuevos libros y revista de revistas. En ella colaboran investigadores de todas las nacionalidades americanas y españoles.

EDITORIAL ATLANTE

CALLE DE ALTAMIRANO, 127. MÉXICO, D. F.

ESPAÑA PEREGRINA

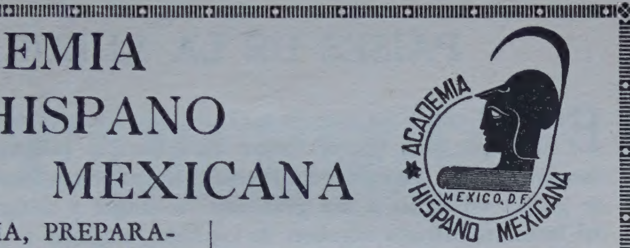
JUNTA DE CULTURA ESPAÑOLA

Colección completa, núms. 1 a 9. (Quedan 50 colecciones) . . . . $ 15.00
Colección completa, edición de lujo. (Quedan 70 colecciones) . . . . $ 25.00

Diríjanse los pedidos a la Administración de
CUADERNOS AMERICANOS

Rep. Guatemala, 42. México, D. F.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATORIA Y COMERCIO
Internado - Medio Internado
Externos

PASEO DE LA REFORMA 80
TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA
Internado - Medio Internado
Externos

REFORMA 835 (LOMAS)
TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.

LETRAS DE MEXICO

GACETA LITERARIA Y ARTISTICA
MENSUAL.

EDITADA POR:
OCTAVIO G. BARREDA

Avenida Sierra Nevada, Nº 425
Lomas de Chapultepec.
Apartado Postal 1994
MEXICO, D. F.

Revista de Economía

PUBLICACION MENSUAL

PALMA 308 - DESPACHO 509 - MÉXICO, D. F.

Director: *Gustavo Martínez Cabañas*

Número suelto .... $ 0.50
Suscripción anual (12 números) en México 5.00
en el Extranjero ..... Dls. 1.50

PAISES DE LA AURORA

El actual conflicto armado está creando hacia el futuro una situación que bien pudiera tener para nuestro turismo implicaciones desastrosas. En su culto inmoderado al sensacionalismo, los reporters de guerra están día a día grabando "a sangre y fuego" en la mente del lector numerosos nombres de ciudades, regiones y países antes poco menos que ignorados y hoy investidos de la aureola de la tragedia por sobre el prestigioso encanto de que gozan siempre lo nuevo y lo remoto. Europa, Asia, Africa y Oceanía se benefician así de una propaganda intensiva que no dejará de producir sus frutos.

Cierto es que a nuestras ilustres ruinas aborígenes podrán oponer los otros continentes ruinas, si menos misteriosas más, por decirlo así, recién salidas del horno, más concienzudamente ensangrentadas. Pero en cambio, ninguno de esos países pueden ufanarse de reunir ese cúmulo de factores que forman el gran estilo turístico de las regiones privilegiadas como le sucede a México: profusión de climas, contrastes innumerables, sorpresas sin paralelo, seducciones al infinito y esa manera tan peculiar, tan imaginativa, de anudar en el presente los hilos de un pasado de excepción y de un extraordinario futuro. Siendo esto así, nada más legítimo que oponer a la actual propaganda bélica una honrada publicidad pacífica.

Más aún; numerosas son las razones que militan a favor del establecimiento de un área turística que abarque la parte norecuatorial de nuestro hemisferio, ateniéndonos a esa gran verdad que debiéramos publicar por todos los medios a nuestro alcance: América vale hoy día más, humanamente hablando, que los otros continentes. Aquí es donde palpita la esperanza suprema, donde se registra ese profundo hervor que acompaña a la creación de los sublimes destinos. Y dentro de América, entre los "países de la aurora" de que hablaba Rubén Darío, no es dudoso que la naturaleza y la historia asignan a México un papel de extraordinaria importancia.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:



AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO II VOL. VII

1

ENERO - FEBRERO

1943

México, 1º de Enero de 1943

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F. con fecha 23 de Marzo de 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, Director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General de Fondo de Cultura Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Eugenio IMAZ, Escritor.
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Madrid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Académico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, Presidente de la Academia de Medicina de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Académico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Economía, de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG.

Secretario
JUAN LARREA.

Se prohibe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96 • MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

LAS DEMOCRACIAS Y ESPAÑA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

BIEN SABIDO es que la presente guerra comenzó en España. Desde entonces se vió claramente que se iniciaba en el mundo la lucha de la opresión en contra de la libertad; de la dictadura en contra de la democracia; de la barbarie en contra de la civilización. La guerra en España no fué nunca una guerra civil. ¿Por qué tendrá uno que repetir con frecuencia las cosas más obvias y elementales? Franco jamás hubiera triunfado sobre el pueblo español sin la ayuda de Alemania e Italia. Todo le proporcionaron con diabólica generosidad: respaldo político, técnicos militares, soldados y material bélico. Hay que agregar la acción equivocada de las grandes democracias del mundo. Todas ellas han pagado y están pagando demasiado caro su lamentable error. Y es que no parece sino que algunos notables estadistas de talla internacional no se habían dado cuenta de que la vida en todos sus sectores marcha siempre hacia adelante, siempre, siempre, a intervalos o sin interrupción. Lo demás es la agonía o es la muerte. No se habían dado cuenta de que no es posible resolver los problemas políticos del presente y del próximo futuro con las viejas recetas del pasado, con las fórmulas caducas de un régimen económico en pleno proceso de desintegración.

No es ocioso repetirlo una vez más: la guerra en contra del progreso social, de los principios democráticos, comenzó en España. Franco fué el caudillo y ahora es el Jefe del Gobierno español, el jefe de un gobierno cruel, dictatorial y sangriento; de un gobierno que sueña en el sueño imposible de restablecer el imperio español en América; de un gobierno reaccionario y fascista. En consecuencia, el gobierno de Franco es negación de democracia, de libertad humana y de todo anhelo de superación.

Ahora bien, las grandes democracias de igual manera que las medianas y pequeñas luchan por la libertad del hombre y en defensa de la cultura auténtica. Democracia y fascismo son dos términos opuestos, dos conceptos antagónicos de la historia, de la política, de la economía y de la vida. Lógicamente las democracias debieron haber combatido hace mucho tiempo al gobierno franquista, sin vacilaciones y sin darle cuartel. Pactar con Franco es pactar con el adversario, mejor dicho, con un enemigo irreconciliable y peligroso. Si los Estados Unidos e Inglaterra coquetearan con Franco, cometerían el acto absurdo de estimular ellas mismas el quintacolumnismo en los países aliados, sobre todo en las naciones latinoamericanas. Claro está que no creemos que puedan cometerse en el futuro tales errores, ni tampoco que se trate de resucitar normas diplomáticas pretéritas, que han producido los más dolorosos resultados en la historia de los pueblos y que será preciso enterrar para siempre a muchos metros bajo tierra, para poner así a salvo el decoro y el porvenir de la especie humana.

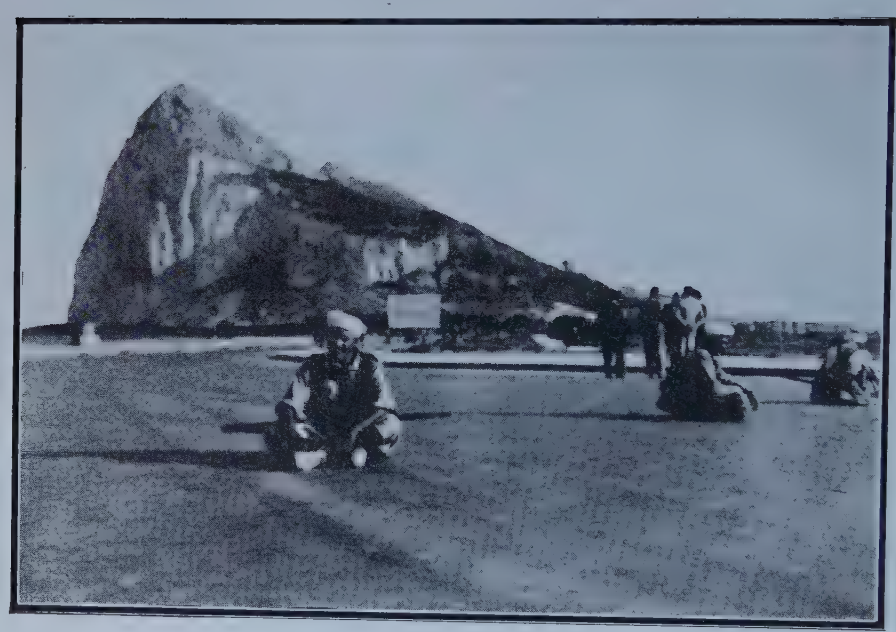
Y mucho cuidado con lo de la hispanidad porque no es sino fascismo disfrazado. Tolerar esa propaganda es aceptar al enemigo en casa, un enemigo escurridizo, sagaz, desleal y dispuesto a pagar la hospitalidad con el puñal oportuno y traicionero. Mucho cuidado. Esto hay que repetirlo despacio y en voz alta para que lo oigan quienes deben oírlo: algunos personajes políticos de nuestro Continente.

Las reflexiones anteriores fueron sugeridas por un cambio de cablegramas entre el renombrado escritor norteamericano John Dos Pasos y el autor de las páginas presentes. El primer cable de Dos Pasos, fechado en Wáshington el 11 de noviembre dice lo siguiente:

"Como miembro Comité Acción Interamericana, en mi calidad de Presidente Comité Ejecutivo, permítome sugerirle muy urgentemente la conveniencia de que colabore con nosotros en movimiento liberador pueblos latinos actualmente bajo tiranía nazi-fascista, movimiento iniciado con ofensiva militar Africa Norte. Al efecto juzgo de gran importancia que usted y otras personalidades de su país formulen declaraciones, pronuncien discursos y hagan otras manifestaciones que ruego a usted séanme transmitidas



A más moros más ganancia.



Gibraltar, 1936.

Moros en la costa.

para ser profusamente difundidas tanto en Europa como en otras repúblicas americanas y Estados Unidos".

Yo contesté:

"Con satisfacción y entusiasmo acepto colaborar movimiento libertador pueblos latinos actualmente bajo tiranía nazi-fascista, movimiento iniciado con ofensiva militar Africa Norte; pero ruégole acláreme si además Italia y Francia debe, como yo creo, considerarse también España. Espero respuesta".

Tres días más tarde recibí la lacónica contestación que se inserta:

"Vista delicadísima situación, esperar esclarecimiento España. Mientras tanto no mencionarla".

Esta comunicación cablegráfica fué fechada el 14 de noviembre. Yo no contesté porque me pareció prudente esperar que los miembros del Comité de Acción Interamericana con sede en Wáshington, esclarecieran la situación de España, bien clara desde hace varios años para muchos latinoamericanos y españoles radicados en América.

El 8 de diciembre el General Francisco Franco se encargó de iluminar la situación al pronunciar su discurso político en Madrid, ante el Consejo Nacional de Falange, cuerpo central del Partido de Estado.

De un periódico de la ciudad de México tomamos el siguiente extracto de tal discurso: "Al reducir los problemas mundiales y de España a palabras sencillas, Franco declaró que se ha iniciado una nueva era en el mundo para substituir la era liberal de la Revolución Francesa.

" "El mundo liberal cae víctima del cáncer de sus propios errores. Y con él caen el imperialismo comercial de los capitalistas financieros y los millones de desempleados."

"Indicó que las revoluciones alemana, italiana y española, eran "fases del mismo movimiento general de rebelión de las masas civilizadas del mundo", contra la "hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas".

" "No hay diferencia entre lo que creen las masas populares de Inglaterra y las de Alemania; tampoco la hay en las opiniones de los pueblos descontentos de la vieja Europa y los pueblos desheredados de la nueva América.

" "La propaganda liberal puede desfigurar estos hechos y ocultar la verdad por algún tiempo, pero al fin la verdad saldrá a luz. El momento de los desengaños no está lejos.

" "Cuando termine la guerra y principie la desmovilización, entonces llegará el momento de arreglar cuentas, de cumplir promesas y, a pesar de todos los preparativos, el destino histórico de nuestra Era, se llevará a la práctica, bien por la forma bárbara del bolchevismo totalitario o por la fórmula patriótica, espiritual, que España y cualquiera otro de los pueblos fascistas ofrecen al mundo" ".

¿Será necesario todavía esperar el esclarecimiento de la política exterior de España? Franco tiene razón al incluir dentro de un mismo marco ideológico a los gobiernos de Alemania, Italia y España. Son las mismas ideas de opresión, de dominio de los pueblos débiles, de militarismo sangriento, de desprecio por la personalidad humana, de retroceso histórico y de rebarbarización del mundo; en esencia, las mismas ideas en contra de las más nobles conquistas espirituales realizadas trabajosamente por el hombre a través de los siglos, desde Atenas la fulgurante hasta la agitada época contemporánea.

Ya no hay dudas, ya no puede ni debe haberlas. Es preciso resolverse a abandonar definitivamente las anteriores normas de política internacional. Tal vez fueron útiles ayer pero ya no lo son hoy. Para triunfar del fascismo hay que combatir la fuerza con la fuerza, pero al mismo tiempo, usar la razón en contra de la sin razón, la justicia en contra de la injusticia, la moral en contra de la inmoralidad, la honestidad política y el cumplimiento de la palabra empeñada en oposición a todas las infamias y a todas las transgresiones puestas en boga por Adolfo Hitler. Sólo así se ganará la guerra y se ganará la paz; sólo así será posible construir un nuevo edificio donde nuestros hijos se alojen con decencia y con dignidad.

En México tenemos derecho a hablar en este tono, porque aquí se ha seguido una política exterior verdaderamente ejemplar. Recuérdese la política mexicana en los casos de Abisinia y de España, y recientemente el reconocimiento del General de Gaulle. Ojalá que nos imiten las grandes democracias porque esto sería la salvación.

Es seguro que nos hallamos en un período de transición histórica y en momentos decisivos para el destino del hombre. Todos los signos que se advierten en el horizonte indican que se aproxima una nueva era; mas la nueva era que se anuncia, que presentimos ante el escenario de la tragedia, tiene la solemnidad del instante en que se crea el embrión de un mundo nuevo.

SENTIDO DE LA BUENA VECINDAD

Por *Mariano* PICON-SALAS

NO PRECISAMENTE por una emergencia política sino porque se ha hecho fe firme en los grupos directores más importantes de los Estados Unidos, y porque ha ido gradualmente sensibilizando la opinión pública, se nota hoy en la gran nación norteamericana una actitud de despierta simpatía y una tendencia a comprender y valorizar mejor a nuestros pueblos del Sur. Antes de que Hitler se entronizase en Alemania, ya en 1932 el Presidente Roosevelt advertía que la vecindad geográfica —por encima de las diversidades de lengua o de psicología étnica— estaba imponiendo una vinculación más inteligente y una ineludible tarea de mutuo servicio entre los pueblos que comparten los mismos mares y se distribuyen la misma área continental. Ello, si una misión espiritual más alta, no nos aconsejaba librar a América de aquella epidemia de desesperación y odio irracional que en Europa condujera después de la primera gran guerra al entronizamiento de dictaduras y a esa tarea de resentimiento colectivo, de negación de la cultura, que vertió su inhumana imagen en el nazi-fascismo.

Geográficamente no hay solución de continuidad entre la zona de habla inglesa y la zona de habla románica de América, y así como la península de la Florida se alarga y adelgaza tanto hasta tocar con Cuba, así el paisaje semidesértico de Arizona, Texas y Nuevo México, paisaje para que transiten duros vaqueros a caballo, se prolonga en el paisaje del norte mexicano. Y es una nota tan típica de los Estados Unidos, con análogo valor significativo y emocional como el que tiene el viejo estilo inglés y el sentido puritano de la vida que todavía se observa en algunas pequeñas ciudades de Massachusetts, Pennsylvania o Virgi-

nia, la nota española o hispano-mestiza que el viajero puede gustar en Alburquerque o en Santa Fe, Nuevo México, o en las tumultuosas ciudades texanas, de estilo fronterizo, de buenos jinetes que no han olvidado el estilo de la charrería y donde ya empiezan a olerse y a especiarse los complicados manjares de México. La atención evidente que la América hispana alcanza actualmente en los Estados Unidos se debe a varias causas que anotaremos aquí con el mismo desgaire con que nos acuden a la imaginación. Primero, cierta forma de romanticismo. Un mundo que se industrializó tanto y tan vertiginosamente como los Estados Unidos, donde la vida sufrió tan súbitas transformaciones, tiende forzosamente a idealizar cierto estilo de existencia pretérita, a soñar o a evadirse hacia una humanidad que nota diferente y que le ofrece otro colorido. Así como el cine americano en sus primeros años se detuvo tanto en las hazañas de los cowboys y Pearl White parecía la última heroína de Fennimore Cooper, y el valor romántico de aquel tema se contrastaba porque en las que fueron hace cien años praderas salvajes, había ahora buena policía, ciudades modernas y agricultura mecanizada, del mismo modo el color del Sur —de nuestro Sur hispano— podía ser tema de film y de exotismo próximo. A veces los latino-americanos nos quejamos de que en ciertas películas de Hollywood nuestra raza se simbolice en un obstinado y moreno cantante que va con su sombrero goyesco y su caballo zaino, dando a los vecinos una serenata sin término. Pero, ¿es que quisiéramos que en lugar de ello se presentasen ante el público los rascacielos bonaerenses de la Avenida Mayo o los fluminenses de la Avenida de Río Branco? Ese público que busca su evasión en el Cine necesitaba de los imaginarios países donde las serenatas se efectuaban a pleno día y no existían rascacielos. Y pasando de lo popular a lo más culto, es perceptible la influencia que las artes populares de México, lo indígena, lo mestizo y lo barroco español como se conserva todavía en los deliciosos mercados y ciudades mexicanas, tiene sobre ciertas formas de la moda y la decoración norteamericana, así como la pintura mural de un Rivera o un Orozco ejercita su ascendiente sobre más de un muralista de

los Estados Unidos. La simpatía por lo hispánico en los Estados Unidos se puede deber, asimismo, a ciertos rasgos que emparientan lo inglés y lo español como el individualismo y el sentido popular de sus literaturas; cierto gusto de lo sorpresivo y arbitrario, tan distinto del rigor lógico de los franceses, la evasión del humor, más buído y amargo en los españoles, más fresco e ingenuo en la literatura inglesa; la tendencia a la caracterización personal, a la individualización concreta, por encima del esquema intelectualista. Ni España ni Inglaterra (abuelas de las dos Américas cuya influencia normativa impregna al Continente aun a pesar de sí mismo) fueron países clásicos en el sentido en que lo fué, por ejemplo, Francia, y acaso la propia lejanía determine más de un rasgo afín de su diversa cultura.

Pero por sobre esos elementos emocionales o románticos que aunque parezcan pueriles, tienen importancia colectiva, privan hoy para aproximarnos, valores más densos y urgentes. Comienza a hacerse práctico el ideal de un servicio mutuo entre los pueblos del Continente. Comprendemos que el aislamiento sólo serviría para desencadenar la guerra en América con mayor rapidez; para convulsionar y subvertir lo que hemos logrado en progreso material o libertad política. Haberse decidido por una acción de honesto servicio continental, es mérito relevante del Presidente Roosevelt. Y puede decirse que desde Lincoln, los Estados Unidos no habían escuchado una palabra de orientación pública más cargada de nobleza; más realista, no con el realismo de los políticos miopes que se contentan con resolver las cuestiones inmediatas, sino con aquel otro que más allá del episodio de hoy, advierte y vigila sobre el futuro. En ese campo de la comprensión ecuánime es no sólo posible, sino urgente, que las dos porciones de América se aproximen y colaboren en una justa organización del mundo; que el desarrollo técnico de los Estados Unidos y la riqueza potencial de Hispano-América participen en la empresa de un orden continental más próspero y permanente. La actual crisis del mundo somete a una extrema tensión una serie de formas y de sistemas que el propio avance de la época en el terreno técnico y

científico habían ya socavado. Sería sólo breve tregua para una guerra más larga, si la paz que haya de venir se contentase con restaurar las cosas a la situación en que estaban aquel día de 1939 cuando la conflagración comenzó, y no se aspirase a una adecuación y equilibrio entre los admirables recursos materiales de nuestra época y su relativo atraso en la organización económica y política. En los días de la aviación, el mundo sigue dividido y cerrado en las rígidas fronteras y los prejuicios políticos de los lentos días en que se viajaba en diligencia. Aun pudiera decirse que paradójicamente nuestro tiempo exacerbó los recelos nacionales irguiendo una híspida barrera de desconfianza y temor entre pueblo y pueblo. Uno de los fundamentos de nuestra Cultura, el Humanismo europeo, se ha debilitado y casi destruído en la cólera de hoy. Las guerras internacionales se complicaron en el interior de los pueblos con feroces guerras civiles. Y si a algún sitio se mira como al último refugio de la esperanza, es a nuestra América. A ella se le pide que salve esta concepción universalista de libertad y humanidad que era el signo más valido de la Cultura de Occidente.

Todo el sistema de la convivencia internacional, del aprovechamiento para el mayor número de las riquezas de la tierra, de la distribución y de la organización económica, y al mismo tiempo el restablecimiento de la libertad espiritual sin la cual no hubiera sido posible el progreso científico ni aun el avance en las formas del bienestar material, deberá ser dilucidado por la post-guerra. Si los ductores del mundo en ese momento flaquean y no saben planear más arriba de sus prejuicios raciales o nacionales, vendrá, sin duda, una nueva catástrofe. El conflicto capitalista-imperialista que en el siglo XIX y en el XX ha producido las colisiones de potencias, la miseria de las masas lejanas —en Africa, en Asia, en algunas regiones de Sur América— sobre cuyos brazos baratos se irguieron grandes construcciones del Capitalismo, tiene que ser reemplazado por una vertebración de la Economía mundial, por una nivelación más universal de las necesidades humanas. Con el sistema presente, con la lucha hegemónica por el predominio de dos o tres grandes naciones sobre todo el

planeta, hemos conocido el contraste entre países ricos y países misérrimos. Para que no se quebrantara el privilegio a la explotación mundial de los Estados fuertes, muchas naciones vegetaban aún en las formas más rudimentarias de la Economía; no podían crear sus industrias, y sus masas abandonadas parecían excluídas de los beneficios de una civilización que en otros lugares superabundaba de recursos.

El sentido de la "buena vecindad", es decir el del interés común de América prevaleciendo sobre el localismo económico y cultural, deberá resolver, también, en nuestro Continente, tan duras antítesis. A pesar de nuestra cercanía geográfica, que el avión hace hoy más corta la distancia entre Santiago de Chile y New York que la que mediaba entre el litoral atlántico y el litoral pacífico de los Estados Unidos en los trenes de hace setenta años, Sur América —por falta de esa coordinación— no ha podido participar todavía, sino en pequeñísima parte, de los progresos técnicos de nuestros grandes vecinos. Quien vió, por ejemplo, la admirable Agricultura mecanizada y las aplicaciones de Genética vegetal en una granja de los Estados Unidos, y observe después el trabajo agrícola rudimentario en una "milpa" mexicana o un "conuco" venezolano, puede decir que ha retrocedido varios siglos de civilización técnica; que regresó, como en un sueño, de la época de la gran maquinaria y la química agrícola a los días legendarios de Cincinato o de Rómulo y Remo. Hay pues, por hacer, como una necesidad ineludible para la post-guerra, el plan económico de nuestro Continente. El debe acelerar la valorización de la potencial riqueza suramericana; coordinar la producción de las dos inmensas áreas continentales; poblar las zonas sin hombres, permitir que Sur América aproveche la experiencia y el maravilloso aparejo técnico de los Estados Unidos en agricultura, sanidad pública, organización industrial. El desarrollo creciente y la vertebración de sus recursos es lo que mejor asegurará la independencia política de América; lo que puede evitar que la zona sur de nuestro Continente sea campo propicio para la intriga extranjera. La era del Imperialismo será sustituída, así, por la era de la cooperación.

En ese camino de la "buena vecindad" tendrá un valor predominante la comunicación de nuestras culturas. En la vida de las naciones rige también aquel admirable precepto evangélico de que "no sólo de pan vive el hombre"; es decir que toda buena relación humana no puede cifrarse tan sólo en el trato comercial o en el intercambio de servicios materiales. Así como se ha hecho una teoría de la Historia basada en el interés, podría lograrse un reverso de la misma Filosofía destacando aquellas empresas humanas en que actuó lo aparentemente teórico, lo emocional o lo afectivo. Es difícil separar con esa precisión a que aspira cierto marxismo tosco y primario, la "infraestructura" de la "superestructura". Se confunden en la sociedad como en el individuo. Acaso este aspecto del problema que parece privativo de la clase intelectual (profesores, escritores, artistas) y que tiene tanta importancia como el problema económico, sea el que requiera ser planteado con mayor tacto y fineza. Hay ciertas diferencias específicas entre la manera de sentir la vida y de valorizar la Cultura en las dos Américas; hay virtudes diferentes que podrían conducir a alguna síntesis, hay también afinidades que podrían hacerse palpables, siempre que se respete lo diverso, lo individualizado. Los latino-americanos necesitan conocer lo mejor de los Estados Unidos como aspiran, también, a que sus grandes vecinos sepan verlos no en apariencia sino en profundidad. Abundan de parte a parte más datos impresionistas que conocimiento real. La actitud más documentada y comprensiva con que nos hemos acercado en los últimos años, venciendo la falsa corteza de "pintoresquismo" con que cada pueblo quiere ver a su vecino, está creando el método para ese entendimiento a través del espíritu. Lo peor para comprender un pueblo o una cultura es partir del prejuicio o del esquema riguroso elaborado de antemano. Hay que defenderse de esa tendencia tan natural de decir "así son los franceses"; "así son los españoles". No todo escocés es económico, ni todo italiano gesticulante, ni todo español ama las serenatas y las corridas de toros. Cada cultura, cada alma nacional, tiene su anverso y reverso; es mucho más compleja que el mito simplificador que nos forjamos antes de conocerla. A ve-

ces después de contrastar las diferencias entre los pueblos y de decir desde nuestro particular ángulo aquel "¿cómo se puede ser persa?" del siglo XVIII, llegamos también, como los propios filósofos de la Ilustración, a advertir la extrema semejanza de la especie humana. El problema radica en distinguir lo que tiene calidad y permanencia, en aquel "no quedarse en las ramas" de que habla tan justamente el proverbio español. Creo, pues, que es un conocimiento por calidad y no por cantidad, lo que debe buscarse en la relación espiritual entre las dos Américas. No es un trabajo para hacer de prisa ni hay que forjarse tampoco la ilusión de que interese de inmediato a grandes multitudes humanas y cuyo éxito pueda advertirse en los diagramas de las estadísticas. Basta, por el momento, buscar el acuerdo y producir el diálogo de los espíritus solventes que se dan cuenta de que es necesaria esta comprensión moral de América, una fe en este mundo nuevo que oponga su anhelo de servicio, de solidaridad y libertad a las irracionales místicas de odio y exclusivismo nacionalista que elaboró la fatigada Europa de los últimos años.

Mal haríamos los latino-americanos si de la vida espiritual de los Estados Unidos no advirtiésemos sino ciertos aspectos de publicidad multitudinaria que se vierten en inmensas masas de papel impreso, en algunas revistas para "no pensar" o para "pensar en veinte minutos" y que en vez de enseñar a las masas, casi por negocio, prefieren ser dirigidas por ellas. Junto a ese tipo de cultura superficial, difundida por pies cúbicos, es necesario ver el magnífico trabajo de las Universidades americanas; los pequeños círculos de intelectuales y artistas; las revistas de Poesía o Filosofía que no se venden en los kioscos de periódicos; el trabajo serio de los "scholars" que escondidos en algún olvidado "college" de provincia han hecho avanzar la investigación en materias inusitadas. Del mismo modo la pobreza suramericana que a veces motivara más de un rápido e incomprensivo libro del apresurado turista, nunca fué óbice para que algunos grandes hombres de nuestro Sur hispano cumpliesen una altísima misión de Cultura. Desde las bibliotecas norteamericanas de hoy, tan ejemplarmente organizadas, podemos valorizar mejor la verdadera hazaña

erudita que con gran pobreza de recursos realizaran en Hispanoamérica en el siglo XIX hombres como Juan María Gutiérrez, Joaquín García Icazbalceta, José Toribio Medina. Desde un centro de estudios filológicos o históricos como los que existen en Harvard, Yale o Columbia apreciamos el trabajo monumental de don Andrés Bello al concluir en Chile hace ya cien años, el primer gran análisis filológico e histórico del *Poema del Cid;* al aplicar por primera vez al Castellano los métodos de la Filología comparada. Y pensamos, asimismo, que en la internadísima Bogotá del siglo XIX podían formarse humanistas y filólogos de la talla de un Miguel Antonio Caro o de un Rufino José Cuervo. El presente colapso del espíritu europeo nos hace mirar con mayor angustia y responsabilidad, la tarea de Cultura que debe cumplir América. En los países totalitarios la Ciencia ha descendido a ser sierva de la política más baja, a preparar más que el mejoramiento y la convivencia humana los elementos de destrucción técnica con que desde hace cuatro años, Europa se está desangrando. Más de un teórico nazi ha dicho que la Ciencia debe ser tan sólo un obediente servicio del Estado y que más que buscar la objetividad debe servir al "mito germano". Así se ofrece hoy en las Universidades alemanas un verdadero "ersatz" de guerra; una Historia y una Filosofía monstruosamente adulteradas. Se endiosan las Ciencias aplicadas para desacreditar la ciencia pura, la libre investigación. Pero, ¿no han sido las Ciencias aplicadas que dieron al hombre de nuestra época tan orgulloso poderío sobre la Naturaleza, la consecuencia y el benévolo fruto de aquel espíritu de investigación libre que desde el Renacimiento, borrando los límites de autoridad y de prejuicio, prepararon con la proeza intelectual de un Galileo, un Kepler, un Newton, el camino que habría de conducirnos a la técnica moderna? La primera reivindicación del hombre renacentista para crear la Ciencia, fué una reivindicación de libertad. Sin la raíz nutricia de la desinteresada cultura científica de donde proviene, hasta el progreso mecánico de que nos enorgullecemos, pudiera desvanecerse o estancarse. La Humanidad habría caído en una tosca declinación semejante a aquella que en el mundo antiguo nos lleva desde

la majestuosa época de Augusto hasta el oscurecimiento espiritual, la ruda involución de los siglos III a V en que murió Roma y la cultura mediterránea clásica. Por ello se acrecienta la responsabilidad de América que en este instante de eclipse y confusión parece el único Continente que puede mirar claro; que aun no está inhibido ni paralizado por el temor o por el odio. Para América la palabra "Humanidad" todavía tiene sentido.

En el terreno de la Cultura la buena vecindad significa una mayor circulación, un ámbito más comprensivo de país a país, para el trabajo espiritual que se realice en América. Así como de la estructura de la Economía, la nueva Diplomacia del Continente tendrá que ocuparse de problemas que como el de la cooperación intelectual y el intercambio del trabajo científico son una necesidad de la época. Dada la interdependencia mundial que rebasa los límites de los Estados y está haciendo caducas muchas de las fronteras que cerrara el pretérito, hemos llegado a un momento de la Historia en que, efectivamente, nada de lo que atañe al hombre, nada de lo que él piensa y realiza, puede sernos ajeno. Seguramente la liquidación de la guerra producirá un cambio profundo en nuestra óptica política; seguramente los países hispánicos de América, la porción continental más dividida, empezarán a crear confederaciones u organismos nacionales más vastos; seguramente llegaremos de una aislada Economía de naciones a una Economía hemisférica. Seguramente para satisfacer necesidades técnicas o culturales de varios pueblos y muchos millones de hombres, veremos surgir creaciones históricas hasta ahora no sospechadas. Lo importante es estar listos y tener la sensibilidad de esta movida hora a que nos convoca el destino. Advienen para América y para el mundo, días de extraordinaria decisión.

Northampton, Massachusetts: Noviembre, 1942.

¿HAY QUE GANAR LA GUERRA POR LA DEMOCRACIA AUN EN ALIANZA Y COMPROMISO CON LOS ENEMIGOS DE LA DEMOCRACIA?

Por *V. R. HAYA DE LA TORRE*

Oímos en estos tiempos de profunda confusión y de falta casi completa de una auténtica dirección política en nuestro Continente, algunas afirmaciones, cuyo simplismo y obvia orfandad de lógica, sólo contribuyen a debilitar el prestigio de una causa digna de mejores portavoces.

Y una expresión frecuente de cierto liderismo apresurado por las urgencias de esta época, nos dice que "hay que ganar la guerra a todo evento" y dejar para después los demás problemas políticos que esta contienda suscita o agudiza en relación con la existencia misma de la democracia en nuestros países.

Uno de esos problemas, el más vivo y doloroso de Indoamérica, lo plantea la actitud de los partidos, de la prensa, de los transmisores de la opinión pública, hacia los gobiernos de nuestro Continente que han adoptado la política oportunista y muy criolla de "poner una vela a Dios y otra al diablo"... y mientras en su actitud externa, prestan franca adhesión a la causa de las Naciones Unidas —o sea a la del poderoso vecino norteamericano—, en su régimen interno afirman los métodos totalitarios, desacreditan y destruyen toda fe popular en la Democracia y usan el mismo sistema de tiranía y de terror que cualquier "Quisling" europeo.

Así, vemos enfilados en un mismo bando "democrático" a los legítimos gobiernos populares de Colombia, Costa Rica, México, etc. y a los estranguladores de la Democracia de Guatemala, de Nicaragua, de El Salvador, Santo

Domingo y Perú. Así vemos que el gobierno dictatorial del Brasil "hace la guerra" exterior al nazi-fascismo y la guerra interior a todo intento de restauración de las libertades cívicas y humanas, que considera englobadas en ese elástico término de execración reaccionaria: el peligro comunista . . .

Y así vemos también —nueva prueba del confusionismo que viene tan de arriba—, que gobiernos emanados del voto libre de los pueblos, sostenidos por la unanimidad de las fuerzas democráticas del país, como es el de Chile, puedan ser públicamente maltratados. Y, lo que es peor, colocados en el mismo nivel de gobiernos como el de la Argentina, que, desde el punto de vista de sus orígenes electorales, de sus tendencias inequívocamente aislacionistas y de su tolerancia con los simpatizantes totalitarios de su país, no puede compararse con el régimen chileno, ni ser equiparado con él en apreciación y en trato.

Pero, esto es el panorama contradictorio y paradojal de la conciencia política de nuestros pueblos frente a los graves problemas que la guerra relieva en lo que a su sentido y finalidades concierne. Y de este modo, tratando de encubrir y no de esclarecer cuestiones fundamentales que incumben a la tarea de exaltar y definir el limpio ideal libertador de nuestra posición en esta lucha, queremos "dejar para después de la victoria" lo que es previo precisar como condición para obtenerla.

Porque no hay que olvidar que una guerra como la que hoy envuelve al mundo no es sólo un problema militar. En esta guerra, —lo ha dicho Raoul Roussy de Sales, en su brillante libro THE MAKING OF TOMORROW— es *multidimensional*. Se libra en muchos campos. Y el primero de todos: en la conciencia de los pueblos que deben saber por qué deben luchar y por qué van a morir . . .

Esta guerra la ha iniciado así el nazi-fascismo: vertical y horizontalmente. Ganarla no es poner una venda a los pueblos y decirles que vayan a pelear y morir porque "después veremos". Tal actitud acusa claramente no comprender la dirección ni el significado de la lucha. Y es, sobre todo, atacar al enemigo sólo por un flanco dejando indefenso aquel que más le interesa.

Es evidente que quienes afirman que nuestro deber es ayudar a ganar la guerra, aun en alianza con los enemigos de la democracia dentro de nuestro Continente, no han llegado a abarcar el profundo contenido histórico de esta lucha, ni tienen en cuenta su dinámica dirección revolucionaria. Y es claro también que de este modo se hace el juego del nazi-fascismo, al que, —astuto y realista— le interesa mucho menos la actitud de los gobiernos de nuestro continente, que las simpatías de sus pueblos, promovida por el desconcierto, el desengaño o la indiferencia hacia una Democracia cínicamente escarnecida y medularmente desmoralizada . . .

En cierta forma —con las variantes de espacio-tiempo histórico—, el nazi-fascismo está repitiendo en Indoamérica la misma maniobra de "descorazonamiento" que, según la expresión de Hitler fué necesaria para preparar la rendición moral de Francia. El plan alemán consistió en evitar a toda costa que el pueblo francés sintiera la *emoción de la guerra*, el "elan" bélico que en los pueblos de profundos sentimientos es el motor de la fe derribadora de montañas. Hitler quería los 36 grados de temperatura precisos para la tibia modorra claudicante, victimaria de todas las grandes exaltaciones heroicas. Y la obtuvo por la confusión, por el descrédito de la causa Democrática en la conciencia del pueblo, que no quiso morir por algo que veía corrompido y sin dirección. Así, por la complicidad de los líderes franceses —más indirecta que directa—, que gritaron, a última hora, que había que ganar la guerra y resolver los problemas políticos después, el primer ejército de Europa fué abatido porque no tuvo la solvencia moral que da la voluntad de vencer.

Gastar los vocablos, desprestigiar las palabras de orden, presentarlas sin el contenido vital de una mística, de una grande y recóndita emoción social, es el mejor camino para destrozar el prestigio de una causa. Y tratándose de una guerra que debe ser *sentida* antes que peleada, como se sienten las decisiones definitivas del que tiene que morir luchando por una causa, es más que nunca imperativo que los secretos resortes de la fe de los pueblos sean movidos por claros e insobornables estímulos.

Hay que ganar la guerra, sí, pero en todos los frentes al mismo tiempo. Hay que ganarla en los frentes internos contra las Quintas-Columnas que, en algunos casos están fuera del Gobierno, pero en otros dentro de él. Hay que ganarla despertando en los pueblos fe en la Democracia, por la efectividad de los beneficios de la Democracia. Y hay que saber discriminar entre la política internacional de un gobierno indoamericano que se alía a la causa de los Estados Unidos —porque no pueda hacer otra cosa— y sus procedimientos internos que tan valiosamente ayudan al descrédito de la causa democrática y a la preparación del caldo de cultivo de la bacteria nazi.

Importa recordar las palabras recientes de un Ministro de Estado Brasileño quien proclama que esta guerra *no implica una alianza de regímenes políticos.* Y precisa no ovidar que el Brasil, a pesar de las tendencias totalitarias de su Gobierno, fué señalado por el programa de Hitler como uno de sus objetivos de conquista. ¡Ahí está el cada día más verosímil libro de Rauschnning! En el caso del Brasil queda, pues, demostrado que hay dos batallas por librar: la que impida el salto enemigo sobre su suelo, primer peldaño del avance conquistador de Hitler sobre Indoamérica y la que gane la victoria de la democracia para el pueblo brasileño. Porque será peligro para todos los demás países de Indoamérica un Brasil Totalitario, amenazador, imperialista . . .

Y hay que evitar el confusionismo desilusionante a que ayuda la confabulación de la prensa y de los partidos en los países de nuestro Continente donde no hay tiranía, al negar su ayuda a los pueblos indoamericanos que la sufren. Cuando oímos que en nombre de la forzosa adhesión de nuestros gobiernos a la política internacional de los Estados Unidos, se niega a nuestros pueblos toda cooperación moral para defenderlos del totalitarismo interno que sufren, nos acordamos de aquel consuelo conocido que se da al infeliz prometiéndole la eterna bienaventuranza para remedio de sus males. . . "ganemos primero la guerra y después veremos".

Consigna colonial, palabra de orden que confiere un sentido de renunciamiento a las grandes finalidades liber-

tadoras de esta lucha, ella ayuda a ganar al Nazi-fascismo la única victoria que por ahora le interesa en nuestros pueblos: el desprestigio de la causa democrática. Y a ella están cooperando todos los que creen que una Guerra para la victoria de la Democracia puede ser ganada en alianza y compromiso con los enemigos de la Democracia aupados en los gobiernos dictatoriales de Indoamérica.

Lima, octubre de 1942.

PROPUESTA A PARAGUAY Y A BOLIVIA*

Por *Waldo FRANK*

ESTA ES LA PRIMERA VEZ que he volado sobre los Andes al norte de Santiago. En 1929 me interné hasta su corazón: fuí entonces en automóvil desde Antofagasta, al través del desierto espantoso de nitrato, hasta la montaña de cobre de Chuquicamata; y de allí por tren, cruzando los lagos de asfalto, la pampa helada y la montaña de plata de Potosí, hasta La Paz... y en barco, por el lago Titicaca hasta descender de nuevo a la costa oriental... Desde Arequipa, al sur del Perú, nuestro aeroplano ascendió despacio; parecía que íbamos reptando... a lo largo de la inmensidad de los volcanes Misti, Chacchani y Pichu-Pichu.

La Cordillera Occidental, cuando pasamos, parecía una montaña de la luna. Sus crestas son ingentes tempestades de aridez, antimonio grisáceo sin ningún otro matiz: enormes calderas secas de un vacío sin ejemplo bajo el día pálido. La luz del sol a estas alturas es siempre débil. Llegamos a un terreno liso como la pampa, casi tan alto como la cordillera que acabamos de rozar. Es la meseta yerma de Bolivia que está a 12,000 pies sobre el nivel del mar. Sobre ella se yerguen los "cerros" bajos y puntiagudos... más altos que el *Pikes Peak*. La tierra es gris. Ni un árbol. La vegetación gris. No hay más que llamas, alpacas y vicuñas. El cielo, sin nubes y con el sol alto al mediodía, semeja un eterno crepúsculo gris. El lago Titicaca, el agua navegable más alta del mundo, es pampa ya. Me imagino navegando por el lago y pienso en las

* Capítulo de un libro en preparación sobre Sud América, que verá la luz simultáneamente en New York y en Buenos Aires (Edit. Losada) el próximo mes de abril.

tierras terraplenadas del imperio incaico y preincaico. Milagros de la agronomía montañera.

De repente en la pampa surge una cañada; es realmente un hoyo inmenso. En su seno descansa La Paz. Dominándola por todos los lados se levanta la altiplanicie. Y hacia el oriente la Cordillera Real. . . inopinados picos señeros cubiertos de hielo o nevados, si las rocas no son demasiado afiladas para sostener la nieve. Sobre la pampa, Oruro es una montaña súbita de estaño. La ciudad trepa por el flanco de la montaña que lo alimenta como una madre a su hijo. La leche de su pecho es estaño, una ubre dura.

Ahora la Cordillera Oriental se quiebra y sus picos de nieve se convierten en valles policromos. Las laderas de la montaña se hacen tierra roja, roca purpúrea, arena azafranada de los ríos. Al fin, cuando nos internamos hacia el oriente, aparecen los árboles, la verde bendición de los árboles. Al principio surgen aislados como ermitaños solitarios en la inmensa soledad. Más adelante ya se nos ofrecen en grupo. Ahora cuando descendemos, con los oídos taponados, irrumpen los valles de hierba y el bosque hasta que nos acogen los brazos frescos de Cochabamba (sólo 800 pies sobre el nivel del mar) donde ya hay árboles en la orilla de los caminos, flores, cabras, ganados. . . toda la bendición humana bajo una montaña roja azafranada de cobre que se yergue entre el valle y la inmensa cordillera de hierro nevado.

(Me invitaron a dar una conferencia en Bolivia. En mi estado actual de salud, la altura hubiese remachado la intentona frustrada de los nazis de Buenos Aires. Me acuerdo que en 1929, cuando gozaba de mejor salud, casi me derrumbo; hablando en La Paz tuve que interrumpirme varias veces y sentarme para respirar, y entre una y otra conferencia permanecer acostado).

Al este de Cochabamba, las montañas se suavizan bajo el ornamento de los árboles. Ruedan bajas y extensas, brincan y retozan como corderos de lana verde. El suelo, visible en cortes y fajas de agua, es rojo. Un último muro de tierra abrupta y se quedan atrás los Andes: vola-

mos sobre un inmenso bosque, 600 millas bolivianas todavía... y al fin, hacia el Atlántico, el Brasil.

Y PUESTO que en este viaje no me ha sido posible visitar ni Bolivia ni Paraguay, las dos Repúblicas americanas de tierra adentro, los dos pueblos indios más puros, más infortunados y menos comprendidos, quiero meditar ahora sobre ellos.

Bolivia ha perdido siempre todas las guerras que ha sostenido con sus vecinos y les ha ido cediendo paso a paso el oriente, el oeste, el sur, el norte, la puerta que se le abría al Pacífico (Antofagasta) y grandes trozos de territorio. Pero aún así, hoy todavía su suelo es, potencialmente, uno de los más ricos de la tierra. Y esta tierra de riqueza mineral fabulosa, la huellan los pies desnudos del pueblo más pobre del mundo: el aymara. En otro tiempo fué el colaborador orgulloso y pacífico del Imperio; aportó sus sólidas sustancias a la brillantez de los quechuas, sus hermanos del Perú; edificaron el gran reino socialista de los Incas y civilizaciones muy anteriores como la misteriosa Tiahuanacu en las vertientes del sur del lago Titicaca.

El pecado de Bolivia ha sido el hondo sentido de paz que tiene el aymara, su resistencia a someterse al mundo español ante el cual reculó descorazonado pero sin rendirse. Se encontró siempre inerme frente al agresor extranjero y ante el explorador aborigen.

Y el pecado de Paraguay ha sido su frenética belicosidad. El tipo paraguayo es el guaraní. Excepto la gente de la ciudad, que es bilingüe, toda la nación habla guaraní. Y la palabra guaraní significa "guerra". En 1864, Paraguay tuvo una pequeña disputa sobre fronteras con Brasil. Con el fin de adelantarse a los brasileños, el Presidente Francisco Solano López decidió atacar sobre un flanco. Esto dió lugar a la invasión de la provincia argentina Misiones. Lo cual implicaba guerra no sólo con Brasil y Argentina sino con Uruguay también, que se unió a la Argentina en alianza defensiva. Para los paraguayos una guerra con tres naciones en lugar de con una sola, no era

Balsa de totora en el lago de Titicaca.

Alpacas pastando en la puna.



Ruinas jesuíticas de San Ignacio.

nada comparado con el privilegio de una hermosa acción belicosa.

La población de Paraguay en 1864 era de 1.337,000. La de sus tres enemigos, veinte veces mayor. El territorio de Paraguay era de 61,000 millas cuadradas; el de sus tres enemigos, de más de cuatro millones y medio. Durante cinco años luchó con sus tres vecinos hasta que se convino en una tregua. De cada doce paraguayos uno era soldado; las mujeres hacían de animales de carga y empujaban la artillería. En 1870 López cayó muerto en una batalla. Desde entonces los campos de nuevo se convirtieron en manigua, el ganado pereció y la población quedó reducida a 220,000 almas de las cuales 66 mil eran niños menores de 12 años y 106 mil mujeres. El Paraguay de los guaraníes sucumbió literalmente de hambre. Desde entonces su población no ha subido nunca más arriba del millón.

En todas sus guerras antiguas y modernas, con la enorme desigualdad de veinte contra uno, Paraguay ha sido casi siempre la víctima. Recientemente derrotó a Bolivia que viene a ser cinco veces mayor. El botín de esta victoria fué el Chaco. Cien mil millas cuadradas de desolación en la margen occidental del Paraguay: una tierra regada durante siglos por la sangre de los guaraníes y de los aymaras. El precio de esta victoria ha sido otra vez el agotamiento. El estado de Paraguay en la actualidad es mucho más desesperado que el de la derrotada Bolivia.

Los intérpretes modernos dirán que esta guerra feroz sobre el infierno verde del Chaco fué simplemente una guerra por el petróleo: una lucha entre los intereses petroleros europeos y americanos por conquistar los inmensos depósitos que se esconden en el espantoso semi-desierto. Otro ejemplo de la frivolidad de la historia económica. El petróleo sin duda fué un pretexto y una causa superficial. Pero la guerra del Chaco entre los guaraníes y los indios de los Andes se remonta hasta los días de la conquista y más aún hasta los días de los Incas. Sin conocer la historia y la psicología de los guaraníes y de los aymaras, ningún economista podrá entender jamás estos países. Paraguay se conduce como una nación loca. Existe un causa profunda que explica esta locura... Y hasta un método.

Los guaraníes son una de las razas más interesantes y originales de Indoamérica. No han producido artes profundos como el maya, el tolteca, el zapoteca, el azteca de México y Centroamérica; o como el quechua-aymara y los pueblos más primitivos de la costa peruana que formaban el imperio incaico de Tahuantin-suyu. Sin embargo la cultura guaraní era fuerte. Su religión era monoteísta con diversos espíritus animísticos menores. Su música y su poesía eran inteligentes, sutiles y agudas. Fueron un pueblo guerrero de virtudes y de habilidades domésticas. La mayor parte de la historia natural conocida en Sud América antes de la época moderna es de origen guaraní: la geografía, la botánica, la zoología, la biología y la medicina les eran familiares. Y eran sagaces también en las actividades políticas. Sus pueblos y sus ciudades, con frecuencia de 5,000 habitantes, componían un imperio de economía holgada que cubría lo que es ahora Paraguay, la Argentina del norte, Uruguay y parte del Brasil. Antes de la llegada de los españoles habían sido empujados hacia los Andes occidentales y hacia el Atlántico oriental.

Los guaraníes no eran una raza prolífica. Su devoción por las artes de la guerra y su frigidez sexual explican en parte esta cualidad. Cuando los españoles se casaban con las guaraníes éstas se suicidaban con frecuencia por la repugnancia que les inspiraban los apetitos sexuales insaciables de sus maridos amorosos. El problema del crecimiento preocupa mucho a los guaraníes. Cuando los convirtieron los jesuítas a la religión católica, una de las exigencias de los Padres que ellos no aceptaron, fué que abandonasen la poligamia. No podían concebir que una doncella tuviese hijos sin casarse. Y no querían condenar a la esterilidad a ninguna virgen por falta de marido.

La grande y trágica obsesión de los guaraníes era el imperio incaico. Desde el año 1000 hasta el 1500 después de Jesucristo lo combatieron sin tregua. Pero nunca pudieron derrotarlo. Los ejércitos orgullosos de los Incas rehusaron siempre llegar hasta el Chaco donde las tácticas guaraníes probablemente los hubiesen destrozado. Los guaraníes tenían que avanzar hacia el occidente por la manigua vasta que es ahora Bolivia; y cuando, a la som-

bra de los Andes se encontraban con las huestes quechua-aymaras, estaban ya agotados y regresaban vencidos.

Este ha sido el calvario de los guaraníes. En cada generación un nuevo general (elegido por el pueblo) ha luchado por derrocar el imperio de Tahuantin-suyu. Ninguno lo ha logrado. Tan grande ha sido la obsesión, que cuando los españoles irrumpieron en las regiones de Paraguay los guaraníes no les ofrecieron resistencia. Los españoles eran los enemigos de los Incas y habían desarticulado, aunque de ninguna manera subyugado, las naciones que componían el imperio. Esto era bastante. Por esta sola razón se convirtieron en los aliados de los guaraníes. Los únicos soldados españoles que conquistaron a estos feroces guaraníes, sagaces, nerviosos y profundamente inteligentes, fueron los padres jesuítas.

En mis meditaciones sobre Paraguay, dije que cuando se conoce bien cada nación ibero-americana se ve que no hay ninguna cuya ruda personalidad no justifique su independencia. Sin embargo es necesario hacer una excepción. Los caracteres individualistas de Bolivia y Paraguay exigen una inmediata confederación.

Paraguay vivió virtualmente independiente de España desde el comienzo del siglo XVIII, cien años antes de su verdadera independencia. Se hallaba muy lejos de la metrópoli. Buenos Aires y Perú, los grandes virreinatos del sur y del occidente, pedían atención de España. Y su riqueza, la yerba mate, la madera y el cuero... no era lo que el ansia de oro de los españoles requería. Los verdaderos conquistadores de los guaraníes han sido los jesuítas. Hoy, cuando los grandes imperios buscan exclusivamente oro y plata el gobierno de los jesuítas sobre los guaraníes es simplemente económico. Contra estos esquilmos y explotaciones modernas los belicosos guaraníes han sido impotentes. Desde Asunción bajando por el Paraguay y el Paraná habían llegado los primeros colonizadores de Misiones, Corrientes, Santa Fe. Pero los indios no entendieron nunca el nuevo espíritu comercial de los puertos que retrocedía desde Buenos Aires a conquistar los ríos. Los guaraníes habían intentado ganar el Atlántico por el sur del Brasil.

Los detuvieron los Bandeirantes, pioneros aventureros de Sao Paulo, quienes, cuando a su vez trataron de empujar el imperio portugués hacia el occidente, fueron detenidos por los guaraníes. La derrota sufrida al oeste, en los Andes, cierra este círculo en el cual los dinámicos paraguayos se encontraron prisioneros.

Este sentido de fracaso que les llega por todos lados fué lo que decidió a José-Gaspar Rodríguez Francia, el "supremo" de Paraguay, a aislar definitivamente su nación desde 1814 a 1840. Se opuso al comercio fluvial; suprimió las relaciones culturales y hasta se negó a hablar el castellano. Después de su muerte el pueblo osciló rudamente del aislamiento a la agresión... Con los resultados terribles que ya hemos visto en la guerra insensata contra Brasil, Uruguay y Argentina. Un atávico frenesí semejante ha movido las luchas sangrientas del Chaco en la última contienda boliviana. Paraguay necesita campo para su energía; materias primas para sus habilidades técnicas y tierras amplias para su orgullo indomable. Esto nunca lo conseguirá por la guerra. Podrá ganarlo mediante una colaboración sobria y una confederación.

Bolivia tiene las tierras generosas y gran cantidad de materias primas; pero su pueblo carece de la agresividad y de las virtudes técnicas necesarias para explotarlas. El aymara ha demostrado su gran valor como colaborador con los quechuas. Pero los quechuas son peruanos. Con ellos el aymara y sus tierras estuvieron seguros. Al separarse de ellos el aymara y sus tierras están en peligro perpetuo. La federación entre Bolivia y el Perú no serviría de nada como ya se ha visto. Los vecinos del Perú no lo permitirían. Bolivia no necesita unirse a una potencia más fuerte que ella que acabaría por absorberla. Y aunque fuese posible, no resolvería el problema de Paraguay que es un problema profundamente continental.

Durante diez siglos el aymara y el guaraní han sido les *frères ennemis* de sudamérica. El carácter y la naturaleza de sus países se equilibran y se complementan visiblemente. La alianza entre los dos favorecería el desarrollo de sus fuerzas recíprocamente y llevaría a cada uno hacia el nacimiento de un nuevo organismo. La hostili-

dad continuada entre ellos acabará por extenuarlos y exponerlos en su debilidad a la codicia de los explotadores.

Cuando vuelo hacia el oeste sobre el río Paraguay pienso en el ferrocarril que ha construído Brasil al occidente de Corumba en Matto Grosso sobre las bajas tierras del suroeste boliviano; y en el ferrocarril que Argentina está lanzando a través del noroeste del Chaco hacia las mismas tierras bajas y opulentas. Y el resultado de estos dos ferrocarriles en un país rico e indefenso ha de ser la guerra. Este corazón de Sudamérica... el gran Chaco y la provincia de Santa Cruz situada más al oriente de Bolivia... se asegura que es la mejor tierra de petróleo de todo el hemisferio. Si continúa dividida en las manos inermes de los dos hermanos enemigos fomentará el sueño codicioso de las fuerzas reaccionarias de Argentina y de Brasil. El peligro de un conflicto continental se cierne entre estas dos poderosas naciones. Psicológicamente, Paraguay y Bolivia se complementan. Económicamente se necesitan; históricamente sus guerras prueban su dependencia. Políticamente su unión puede significar la diferencia entre la guerra y la paz para toda la América del Sur.

AMIGOS de Bolivia y Paraguay, no pude llegar a visitaros en este viaje y os ofrezco esta propuesta en lugar de mi visita. Es el sueño de un poeta. Vuestros dos pueblos prosperarán cuando escuchen la voz de los poetas.

LA GRAN DESDICHA ALEMANA

Por *Florentino M. TORNER*

OTRA VEZ la guerra nos ha colocado delante, en actitud descomunal, a ese intranquilizador pueblo que es la gente alemana. Otra vez ese pueblo, con tremendas llamadas, atrae y fija nuestra atención y agudamente nos incita a conocerle en su intimidad, a penetrar en el recinto donde se fraguan sus desmesuradas actitudes ante el mundo. ¿Qué son los alemanes? ¿Cómo son los alemanes, que parecen llevar marcada a fuego en el alma la vocación de la catástrofe? ¿Por qué sienten su destino histórico de manera tan absoluta y privativa, que ese destino viene a resultar del todo incompatible con el destino de los otros pueblos? Es inevitable que una comunidad humana cuya conducta de tiempo en tiempo pone al mundo entre la espada y la pared, creando situaciones de extremada angustia nos sacuda con violencia despiadada y nos mueva a conocerla, en busca de una explicación —y quizás de un posible remedio— a su inaudita peligrosidad histórica. Yo no he podido esquivarme a semejantes preocupaciones y, como ocurre a cuantas personas asisten con alguna conciencia a los acontecimientos del presente, he querido lograr una idea de las causas que determinan la conducta alemana, de tan rudas y dramáticas manifestaciones.

Es sencillo llamar *bárbaros* a los alemanes y figurarse que con esta palabra se ha dado contestación suficiente a las cuestiones que nos plantean; pero se trata de un pueblo cuyas aportaciones a la cultura y la sabiduría universales rebasan, desde hace más de un siglo, a las de cualquier otro pueblo, y en modo y grado tan palmarios que alguien sin enredarse en hipérboles injustificadamente caprichosas, ha podido afirmar que Alemania sola producía, en los campos del pensamiento y de la ciencia, más que el resto del mun-

do culto; así como aventaja a las demás naciones en hecho de disciplina, ordenación y eficacia colectivas. Su barbarie, si es real, no puede ser una barbarie ingenua y primaria, es decir, una barbarie que es, en mucha parte, mera *extranjería,* o residencia extralímites de la órbita de los valores que dan forma y sentido a la cultura europea. Por el contrario, ocupan en ella lugar eminentísimo. Ni aun aceptada la disociación entre la esfera intelectual y la afectiva, y reconocidos en la primera los sorprendentes avances que hicieron de Alemania tierra de peregrinación para todos los estudiosos del mundo y confirieron a su idioma categoría única como lengua de alta cultura, al tiempo que en la vida sentimental perdurarían en los actuales germanos los rasgos peculiares de los antiguos bárbaros del Norte; ni aun así encuentra solución el problema que este pueblo levanta ante nosotros. Suelen señalar los historiadores como rasgo característico de los antiguos germanos el sentimiento de la individualidad, y en los modernos descubrimos puntualmente lo más opuesto: el sentimiento de la colectividad disciplinada y dócil. Y, por otra parte, a ellos se deben algunas de las más hondas expresiones de la vida afectiva del hombre contemporáneo, en la música y en la lírica. Por eso, hablar de la *barbarie* alemana me parece no hablar de nada preciso ni claro; pues aunque ostensiblemente se conduzcan como bárbaros, es indudable que no lo son. La raíz verdadera de su actitud debe buscarse en otro sitio. Al intentar modestamente esa pesquisa, mi deseo más arraigado estriba en no decir palabras de las que, andando los días, tuviera que avergonzarme, aunque el arrepentimiento viniera a solicitarme con insistencia, porque no es lo mismo arrepentirse que avergonzarse. Mi intento, pues, no es otro que ver claro, en la medida en que me sea posible, dentro de la oscura y complicada confusión en que se debate la vida del pueblo alemán; y de ningún modo lanzarle por la espalda agresiones de concepto o de vocablo que, además de inofensivas, serían justamente reputadas por necias. Considero, al revés, obra de buena voluntad y de buena política salvar al pueblo alemán de sí mismo, mostrándole cuáles son los verdaderos y más perniciosos enemigos de su alma.

Se hace preciso abandonar los fáciles tópicos que no explican nada satisfactoriamente y mirar con detenimiento hacia otros parajes. ¿Es que no dice nada de interés la naturaleza y la calidad de la producción espiritual en que se ha destacado de modo incomparable la nación alemana? ¿Es que no se hallarán ahí indicios que nos lleven a comprender cómo un pueblo supercultivado puede conducirse, en determinados respectos, con todas las apariencias de un pueblo bárbaro? Si se atiende a la más alta producción cultural alemana, creo que se descubre en ella un rasgo dominante por el cual tenemos la revelación de otros muchos, y ese rasgo es la enorme capacidad alemana para la abstracción. En las esferas de lo abstracto se mueven los espíritus representativos de ese pueblo como el pez en el agua, con una soltura, una agudeza, una penetración y una amplitud de movimientos que frisan en lo maravilloso. Este raro talento para la abstracción se nos manifiesta abiertamente en todas las actividades en que las gentes alemanas se han aventajado en grado eminentísimo, y son esas actividades la filosofía, la ciencia, la música y la organización. Con sumaria prontitud recordaré únicamente lo que en cada una de ellas viene bien a mi propósito.

Que la filosofía es una especulación que labora sobre las últimas abstracciones del pensamiento, es cosa que nadie negará, según creo. Los primeros principios, o las abstracciones últimas, son, por decirlo así, destilaciones del pensamiento puro en el acto de operar, por reflexión, sobre sus conceptos, los cuales son ya, igualmente, abstracciones. El proceso de abstracción culmina en las que Kant llamó "ideas de la razón", conceptos racionales necesarios a los cuales ningún objeto que les corresponda puede ser dado en los sentidos. Constituyen, por lo tanto, el *record* supremo de la razón humana en su actividad abstractiva, y es en esa región vertiginosa y arduamente accesible donde el pensamiento alemán ha dado de sí más que otro cualquiera. La experiencia y la realidad quedan lejos, muy lejos, por más que aquellas sutilísimas destilaciones vengan, en definitiva, a referirse a ellas de algún modo. Pero no sólo y exclusivamente trabaja la reflexión discursiva en la actividad filosófica, y conviene tener esto muy en

cuenta a fin de no atribuir al pensamiento alemán peculiaridades que, en verdad, no lo son. Es sabido que el punto de partida, y también el punto decisivo en que concurren y se anudan los hilos que metódicamente hila el pensamiento, son con frecuencia dados al filósofo en un acto de intuición. Hay una intuición filosófica, lo mismo que hay una intuición matemática, y me parece que precisamente por eso filosofía y matemática logran en ocasiones sorprendente madurez genial en personas muy jóvenes. Schelling, según cuentan, era a los veintiuno o veintidós años de su edad un hombre universal, y Schopenhauer escribió *El mundo como voluntad y como representación* antes de los treinta, de igual manera que Abel y Cauchy encontraron las bases de sus descubrimientos matemáticos en la primera juventud. No es privativo de la filosofía alemana partir de actos de fe, o, digamos mejor, de intuiciones; pues, ¿qué son sino intuiciones las ideas platónicas? Y el principio cartesiano, ¿es que puede ser alcanzado por la actividad reflexiva pura, o presenta todo el aspecto de una auténtica *revelación?* La filosofía de tipo genial suele hallarse impregnada de elementos no racionales. La misma de Kant, no obstante ofrecérsenos como insuperable exponente de filosofía racionalmente fundamentada, implica muchas cosas a las que no puede llegarse por reflexión y han debido ser admitidas en la rigurosa estructura independientemente de todo intento de justificación racional. Tenemos, además, el hecho bien comprobado de la influencia, y aun el deslumbramiento, que un intuitivo-sentimental como Rousseau ejerció sobre Kant. En unas palabras del portentoso cerebro de Königsberg hallamos decisivamente reflejada la impresión que las obras del inspirado ginebrino le causaron, y aunque no es la primera vez que las reproduzco, no encuentro sobrado consignarlas aquí de nuevo. "*La primera impresión* —escribió Kant— *que recibe un lector que no lee por vanidad ni por distraer el tiempo, con los escritos de Rousseau, es la que este escritor reúne una penetración admirable de genio, una inspiración noble y un alma llena de sensibilidad, tal como no se ha visto nunca en otro escritor, en ningún tiempo ni en país alguno*". Este testimonio de Kant nos

consuela, a quienes irreflexivamente admiramos a Juan Jacobo, del petulante desdén con que un pensador español, por lo demás espectador ameno, habla de *"las tonterías de Rousseau"*.

En la misma línea de las revelaciones intuitivas debe considerarse, a mi dudoso parecer, el *"todo es espíritu"* de Hegel, intuición filosófica argumentada después racionalmente de mil maneras por el enorme pensador. Andando el tiempo, la intuición ha venido a ser reconocida como forma legítima de conocimiento filosófico, y en algunos maestros (Bergson, Husserl) como la única que puede comunicarnos inmediatamente con la esencia de la realidad. Que el acto revelador de la intuición tenga lugar primero o más tarde, en los comienzos de la especulación filosófica o luego de años de laboriosa reflexión, no altera en nada, me parece, su fundamental significado, y es, eso sí, expresión de la diversidad de dotes y de constituciones mentales de los filósofos. Lo que me importa sobre todo señalar ahora es que no puede ponerse como singular característica del pensamiento filosófico alemán el tomar vuelo, como desde una cumbre, de un punto adquirido intuitivamente y formulado, por ello mismo, en términos de certidumbre sólida y cuasidogmática.

Hace ya más de un siglo que la capacidad científica alemana se ha impuesto con hegemonía indudable a todo el mundo. En la actividad científica encontró el genio alemán uno de sus grandes caminos. La ciencia es la realidad *in abstracto,* pues que en ella la realidad, en sí misma innumerable e incoercible, se reduce intelectualmente a conceptos generales sistematizados. La ciencia es, en cierto modo, el espectro de la realidad que se produce en el aparato intelectual del hombre, y asistía la razón a Mefistófeles en advertir que es gris toda teoría y verde el árbol lozano de la vida. La ciencia es la teoría de la realidad, y cada ciencia particular es la teoría de una determinada esfera de realidad o de alguno de sus aspectos. No puede, claro está, caracterizarse la construcción científica sólo por la conceptuación generalizadora que le es propia, porque si es verdad que no hay ciencia de lo particular, así mismo lo es que no hay ciencia de conceptos generales dis-

persos y sueltos. Lo que Kant denominaba *arquitectónica,* o arte de los sistemas, es lo que da a la ciencia estructura y validez de tal. Pues "*como la unidad sistemática es lo que convierte al conocimiento vulgar en ciencia, es decir, lo que coordina en sistema un simple agregado de esos conocimientos, la arquitectónica es, por tanto, la teoría de lo que hay de científico en nuestro conocimiento en general, y pertenece así necesariamente a la metodología*". El genio alemán se aventajó en la actividad científica por su capacidad de abstracción generalizadora y por su talento arquitectónico, por su extraordinaria aptitud para la sistematización. Semejante aptitud se manifiesta en dos sentidos: en las dotes para acoplar y disponer en sistema los conocimientos particulares, y en las dotes para sujetar a sistema también los procedimientos por medio de los cuales esos conocimientos particulares son adquiridos. Pero esto último es la metodología, y si la ciencia debe mucho a Alemania en el terreno de las adquisiciones concretas, aún le debe más, por lo visto, en el terreno metodológico. Sin exageración, o con muy poca, ha podido sostenerse que el genio alemán es el creador del más riguroso método científico. Muchas ciencias lo son hoy únicamente porque ese método se aplicó a sus contenidos, y bastantes disciplinas deben al genio alemán su carácter científico. Los investigadores alemanes llevaron su excepcional capacidad arquitectónica aun a campos en los que ello era acentuadamente dificultoso por el género de realidad que en tales campos florece. A ellos se debe, según parece, el carácter científico que la investigación histórica ha llegado a adquirir en el transcurso del pasado siglo, y lo mismo cabe afirmar de la lingüística y la filología. No sólo los productos más espirituales de la actividad humana, sino el espíritu mismo fué sometido al rigor sistemático de los métodos científicos, de donde surgió la llamada psicología científica. Ya Herbart había ensayado la aplicación de fórmulas matemáticas a la vida psíquica. Mas eso era todavía pura especulación. Wundt trató de convertir la psicología en ciencia experimental, y para ello creó al iniciarse el último cuarto del siglo XIX el primer laboratorio de psicología experimental que el mundo vió funcionar

con admirativa sorpresa. Se explica muy bien que haya sido en la misma Alemania donde la reacción contra los métodos experimentales-naturalistas extendidos a dominios que no se reputan propiamente naturaleza, alcanzase sus expresiones más anchas y más agudamente polémicas. La capacidad alemana para la abstracción generalizadora tiende a tratar por iguales procedimientos —los peculiares suyos— a todas las esferas de realidad, por diversas que sean.

Rasgo importantísimo, esencial si se quiere, del conocimiento científico es que, ateniéndose estrechamente —como se atiene— al descubrimiento de lo que hay de mecánico en cualquier esfera de realidad, así sea la realidad de lo vivo, permite conocer y dominar los resortes mecánicos de cuanto existe y manejarlo como mero mecanismo. En esto consiste, fundamentalmente, la técnica, y no es nada extravagante que de los alemanes haya recibido ésta notables impulsos y perfecciones.

¿Cómo pudo una raza así dotada levantarse a incomparables alturas en el arte de la música? Es que la música es un arte abstracto, que viene a ser a la vida afectiva lo que es la filosofía a la del intelecto. Posiblemente haya —y lo temo— en semejante apreciación un error crasísimo; pero me interesa hacer constar que, en todo caso, no incurro ahora en él por desmedido afán de encajar por fuerza las cosas en la tesis que aquí planteo. En un librito mío *(La enseñanza del idioma. Bases para su metodología)* publicado en Madrid por el editor M. Aguilar hace ya por lo menos siete años, expresé la misma opinión con las siguientes palabras: "*El siglo XIX fué el siglo de la música, arte maravilloso que, recogiendo el sentimiento en sus mismas fuentes, en sus estratos más profundos, antes de que se precise y concrete en formas particulares, viene a ser para la vida afectiva lo que es la metafísica para la vida conceptual*". Me refería en aquella sazón a una especie de mimesis que tiene lugar entre las artes: cuando una de ellas, por las especiales circunstancias de una época, adviene al predominio, las demás tratan de adoptar sus valores, sus formas y sus calidades expresivas. Y así ocurrió que en determinado período del siglo pasado la palabra, en su

función poética, quiso lograr efectos musicales, y Verlaine aconsejaba que el verso sea, ante todo y siempre, música.

Es precisamente el apuntado carácter abstracto de la música el que me hizo comprender por qué el genio alemán, abstractor de quintas esencias, encontró en ella un modo supremo de expresarse, y por qué fueron filósofos alemanes quienes dijeron las palabras más sugestivas acerca de ese arte: pues, ¿quién no recuerda las páginas inolvidables que le dedicaron Schopenhauer y Nietzsche? El carácter abstracto de la música, ¿no fué advertido por Goethe cuando habla de la música de Bach como de una "matemática iluminada"? En curiosa precoincidencia, nuestro grande y severo fray Luis de León había dicho de la "*música extremada*" que está compuesta por números concordes.

Las capacidades de abstraer y generalizar sólo alcanzan plena eficacia, según he intentado decir antes, si les acompaña una capacidad pareja de sistematizar. He aludido ya al talento sistematizador que distingue a los alemanes. Por alguna causa son obra suya los más ingentes sistemas filosóficos modernos, y por algo se les debe la contribución más cuantiosa en la sistematización científica de los conocimientos. Quizás no es legítimo hablar en el mismo sentido de sistemas musicales; mas es lo cierto que la obra de los grandes músicos de ese pueblo, apreciada en su conjunto, nos deja la impresión de orbes conclusos, con unidad de principios y de estructura, o sea, en cierto modo de sistemas. Aunque fuese con algún abuso del vocablo, ¿no podría hablarse de los sistemas musicales de Bach, Beethoven y Wagner, como se habla de los sistemas filosóficos de Leibnitz, Kant y Hegel? Hasta me parece cosa palmaria que aquéllos no están menos caracterizados ni son menos unitarios, en su constitución interna, que éstos.

Surge aquí una dificultad que no encuentro sencillo resolver. ¿Cómo se explica que los alemanes de hoy destierren y persigan el arte que ellos mismos llaman *abstracto?* Sólo de la manera siguiente puedo aclarar la aparente contradicción. Por de pronto, es cosa segura que ese arte no repugnaba de un modo especial al espíritu alemán, puesto que los museos alemanes lo adquirían y en el comercio artístico lograba fabulosos precios. Es ahora, en las cir-

cunstancias nacional-socialistas, cuando se ha descubierto que le condenan dos imperdonables pecados: no ser alemán ni por sus orígenes ni por las grandes figuras que lo representan en el mundo; no ser propio para ninguna propaganda de partido ni, en consecuencia, para la propaganda del sistema *nazi*. Con esto es suficiente para que al nacional-socialismo le parezca dicho arte una indeseable diversión de almas enfermas. Un arte que se escapa al sistema vigente no es arte auténtico, y debe ser incluído en la teratología como monstruosidad que es necesario corregir hoy y evitar mañana. El arte *abstracto* incurrió, por tales motivos, en las fulminaciones del actual régimen teutónico.

Destácase en los alemanes una sobresaliente aptitud para la organización, y es ella la que les ha granjeado, en notable medida, su prestigio ante las demás naciones. La aptitud para la organización es una forma del talento sistematizador, ya que la organización es una manera de sistematización: la sistematización de las cosas y de los hombres en un conjunto ordenado y unitario. En la organización, el individuo se aminora o se anula en beneficio de la regularidad funcional del todo. La organización eficaz sirve a un sistema con la exactitud de una máquina, y dentro de ella necesaria e inevitablemente el hombre se mecaniza. La organización excluye la autonomía individual, porque la iniciativa de cada uno sería el más grave obstáculo para la marcha prefijada y fácilmente dominable del mecanismo total. La máquina es inexorable, y lo es tanto más cuanto más perfecta sea: va recta a su fin. Ni el descaecimiento ni el escrúpulo tienen lugar en ella. Con igual indiferencia tritura el material a cuya trituración está destinada, que el cuerpo humano desdichadamente apresado en sus engranajes. El hombre mecanizado en una organización es también inexorable, porque va a su fin con la rectitud de una fuerza mecánica. Por su complacencia en la mecanización de la vida, el pueblo alemán, educado en la rígida organización al servicio de un sistema, tenía que ser, entre los modernos, el pueblo del Estado absoluto y de la guerra absoluta o totalitaria. Muchos observadores han advertido el curioso cambio de actitud que suelen ofre-

cer los alemanes al transitar de su vida oficial, como funcionarios, a su vida familiar y privada. En aquélla, aun les parece insuficiente toda la solemnidad y rigidez posibles. El funcionario asume una dignidad que podría llamarse sobrehumana, en acorde perfecto con la función sobreindividual que realiza, y en ella se siente como peraltado sobre sí mismo, como sublimado en esferas en que reina soberanamente el sistema. Viéndose parte de un mecanismo poderoso, el alemán encuentra superior sentido a su existencia. En la vida privada, aquel imponente sujeto no se halla a sí mismo, es —según nuestra cruda y popular expresión— "un don nadie"; desconectado de su servicio, no tiene más significación que la pieza separada de la máquina. La vida privada y familiar es, de esta suerte, un lamentable paréntesis en la vida pública del funcionario. Puntualmente lo contrario es lo normal en otros pueblos, cuyos individuos sólo viven a plenitud en las horas en que, libres de la servidumbre del trabajo, oficial o no, pueden hacer su individual voluntad y —como dice otra de nuestras frases, cargada de díscola humanidad— "campar por sus respetos". Estas gentes se sienten plenamente humanas cuando su voluntad es libre. El alemán se considera alzaprimado en su dignidad cuando su voluntad individual sirve disciplinadamente a la voluntad impersonal del sistema.

La suprema maquinización del hombre ocurre en el ejército. Allí es el hombre *material* de guerra, ni más ni menos que los demás pertrechos necesarios a cualquier unidad combatiente; y aun creo que los alemanes inventaron la denominación de "material humano" aplicada a la sufrida carne de cañón de los soldados. En el ejército, cada alemán se encuentra a su gusto, fundido y como espiritualmente disuelto en la más perfecta de las organizaciones. ¿No fueron estos sentimientos los que movieron a decir a un helenista insigne, Wilamowitz-Möllendorf, que el grande orgullo de su vida no reposaba en haber escrito obras notables sobre las letras y la civilización de los griegos, sino en haber sido sargento del ejército alemán cuando la guerra franco-prusiana del año 70?

Por diversos caminos puede un gran talento convertirse en una gran desdicha, y el caso de Alemania es prueba

concluyente. Los enormes talentos alemanes para lo abstracto, general y sistemático constituyen la tremenda desdicha de ese pueblo, por cuanto se oponen al conocimiento —¿no fuera más exacto decir al sentimiento?— y apreciación de lo concreto, de lo real, de lo viviente. Mefistófeles, sagaz tentador del alma germánica de Fausto, y en quien el poeta parece haber recogido las esencias antialemanas del espíritu del hombre, abre el proceso de la oposición vida-ciencia en términos que sobrecogen y penetran: "*El que quiere conocer y descubrir alguna cosa viviente, procura ante todo extraer de ella el espíritu; entonces tiene en su mano las partes; lo único que falta, ¡ay!, es el lazo espiritual que las une*". Me desplacería con singular viveza si alguien pudiera suponer que pretendo estúpidamente oponerme al cultivo de esos talentos o al de las actividades en que ellos se emplean. Pienso, muy al contrario, que el valor de la ciencia está por encima de cualquier duda; y en cuanto a la filosofía, vivimos en una de las épocas que más la hayan necesitado. Si nuestro tiempo, de extremosa especialización, no ha de perder por completo toda noción de la unidad de la cultura y del sentido general que la anima, ello sólo puede ser obra de la filosofía, y de la poesía, las cuales tienen ante sí la responsabilidad de preservar la unidad espiritual del hombre contemporáneo y del que adviene, enfrentándose a la progresiva mutilación de las almas y a su conversión en puros mecanismos parciales, inconscientes de lo que significa la obra que ejecutan. El riesgo estriba en la exclusividad de los mencionados talentos, en su avasalladora extravasación sobre la vida entera, y en la ausencia de aptitudes más dilatada y elementalmente humanas. Para determinar los talentos que con raro vigor se destacan en los alemanes, he atendido a los frutos culturales en que ellos se adelantan y superan a los otros pueblos. Por un arbitrio inverso, es decir, por la consideración de los territorios en que la gente alemana no ha descollado, quizá sea posible señalar los rasgos negativos de la raza, las ausencias que poderosamente gravitan sobre su destino.

No es, en mi opinión, arbitrario atribuir a los alemanes una notable inapetencia por lo concreto, pues ella se ma-

nifiesta meridianamente si se mira a los campos en que fueron estériles o poco fecundos. Esa rara inapetencia constitucional nos lleva a comprender, según me parece, la poquedad de Alemania en las artes plásticas, que tradicionalmente son las artes de la vida concreta y expresada en formas concretas. Los nombres de Durero y de Holbein pudieran ofrecerse como irrebatibles argumentos en contra de tal apreciación. Conviene, por lo tanto, recordar que Durero y Holbein son bávaros, esto es, alemanes meridionales, y es sabido que los bávaros fueron, en el seno de la comunidad germánica, algo así como los andaluces o los provenzales de Alemania. Quien unificó a la nación alemana en su espíritu actual fué Prusia, y de Prusia proceden en lo fundamental los rasgos más acusados y diferenciales del genio alemán moderno. Los riesgos que para la vida espiritual alemana implicaba el unilátero predominio de Prusia los vió, y se anticipó en temerlos, un gran alemán no prusiano, Goethe, quien en cierta ocasión dijo: "*Apenas sé de ningún hombre tan delicado como Zeller. Pero no hay que olvidar que ha pasado casi medio siglo en Berlín, donde habita una clase de gente tan osada, que no se les puede tratar con delicadeza; hay que tener las uñas afiladas y ser a veces algo brutal para poder defenderse*". La unidad alemana debajo del predominio prusiano parecíale a Goethe poco deseable; y, sin embargo, la unidad no iba a ser posible de otro modo, según dejaron prever los triunfos y la gloria de Federico el Grande. "*Es un error pensar* —decía— *que la unidad de Alemania ha de consistir en que forme un gran imperio con una sola gran capital y que esta capital sirva mejor para fomentar el desarrollo de los talentos individuales, como así también el bienestar de la masa*". Delicadeza y fina sensibilidad para las cosas de la vida no son cualidades prusianas, y Prusia ha contribuído por manera decisiva para que tampoco lo sean alemanas. Inapetencia, indelicadeza y desamor para lo concreto —y la vida es siempre concreta e individualizada— apagaron en el espíritu alemán el interés por la representación artística de lo concreto, y las artes plásticas, en consecuencia, cayeron en descuido y penuria.

Otro importante indicio del despego que los alemanes sienten por la asistemática pululación de lo viviente concreto, es la ausencia en su literatura de grandes novelistas. La novela moderna es una floración cuyas raíces buscan, para nutrirse, el suelo jugoso de la realidad, y en su conjunto constituye un acto de humildad ante la vida real, acto que concluyó en la consagración de la realidad por el arte. Si ese tipo de novela es el género literario del siglo XIX, y durante esa centuria florecen en todas partes los más famosos maestros del género, ¿por qué Alemania permanece a la orilla de la corriente sin apenas mojarse los pies en ella, o, lo que es igual, con una participación tan escasa que trasciende muy poco al resto del mundo? Pues resulta propósito vano querer destacar nombres alemanes que en el ámbito de la novela puedan parangonarse con los que brindan Rusia, Inglaterra, Francia y la propia España. Es innegable que Alemania ha tenido en el decurso del último siglo temperamentos artísticos de enorme robustez; pero es lo interesante que esos mismos temperamentos buscaron, para expresarse, una actividad creadora más filosófica que literaria, como hallamos que sucede con Schopenhauer y Nietzsche, aunque en el segundo la parte del artista impresiona con frecuencia más que la parte del pensador. Los dos vieron en la creación filosófica una especie de creación poética, un modo de expresar lo subjetivo e íntimo por medio de construcciones conceptuales, las cuales en determinados momentos revisten formas alta y puramente poemáticas. Fué preciso que la vida real sacudiese con desusada fiereza al pueblo alemán para que los temperamentos literarios pusieran en ella su atención. La gran guerra de 1914 produjo, efectivamente, por algunos años un movimiento de donde surgieron multitud de novelas anchamente difundidas algunas por todo el mundo. Mas la realidad que en aquellos días descubrieron los escritores alemanes era una realidad dolorosa, horrible, humillante, más adecuada para mover a la fuga que a la adhesión. Tomás Mann cuenta, entre otros merecimientos, con el de la excepcionalidad. Novelas del tipo de *Los Budenbrook* son, según creo muy escasas en Alemania.

Las frases de Goethe que líneas arriba he reproducido descubren paladinamente una mengua del carácter teutónico: la especial y característica falta de tacto en la relación con las gentes. El pueblo que instituyó la psicología como ciencia y que, en el dominio científico, ha profundizado sutilmente en las actividades psíquicas del hombre, no posee, en cambio, el sentido de la realidad psicológica individual y viviente que es cada ser humano. Pero es ese sentido el que informa el comportamiento con las demás personas, sean individuales o colectivas, sujetos singulares o pueblos. Se me figura que la conducta diplomática exterioriza en tono mayor el concepto que cada nación tiene de la estructura y calidad espiritual de las otras. La diplomacia alemana ha adquirido cierto renombre de torpeza e insensibilidad para algunos elementos que cuentan mucho en las relaciones entre pueblos. La diplomacia inglesa, y también la francesa, han operado siempre, en opinión de los versados, con factores psicológicos, utilizándolos como decisivos coadyuvantes de los económicos y militares. La diplomacia alemana parece haber preferido casi de continuo el contundente respaldo de la fuerza. Es indudable que cualquier representación diplomática se beneficia del poderío militar de su país, y que en la medida que el tal poderío se acrece, se acrece paralelamente la autoridad y el influjo de dicha representación. Mas una diplomacia que apoya su crédito principalmente, o casi exclusivamente, en la fuerza, no es raro que hiera sentimientos y susceptibilidades, que provoque y despierte rencores y resentimientos, en lugar de la aproximación gustosa y de la simpatía, obra maestra de la diplomacia dotada de sentido y tacto psicológicos. Alemania ha hecho de la fuerza un absoluto y alemanes son quienes han elaborado una doctrina filosófica y científica de la fuerza. La teoría, una vez más, aplasta a la vida y hace imposible la amistosa convivencia entre los hombres.

En la natural proclividad del alemán a la rigidez cuasimecánica reside, a mi ver, la causa de la proverbial pedantería alemana. Solemos dar a la palabra pedantería significados muy diversos, y no es insólito oírla aplicada al presuntuoso o fatuo. Pero el auténtico pedante es el

hombre espiritualmente sistematizado, el que cree haber captado el universo en un sistema y con ingenuidad se reputa en posesión de su sentido y de su valor. Para éste no hay arcanos y por eso dogmatiza o, al menos, habla con doctoral empaque. Pangloss es la genial caricatura del pedante teutón. En su espíritu el sistema puede mucho más que las acres lecciones del mundo, y aun éstas son cómicamente absorbidas por aquél y a pesar de todo. El concepto de la propia superioridad, que hoy ha tomado relieve inaudito en las mentes alemanas, es posible que surja de dos orígenes contrapuestos. De una parte no sé hasta qué punto no pueda ser consecuencia de un reprimido complejo de inferioridad. Los alemanes perciben, en el trato con los demás pueblos, cierto regusto de antipatía; buena razón para que se interrogasen a sí mismos y buscasen en su propia idiosincrasia las probables causas de la desafección. Pero no; en vez de hacerlo así, en lugar de auscultarse con cuidado, por si alguno de sus defectos pudiera ser el motivo causante, les ha halagado pensar que son precisamente sus virtudes las que ponen al mundo en recelo y frigidez. Max Scheller nos ha explicado por extenso que la aludida antipatía es fructificación amarga de la envidia, ya que el mundo envidia a los alemanes su enorme y eficiente capacidad de trabajo. Es, sencillamente, el rencor de los inferiores hacia el super-pueblo. De otra parte, puede ser el desaforado orgullo racial consecuencia del éxito. Rápidamente los germanos se adelantaron al resto de los hombres en ciertos aspectos, y en algunos lograron indiscutible supremacía. ¿Cómo se explica el sorprendente fenómeno si no es pensado en una superioridad indudable de la raza? Reconozcamos imparcialmente que tal superioridad existe, en efecto, por lo que respecta a determinados talentos y aptitudes; pero frente a ellos descubrimos también evidentes inferioridades de la estirpe germánica, y algunas particularmente nocivas hemos apuntado en los anteriores renglones. Mas aquí funcionó, como suele, la natural inclinación alemana a eliminar lo que resulta en menoscabo —siquiera sea teórico— de sus méritos y a generalizar hasta lo absoluto los datos positivos, de donde resultó que una superioridad parcial

y, según creo, histórica, fué elevada a la categoría de superioridad total, absoluta y constitucional. Así se produjo una super-autovaloración interesada, errónea y de extremada peligrosidad. Ni siquiera, al parecer, se detuvo allí nadie a pensar en si las cosas para que están ventajosamente dotados los alemanes son, en definitiva, las que más valen en la vida del hombre y en el comercio humano. Este problema había encontrado ya solución convincente en el espíritu del gran alemán que apeteció más la vida que el sistema. Me refiero de nuevo a Goethe, cuya existencia, examinada al trasluz, ofrece todos los indicios de una lucha sin desmayo contra ciertas espontaneidades típicamente alemanas —aquellas que, sin duda, le parecían más nocivas en su gente —arraigadas con fuerza en su alma. No es Goethe, por cierto, el único alemán universal a quien podemos acudir en demanda de luces para penetrar en los bastidores más retirados del espíritu de la raza. Heine es también opulento en observaciones y en geniales atisbos de ese género, y si prescindo en estas breves notas de utilizar su obra, es sólo al intento de evitar que alguien, con el menor asomo de razón, pudiera discutir su validez documental pretextando que emanan de un hombre no alemán por la raza y en quien actuaban no únicamente diferencias constitutivas, sino también obscuros resentimientos ancestrales. La germánica alemanidad de Goethe se halla, en cambio, fuera de toda sospecha, y por eso acudo a él con frecuencia como el más autorizado explorador de las intimidades de su pueblo y a la vez altísimo exponente de sus cualidades. En la exclusiva dedicación de los mejores hombres del país a la especulación abstracta veía Goethe un mal y una amenaza para el futuro espiritual alemán. En diversas coyunturas mostró el deseo de ver como, al fin, se abandonaba el camino de la creciente mecanización de las almas por el cultivo ritual del sistema, para inclinarse con más solicitud a lo humano libre y espontáneamente vivo. "*Esperemos a ver* —decía— *si dentro de un siglo los alemanes hemos dejado de ser sabios y filósofos abstractos y hemos llegado a ser hombres*". De inmediato se advierte que, según él, la sistematización de las mentes es la deshumanización del hombre. Ese fué el

grande y persistente motivo de su obra y de su vida. Mas a pesar del continuado esfuerzo que el genial creador opuso a las vertientes alemanas de su ser, la victoria no le asistió por completo. Siempre pervivieron en él algunos rasgos inconfundibles de puro y estricto alemanismo. Señalemos, desde luego, su rigoroso sentido de la jerarquía y del orden, a tal punto llevado que en la *Campaña de Francia* nos confiesa parecerle preferible cometer una injusticia a soportar un desorden. Y en su porte exterior, destacábase la rigidez o *tiesura* con que andaba. Por dentro y por fuera, en este alemán asistemático y vital, se manifiesta —involuntaria e inconteniblemente— la rigidez de lo mecánico. Su frecuente mal humor —desconcierto de biógrafos, en aquel dilecto de los dioses— era quizás el mal humor del vencido y humillado.

Hay en el alma germánica algo que parece tender con inexorable rigor a evitar o reprimir los libres movimientos del espíritu, algo que parece incompatible con esos creadores impulsos que dan su valor único a las existencias individuales. Y no es sino muy natural que la sensibilidad del poeta, es decir, del hombre en quien el universo todo se individualiza, perciba con genial clarividencia los riesgos acumulados a fuerte presión en el alma alemana. Los percibió Goethe y los adivinó Rubén Darío, quien escribió hace más de sesenta años estas palabras que merecen ser recordadas: "*Los sudamericanos que meditan sobre la verdadera grandeza de los pueblos, los hombres de buena voluntad, no se hacen ilusiones sobre la virtud y la grandeza del alma alemana*".

No pienso, pues, por cuanto queda apuntado, que sea *barbarie* lo que puede atribuírseles a los alemanes. Es algo muy diferente y para cuya denominación aproximada no encuentro otra palabra que la de *atrocidad*, quiero decir una manera de proceder deshumanada y rectilínea, análoga a la del mecanismo. En tal sentido, me parece el alemán un pueblo *atroz*, un pueblo para el cual lo catastrófico no es límite, ni siquiera obstáculo, sino cosa normal y previsible cuando se trata de servir a un sistema. Lo que el sistema exige ha de ser hecho de cualquier manera, y si es preciso "a sangre y fuego" de acuerdo con la fórmula

que le sirvió a Bismarck para hacer el imperio. Otros dirán que el fin justifica los medios; los alemanes creen que el sistema no sólo lo justifica todo, sino que aun a lo más atroz le confiere una especie de *sacreidad* monstruosa. Es un pueblo desmesurado e inarmónico. No conoce el equilibrio que los franceses supieron realizar entre lo racional y la vida plena y real del hombre; ese equilibrio que el pueblo francés logró poniendo a partes iguales racionalismo y arte de vivir, inteligencia para lo inteligible y sensibilidad para lo sensible. No conoce tampoco el equilibrio interior que los ingleses han logrado por la nivelada alternativa de pensamiento y acción. "*Si los alemanes tuviésemos, siguiendo el modelo de los ingleses, menos filosofía y más actividad, nos habríamos salvado*", decía también Goethe. Hoy, el pueblo de los absolutos se ha lanzado desbocadamente a la actividad y ha eliminado la filosofía y el pensamiento mismo.

La ruptura con el mundo de la realidad flúida y asistemática, pero viva, jugosa e inagotable, puede ser la causa de que algún día muera Alemania del mal de sistema. Si la muerte no sobreviene en el trance actual, sobrevendrá en otro parejo, a no ser que el mundo, con todos los recursos que para el caso le sean útiles, emprenda con tiempo y energía la gran tarea de reeducar al pueblo alemán. Es preciso y urgente crear en él el sentimiento de lo concreto, de modo que abstraiga y generalice cuanto quiera, pero sin que llegue a las tremendas obsesiones que le convierten, en trágicos momentos, en un pueblo de alucinados peligrosos. Tiene que ser reeducado, y el más eficaz procedimiento de ortopedia mental que, por de pronto, debe aplicársele, es *la derrota,* lección dolorosa y acerba, pero en el caso alemán necesaria y posiblemente redentora. Si ese pueblo se desmecaniza y humana, será gran fortuna para el mundo, dada su inmensa y fecunda aptitud para el trabajo. Porque es terrible paradoja que el talento sistematizado y organizador desemboque periódicamente en catástrofes universales, en vez de ser un bien de inapreciable utilidad común.

CARTAS DE STEFAN ZWEIG A JULES ROMAIN

La muerte voluntaria *de Stefan Zweig y de su joven esposa, la dulce y encantadora Lotte, ha sido una de las mayores pruebas de mi vida, uno de los desgarrones más crueles y de más difícil compostura que se han producido en mi "universo". Stefan Zweig era una de las cuatro o cinco personas por quienes tenía a la vez estima y afecto mayores. Algunas de nuestras amistades, de nuestras admiraciones, de nuestras creencias y convicciones principales nos eran comunes. Nuestros sueños de juventud habían sido muy afines. Habíamos depositado en el siglo incipiente el mismo género de confianza, y los mismos desengaños uno a uno nos habían ido lastimando, sin arrebatarnos por entero nuestro valor. Un porvenir en el que Stefan Zweig no ha de estar presente me parece de todos modos hendido por una grieta de melancolía; y no poder de cuando en cuando comentar con él su espectáculo será para mí una privación esencial.*

En el estudio que le consagré, dije, al tiempo que elogiaba al escritor, cuán juicioso era y qué placer de cordura procuraba su conversación. Lo que no dije, lo que siento no haber dicho mientras se hallaba en vida, es qué amigo bueno, leal y afectuoso sabía ser, es qué noble concepto, grande y antiguo, tenía de la amistad.

Pero la muerte de Stefan Zweig ha sido también para el mundo uno de los acontecimientos espirituales más graves y una de las advertencias más significativas que han ocurrido en estos recientes años. Peor para el mundo si no lo ha comprendido así. Sé que muchos han comprendido.

Para éstos sobre todo he resuelto publicar las cartas de Stefan Zweig transcritas a continuación y que se refieren al último período de su vida. Dan una idea familiar de

su persona. Esclarecen las andanzas de su espíritu y de su corazón en el seno de una época espantosa. Contribuyen a explicar su muerte.

Para comprender bien su ilación, así como para que no den lugar a extrañeza sus lagunas, son necesarias algunas explicaciones.

Llegamos a New York, mi mujer y yo, procedentes de la Francia invadida, el 15 de julio de 1940. Tuvimos la grata sorpresa de encontrar allí a Stefan Zweig y a su mujer llegados asimismo pocos días antes de Inglaterra, donde tenían su casa, en Bath, junto a la costa oeste. Era en efecto una sorpresa; porque cinco semanas antes, en vísperas de dejar nuestra casa de Grandcour, en la Turena, habíamos recibido allí una carta de Zweig, fechada a 1º de junio en Bath, en la que nada nos decía de un viaje próximo.

Por lo demás sólo estaban de paso en New York. Iban a América del Sur donde Zweig debía efectuar un viaje de conferencias. Partieron poco después.

Durante este circuito del segundo semestre de 1940, que le dejaba escasos ocios, Zweig no me escribió sino breves tarjetas y la carta que aquí se reproduce. (Núm. 1).

Regresaron a los Estados Unidos a primeros de enero del 41, y se establecieron en seguida en New Haven, al norte de New York, sede de la universidad de Yale. Pensaba Zweig que tendría necesidad, para su trabajo, de la biblioteca de la universidad, una de las más ricas del mundo. Pensaba necesitar también cierta soledad —lo que era quizá un error— y juzgaba que la encontraría más fácilmente en New Haven que en New York, en lo que no se equivocaba.

Stefan Zweig y su mujer, bastante quebrantados por el invierno transcurrido en el frío húmedo de New Haven, volvieron de nuevo a instalarse en New York a comienzo de la primavera, permaneciendo allí hasta fines de junio.

Durante todo este período de New Haven y de New York no correspondimos entre nosotros sino por telegrama o por teléfono puesto que nos reuníamos a menudo y juntos pasábamos largas horas. Hasta se interesó vivamente,

con un celo que en estas materias no le era habitual, en la fundación del Pen Club europeo de América (que debía levantar entre cierta gente de mala fe y de peor voluntad tantas querellas absurdas). Sacrificó su afición a la soledad para tomar parte en numerosas reuniones del comité donde prodigó los más útiles consejos.

A fines de junio, Zweig, presa de un inmenso cansancio —que me pareció brusco y misterioso— dejó New York por un pueblecito de la zona norte, Ossining, anunciando que iba a pasar allí los días estivales. Fuimos a verle el 13 de julio, antes de salir nosotros también hacia la escuela francesa de Middlebury, en el Estado de Vermont, donde nos esperaban, y luego hacia el Canadá. Nos impresionó sobremanera el cambio operado en Zweig en tan cortas semanas. Física y moralmente, daba la impresión de un hombre roto. Lotte también se hallaba muy melancólica. El nos anunció que había modificado una vez más sus planes y que en lugar de pasar el verano en la linda casa de Ossining donde residía, pensaba marcharse de nuevo a Sudamérica. Para después sus proyectos eran vagos. No podía decirme con certeza cuánto tiempo permanecería allí. Nuestra separación podía ser larga, a menos de que también mi mujer y yo hiciéramos el viaje a Sudamérica, a lo que nos animaba. Procuré confortarle lo mejor que pude. Cambiamos grandes adioses repitiéndonos que de un modo o de otro nos las compondríamos para volver a encontrarnos pronto. "Haré que le inviten para dar allí conferencias", me decía. No sabía al separarme de él que no volvería a verle más.

Sin embargo tanto me había impresionado su aspecto que le escribí poco después una carta particularmente larga y afectuosa, que recibió en Rio y a la que contestó con la aquí transcrita del 2 de septiembre. Premedité también darle una amistosa sorpresa con motivo de su sexagésimo aniversario, que debía ocurrir el 28 de noviembre de 1941 y cuya idea sabía yo que le preocupaba. Me puse de acuerdo con el editor americano de Zweig y mis editores franceses de New York a fin de que apareciesen al mismo tiempo en forma de dos folletos primorosos, el texto francés

y la traducción inglesa del estudio que sobre él había escrito y para que los recibiese en Rio el día de su cumpleaños. Lo que se realizó según lo atestiguan su carta de 28 de noviembre y la esquela de Lotte.

Continuó nuestra correspondencia con la lentitud impuesta por la dificultad de comunicaciones.

También nosotros habíamos dejado New York para llegarnos a través de los Estados del Sur hasta Florida, después a La Habana, más tarde a New Orleans. Al saber que nos disponíamos a pasar una temporada en México, Zweig se decepcionó un poco pensando que esto impediría o retrasaría nuestra reunión en el Brasil.

El lunes 23 de febrero a las siete de la tarde, una semana después de llegar a México, Alfonso Reyes me telefoneó para decirme que acababa de enterarse por la redacción de un periódico de la muerte de Stefan Zweig y de su mujer en Petrópolis. No sabía nada más. En mi dolor pensé en seguida que debía tratarse de una muerte voluntaria. Carecimos de detalles hasta el día siguiente.

Siete días más tarde, a la misma hora, recibí la última carta de Zweig. Me la había escrito el 19, cuatro días antes de su muerte y sólo dos antes de iniciar sus preparativos (según el relato que de ella me ha enviado Claudio de Souza). He leído esa carta más de treinta veces. No adivino si, al escribirla, se encontraba ya decidido a morir. ¿Vacilaba aún? ¿O retuvo, por un supremo pudor de amistad, su confesión?

He adjuntado a ciertas cartas de Stefan Zweig las cortas esquelas de Lotte que las acompañaban, y que se dirigían por lo común a mi mujer. Estas esquelas, además de revelar un poco el alma encantadora y melancólica de Lotte añaden algunas indicaciones sobre la atmósfera cotidiana que, para los amigos de Zweig, han de ser preciosas.

El texto original de estas cartas y esquelas está en francés.

J. R.

1

Rio de Janeiro
(c/o.. Editora Guanabara.
132 rua Ouvidor).

(Sin fecha. Probablemente de principios de octubre del 40)

Mi querido amigo, regreso en este momento en el avión de Buenos Aires donde (y en el país) he dado una serie de conferencias. Nada quiero decirle hoy sino informarle de la sensación enorme producida por sus artículos en la "Prensa". Todo el mundo habla de ellos, todo el mundo los discute y le esperan a usted allí. No admiro por mi parte menos la manera clara, inteligente, penetrante de estos recuerdos que valen por sí solos más que todas las avalanchas de los pretendidos expertos en política. Le felicito de todo corazón.

No sé cuándo volveré a New York —me encuentro bien en el Brasil, porque puedo por fin recogerme y reanudar mi trabajo. Empiezo a olvidar que tengo casa, libros y notas al otro lado del océano. Hay que volver a empezar— ¡y ya por tercera vez!

Todos mis afectos a su esposa y de todo corazón su viejo amigo

Stefan Zweig.

2

The Wyndam
42 West 58th. Street
New York.

11 Agosto 41.

Queridos amigos, hemos resuelto partir (en primer lugar para Rio de Janeiro, c/o. Editora Guanabara, 132 rua Ouvidor) el 15 de agosto. Me encuentro sumamente decaído. No sólo por causa del trabajo —he concluído ya casi la autobiografía— sino por toda suerte de depresiones psíquicas, sobre todo por la incertidumbre de mi posición;

y tal vez nos sea posible preparar en ese lugar una inmigración si preferimos continuar allí durante la guerra. Este sentimiento de no saber qué hacer nos apesadumbra desde hace meses. Por una parte fuera locura volver a Inglaterra donde moralmente soy para ellos un extranjero y todavía un poco el antiguo "alien enemy"; por otra parte vivir en el extranjero sin la posibilidad de radicar en algún sitio crea no pocas dificultades —mi posición se hace cada día más absurda. Ya sé que la suya no es fácil tampoco en relación con Francia, pero por lo menos se encuentra usted más libre. Me agrada vivir allí, mas tendré que aprender una lengua extranjera y echo de menos amigos como usted; y no hay libros, bibliotecas. Todo ello es muy sombrío sobre todo con 60 años encima, cuando se requiere descanso y un hogar propio.

Me ocuparé inmediatamente —y ya por razones egoístas— de la posibilidad de conferencias allí. Ahora está acabándose la temporada pero para abril, mayo y durante todo el verano existirán excelentes condiciones a su disposición en la Argentina, Brasil, Uruguay. ¿Es lícito pensar y hacer proyectos para esas fechas? Ya lo veremos.

Ahora quiero dar las gracias a ambos por toda la buena amistad que nos han demostrado y desearles las mejores cosas. Tengo la certeza de que un día —acaso no muy lejano— han de poder volver a Francia, y América no habrá sido para ustedes sino un episodio. Yo ya no tendré patria nunca y lo provisional parece convertirse para mí en definitivo.

Mil afectos de su,

Stefan Zweig.

2 bis

(Carta que acompañaba a la anterior)

New York, agosto 11, 41.

Queridos amigos,

Parece que saldremos el viernes por la noche —no nos atrevemos todavía a darlo por "seguro" y estamos más

bien contentos de trasladarnos al Brasil. Los amigos, los libros nos faltarán allí, pero espero que fuera de esto en el Brasil nos encontraremos perfectamente. Hemos regresado ya a New York porque tenemos muchas cosas que arreglar, que disponer, que pedir. ¡Qué lástima que no hayan ustedes regresado aún! Esperemos, pues, que vengan ustedes a América del Sur el año próximo o que podamos volver nosotros aquí. Escríbannos de todos modos de cuando en cuando, ya saben la alegría que hoy produce encontrar una carta de los amigos entre la correspondencia.

Mis mejores afectos

Lotte Zweig.

3

2 sept. 41. *(De Rio de Janeiro)*

Queridos amigos, les doy las gracias de todo corazón por su buena carta y por los sentimientos de amistad que contiene. Ya sé que estaba deprimido aunque no sin razón. Mi situación es sumamente complicada y anormal: mis libros han dejado de existir en su lengua, he tenido dos meses por junto una nueva "patria" en la que soy un completo extranjero; allí se quedó todo lo que poseía, mis libros también y mis manuscritos y estoy seguro de no poder volver jamás. Y esta vida nómada, sin libros, sin derechos, sin seguridad, nos abruma; y ante todo, impide, con las mudanzas continuas, la concentración necesaria. Tengo ya casi 60 años y me será duro volver a empezar en los venideros, y me atormenta mucho esta incertidumbre perpetua —además he sufrido todo género de dificultades personales y mi carácter propende más bien al pesimismo. Necesito cierta tranquilidad para la concentración. Ahora deseamos alquilar una casa en Petrópolis para medio año, donde vivir una vida retirada. Se siente uno aquí más lejos de Europa —en el buen sentido de que se siente menos su agonía, en el mal sentido de que se está

más aislado, sin sus amigos, sin libros. Voy a terminar aquí mi autobiografía, esta vida histórica que ha vivido nuestra generación con sus esperanzas y sus decepciones. ¿Y después?. . . Aun no sé nada. Es preciso ante todo recobrar el equilibrio y luchar contra la fatiga moral que se ha apoderado de mí en estos últimos meses —soy más europeo de lo que creía. En cuanto a su viaje de ustedes y a las conferencias pronto recibirán noticias nuestras. Escribiré a mis amigos de Buenos Aires, y de cualquier modo se pueden organizar dos conferencias, aquí y en Sao Paolo. Es éste un país tranquilo, de vida sensiblemente más cara, el nacionalismo en gran progreso. . . En suma, me encuentro mejor aquí; no echo de menos sino la atmósfera intelectual, los alicientes artísticos y sobre todo amigos como ustedes dos. De todo corazón su

Stefan Zweig.

3 bis

(Carta que acompañaba a la anterior)

Rio, 2 sept. 41.

Queridos amigos,

Gracias por su buena carta que acabamos de recibir y estén seguros de que haremos cuanto nos sea posible para que puedan ustedes venir a Sudamérica. Hemos visto hasta ahora a poca gente y procuramos rehuir todas las invitaciones. Estamos buscando una casita amueblada en Petrópolis para pasar allí los próximos meses. Hasta diciembre estará aquello muy tranquilo y cuando empiece la temporada nos complacerá probablemente disfrutar de alguna compañía. Petrópolis estará bien para trabajar y como las comunicaciones son buenas podremos bajar a Rio en cualquier momento.

Espero que habrán pasado ustedes buenas semanas en el College y en el Canadá y que se encontrarán descansados.

Con mis mejores afectos

Lotte Zweig.

4

Petrópolis, Brasil
29 Sep. 41. 32 rue Gonçalves Dias.

Queridos amigos, hasta en nuestra soledad aquí oímos que ha habido discusiones a propósito del Pen Club y no necesito decirles cuánto siento que, como recompensa a ese enorme trabajo que se han impuesto, sean ustedes blanco de nuevos ataques. Conocen ustedes mi desconfianza por cuanto se realiza en común —fastidia ver hasta qué punto la mayoría de la gente es mezquina o esclava de su vanidad. Espero que no tomen estas cosas demasiado a pechos— son ustedes dueños de sí mismos y de su trabajo, lo único decisivo en esta vida.

Como conozco su amistoso afecto hacia nosotros me complazco en participarles que nos encontramos aquí muy contentos y casi felices. La vida es tan apacible, tan perfecto el paisaje, tan simpática la gente que hasta he olvidado casi las contrariedades personales que sufría y que de hecho no han disminuído, pero que por milagro han dejado de interesarme desde que estoy aquí. La distancia transforma todos los valores y hoy, cuanto más lejos se está de la guerra, de la época, de la necedad de los hombres, más libremente se respira. Podría tal vez animarles a venir en la primavera en viaje de conferencias—pudiendo arreglarse las de la Argentina por mi agente allí, persona de alta probidad y digna de toda confianza.

En cuanto a mi trabajo: corrijo mi autobiografía que me agrada bastante y de la que mi viejo amigo y editor Huebsch parece muy complacido. Además he escrito —casi— un cuento corto, pero no para el gran público, sino más bien para los aficionados y fanáticos del ajedrez; creo que inaugura el género. Todos nuestros afectos para ustedes dos

Stefan Zweig.

4 bis

(Carta unida a la anterior)

Petrópolis, 29.9.41.

Queridos amigos,

En este lugar lejano se vuelve a tener tiempo de escribir y se aprecian más que en una gran ciudad las cartas amistosas. Espero, pues, que pronto recibiremos noticias suyas y tengo curiosidad por saber si van ustedes a abandonar verdaderamente New York para dirigirse hacia el sur o hacia el oeste.

Estamos muy contentos aquí y sobre todo Stefan se siente muy bien. Tiene todo —o casi todo— lo que necesita, un pequeño apartamento (un bungalow) con una gran terraza cubierta, con una hermosa vista hacia las montañas, tres pequeños cafés al otro lado de la calle, gran cantidad de autobuses para este pueblo y para Rio, ocasión de dar magníficos paseos y sobre todo una tranquilidad absoluta para el trabajo. Para mí la vida es un poquito más difícil en este momento puesto que debo explicar en mi pobre portugués a una sirviente que no sabe nada de cocina lo poco que yo sé. Mas ya va esto mejor y el contraste enorme entre una casa en los Estados Unidos y aquí (Petrópolis, como ciudad veraniega, es infinitamente más pequeña que Rio) resulta muy divertido. Allí la sirviente de Ossining no sabía hacer la cocina sin "cans" y la de aquí los ha visto ahora por primera vez. La de Ossining no salía sino en automóvil y ésta se quita sus zuecos antes de entrar en los cuartos y me trae flores. A pesar de estas explicaciones caseras las faenas domésticas me llevan poco tiempo, trabajo para Stefan y le hago compañía en el ajedrez, en los paseos y en los innumerables cafés.

Confío tener noticias de que todo marcha para ustedes perfectamente y de que su trabajo continúa sin interrupción. ¿Cuándo recibiremos su nuevo libro? Lo esperamos con impaciencia. Amistosos afectos,

Lotte Z.

5

Petrópolis, Brasil
28 octubre 1941. 34, rua Gonçalves Dias.

Querido amigo, nada hemos sabido de usted salvo esa declaración que me ha inquietado porque revela que ha tenido usted que hacer frente a todo género de ataques. Amigo mío, nadie puede comprender nuestra situación y sólo nosotros sabemos hasta qué punto los demás se simplifican la vida concentrando todos sus pensamientos en su propio interés, empleando frases vagas sin hacer nunca el menor esfuerzo. Me vió usted tan oprimido en Ossining; puedo, pues, comprender todo lo que este maldito tiempo exige de nosotros; aquí recupero un poco mis fuerzas después de este breakdown. Usted tiene al menos su lenguaje, su público, mientras que yo me siento como Keats que hizo escribir sobre su sepulcro "written in water" — pero hay que acostumbrarse a todo y leo aquí a Montaigne como un descubrimiento; algunos autores sólo se revelan a nosotros a cierta edad y en momentos escogidos. He terminado mi autobiografía que es, así lo espero, un libro lleno de colorido, y ante todo un libro honrado que da testimonio de nuestro combate desde 1910 y ¡ay! también de nuestra derrota — me siento aliviado. He dado en todo caso cuenta de mi vida, a la que temo que ya no le quede mucho de resplandeciente ni de heroico que añadir. Mi crisis interior consiste en que no puedo identificarme con el yo de mi pasaporte, del destierro, del yo-no-sé-dónde, escritor sin su público, Coriolano que aborrece el país sobre el que escribe y utiliza el lenguaje, verse sin derecho de estar en parte alguna, un cúmulo de contradicciones en vez de la antigua unidad. Su posición de usted es asimismo complicada, mas sin embargo, usted se sostiene sobre sus propios pies dondequiera que camina, y es usted un esforzado andarín, tiene usted fortaleza interior. Sólo temo por su risa franca —creo que se necesitará mucho tiempo y muy buenas noticias para volverla a encontrar. Le echo mucho de menos. Vivimos en una soledad abso-

luta y pasamos semanas enteras sin ver a nadie y la falta de libros se deja a veces sentir (no hemos recibido todavía el 20 volumen). Tal vez se embrutezca uno un poco aquí, tal vez la concentración y la lectura sólida (Shakespeare, Homero, etc.) den buenos resultados. De todos modos, aquí se vive lejos y siento que esta cura de silencio me era necesaria. Demasiadas cosas me esperan todavía y buena necesidad tendrá uno de sus nervios. Disfruto de este estar enterrado en cuerpo vivo más que de la vida en New York donde los hombres, las cosas, me parecen espectros de otra vida, y yo mismo también. No perdemos la esperanza de volver a encontrarles aquí algún día porque no pienso regresar a New York. Mi mujer se sentiría tan dichosa cerca de la suya, y cuanto más crece el mundo en fealdad mejor sienta la vista de un amigo. Su viejo

Stefan Zweig.

6

3/11/41. Petrópolis, Brasil.

Queridos amigos, hemos recibido la buena carta de Lise. Felizmente —digo felizmente para mí— ignoro los detalles, pero conozco de sobra la cobardía de las gentes y su malvado júbilo al ver cómo atacan a los demás. Amigo mío, espero cosas semejantes el mejor día y sé cuanto se padece de náusea personal en una época en que tenemos ya el corazón preñado de sufrimientos y de decepciones. Leo ahora a Montaigne — ¡ah! si poseyese la necesaria documentación, escribiría un libro; nada existe comparable a la libertad interior y él la tenía como muy pocos en este mundo. Es un autor tonificante, y no hay que leer más que a éstos. Tomo apuntes para una novela, habiendo terminado la biografía, pero ¡ay! me falta aquí la documentación sobre ciertos años en Austria. No puedo hacer sino el fondo con la esperanza de que algún día me sea posible añadir los detalles. Pero este aislamiento espiri-

tual es lo que pesa aquí sobre el trabajo — aun conservo caudal en mi memoria, mas se requeriría su estímulo por medio de algunos detalles.

Tengo curiosidad de saber por qué lugar se deciden. He pensado para ustedes en New Orleans, ciudad donde se come bien y que es, al par que grande, provinciana. En cuanto a mí, he renunciado a encontrar un sitio fijo — permaneceremos aquí algunos meses más, siendo lo subsecuente incierto todavía, mas no creo que abandone el Brasil; estamos ambos bastante cansados de viajar, de cambiar de dirección, de acostumbrarnos de nuevo. No hay que olvidar que hace ya siete años que llevo esta vida incierta, salvo los pocos meses en que instalé aquella casa de Bath para dejarla a los otros. De todos modos no nos perdamos unos de otros, estamos tan solitarios, como nunca en este mundo; me acuerdo de su poema "Europe", hoy. A pesar de todo, ¡cuánta esperanza se abrigaba, aún en el abismo de la última guerra! Pienso con frecuencia en Rolland y en su silencio forzoso; ¿se podrán salvar esos cuadernos de cuarenta años, la documentación quizá más preciosa de nuestra época?

Amigo mío, lamento no haber estado en New York en los días en que sentía usted interiormente el deseo de tener junto a sí algunos amigos; mas no pierdo la esperanza de que algún día venga usted también a Sudamérica. Mil afectos para los dos. Vuestro

Stefan Zweig.

6 bis

(Carta que acompañaba a la anterior)

3.11.41.

Querida amiga,

Gracias por su buena carta. Comprendemos tan bien su sentimiento en esa ocasión, y espero que, como a Stefan, el cambio completo de ambiente ha de hacerle mucho bien a su marido, así como el hecho de encontrarse

lejos de toda esa gente y de disponer del día entero para el trabajo. En este sentido llevamos una existencia ideal — tranquilidad absoluta, una casa, muy modesta y pequeña, pero muy decente y bien situada, con una hermosa vista. Estoy segura de que viajando un poco con el auto también ustedes encontrarán un rincón, hermoso y aislado, en el sur y entonces se sentirán mejor inmediatamente. Espero que su próxima carta nos dará ya buenas noticias y espero también que se arreglará su viaje a América del Sur. Se tiene todo aquí excepto los amigos.

De ambos amistosamente,

Lotte Z.

7

28 Noviembre 1941.

Petrópolis, Brasil
32 rua Gonçalves Dias.

Mis queridos amigos, en este momento en que la llamada humanidad sufre como nunca, lo que cuenta es el hombre y jamás la amistad ha demostrado su fuerza confortadora como en el día de hoy. Pueden ustedes imaginar qué alegría ha sido para mí su amistosa sorpresa. Todos nosotros nos sentimos aislados, el mundo parece un lugar en el que nos hallamos establecidos por fatal error, nuestra propia vida se nos aparece como una larga serie de yerros — mas de repente una voz fraterna nos dice: "Tranquilizaos". No todo era vano. En todos los errores y en todas faltas había algo de fecundo, algo que no realizas tú mismo pero que se ha realizado fuera de ti por la atmósfera de tu ser, mediante fuerzas secretas que han brotado de ti sin saberlo y sin el concurso consciente de tu voluntad. Su libro ha sido una hermosa respuesta y tanto más preciosa cuanto que inesperada y procedente de usted — no de un cualquiera, de un filólogo charlatán, sino de un hombre que conoce los valores, que los ha producido permanentes y visibles. Nada podría decirle más sincero

que confesarle que me he sentido hondamente conmovido. No era vanidad superficial aquello que en mí se alegraba con tal homenaje, había usted tocado a lo más profundo. Y sobre todo ha venido usted en mi ayuda en un momento muy sombrío. Nada vale más que semejante auxilio moral y amistoso. Y no tengo otro deseo ni conozco mejor deber que rendirle un desquite franco e inspirado por el mismo sentimiento de amistad; ha de llegar la hora. Mi corazón tiene una memoria excelente, mejor aún que mi cerebro. Nuestra vida se compone de verdades en muy corto número, momentos de dicha y de desesperanza y a usted debo uno de esos raros instantes que no se olvidan. Gracias con todo mi corazón.

Algún día verá usted cómo mi autobiografía confirma el fondo de lo que dice usted acerca de mí — me acuso sólo de nuestro optimismo y trato de explicarlo por la atmósfera de confianza que hemos vivido juntos; confundíamos nuestra propia buena voluntad, nuestro impulso de fraternidad más allá de las fronteras, con la disposición del mundo. ¿No éramos acaso más dichosos dentro de este error que hoy, cuando vemos con mayor justeza y claridad? A pesar de todo doy gracias a los años en que soñábamos con la fraternidad europea y cuando evocaba usted en su poema a nuestra patria Europa.

Y ahora, amigo mío, ¡he de hacer un llamamiento a su confianza! Quiero escribirle algunas frases acerca de su novela y temo que interprete usted mis palabras como un tributo lisonjero. Mas le ruego, le ruego *muy sinceramente*, créame, que cuanto le digo es absolutamente cierto y sin exageración: encuentro que, exceptuados dos o tres volúmenes, no ha dado usted en "Les hommes de bonne volonté" nada mejor que en este último. La entrevista de Allez y de Elisabeth es una obra maestra *perfecta*, de una finura, de una discreción, de una pureza moral, de una delicadeza en la acción y de una superioridad intelectual en la conversación que nadie en el mundo podría igualar. Este episodio me parece tan importante porque da a la novela, que muestra todas las formas de la pasión, la más sublime también — existe en estos momentos, me atrevo a decir, algo que infunde confianza, porque cuando se ven

hombres que pueden alzarse a tan depurada humanidad en esos mismos momentos que para los otros están fatalmente impregnados de algo embarazoso, banal, vulgarmente sentimental, siente uno ensanchársele el corazón. He leído estas páginas tres veces, en primer lugar para gustarlas más profundamente pero también como mero técnico a quien place estudiar el oficio magistral. Y le repito —*¡muy sinceramente!*— que no conozco a nadie capaz de escribir tales páginas con mano tan maestra, con oficio tan seguro, con mente tan lúcida, con corazón tan conmovido! Y no menos acabada es la descripción de Odessa, ese viaje a Rusia, que acaba de tener tan funesta actualidad (¡ay! el hambre no se hará esperar mucho en esas regiones). Ahora aparecen ya en toda su grandeza las proporciones que abraza su obra capital; ¡y con qué gozo festejaremos, nosotros los últimos hombres de buena voluntad, el día en que se termine el gran ciclo, y espero que esto ocurra antes de que haya usted traspuesto el lindero que se alza entre los 50 y los 60 años! Ese día será un día de fiesta, y no olvidaremos de celebrarlo — internacionalmente, así lo espero.

Dichoso me sentiré al saber que ha olvidado usted ya su deplorable experiencia con sus cofrades (¡qué vocablo tan impropio!). La mayoría de la gente vive hoy en un estado de exasperación mal contenido; se obligan a hacer alarde de un seudo valor que su corazón no tiene y de convicciones que han adaptado a la moda del día. Conociendo su impotencia para mostrar verdadera intrepidez allí donde fuera preciso demostrarla, atacan para parecer valientes escogiendo a aquellos de quienes no esperan resistencia. Me hallo interiormente preparado a todo desde que se inició esta gran onda de locura que cruza nuestro mundo hace ya veinticinco años; muchas cosas me lastiman, mas nada me extraña. Siempre hemos sido una pequeña minoría, nosotros, los hombres de buena voluntad; mas nuestro aislamiento se hace más sensible en las épocas de fuertes corrientes cuanto todos los demás se incorporan con ansiedad al gran rebaño. Lo importante para nosotros es no mostrar nuestro desencanto o hacerlo sólo en forma legible y visible for the "happy few" como lo hacía el

buen Montaigne que, en estos días de soledad, reemplaza para mí a los amigos distantes.

Una palabra aún, amigo querido. Hay algo en esta carta que me incomoda y es el modo de dirigirme a usted. Nos conocemos desde hace treinta años y estamos en la edad en que ya no se encuentran muchos de los llamados amigos seguros e íntimos. Estos adoptaron siempre un signo exterior para demostrar la intimidad y la fraternidad interna — sustituyendo el "usted" formulario por el más cordial "tu" en sus cartas y conversaciones. Espero que me permitirá dirigirme a usted y a Lise en mi próxima carta en esa forma fraterna que es la que mejor conviene a mis sentimientos de amistad, de confianza y de gratitud. La pluma obedecerá así más cabalmente al ritmo de mi corazón.

De todo corazón soy de ustedes dos su viejo

Stefan Zweig.

7 bis

(Carta unida a la anterior)

28.11.41.

Queridos amigos,

Stefan ha escrito tan largamente que apenas me queda sitio para darles las gracias con todo corazón por el don tan precioso y tan bien presentado que le han hecho ustedes y que le ha conmovido y alegrado profundamente. Creo que existen pocos hombres que tanto aprecien la amistad como Stefan y su hermoso libro le ha dado una prueba de amistad verdadera, personal y literaria, prueba para él más preciosa que todo el resto. Espero que pronto tendremos noticias suyas y que esta carta les encontrará ya bien instalados en un lugar conveniente gozando de la tranquilidad de hallarse solos y de poder trabajar sin interrupción. Estoy disfrutando de antemano con la lectura del último volumen de "Les hommes de bonne volonté".

Stefan me ha hablado ya tanto, pero he tenido que esperar a que lo termine. Muy amistosamente de los dos

Lotte.

8

Petrópolis, Brasil
28 de Diciembre 41.

Mi querido amigo,

No estoy seguro de que hayas recibido mi larga carta donde, desesperando demostrarte toda mi gratitud con veinte palabras, te rogaba que aceptaras de mí, como mayor de edad, el "tu" fraterno en vez del "usted" más ceremonioso. Observo en general, desde el comienzo de la nueva guerra, una creciente lentitud en las comunicaciones postales, y aquí en nuestra soledad está uno tal vez más impaciente o desconfiado por cada carta expedida o esperada. Este aislamiento será cada vez más un aislamiento moral y literario: no sabrá cada uno sino lo que ocurre en su estrecho círculo y nosotros, los que tanto hemos buscado la comunión espiritual con el mundo entero, nos vemos en este momento reciamente afligidos. En cambio sentimos menos las sacudidas de la guerra. Nada ha cambiado hasta ahora, ni siquiera el costo de la vida, pero necesariamente la marejada llegará también hasta aquí.

Espero que has de poder, después de ese maravilloso volumen que demuestra que tu facultad de concentración permanece absolutamente intacta, continuar tu novela — ¡ay! el mundo te proporcionará hoy argumentos para un nuevo ciclo quizás más agitado todavía!

Dirijo esta carta a tu editor en New York esperando que sabrá encontrarte y dondequiera que estéis nuestros mejores votos y nuestra sincera y segura amistad persistirán invisiblemente a vuestro lado.

Stefan Zweig.

9

Petrópolis, Brasil
22 Enero 1942.

Mi querido amigo,

Hemos tenido una gran alegría al saber que tú y tu mujer os encontráis bien instalados en New Orleans y desde lejos os vemos a los dos sentados en esos deliciosos restaurants donde se come el mejor chicken a la Maryland y se bebe ese soberbio café torrefacto. Has dado una vez más pruebas de sensatez al marcharte de New York. Cierto es que en nuestra época las noticias nos alcanzan en todas partes con la misma celeridad, mas no nos trastornan el alma tanto las noticias mismas como los eternos comentarios que demuestran cuán poca gente tiene el valor de ver claro y de no simplificar su vida mediante un forzado ilusionismo. Debemos estar preparados para una larga época de guerra y de perturbaciones y ver de impedir que nuestra vida se resienta de esta certidumbre, y aceptar lo provisional de nuestra existencia como una situación estable y hasta cierto punto definitiva. Me hace mucho bien estudiar y proyectar mi Montaigne. La semejanza de su época y de su posición personal con la nuestra es sorprendente; no escribo una "biografía", lo único que me propongo mostrar como un ejemplo es su pugna por la libertad interior.

Vemos a pocas personas. Rehuímos cuanto es sociedad, recepción, publicidad. Pero la noticia de que os proponéis ir a México en vez de venir al Brasil como esperábamos secretamente, nos ha decepcionado un poco: aquí se encuentra quizá aquel punto del gran navío donde se siente menos el movimiento de las olas, y la hermosura de la naturaleza es inagotable. Hacemos cada semana nuevos descubrimientos.

Ha constituído para nosotros un grande y sincero y hasta conmovedor deleite una carta de Roger Martin du Gard — una carta admirable que revela su fortaleza interior. Trabaja en un gran libro sin pensar publicarlo y sin equivocarse acerca de su cometido personal, que será más bien el de testigo verídico de un gran pasado que el de

propagador de formas e ideales nuevos. Un hombre como él o como tú aquí, y Petrópolis sería el paraíso. Los mejores afectos de nosotros dos y de nuestro hijo adoptivo, un delicioso fox-terrier que nos hace compañía y nos incita un día tras otro a dar grandes paseos.

Tu viejo,

Stefan Zweig.

10

19.II.42. Petrópolis, Brasil.

Mis queridos amigos, ¡cómo os echo de menos en esta hora! Trabajo aún pero sin ánimo. Me siento sumamente cansado, no menos que en Ossining donde nos vimos por última vez. Hace ya casi diez años que llevo esta vida de un estado provisional a otro, de una incertidumbre a otra, y no me faltan decaimientos sobre todo cuando no veo probabilidad de que los años venideros me permitan una estabilización. He intentado empezar una novela de amplias proporciones, pero me falta aquí la documentación, y el Montaigne va más despacio de lo que esperaba. Tengo unos cuantos años más que tú, y como éstos pasados estuvieron tan llenos de inquietudes, me pregunto a menudo dónde encontraré mi Fuente Juvencia. Cuanto he podido dar ha sido gracias a un cierto impulso interior, he sabido cautivar porque yo mismo me hallaba cautivado, lo que producía un calor comunicativo. Sin fe, sin entusiasmo, sin más recurso que mi cerebro, ando como sobre muletas. Mas no quiero fastidiaros con mis depresiones por bien fundadas que estén, sino deciros cuánto me alegra saber que os encontráis en México. Según todas mis noticias existe ahí una vida intelectualmente activa e incluso ávida; y ya conocéis mi confianza en una regeneración latino-española — creo que estas grandes sacudidas han despertado en todos los antiguos pueblos veneros que parecían exhaustos. En cuanto a vuestro viaje

al Brasil, pienso que encontraremos alguna posibilidad; a pesar de que ahora es preciso dirigirse sobre todo a los norteamericanos para estrechar el acuerdo espiritual. Todo está cada día más difícil, y te envidio tu energía inagotable; yo me doblego ante cualquier ráfaga de viento, y mi única fuerza para sostenerme ha sido siempre retirarme dentro de mí mismo. Un árbol sin raíces es cosa muy vacilante, amigo mío. Me congratula que veas aún tus libros en tu idioma y que con tu animosa compañera te mantengas firme y altivo. Nuestro querido Roger Martin du Gard ha vuelto al trabajo; de los demás apenas sé nada. Cosa rara, no gusta escribir si se sabe que las cartas han de llegar enfriadas por la duración del trayecto y aquí me siento completamente aislado, hay semanas en que no recibo correspondencia alguna. Y pienso en tu hermoso poema de juventud "Aujourd'hui je n'ai pas reçu de lettre". ¡Presentías, como lo hace siempre el poeta!

El carnaval en Rio ha sido algo fantástico — desgraciadamente no he podido dejarme llevar por esta ola de delicia y de embriaguez; ¡cuánto hubiéramos gozado en otro tiempo al ver una ciudad entera danzando, marchando, cantando durante cuatro días consecutivos, sin policía, sin periódicos, sin comercio — una multitud unida solamente por la alegría!

¡Mil afectos para los dos! Vuestro

Stefan Zweig.

EL NUEVO CONVENIO SOBRE LA DEUDA EXTERIOR DE MEXICO

Por cuarta vez en el curso de los últimos veinte años México hace un esfuerzo para llegar a un acuerdo en la liquidación de sus deudas viejas, contratadas con anterioridad a las luchas intestinas que culminaron con el triunfo de la Revolución. Cada uno de los intentos anteriores se frustró en la práctica y no sirvió sino para demostrar la buena voluntad del país en el cumplimiento de sus compromisos; pero los buenos deseos no constituyen una base de crédito, y por eso el de México estuvo clasificado durante un tercio de siglo, entre los menos apreciados en los mercados internacionales del dinero. El descrédito no sólo perjudicó al Gobierno que se veía impedido de contratar empréstitos en el exterior, sino a toda la economía del país, ya que las transacciones con empresas mexicanas se veían con recelo y las inversiones extranjeras directas fueron pocas; todas ellas con un marcado tinte imperialista, buscando invariablemente la protección diplomática y exigiendo al país el máximo a cambio de casi nada.

Si bien es cierto que la expropiación de algunas empresas extranjeras en años recientes levantó el penacho de México y anunció un nuevo rumbo en su actitud internacional, no lo es menos que la desconfianza continuó imperando y que las cotizaciones de los valores mexicanos en otros países indicaban a las claras, que no se podía ser muy optimista acerca de nuestro futuro económico. Se necesitó el estallido de la segunda guerra mundial para que se advirtieran algunos síntomas indicadores de que el país empezaba a sacudir la modorra en que estuvo sumido durante tanto tiempo y que lo dejó a la zaga frente a muchas naciones que, aprovechando con acierto sus recursos y las ventajas de la técnica moderna, lograron mejorar su nivel de vida y sus sistemas de trabajo.

Pero faltaba el toque final, el impulso definitivo que permita a México dar un salto hasta el sitio que le corresponde en el mundo, de acuerdo con sus posibilidades en recursos y en hombres: la rehabilitación total de su Crédito Público.

Sin duda cabe preguntarse: ¿No hay peligro de que el nuevo Convenio corra la suerte de los anteriores? ¿No sucederá que un nuevo

esfuerzo fallido resulte a la postre más perjudicial que benéfico? Para averiguarlo basta comparar la proposición que acaba de hacer el Secretario de Hacienda a los acreedores de México, a los compromisos que se quedaron sin cumplir.

Dos puntos neurálgicos tiene la Deuda Exterior de México: El origen y monto de los créditos por una parte y la capacidad de pago del país por otra. Mucho se ha dicho y escrito sobre ambos, sin que la fuerza de los argumentos ni lo irrefutable de las cifras se tomara en cuenta para allanar el camino a una solución viable y definitiva. La historia sabe bien de las irregularidades y, por qué no decirlo, de las deshonestidades que presidieron la contratación de algunos empréstitos en el siglo pasado. ¿No hubo banqueros que lanzaron a la circulación en beneficio propio, bonos en cantidad mayor a las sumas pactadas? Ciertamente los compradores originales que pagaron el precio de emisión de los valores, fueron víctimas tanto como el propio Gobierno Mexicano. Pero los entuertos de esa época no pueden enderezarse sino a costa de injusticias mayores que sólo perjudicarían a los mexicanos, ya que los acreedores actuales no lo son, moralmente, sino por sumas muy inferiores a las que aparecen estampadas en los títulos cuyo pago reclaman; y sin duda muchos de entre esos acreedores lejos de ser perjudicados se han beneficiado con el juego de las especulaciones.

El monto exorbitante que constituían las deudas con sus intereses acumulados, se discutió en varias ocasiones sin que fuera posible obtener reducciones substanciales. De ahí que cuando se planeaba la reanudación del servicio, las anualidades resultaban desproporcionadas a los recursos del presupuesto y a la capacidad del país para transferir fondos al exterior. Todavía en el año de 1928 los señores Sterrett y Davis, comisionados por el Comité de Banqueros para estudiar nuestra capacidad de pago, insistían en que México destinara al servicio de las deudas la suma de treinta millones anuales, cuando los ingresos totales del Gobierno no pasaban de doscientos ochenta y cinco millones y sugirieron que el servicio se aumentara a setenta millones en el término de tres años y a noventa en los cinco siguientes. En 1930 los banqueros admitían ya la necesidad y la justicia de hacer una quita importante de intereses y una reducción del capital. Más adelante, a fines de 1937, se discutió con el señor Rublee, del Comité, una rebaja mayor de acuerdo con la realidad Económica del país. Finalmente el Licenciado Suárez, acaba de firmar un proyecto preliminar de Convenio, cuyas características difieren de todos los arreglos anteriores, tanto en que la suma total a pagar reduce de manera

extraordinaria las pretensiones originales de los acreedores, cuanto en la flexibilidad para redimir los títulos en circulación.

En el momento de firmarse el Convenio, las deudas incluídas en él sumaban doscientos cincuenta millones de dólares y los intereses acumulados de las mismas ascendían a doscientos setenta millones de la misma moneda.

Por lo que hace a los intereses caídos hasta diciembre del año actual, se establece un régimen que divide en dos grupos los causados de 1913 a 1922 y los que vencieron entre 1923 y 1942 inclusive. Los primeros serán pagados a razón de dos décimos del uno por ciento en la parte que corresponde a las deudas garantizadas y de un décimo del uno por ciento por las no garantizadas. La parte de intereses correspondiente a 1923-42, que suman ciento ochenta millones de dólares quedará saldada mediante el pago del uno por ciento de su valor nominal. Es también muy importante que dicha suma no saldrá de las arcas públicas, sino que se cubrirá de los fondos que fueron entregados hace años al Comité de las estipulaciones de otros convenios y que éste conserva todavía en su poder. Esos fondos suman aproximadamente seis millones de dólares (cerca de 30 millones de pesos) de suerte que todavía dejan un margen para cubrir los gastos ocasionados por el nuevo convenio y aun para hacer frente a las anualidades de que se habla adelante. En cuanto al monto del principal, los comisionados de México obtuvieron que la suma de doscientos cincuenta millones de dólares (1,200 millones de pesos) a que ascendía su valor original, se redujera a doscientos treinta millones de pesos.

Para regularizar el servicio de la deuda, el Gobierno ha ofrecido pagar por concepto de intereses a partir de 1943, una anualidad no mayor de diez millones de pesos, que se distribuirán, de acuerdo con una escala, entre las quince emisiones que fueron objeto del convenio, lo cual significa el 0.8% sobre el valor original de ellas. Diez millones de pesos suponen escasamente el dos por ciento del presupuesto actual de México; pero si se toma en cuenta lo que ya se dijo acerca de la aplicación que se dará a los fondos que están en manos del Comité, el Gobierno podrá hacer frente durante cierto tiempo a las obligaciones contraídas, sin necesidad de asignar partida alguna en los presupuestos de los próximos años. Además, hay que tener presente que un volumen apreciable de la deuda está en poder del enemigo o en país controlado por él y que, conforme a un decreto expedido recientemente, los derechos representados por esos valores quedarán en fideicomiso en el Banco de México, S. A., hasta la termina-

ción de la guerra, lo cual disminuye todavía más el monto de las anualidades a pagar.

Finalmente, la reducción del principal se hará en forma que tampoco significa un sacrificio para el Erario Nacional. El Gobierno se compromete a cancelar anualmente a partir de 1948, bonos de las deudas garantizadas con valor nominal mínimo de cinco millones de dólares pagaderos con una suma igual de pesos. El total de esas deudas deberá quedar cubierto antes del primero de enero de 1963. En cuanto a las deudas no garantizadas deberán cubrirse en condiciones semejantes, con límite hasta 1968 y el Gobierno queda en libertad para comprar bonos en el mercado a los precios que más le convengan; pudiendo aprovechar así coyunturas favorables que le permitan redimir su deuda a un precio todavía más bajo. Quiere decir que si México hiciera uso desde luego del derecho de compra en el mercado libre, no necesitará más de nueve millones de pesos anuales para dejar totalmente pagado el capital de su deuda exterior, en 26 años.

Como puede verse por todo lo anterior, el Secretario de Hacienda don Eduardo Suárez, y su eficaz colaborador el licenciado Antonio Espinosa de los Monteros, lograron lo que hasta ahora parecía imposible; el reconocimiento por parte de los acreedores de la necesidad de hacer un ajuste para reducir el monto de las deudas y también la estipulación de un servicio que por primera vez en la historia está dentro de la capacidad de pago verdadera de México. Con tan feliz solución al problema de la Deuda Exterior, es indudable la recuperación del crédito y el prestigio de México. Al lograrlo, el Gobierno y el país han contraído una nueva deuda, esta vez de gratitud, hacia quienes con su esfuerzo y competencia salvaron la vieja muralla china, frente a la cual se estrellaron tantos estadistas mexicanos.

Enrique SARRO.

Aventura del Pensamiento

EL PRESENTE INVIOLABLE

Por *Francisco* ROMERO

El presente incognoscible

CUANDO por primera vez nos dijeron que de las estrellas sólo conocemos un pasado que es a veces remoto, porque la luz que nos trae sus noticias ha de atravesar fabulosos espacios hasta llegar a nosotros, experimentamos una sorpresa teñida al principio de incredulidad; pronto desapareció la incredulidad para dejar el sitio a un sentimiento de estupor, de desconcierto. Porque la situación es tan extraña como alarmante. El techo azul del cielo, ni existe como una cúpula enorme y perfecta, ni es tampoco azul, ni más ni menos que el blanco y el carmín de Doña Elvira. Pero cuando nos roban esa ilusión, nos ponen en su lugar la realidad del aire y de los juegos de la luz; y cuando le adivinamos a Doña Elvira su secreto, lo que hemos de anotarle en su cuenta no es sólo el dinero que ha gastado en colorete —como dice con ligereza e injusticia el poeta— sino ante todo un ansia de perfección, un cierto imperativo categórico peculiar de la mujer, que si retoca la fachada y aun cubre con revoque las grietas, antes ha contribuído a levantar sólidamente, en verdad y en esencia, el edificio admirable de la feminidad. Nos queda, pues, algo o mucho, cuando nos roban el cielo azul de nuestra infancia o los rostros femeninos de nuestra adolescencia. Pero no nos queda nada, nada sino un negro agujero, cuando imaginamos que una muy posible conflagración haya pulverizado hace tiempo la estrella que refulge en la noche ante nuestra mirada. Entonces no hay únicamente un engaño inofensivo, y menos un engaño compensable, un hurto del que nos podamos resarcir. Más bien el engaño parece burla trágica, porque contrapone a la in-

existencia posible una presencia con todos los visos de la más segura certidumbre. Acaso el astro que contemplamos ha desaparecido hace tiempo, y la imagen que de él nos llega es como la última carta del soldado, que leen los familiares evocando el rostro y los gestos habituales del ausente, cuando ya está muerto.

No es necesario que la estrella haya sucumbido para que su conocimiento tenga ese carácter de falso informe. La vemos ahí, patente, y eso que vemos no es lo que es ahora, sino lo que fué. No vemos, pues, sino estrellas muertas, las estrellas de un instante hundido sin remisión en el abismo de lo que ya no existe. Contemplamos un pasado, ni más ni menos que si pudiéramos ver con nuestros ojos, en nuestro 1942, mientras se precipita la historia de nuestro presente, la apertura del Canal de Suez o la batalla de Waterloo. La fantasía científica no ha dejado de urdir ensueños aprovechando esta extraña confabulación del tiempo con la distancia.

Lo macroscópico, con su gruesa y tangible evidencia, se ha adelantado, como suele, a lo microscópico, y no se ha reparado —por lo menos, no lo suficiente— en que todo conocimiento de realidades se somete a la misma inexorable condición y es necesariamente estelar. No conocemos, no podemos conocer sino el pasado; todo saber es historia. Tarda la luz que nos trae la visión de las cosas; tarda el proceso cognoscitivo que nos las representa. Lo que vemos, lo que tocamos, no es ya; era. No podemos aprehender en el mismo instante en que se producen la salida del sol ni la caída de la piedra, el último suspiro de la madre ni la primera sonrisa del hijo. Los datos obtenidos por el físico en el laboratorio reflejan un pasado que, desde cierto punto de vista, sólo difiere del pasado que averigua el historiador en ser un pasado más próximo: mera cuestión cuantitativa.

Puede argumentarse en contra que conocemos el presente, puesto que conocemos el porvenir, por lo menos en las grandes líneas de su acontecer físico, tal como lo prefiguran las leyes naturales. El mecanicismo se engreía con el supuesto absolutismo de las reglas que prescribía a la realidad; el ingenuo y arrojado cientificismo del siglo XIX

refrendaba tal creencia y la convertía en uno de los principios capitales de su concepción del mundo. "La inmutabilidad de las leyes de la naturaleza es tal, que nunca ni en parte alguna sufre excepción", sentaba Büchner, después de consignar que los hombres de ciencia admiten esa inmutabilidad como una verdad axiomática (*Fuerza y materia,* 1855, cap. VI); nadie puede entender hoy cómo se concilia la pretensión universalista y axiomática de éste y otros principios por el estilo del cientificismo, con la reiterada exigencia de atenerse a los hechos y partir de la observación. La ley, si las observaciones son justas, las recapitula y vale con certeza en tanto es recapitulación; su proyección hacia lo no observado o lo aun no sucedido, no puede pasar de una presunción, y todo ello dejando de lado las incertidumbres de la actual física atómica. La verdad es que el cientificismo albergaba por lo menos un cincuenta por ciento de racionalismo dogmático, de un racionalismo olvidado de Hume y de Kant. No, no conocemos nada de lo porvenir; lo presumimos con razones muy atendibles, lo que es asunto bien diferente. También se puede argüir que hay un saber firme e indudable del futuro: el que asienta en las determinaciones matemáticas de la realidad, que nos permite previsiones ciertas. Sin duda, como estricto saber de esas determinaciones en sí, la aseveración es irreprochable; conocemos sin atenuación relativista las formas o entes intemporales de la lógica y de la matemática, y por lo tanto aquello que en la realidad se supedita a esas formas o condiciones. Podemos predecir que siempre y sin posibilidad de error, tres manzanas más dos manzanas serán cinco manzanas; pero ha de agregarse: en el caso de que haya manzanas —porque nadie puede estar seguro de que mañana siga habiendo manzanas en el mundo. Los casilleros formales, lógicos o matemáticos, compulsan a los hechos en cuanto ingresan en ellos; pero a los hechos mismos no los podemos pensar sino contingentes. El truco racionalista para suprimir la contingencia consistía, como es bien sabido, en resolver la realidad en sus determinaciones formales, en pensar el cosmos como una geometría en acción; no otra cosa era, en sus intenciones profundas, el mecanicismo, flor y remate de la

empresa de total racionalización acometida por la mente racionalista. Descartes —como antes, a su modo, Parménides— decidido a pensar consecuentemente la realidad según la "ratio", reduce la materia a espacio, esto es, a la nada concebida en las tres dimensiones ideales de la espacialidad: la sustancia física se trasmuta en tres perpendiculares. La materia se resuelve así en la condición intuitivo-formal de su existencia, en su mera posibilidad.

Ahora sabemos muchas cosas que van contra estas ilusiones, abiertamente sostenidas unas veces, y muchas más secretas, implícitas y aun ignoradas para los mismos que las profesaban, hasta el punto de que muchos de ellos se hubieran sorprendido al descubrírselas y reprochárselas. No hay manera de pasar de la posibilidad pensable a la realidad concreta, como demostró Boutroux. Y si la realidad puede pensarse lógicamente según sus esencias, es con la condición de que antes se nos den empíricamente las cosas cuyas esencias maneja la razón. No hay otra necesidad absoluta que la de las formas vacías. Lo que es, la viva realidad, atestigua su autonomía proponiéndonos, como primer problema, el de su misma aparición.

Y tanto esa aparición como los modos de lo real, sólo se nos dan en la comprobación, fáctica o esencial. Salvo la vacua posibilidad, no conocemos sino lo que ha sido, lo que ya en rigor no es. Todo saber es retrospectivo; toda actitud de conocimiento supone en el sujeto una mirada dirigida hacia atrás.

El presente inasible

El presente incognoscible es también el presente inasible: no hay manera de incidir en él *en cuanto presente.* Cualquier propósito de intervención en el presente mismo llega fatalmente tarde. El presente es como un pez resbaladizo que ya no está al alcance de la mano cuando ésta se cierra para atraparlo; porque mientras suceden nuestra consideración y decisión y el subsiguiente movimiento de la mano, pasa el tiempo y huye la presa. Cualquier propósito de mudar el presente ya dado fracasa en la imposibilidad.

Y sin embargo, no tenemos para nosotros sino el presente. En ese presente incognoscible se da todo conocimiento; el vasto cuadro de lo pasado se realiza y concentra para nosotros en el átomo impalpable del tiempo actual, y aun se constituye obedeciendo a las imposiciones que el invisible presente le dicta. Y también en el presente se urde y realiza cualquier conato de influir sobre la realidad, la extraña o la de nuestro propio cuerpo. Pero el proyecto de acción nunca toca a lo que le es contemporáneo. Toda acción prevé una coincidencia, la calcula. El aviador suelta su bomba antes de pasar sobre su blanco; cuando la bomba estalla, él ya está lejos. Parecidamente, aunque no en rigor del mismo modo, ocurre toda acción. Cuando la decisión se produce en la voluntad, aquello sobre lo cual obraremos es un futuro en vías de ser presente. Nuestros mecanismos de intervención en la realidad consumen tiempo hasta tocar su objetivo, y si el objetivo se pone a su alcance es porque no ha llegado antes ni después, sino en el instante justo en que la acción en marcha cae sobre él. Obrar es siempre, tanto como hacer, prever, y obrar con justeza es ante todo prever con exactitud. Ortega ha mostrado con mayor evidencia que nadie este fatal futurismo de la acción, que trae consigo el programatismo consustancial con toda vida humana.

Ninguna acción elude tal condicionamiento. Nuestras comunes acciones cotidianas aprovechan una masa incalculable de saber práctico, consciente o funcionalizado. La previsión científica presupone ese salto en el vacío que da toda ley empírica, inductiva o estadística, ese lanzarse sobre lo que no es aún, abrazándose, como el náufrago a la tabla salvadora, a la convicción de que el curso de las cosas es continuo y homogéneo; creencia que no puede ser, a su vez, sino la comprobación hacia adelante de una comprobación referente al pasado. Y cuando no nos valemos de leyes empíricas, sino de seguridades que nos parecen mucho más firmes, de las puras regulaciones lógicas o matemáticas, la previsión basada en ellas es infalible sólo en cuanto concierne a la determinación formal misma. Para insistir en un ejemplo anterior: podemos estar seguros de que, si hay manzanas, dos manzanas más tres manzanas

serán cinco manzanas. Pero nunca estaremos seguros de que haya manzanas en el instante subsiguiente a aquel en que las hemos comprobado. El mundo puede estar organizado de tal modo, que a partir de cierto momento las manzanas se disgreguen y aniquilen. No sólo no podemos, pues, obrar directamente sobre lo actual, sino que, al preparar y encauzar la acción para que caiga en la coyuntura debida sobre un presente que es aún futuro cuando la acción comienza, de ninguna manera nos son dadas garantías de que ocurrirá lo previsto. Y el encuentro mismo de nuestra intención en obra con la realidad, el cumplimiento de nuestra acción, sólo lo percibimos con retardo, cuando ha pasado ya.

En resumen: No conocemos nunca el presente, que también, en cuanto actualidad, evita toda intención simultánea de ingerencia en él, la elude en su fuga. Toda acción se lanza de antemano, para que caiga a su tiempo sobre el presente, en una buscada coincidencia que sucederá o no según el cálculo previo sea acertado o erróneo. Y el acierto o error de nuestro cálculo no lo conoceremos sino cuando ya sea pasado, porque sólo visión de pasado es capaz de proporcionarnos el conocimiento.

El presente impensable

Este presente incognoscible e intangible, que sólo conocemos en cuanto pasado, y al cual sólo apuntamos en la acción, decidida o comenzada, en cuanto futuro, es también impensable. Ya lo advirtió remotamente San Agustín, y conviene no olvidarlo. Nuestra razón —o nuestra exigencia de cabal racionalidad— no puede concebir el tiempo sino como una dirección viva y móvil, como una fluencia unidimensional que viene del futuro, pasa ante nosotros y escapa vertiginosa hacia el pasado. En este curso irrestañable de la sucesividad, cualquier magnitud se nos ofrece como lineal, y en ella separamos algo que ya pasó, algo que goza de la actualidad y algo que no ha llegado todavía; pero la magnitud recortada como presente, por pensarse también como lineal, reproduce en sí la misma

tripartición, por pequeña que se imagine. El único recurso para eliminar la dificultad y terminar con estos sucesivos empequeñecimientos del presente, consiste en pasar al límite, plantearnos sin reparo el caso extremo, y pensar el presente como la mera divisoria entre pasado y futuro. Nada más correcto si vamos en demanda de la estricta inteligibilidad. Y al punto brota la paradoja. Pasado y futuro no son para nosotros sino dos nombres de la inexistencia: la existencia abolida y la existencia esperada. Y he aquí que estas dos temporalidades inexistentes son las que se nos muestran con cuerpo o dimensión, mientras que la temporalidad viva, el presente, se nos manifiesta como una simple señal o marca de separación entre ellas. Cualquier tentativa de intelección última del tiempo arriba a este extraño resultado.

Si admitimos este resultado del análisis racional, la realidad, y ante todo la realidad que somos nosotros, se nos presenta en una situación evidentemente extraordinaria. Por un lado, la posibilidad en trance de encarnarse, de concretarse y cuajar en existencia, asciende hasta la especie de cumbre donde se da toda existencia, la de la viva actualidad, para despeñarse en seguida en la honda sima de lo pretérito. Y esa cumbre, asiento o soporte único de lo que es, no es sino un punto sin espesor o un filo agudo, donde la existencia realiza su peligrosa acrobacia, su peculiar ejercicio, consistente en erguirse durante un ápice de tiempo —de tiempo sin tiempo— para precipitarse de inmediato y sin retorno.

Jano bifronte

En esta —según la versión racional— afilada arista, se realiza la existencia, se afirma lo real. Ahí se cumple el misterio del hombre. Y uno de los aspectos de este misterio del alma es el ansia de abrazar y contener en sí toda temporalidad, todo el ilimitado tiempo pasado y por venir, que es como si quisiera encerrar la línea infinita de la sucesión en ese presente que la razón reduce a la condición del punto geométrico. En ese átomo, imponderable para la "ratio", palpita la eternidad.

El hombre está en la historia de un modo muy particular; no como si la historia le fuera externa y accesoria, sino más bien porque antes de estar él en la historia es la historia la que está en él; esto es, en cuanto él mismo es un ser histórico (Dilthey). La rotunda afirmación debe, sin embargo, acompañarse de una salvedad: la historicidad acaso no separe al hombre del resto de la realidad aunque sea cierto que en él ocurre en manera total e incomparable. Es presumible que la historicidad sea nota común a toda la realidad, y que la ahistoricidad de la naturaleza, supuesta ante todo en la naturaleza física, provenga de un error de apreciación, consecuencia de una aprehensión insuficiente corroborada por el tradicional intemporalismo. Pero el hombre no es historia únicamente porque en él se condense efectivamente el pasado, y resuene en él con mil ecos y aun componga la leve o espesa sustancia de su alma. Es historia también porque procura extender su conciencia personal a conciencia del pasado, y no reposa ante los nudos de oscuridad que le ofrece el pretérito, como si un deber esencial le obligara a llevar a luz de saber explícito aquello que en él alienta y resuena implícitamente. Y aun si quisiéramos arriesgar una suposición sobre la fecha en que amaneció el espíritu sobre la Tierra, no se nos ocurriría nada mejor que decir: cuando por primera vez en una psique se dió hambre de historia.

La raíz y motivo de tal aproximación o aparejamiento de humanidad con consciente historicismo, parece estar en la propia índole del hombre. Si bien el hombre no es meramente espíritu, es el espíritu lo que le distingue y peculiariza, el ingrediente que, aun dado en mínima dosis, lo eleva sobre la animalidad. Y el espíritu es la psique que rompe su cáscara y se distribuye por el todo; algo así como el alma, hasta entonces privada y particular de un ente, que aspira a ser alma de la totalidad, sin dejar por eso de residir en su acostumbrada sede. El espíritu es el alma universalizada, como lo atestigua el fundamental mandamiento ético, que ordena obrar, no según el individuo concreto, sino según la comunidad ideal de las personas; es la conciencia que ambiciona ser conciencia de cuanto hay y hubo, y hasta —esto ya en manera más in-

decisa y confusa— cierta impresión o sentimiento de universal responsabilidad. Con el espíritu, la realidad va creando su centro de referencia y autoconciencia, se recoge sobre sí misma para simultáneamente volverse sobre sí y autoposeerse. La definitiva trascendencia que —en mi opinión—[1] es connatural con el espíritu, explica bien ese derramarse por el todo de la instancia espiritual, ese atender a todo y vivir en intención de todo, sin renunciar a su carácter personal, antes bien constituyendo la persona misma mediante la unidad de origen y sentido de los actos trascendentes, que dan lugar a una autoconciencia superior en amplitud y profundidad a la mera autoconciencia psíquica del individuo con su contorno referido prácticamente a sí mismo. Y así como esta conciencia individual (del "individuo") es inconcebible sin la memoria y aun asienta sobre ella, pues de otro modo no habría sino sucesivos momentos de conciencia incomunicados, así la conciencia personal o espiritual requiere la memoria universal, la de todo pasado sin excepción. Ya es muy instructivo el interés del espíritu por la historia: pero antes que cualquier inquisición o rebusca histórica, es sorprendente el supuesto o requisito previo del afán investigador, esto es, la restauración ideal del pasado como un territorio perdido que debe ser recuperado. El pasado, literalmente, no es ya; ni César ni Napoleón existen. Pero el espíritu les otorga una singular existencia: es como si los columbrara en un distante país al que sin descanso procura aproximarse, o en una penumbra que se esfuerza en iluminar poco a poco. La insigne beocia de la etapa anterior a la nuestra proclamaba solemnemente: "Nada se pierde". Lo cual, más o menos, quería decir: "Ni la materia ni la fuerza se aniquilan. Esto es lo único que interesa, porque sólo la materia y la fuerza existen realmente. Lo demás importa un bledo". A esta ligereza con ribetes de insulto, el espíritu responde: "Nada debe perderse, por lo menos para nosotros; no es lícito olvidar nada".

El hombre, Jano bifronte, mira al pasado con una de sus caras, trabaja en reproducir todo pasado en su presen-

---

[1] Ver mis trabajos *Programa de una filosofía* y *Trascendencia y valor*, en la revista Sur, Núms. 73 y 92, respectivamente.

te, en introducirlo en él reviviéndolo. Y al mismo tiempo vuelve su otra cara hacia el porvenir. No posee una tercera cara, no tiene órgano para el presente mismo. Su presente es funcional, es aquello mediante lo cual y desde donde conoce el pasado y emprende la colonización del porvenir. Sin duda *vive* su presente, y no vive sino su presente, pero ninguno de los contenidos de su presente, en cuanto intencionales, en cuanto algo más que puros estados ciegos, anida efectivamente en lo presente: son más bien los fantasmas de un presente ido o por venir. Cuando sueña, pone su ensueño en una pasada Edad de Oro, o en un futuro paraíso terrestre; cuando vela, no trata sino con ausencias.

Martínez (Buenos Aires), octubre 1942.

PLAN CIENTIFICO DE LA FISICA EN GALILEO

Por *Juan David* GARCIA BACCA

Si verdad significó, en su primera presentación histórica, lo mismo que "patencia", que "estar al descubierto", hay ciencias que no poseen ni se integran de "verdades", sino de "inventos"; que también para los inventos usamos la palabra de "patente": patentes de invención, sólo que patente de invención significa: garantía ante el público de la eficiencia del invento, garantía contra los imitadores aprovechados, garantía para el individuo inventor del respeto hacia su individualidad potente y creadora.

Ahora bien: las ventajas de una verdad "patente con patencia inventiva" frente al tipo de verdad de "simple patencia", "sencillamente patente", consiste en una de sus dimensiones, que es la que me interesa, en que es un tipo de verdad respetuoso con la individualidad.

Respecto de este tipo de verdad, los que sean genios pueden sacar "patente de sus invenciones", pueden "hacer época", "hacer historia".

El plan científico de la física está jalonado por "patentes de invención", por verdades sobre lo físico que lo físico mismo no ha tenido más remedio que aceptar, y su aceptación queda patente en que nuestra técnica disfruta y se gloría de su patente de eficiencia.

Todo sistema de verdades que haga posible una técnica pertenece al tipo de verdad "con patente de invención", frente a la verdad sencilla e inmediata, intuíble eidéticamente, que es o está patente, mas sin patente de invención.

Voy a exponer el plan científico de la física como serie de verdades con "patencia de invención"; y, por tan-

to, como indisoluble de ciertas personas concretas. Sólo porque las verdades físicas, entre otras de otras ramas del saber humano, son "invenciones", y los inventores pueden sacar patente de su invención, tienen perfecto sentido, hasta de obligación, celebraciones históricas como la de Galileo, que conmemoramos en estos días y en esta Revista.

I

LAS "AFIRMACIONES EN FIRME" DE GALILEO, Y SU SIGNIFICADO.

Proposiciones famosas:

"El Sol es el centro del mundo, ni se mueve en manera alguna de su lugar".

"La Tierra no es el centro del mundo, ni está inmoble, sino que se mueve toda ella aun con movimiento diurno".[1]

Criterios de la Inquisición romana:

"Toda hipótesis astronómica, para poder ser recibida en la ciencia, deberá llenar dos condiciones:

no ser "falsa en filosofía,

no ser "errónea in Fide": y *a fortiori*,

no ser "formalmente herética".

Y la censura que los Inquisidores romanos dieron, según estos criterios, a las proposiciones de Galileo fué:

"las dos proposiciones son *stultae et absurdae in philosophia* (estúpidas y absurdas filosóficamente). Y, desde el punto de vista teológico: la primera es *formaliter haeretica* (formalmente herética); la segunda *ad minus in Fide erronea* (cuando menos errónea en la Fe). Tal es la condenación del Santo Oficio de la Inquisición católica apostólica romana.

Ello me recuerda aquella frase de Bacon: "No pasemos por alto que, en todas las edades, le ha salido a la fi-

[1] Propositio famosa: *"Sol est centrum mundi et omnino immovilis motu locali". Terra non est centrum mundi nec immovilis, sed secundum se totam movetur, etiam motu diurno".*

losofía natural un enemigo molesto y difícil: la superstición y un celo religioso ciego e inmoderado".[2]

Duhem, que tantos y tan preciosos datos atesora en sus obras, dice con razón que "la condenación del Santo Oficio era la consecuencia del choque entre dos realismos" (*La Théorie physique*, p. 128).

Que, en efecto, las proposiciones de Galileo eran eso: "proposiciones", afirmaciones en firme; y no, como venía diciéndose por toda la edad media, "ficciones para salvar los fenómenos". Interpretación ladina que Simplicio transmitió a los escolásticos y que tan maravillosamente servía para tranquilizarlos.

Al comentar Simplicio los *Físicos* de Aristóteles (I, comm. 6), halló la gran fórmula para asegurar la neutralidad de la filosofía natural aristotélica: "no hay por qué preocuparse ante la variedad de hipótesis astronómicas (la de los epiciclos, la de las excéntricas...), lo que se pretende es que las hipótesis salven los fenómenos. Así que no hay por qué admirarse de que unos los salven por unas hipótesis y otros por otras".

No, no. Galileo afirmó en firme y se reafirmó en que "el Sol era real y verdaderamente el centro del mundo, y que, real y verdaderamente, la Tierra no lo era; que el Sol, en realidad de verdad, no se movía ni con movimiento local; mientras que, en realidad de verdad, la Tierra se movía toda ella, y aun todos los días con el movimiento diurno".

Así: firme y en firme, real y verdaderamente, en realidad de verdad.

Al atribuir valor "real" a una hipótesis, preludió aquel no menos valiente dicho de Newton: *Hypothesis non fingo* (no estoy por fingir hipótesis). Es decir: lo que digo lo digo en firme, y pasa en realidad de verdad como lo digo. "Nada de donde digo digo, no digo digo..."

Esta seguridad en la "afirmación" no provenía exclusiva y menos primariamente de que Galileo dispusiese

---

[2] *Neque illud praetermittendum est quod nacta sit philosophia naturalis per omnes aetates adversarium molestum et difficile: superstionem nimirum et zelum religionis caecum et immoderatum.* (Novum Organum, libro I, 89).

de más datos que los antiguos medievales. Ahí es nada la cantidad de datos acumulados por los árabes.

Provenía de la "certeza" interior, de la seguridad íntima que da siempre un "plan categorial"[3] conscientemente vivido, de la "fe" en la propia razón. Por eso pudo chocar "en realidad", de veras y no de mentirijillas, con la "fe" de los Inquisidores romanos, y armar el escándalo del siglo.

La sensación de seguridad interior que da el comenzarse a vivir "mi" razón como "razón cósmica", proporcionaba a tal vivencia la seguridad, dureza e impermeabilidad del estado de fe.

Quien no haya experimentado alguna vez en su vida ese fenómeno de sentirse cristalizado por dentro "en diamante", que llamo tomar conciencia o "creer" que mi razón es razón cósmica, no acertará ni le acudirá, ni se atreverá jamás a decir, a afirmar en firme: el mundo *è scritto in lingua matematica, e i caracteri sono triangoli, cerchi ed altre figure geometriche, senza i quali mezzi è impossibile a interderne umanamente parola; senza questi è un agitarsi vanamente per un oscuro laberinto* (*Il saggiatore*, 6; Op. ed, naz. VI, p. 232).

Y aquella otra de Kepler:

"Nuestra mente, cosa supramundana en el mundo, nada entiende mejor que las cantidades, y aun el mundo parece hecho para ser percibido por la cantidad".[4] "Sin el lenguaje matemático, ha dicho Galileo, el hombre no puede entender ni palabra sobre el mundo".

Contagiémonos, que es ya inofensivo en general a estas alturas históricas, de la seguridad que daba a Galileo la fe en el oficio cósmico de la razón, armada con el

---

[3] Entiendo por plan categorial el conjunto de ideas básicas necesarias y suficientes para dar razón —de tipo deductivo o no—, de todas las demás nociones, métodos, definiciones y exclusiones del dominio científico considerado. Con un detalle fundamental: que tales ideas básicas funcionen a modo de formas kantianas o de condiciones de posibilidad.

[4] *Mundus participat quantitatem, et mens humana (res supra mundana in mundo) nihil rectius intelligit quam ipsas quantitates, quibus percipiendis factus videri potest* (Opera. et. Fisch, V, pg. 28).

nuevo plan categorial —objetivo— cósmico, recién inventado por su vida:

"Sabe que más o menos durante los tres meses en que la estrella Venus está visible, me di a mirarla con toda diligencia por medio del telescopio, para que lo que *ya tenía en mi mente como indudable* lo aprehendiese por los sentidos mismos".[5]

Y para contraposición escandalosa léase el siguiente texto de Andrés Cesalpino, quien, refiriéndose a las hipótesis astronómicas, dice: "Basta con que no se las coja en errores de cálculo".[6] Es claro que un peripatético de verdad, que está cierto o cree lo que dice su sistema ideológico, no podía creer ni tomar como positivas, como firmes y estables las aseveraciones opuestas.

Por esto me parece magníficamente salvaje y sincera la reacción de Giordano Bruno, al llamar a Osiander, el prologuista de la edición de las obras de Kepler, "asno ignorante y presuntuoso"; y todo porque Osiander parecía sostener en tal prólogo "la equivalencia" de todas las hipótesis, el "igual me da" la una como la otra, cuando los mayores físicos y astrónomos de aquellos tiempos se estaban jugando la vida, inclusive, por sostener la "realidad" de sus teorías, el que eran en realidad de verdad reales y verdaderas. Y así se lo cantaban a quien fuese: al Papa, como lo hizo Copérnico, en su carta a Paulo III; y Galileo, a la Inquisición Romana.

Verissimum est id quod posterioribus ut vera sint causa est. "Es verdaderísimo, decía Copérnico, lo que es causa de que sea verdad todo lo que de él se deriva".

Osiander se acogió a la virtud de los aristocráticamente cobardes: a la prudencia. Y "para no escandalizar a los teólogos" aguachinó el valor vital de la teoría copernicana, su valor y su valentía de "afirmar en firme", de afirmarse o apoyarse en una verdad (Cf. prólogo de *De Revolutionibus orbium caelestium*, libro VI).

---

[5] *Scias igitur, quod circiter tres menses a quibus Veneris stella videri potuit, inceperim per oculare ad illam cum diligentia respicere, ut quod mente tenebam indubium ipso etiam sensu comprehenderem.* (Keplerü Opera, II, 464).

[6] *Peripateticae quaestiones libri V (1571), satis est ipsis circa motuum numeros et supputationes non mentir.*

Notemos, para dar por terminado este punto, que el tipo de plan categorial (geométrico-analítico), propuesto por Ptolomeo y Proclo para los fenómenos astronómicos, se extiende ahora a "todo el universo": al Cielo y a la Tierra, a lo físico y a lo celeste. De modo que resulta "plan categorial objetivo cósmico". Y su fondo es analítico, a saber: no solamente geométrico, sino algebraico y lógico, sin preeminencia para lo geométrico. Y que el primitivo plan objetivo, restringido por Ptolomeo al Cielo, se extendiese al Cosmos en total dependió radicalmente de que la razón se notó de repente *res supramundana in mundo*, "realidad supramundana", levantada sobre el mundo sublunar y sobre el supralunar; por tanto, con poder de trazar un plan común y superior a tales menudencias de mundos incomunicantes.

Tal plan objetivo "cósmico" provino de la conciencia del valor cósmico de "mi" razón —la de Galileo— de sentirse supracósmica, trascendente.

Desde este punto de vista, la novedad del plan cósmico unitario se cifra más en un acaecimiento interior que en la estructura científica del plan mismo.

Pero este punto de vista no es el único.

Para el mundo físico sublunar existía, desde Aristóteles, una plan "causal". Por el mero hecho, pues, de prefijar un solo y mismo plan para todo el universo, el plan astronómico objetivo tenía que englobar y ponerse en plan "causal"; y, a su vez, el plan causal tenía que adoptar forma analítica (geométrico-algebraico-lógica), característica hasta entonces de los planes categoriales astronómicos.

¡Y semejante tinglado de problemas sólo porque a "mi" razón le dió por sentirse y creerse "supramundana", trascendente! *¡Res supramundana in mundo!* (Kepler).

II

EL PLAN FISICO UNIVERSAL EN GALILEO.

La patente de invención extendida a honra de Galileo incluía patente para el carácter "cósmico" de su plan ca-

tegorial objetivo; y, además, una patente para "su plan causal" adjunto.

Y esta palabra "adjunto" es imprescindible, para no robar a Newton. Estudiemos unos textos.

A.—"*Concíbase mentalmente* un móvil cualquiera (celeste o terrestre, sublunar o supralunar)

sobre un plano horizontal,

dése al tal móvil un empujón (*iectum*) hacia adelante (*pro*),

consta en firme que, si tal plano horizontal se extiende al infinito, el movimiento de tal cuerpo sobre tal plano será uniforme y perpetuo".[7]

Notemos enumerativamente unos detalles: 1) *referentes al plan categorial.* La razón en cuanto legisladora cósmica se ha *pre*-fijado un plan concreto, *mente concipi*, lo ha concebido dentro de sí. Y tal plan que, directamente e inmediatamente no nos es dado por lo externo, incluye la fijación de un "*lugar*" *arbitrario* donde va a acontecer lo físico, donde lo real "tendrá que" manifestarse (verdad patente con patencia de invención), a saber: "un plano horizontal infinito"; y por "infinito" abarca todo el universo, sublunar y supralunar; por "plano" infinito eliminará la primacía otorgada por el heleno y mantenida por la escolástica en favor de la circunferencia, del círculo y de la esfera; y por "horizontal" tenderá a libertar los cuerpos de la "gravedad", de sus pretendidas cualidades esenciales de "graves y leves", de irse cada uno al que se decía ser su "lugar natural".

Se trata, pues, de un plan prefijado *a priori*, extranatural y aun contranatural, y para toda la naturaleza. La audacia de la razón no reconoce límites, y sólo puede provenir de una "seguridad" interior igualmente sin límites, precursora de la seguridad del *Cogito, ergo sum* cartesiano. El estilo de este plan es todavía geométrico: plano-horizontal-infinito. Ahí van a suceder los sucesos, como en propio lugar de aparición.

---

[7] *Mobile quoddam supra planum horizontale proiectum mente concipi omni secluso impedimento; iam constat ... illius motum aequabilem et perpetuum super ipso plano futurum esse, si planum in infinitum extendatur.* (Discorsi, IV; Op. XIII, 221).

2) *referentes al plan causal.* Se trata de un móvil a quien se pone de "hecho" en movimiento por un empujón *(pro-iectum)* bien dirigido, hacia adelante *(pro)*. Tal tipo de *pro-yección real* es "in-natural". Estamos, evidentemente, obligando a las cosas a seguir "caminos que no están en el mapa".

El problema del movimiento de los proyectiles, o cuerpos arrojados contra sus naturales tipos de movimientos y trayectorias, había preocupado a Aristóteles y sus sucesores.

No puedo extenderme aquí en una exposición detallada de las piruetas mentales deliciosas que ejecuta Aristóteles para explicar tal clase de movimiento contranatural. Pero me parece muy instructivo, para valorar exactamente el "invento" de Galileo, aportar unos datos.

Los elementos poseen por naturaleza movimientos-tipos y propios modelos de trayectorias. Los graves caen "naturalmente" hacia el centro de la Tierra; y "naturalmente" quiere decir, según Aristóteles (*Físicos,* I, 1), que tienen dentro el principio de tal movimiento y terminan automáticamente —o sea las causas eficiente y final— sin que les sea menester para moverse, según tales movimientos que les vienen de natural, causa externa alguna. Los leves, por su parte, sin causa externa alguna y por natural propensión ascienden, se apartan del centro de la Tierra. No se funda, pues, la caída de los graves —de la tierra y cuerpos térreos— a proporción de lo que de tierra tengan, en "atracción", en una fuerza externa, o en "campos de fuerza". La Tierra, en Aristóteles, no atrae por ser tierra, por su "masa", sino por estar en el centro del mundo; que si estuviera otro cuerpo en tal posición central también hacia él cayeran los graves, no por ser él sino por el lugar que ocupa.

"Irse, pues, hacia el lugar propio de cada especie de cuerpo es irse hacia el propio *eidos*" (Aristóteles, *De Coelo,* IV, 3), de modo que el lugar perfecciona y lleva a su término el *eidos,* la "idea" metida en la carne y en el cuerpo de las cosas. Por eso, cuando están en su lugar, el lugar *(topos)* es "límite inmoble" *(peras akíneton)*, las define *(peras, logos)* para siempre; y se quedan quietas porque han llegado ya al término de su evolución, a te-


GALILEO

IL SAGGIATORE
Nel quale
Con bilancia esquisita e giusta
si ponderano le cose contenute
nella
LIBRA ASTRONOMICA E FILOSOFICA
DI LOTARIO SARSI SIGENSANO
Scritto in forma di lettera
VIRGINIO CESARINI
Acc.º Linceo Mº di Camera di N.S.
GALILEO GALILEI
Acc.º Linceo Nobile Fiorentino
Filosofo e Matematico Primario
del
Ser.mo Gran Duca di Toscana.
FILOSOFIA NATURALE
MATEMATICA
IN ROMA MDCXXIII.
Appresso Giacomo Mascardi.


DISCORSI
E
DIMOSTRAZIONI
MATEMATICHE,
intorno à due nuoue scienze
Attenenti alla
MECANICA & i MOVIMENTI LOCALI,
del Signor
GALILEO GALILEI LINCEO,
Filosofo e Matematico primario del Serenissimo
Grand Duca di Toscana.
Con vna Appendice del centro di grauità d'alcuni Solidi.
IN LEIDA,
Appresso gli Elsevirii. M. D. C. XXXVIII.

Primeras ediciones de las obras de Galileo.

ner inclusive hasta un confín o superficie exacta en que sacar a luz *(epí-phaneia)* su *eidos*, lo que de eidético tengan.

Si, pues, la gravedad es movimiento natural, nacido dentro del cuerpo, con su causa dentro de él, jamás podrá ser algo así como "campo" de fuerza, algo realmente causal difundido por el espacio, desligado de los cuerpos, que, de no hallarse en tal campo gravitatorio supraindividual, ni caerían ni se atraerían. El estómago nace de cada cuerpo vivo, así en singularidad y con propiedad; y no se da por ahí, por el universo, cual campo sin puertas, algo así como una fuerza digestiva difusa, en forma de "jugo cósmico".

Y es claro que con la concepción newtoniana de "campos de fuerza", de fuerzas en "estado cósmico" se echaba por el suelo para siempre —y para los que quisieran valientemente entenderlo y enterarse de lo que pasaba en física— la teoría de que la gravedad es una propiedad "individual" connatural o nacida de la esencia de ciertos cuerpos.

Pero este dato iba a su lugar propio, a saber: que, según Aristóteles, se daban movimientos naturales, nacidos de la naturaleza de un cuerpo, sin causa externa alguna, individualizados, sin difusiones cósmicas, y tantos movimientos naturales cuantas especies primarias de elementos. Así sólo los graves se iban por sus pasos y por sus esencias hacia el centro del mundo; y los leves, por sus pasos también, y con sus propias fuerzas, se iban parejamente alejando del centro de la Tierra, hacia el Cielo.

En el mundo sublunar, se daban además movimientos "in-naturales"; y el término con que se les designó fué el mismo que emplea Galileo como prototipo para las leyes "naturales" del cosmos en cuanto cosmos. No cabía mayor inversión de perspectiva. En adelante ya no jugarán papel alguno en física, porque ni existen, los movimientos "naturales"; no hay movimiento que nazca de causas intrínsecas y de la especie de un cuerpo; el movimiento proviene de fuerzas diluídas por el universo, de fuerzas "campales", acampadas en el Espacio y que son las que dan la batalla al cuerpo que se presente, sea el que fuere, Sol o piedra, Luna o metal.

Por esto las palabras pro-yectil, pro-yectar, dar un "empujón" hacia adelante —así con la violencia y origen externo del empujón—, traducen el sentido propio de la física galileana.

En la obra *Problemas mecánicos* (Cf. problema 34, probablemente de Aristóteles) se plantea el problema de explicar el movimiento "in-natural", el que proviene de un empujón violento, antinatural. Ya es por sí un problema que se dé lo innatural en un mundo de seres naturales. Pero dejando tal escándalo que nos da la madre naturaleza, el movimiento innatural de un proyectil se "explicaba": 1) se dan "medios" que "nacieron", a los que "viene como nacido el mover y ser movidos" (*Fis.* VIII, 10); así los elementos intermedios entre tierra y fuego, cual son, según Aristóteles, el agua y el aire, poseen la propiedad de mover y ser movidos; es decir, de poder transmitir, pasarse de lugar a lugar los cuerpos. El aire y el agua serán el "medio" en que pueda acontecer un movimiento violento, el moverse un proyectil.

2) un cuerpo arrojado contra su natural dirección, de suyo no adelantaría un solo paso; si, por ejemplo, una piedra puede moverse horizontalmente es porque el aire es un "medio" que posee la propiedad de ser movido y de mover a su vez. El aire es, pues, el propiamente movido e impelido por el impulso que me creo dar a la piedra. Y el aire (A), así movido, pues puede serlo, mueve a su vez la piedra, la impele; y tal impulso del aire no afecta de suyo a la piedra, que no nació para mover, sino que el impulso del aire A empuja otra parte del aire B, tan a punto y tan apropiadamente que el tal aire empujado B viene a colocarse detrás de la piedra, viene a dar media vuelta para situarse detrás, lo cual es adelantar la piedra; y, al situarse detrás de la piedra este volumen B de aire, en virtud de su movimiento circular empuja la piedra, la cual, no pudiendo de suyo apropiarse tal empuje, por ir contra su natural movimiento, lo transmite a otra parte C de aire, la cual ejecuta el movimiento semicircular que antes ejecutara la parte B de aire; y así sucesivamente. Tal es la teoría de la antiperístasis o movimiento en torbellino, y mejor movimiento circular *(perí)* que va en sentido opuesto *(antí)* del movimiento del

proyectil y que así lo sostiene *(stasis)*; lo "sostiene", no lo "impele" de suyo y en rigor. De donde se seguiría que no habría medio de arrojar un proyectil en el vacío; y que el aire y el agua eran, para decirlo con un término de Juan Philipón, que dice lo mismo que el texto citado de Aristóteles, *autokínetos*, "automóviles", se-movientes (*Phys.* VIII, 10, cf. IV, 8).

Pues bien: según la *Lex inertiae*, base de la física galileana, de la clásica y de la moderna, cuando a un cuerpo cualquiera *(mobile quoddam)* se lo trata "violentamente", cual pro-yectil *(proiectum)*, a empujones, sin preocuparse de sus pretendidos movimientos naturales, y se lo obliga a empujones a moverse por un lugar innatural, por un plano horizontal indefinido, resulta, ¡oh maravilla!, que su movimiento es uniforme, regido por la igualdad *(aequabilis)* y además "perpetuo" *(perpetuus)*, gozando de las dos prerrogativas más preciadas entre los griegos y escolásticos: perpetuidad e igualdad.

Y lo bueno del caso es que la naturaleza ha dado la razón a Galileo, contra Aristóteles, los escolásticos y los Inquisidores.

La introducción de un plan "causal" resulta evidente y aun descarada. Nada ya de fuerzas que, por nacerle a uno de dentro y tener dentro su causa, o no resultaban investigables o presentaban concomitancias peligrosas con el *eidos*. Nada de eso, las "causas reales" que hace entrar Galileo en su "plan causal" son externas, violentas, empujones, no sobre cuerpos naturales y respetando sus "géneros y diferencias", sino tratándolos cual proyectiles.

La subordinación y paralelismo entre las cuatro causas "de" un cuerpo, "su" lugar y "su" tiempo, según Aristóteles, han desaparecido. La causa eficiente está fuera del cuerpo, su lugar es un plano infinito, inapropiable; y plano "horizontal", para mostrar a la gravitación y al centro de la Tierra que no son ni centro ni ley natural. Veremos, con Einstein, que no era preciso exagerar tanto las cosas para acabar con la física antigua; pero re-matar a un muerto no constituye atentado contra la vida.

Otro ejemplo del modo de acabar con la física aristotélica nos lo ofrecen las famosas experiencias de Galileo sobre la caída de los cuerpos (Pisa, hacia 1590, *Dialogi*

dei massimi sistemi, Giornata seconda; Sermones de motu gravium).

Según Aristóteles, en su libro *de Coelo* (IV, 2; Becker, 309), entre otros pasajes, dice explícitamente que "entre todos los cuerpos graves o pesados, los más pesados como el oro y el plomo, se van hacia abajo *más deprisa;* y lo mismo acontece con los ligeros o leves, que, cual el fuego, se van cuanto más ligeros tanto más deprisa hacia arriba".

Irse hacia abajo más de prisa, a proporción de su peso específico, equivale a aumentar de peso a medida que se acerquen al centro, pues en rigor y según el mismo Aristóteles el movimiento local, cuando es natural, conforta y lleva a su ápice, pone en acto final *en-tele-cheia* la potencia. El peso en potencia, en caída aún, se va haciendo peso en acto, es decir: aumenta hasta un límite máximo natural, que se obtendría al llegar al centro del mundo.

La argumentación aristotélica sería irrefutable si el mundo físico y sus leyes se hallasen constituídas en plan "específico"; quiero decir que cada cosa poseyera "su" género y "su" diferencia específica, y acomodara a tales género y diferencia "sus" propiedades: se hiciera con "su" cantidad, con "su" espacio (lugar), con "su" tiempo (duración), con "su" relación entre espacio y tiempo o movimiento ... *específicos,* pues recordando que lo individual cae para Aristóteles fuera de la esencia, no podríamos pedir que cada cosa en cuanto tal individuo tenga "sus" leyes individuales propias o les diese un matiz original y único.

La consecuencia general, pues, habría de ser que el árbol de Porfirio —de géneros y diferencias— no podía caer según una sola ley; los cuerpos naturales más pesados deberían caer según ley distinta que los menos pesados; los pesados, con otra ley inversa a las de los leves; y leves y pesados, moverse por leyes específicamente diferentes de las cuerpos secos —aire— y húmedos —agua—; y los cuerpos compuestos, moverse a proporción del componente dominante.

Y tal fué, como hemos visto, la consecuencia aristotélica, conservada cual reliquia y modelo de perfecta deducción "natural" por los escolásticos.

Galileo, al mostrar que "todos" los cuerpos caen según

la misma ley para el espacio recorrido ($\frac{1}{2}\,g\,t^2$), según la misma ley para la velocidad (g. t), y según la misma aceleración gravitatoria ($g = 9'81 m/sec^2$) puso de manifiesto que los aspectos de "especies", géneros, diferencias específicas nada tienen que hacer en física, que no poseen valor real.

Y efectivamente: los aspectos de "especie natural", diferencias específicas, géneros son eso: aspectos, algo para mirar, algo que apunta y me ofrece la naturaleza para "mi vista", eidetismos puros. No por casualidad dió Aristóteles a las "especies", compuestas de género y diferencia específica, el nombre de *eidos,* de "idea metida en cuerpo especial", es decir, algo para la vista, algo "a ver por vista de ojos", no a echar torres abajo o por planos inclinados.

Y en esto se compendia el descubrimiento de Galileo: en haber notado, y puesto brutalmente ante los ojos espantados e incrédulos de los filósofos aristotélicos, que las causas reales pueden desacoplarse y aun andar radicalmente desacopladas de los aspectos eidéticos, de especies y géneros, de jerarquías definibles; y que las causas físicas reales no sólo no nacen de los cuerpos, ni se acomodan mansamente a sus especies, sino que por el contrario los tratan inconsideradamente, a golpes de fuerza, a empujones.

No se puede, pues, hacer física "en realidad de verdad" sin forzar esa virginidad espectacular y especular de las "ideas" de las cosas, de las especies y géneros; hay que hacerse fuerza y hacerla a las cosas, en una palabra violentarse y violentarlas. Y no nos extrañará que tuviese Galileo que violentarse en el lenguaje y forzar la espectacular tranquilidad ideológica de su tiempo.

B.—Pero, ¿cómo juntar en un plan categorial eidético —pantalla en que las cosas hablen y no hagan—, con un plan causal, en que las cosas hagan, y no hablen en lenguaje eidético?

Galileo no llegó a unirlos en unidad sintética a priori, lo diré con exactísimos términos kantianos, sino que solamente consiguió "ayuntarlos", hacerlos arar a la par.

Leamos el texto típico: "Sabe que más o menos durante los tres meses en que la estrella Venus está visible me di a mirarla con toda diligencia por medio del telescopio, pa-

ra que lo que ya tenía en mi mente como indudable lo aprehendiese por los sentidos mismos".

Frente a lo físico inmediato, tal cual se desarrolla a nuestra vista, se pueden adoptar tres actitudes.

Primera: de observador simple.

Segunda: de observador en plan eidético y con aparatos para observar "a vista de ojos" *(idein)* lo que se ha "pre-visto" por la "vista de mente" (*eidenai*), por "saber-de-vista" (*eidenai*).

Tercera: de "experimentador" que vigila, y se pre-viene con "instrumentos" para las "manifestaciones" de las "fuerzas" reales.

Eidetismo simple, sin plan; plan eidético; plan causal.

Pues bien: la *Lex inertiae*, enunciada y explicada en el texto A pertenece al tercer tipo. Porque, en efecto, comenzamos por violentar el curso natural de las cosas, hacerlas moverse por un plano horizontal, prolongado hacia el infinito; y puestas por nosotros en él, se les da un empellón hacia adelante, tratándolas como proyectiles, para "experimentar", es decir sin saber de antemano lo que va a pasar, tanteando la reacción de las cosas puestas en tal aprieto y circunstancias nuevas. Y esto es, exacta y precisamente, "experimentar": "ver qué resulta cuando se coge a las cosas desprevenidas, fuera de su curso normal, forzándolas por un conjunto de circunstancias fijadas por nosotros a que se manifiesten como fuerzas, es decir, como desvinculadas del natural curso de las cosas".

Fuerzas, instrumentos, experimentación de efectos de fuerzas: todo ello in-natural, pues, —1) las *fuerzas* no son causas eficientes acopladas con las tres restantes de Aristóteles y todas cuatro con los aspectos eidéticos propios de las cosas dejadas a su curso natural.

—2) los *instrumentos* (*in-struo*) son algo con-struído (*cons-struo*) que tiene precisamente el oficio de de-struir las inmediatas y eidéticas conexiones del curso natural de las cosas, para que así, si la causa eficiente tiene algo de "fuerza", de violencia indomesticada aún, se "manifieste", es decir, "hienda" con su "mano" (*manu-fendere, mani-festum*) y corte la tranquila superficie del mundo cotidiano; y si la causa material tiene algo de "masa", de

"material en bruto" se manifieste también, rompiendo con esa sumisión humilde de la causa material, o material sometida a las tres restantes causas.

—3) y *lo que entonces aparezca* será, ante todo, impre-visible, es decir, in-visible en el plan corriente del mundo; y además im-pre-visible, pues nadie puede predecir si nos hallaremos o no en un mundo tal que las causas eficientes guarden aún un poco de ese salvajismo y violencia propios de la "fuerza bruta" (energía indiferenciada), y si las causas materiales conservarán aún algo de material-en-bruto. Y si esto es así podrá surgir una técnica científica que se sirva sistemáticamente de las "fuerzas" y de las "masas", sin tener que preocuparse de las causas.

A esto se llama experimentar, que es una original e imprevisible manera de considerar y tratar al mundo, manera que ni sabíamos y podíamos predecir antes de Galileo. Por eso él tuvo que "inventarla"; y tal invento nos proporcionó un nuevo tipo de verdad, de descubrir aspectos del mundo, ocultos antes por la "verdad natural e inmediata" eidética, y por las causas eidéticas.

Para este plan he elegido términos todos de violencia:

1) fuerza, frente a dócil causa eficiente.

2) instrumento, frente a aparato, *paratus-ad*, preparado, cual siervo a lo que manden las cuatro causas.

3) mani-festar, frente al tipo de patencia inmediata; sin que sea menester hender con mano alguna lo real; y todo ello contemplado en plan de

4) experimentador, no de observador, que es de nuevo plan de mirar a lo siervo (*ob-servare, servus*) a lo que la naturaleza "a sus anchas" quiera mostrarme.

Cuando logremos, con Newton, hacer ciencia física con estas cuatro condiciones "violentas" se habrá llegado a fundir en uno, a "unir sintéticamente", plan categorial con plan causal.

Si releemos ahora el texto B notaremos sin más que está todavía Galileo en plan, 1) de causas naturales: las que "hacían visible", a su manera y según sus leyes a Venus: *videri potest.* Nada de ponerle a la estrella de Venus "plan violento", cual ponemos ahora con análisis espectral,

espectroscopios . . . Aquí no se descubren "fuerzas", sino aquella armonía de las esferas

"que es, de todas, las primera".

Plan de causa eficiente, no de fuerzas.

2) y se emplean "aparatos", *oculare,* telescopios, que son medios casi naturales, prolongación del "ojo" que con nosotros "nace"; y nada más natural que Galileo se note,

3) espectador, observador, sumiso fiel, "a lo que se le dé" por las buenas; *cum diligentia respicere,* para capturarlo con los sentidos, *etiam sensu comprehenderem,* cual conocedor hambriento e impotente.

4) pero este plan de sumiso observador no llega a la adulación servil de quien "se está mirando" lo natural; va guiada por un plan eidético puro, por un pretender y esperar descubrir "en lo que se le dé" aspectos analítico-geométricos, expresables en el "único lenguaje humanamente comprensible": el de círculos, triángulos . . .

Esta dualidad de planes científicos dentro de una física que pretendía ser una y tan grande como el mundo no podía menos de perjudicar su estructura científica, dando "una" física, más por "ayuntamiento" que por "unidad sintética".

Pero por siempre jamás deberemos a Galileo el haber descubierto, e inventado, "unos cuantos" experimentos para descubrirnos que las causas eficientes no lo eran tanto, que guardaban aún una independencia real y brutal, que tenían algo y mucho de "fuerzas"; y que las causas materiales tampoco lo eran tanto, pues se habían quedado con un residuo u hondarras del primigenio caos real, potente, indomesticado: lo que se llamará en fin "masa", o causa material liberada de servir a las tres restantes.

Masa, fuerza, instrumentos, experimentación: integrantes del plan *categorial-causal;* plan, dirá Kant, propio de la Razón, en cuanto independiente del cotidiano y manso curso de las cosas, en cuanto no "aprehendidas" las cosas por ella; plan en el que la Razón "ve lo que ella misma ha hecho que se produzca o venga a luz" (*hervor-bringen*) por medio de un su proyecto (*Entwurf*), en que las cosas son echadas (*geworfen*) o tratadas cual pro-yectiles, tal como en el "proyecto" para experimentar la *Lex inertiae.* Y por

esto podrá decir Kant que, al forjarse tales tipos de proyectos y de tratos con lo natural, les "saltó a los físicos una nueva luz a los ojos" *(so ging allen Naturforschern ein Licht auf)*, que es el nuevo tipo de "verdad", de luz "inventada" para descubrir aspectos nuevos del mundo real.

A este procedimiento llama Kant "revolución del modo de pensar" (*Revolution der Denkart*)—*Kritik d.r. Vernunft*, prólogo a la segunda edición, XIII. Y al nuevo tipo de verdad, casi activa, de hacer saltar chispas a lo natural en estado de pedernal indiferente y frío dará Kant el nombre de *verdad trascendental;* de la otra, del mirón en plan de mirar la naturaleza y no tocarla, dice Kant que se la puede *schenken,* palabra que pudiera significar lo mismo "enviarla a paseo", que "regalarla a quien la quiera". (Cf. Kant, *K.d.r.V.* Transcendentale Logik, 82-83), o simplemente darla por sabida y olvidarla de puro sabida.

C.—Cuando, ante los objetos del mundo sensible, ponemos un espejo, las imágenes que de ellos aparecen en él, ni pesan ni tienen ciertamente volumen; pero no se puede decir con sentido alguno que el espejo "opere" algo así como una "abstracción", separando color de peso, dos dimensiones de tres. El espejo no opera separación alguna óntica o real, como si en el objeto primitivo poseyeran independencia óntica o real el volumen frente a la superficie o el color frente al peso, y el espejo actuase como analizador armónico o micrótomo sutil que separase de hecho lo que ya estaba separado en sí. Por un instrumento suficientemente fino se puede ir separando ónticamente superficies o laminillas cada vez más delgadas, y tal vez llegar a películas monoatómicas, en que la tercera dimensión apenas si cuenta. Pero el espejo no presenta una imagen bidimensional de lo tridimensional por este método de separación causal, con fuerzas; opera nada más una separación "fenomenológica", dándonos —así en activo, con la fuerza del *hervor-bringen* (sacar fuera, pro-ducir), dándonos de sí y para sí, para que se ostente en él, una figuración original de los objetos, un "apariencial" (*phainomenon*) que, por mucho que hagamos, jamás se podrá fundir con la realidad de la que se dice que es "imagen". En la abstracción mental común, por ejemplo cuando abstraigo el universal "hombre" de los

individuos humanos concretos, el aspecto abstraído funciona, de parecida manera, como "apariencial eidético", con referencia continua, con apuntamiento o intencionalidad inevitable hacia un mundo de objetos, pero sin que, parecidamente también, tal *intentio* o tendencia hacia ellos haga, de hecho, salir disparado el universal hacia sus objetos y fundirse realmente con ellos. Cuando el "relleno" (*Gehalt*) de un concepto universal es de estructura empírica —v.gr., los conceptos universales de hombre, animal, plato, caballo . . .—, la intencionalidad o tendencia de tal contenido gravita mucho más hacia sus objetos que cuanto tal "contenido" (*Inhalt*) no es empírico, sino puro; por ejemplo, los contenidos de conceptos como línea recta, circunferencia, función lineal, ecuación diferencial. . . que, en rigor, no se refieren a lo que se llaman sus inferiores, sino que es menester "coordinarlos", ordenarlos por un acto nuestro, por una especie de "empujón" dirigido hacia los objetos inferiores. Así el número 2 no se refiere o tiende (*tendere, tentio, in*) hacia (*in-tentio*) los conjuntos reales de dos elementos, hacia dos hombres, hacia dos piedras . . . Tales conjuntos no se han respecto del "2", como Platón y Aristóteles respecto de "hombre"; sino que el 2 y sus propiedades de suyo no se refieren y ordenan a tales "casos concretos". Para poder aplicar el 2 a tales conjuntos reales es preciso "ordenarlo", disponerlo "violentamente" hacia ellos, sacar al 2 de sí para hacerlo aludir a cosas que de suyo no tienen nada que ver con él. E inversamente: el 2 no se "abstrae" de tales conjuntos concretos, pues, si se abstrajera, guardara siempre una natural, intrínseca e indisoluble *intentio* hacia ellos, cual la conserva el concepto abstracto y abstraído de "hombre".

Los conceptos *a priori* no poseen "intencionalidad" esencial hacia los casos que puedan realizarlos, como la superficie del espejo y la imagen que en él se presenta "no gravitan" hacia lo que se llama objeto original. Poseen *intentio* o tienden hacia sus inferiores los conceptos "universales" de contenido *a posteriori,* aunque tengan la forma *a priori* de universal.

La teoría relativista, y antes la fundamentación axiomática de las ciencias, había reconocido que entre lo real

físico por una parte y lo geométrico-algebraico-lógico por otra no se da "subordinación", o sea una continuidad real de intención significativa en virtud de la cual de lo algebraico se tuviera que pasar sin remedio y unívocamente hacia ciertos objetos reales, estando subordinada, por ejemplo, sin escape posible, la figura sensible de la circunferencia con una sola y determinada ecuación de segundo grado. No; los objetos algebraicos o lógicos pueden valer de mil y mil objetos reales: "la" circunferencia puede hallarse, al parecer, realizada en miles de objetos redondos; y "el" 2, en miles y miles de pares de cosas; pero ni la circunferencia ni el dos . . . dicen *intentio,* tienden esencialmente hacia tales "casos", que así se llaman porque no son sino "caídas" a un orden inferior, mientras que los conceptos universales con contenido "empírico", cual el de animal, gravitan positiva e inconteniblemente hacia sus concreciones: caballo, hombre . . .

Esta distinción entre conceptos universales que gravitan positivamente, con intencionalidad positiva y esencial, hacia sus subordinados, y conceptos universales que no gravitan ni poseen de suyo *intentio* hacia sus inferiores, pues no tira de ellas hacia abajo el contenido, constituye una de las mejores aportaciones epistemológicas de las teorías modernas del conocimiento axiomático y científico.

Si, por una acción trascendental de la conciencia, los ponemos "en dirección hacia" las cosas, o los hacemos funcionar cual "uni-versales", no conseguiremos que los inferiores los "rellenen", que se llenen tales conceptos con la realidad de las cosas, sino que será menester: 1) "empujar" tales conceptos *(pro-iectum)* hacia los inferiores, hacerlos-caer *(casus cadere)* hacia ellos; 2) las cosas, término a que hemos hecho apuntar y tender tales conceptos, no podrán rellenarlos y se presentarán sólo como "objetos" (*ob-iectum*), como lo permanentemente inasimilable, cual imágenes especulares, inasimilables para el espejo, aunque las deje que se aparezcan en él, flotando así tales conceptos *a priori* entre cielo y tierra, manteniéndose en vilo el conocedor por medio de los conceptos *a priori* para delatar que el hombre está por dentro flotando él mismo en la Nada de todas las cosas, que no las necesita para rellenarse de ellas,

de su realidad bruta y firme, para ser lo que es; que posee el hombre "contenido" propio, *a priori,* que ni siquiera tiende positivamente hacia ellas, sino que son ellas, por el contrario, las que, si se les da posibilidad de acceso, podrán presentar no lo que son en sí sino lo que "yo les deje presentar". Tal el espejo: no deja que los cuerpos se le vengan encima para rellenarlo, y hacerle sentir así su realidad brutal; sino que les da sólo posibilidad de presentarse como objetos, reflejando los rayos reales que hacia él disparan, devolviéndoselos en su realidad brutal y ofensiva y guardando para sí un "apariencial" que ni pesa ni cuantifica ni colorea.

Todo este largo preludio he creído ser necesario para poder hacer con sentido comprensible las afirmaciones siguientes:

Primera: la física aristotélica estaba construída con conceptos universales concretos, de "relleno" real, empírico; por eso eran universales sólo en cuanto a la "forma" —de gravitar hacia "todos" desde "un" punto de vista, *uni-versum*—; mas no en cuanto al relleno, o significado comprehendido por tal forma universal, de "*intentio* global". Así son los conceptos de naturaleza, movimiento, lugar, duración, generación, corrupción, alteración, potencia, acto, especies, elementos, causas . . .

Por este motivo su física "teórica", su filosofía natural, caía tan de prisa y precipitadamente sobre las cosas; y se reducía a la faena de levantar una piedra para dejarla caer sobre el mismo u otro lugar, que tal es la convergencia y tendencia que dicen los universales "rellenos" de aspectos empíricos hacia la primitiva realidad. Claro está que "poder" sostener en vilo una cosa contra los hilos o líneas de fuerza que están tirando de ella hacia la realidad concreta, "muestra" que el hombre puede él mismo "tenerse en vilo", mantenerse en sí; pero tal "tenerse en vilo" sólo mostraba que el hombre podía librarse de tener que habérselas en cada momento con cada cosa en particular (trato universal con ellas), mas delataba que no podía tenerse en sí o libertarse de la "naturaleza". Así que quien dice "hombre" y piensa en "hombre" muestra que no tiene que tratar con cada hombre en particular, y la "forma" de universal nos

libra y descubre que somos en cierto grado libres frente a cada hombre concreto, mas quien piensa "hombre" está pensando en el "relleno" de tal concepto, relleno de que lo han rellenado, que le ha sido dado.

Segunda: Inversamente, al acudir "inventivamente" a ciertos hombres el plan de hacer ciencia física con un plan *a priori*, cuyos conceptos básicos poseyeran "contenido" propio, y no simplemente "relleno" empírico, hicieron posible una ciencia física de estilo "física trascendental".

Ahora bien: además del concepto empírico de "espacio" —el concepto aristotélico de "lugar" lo es—, puede alcanzarse un concepto *a priori* de espacio, con "contenido" propio, frente al concepto universal empírico de espacio, lugar "relleno" de cualidades, causas, elementos . . .

De manera que la eliminación, en la física clásica y moderna, de las cualidades llamadas secundarias, no proviene de ganas de molestar a los inquisidores o sacudirse el yugo de la escolástica o de decir de buenas maneras a Aristóteles que es un viejo pasado de moda; sino que se originó de una nueva manera de vivir, inventada imprevisiblemente por la vida mental, en virtud de la cual dió a sus facultades forma y funciones de "espejo", reflejando y devolviendo todo "relleno" empírico, y quedándose nada más con sus propios "contenidos", haciendo de condiciones de posibilidad de los objetos. Y así desaparecen en física las cualidades porque no pueden dar sino conceptos universales con "relleno"; y queda un cierto concepto de espacio y tiempo, como formas *a priori*, porque poseen "contenido" propio.

No es, pues, arbitrario el que la física clásica (Galileo, Newton . . .) y moderna se sirvan de geometría, álgebra y lógica como de constituyentes del "plan categorial objetivo" para una ciencia física; proviene de la creciente "espiritualización" del hombre, y es índice sutil de ella.

Esta observación me libra de citar tantos y tantos textos despectivos para las cualidades, que hallamos en los clásicos de la física, a la vez que explica el por qué de la eliminación de las cualidades dentro de la física clásica y moderna.

Tercera: la eliminación de la causa final.

Causarum finalium inquisitio sterilis est, et tamquam virgo consecrata Deo nihil parit; "La búsqueda de las causas finales, dice Bacon (DE AUGMENTO SCIENTIARUM, III, 5), está condenada a esterilidad, cual la de las vírgenes consagradas a Dios". Y lo mismo decía Descartes: "Así que jamás tomaremos razones algunas, referentes a cosas naturales, del fin que Dios o la Naturaleza se propusieron al hacerlas; porque no hemos de caer en tal y tanta arrogancia que nos creamos participantes de sus consejos".[8]

Pero el motivo básico de la eliminación de la causa final no es, —1) ni la esterilidad inherente a toda intromisión de la causa final, —2) ni la presunción de creernos secretarios de Dios o de la naturaleza, castigada con una bien merecida ignorancia de las causas reales, sino la estructura misma de todo plan categorial objetivo que, a manera de espejo, elimina sin alharacas ni golpes el volumen y el peso de los objetos, por una suerte de abstracción "ni formal ni total" (tipo escolástico de abstracción de conceptos con relleno) sino "fenomenológica" y mejor ontológica. (Cf. Heidegger, *Kant und das Problem der Metaphysik*, p. 47).

¿Qué mayor desaire para la causa final que sacar a las cosas de sus naturales movimientos y trayectorias, colocarlas en un plano horizontal indefinido, darles un empujón, y que ellas, las cosas naturales, se propasen entonces tanto contra la causa final que lejos de detenerse en son de protesta o no querer andar sino a empellones, baste uno para que continúen moviéndose en línea recta, uniforme y perpetuamente?

Pero he dicho que Galileo no llegó a unir con "unidad sintética" plan categorial objetivo y plan causal.

La patente de su unificación corresponde a Newton. Y requiere capítulo aparte.

---

[8] *Ita denique nullas unquam rationes circa res naturales a fine, quem Deus aut Natura in iis faciendis sibi proposuit, desumemus; quia non tantum nobis debemos arrogare ut eius consiliorum participes nos esse putemus". (De principiis philosophiae, I, 28).*

¿FILOSOFIA DEL DERECHO?

Se justifica la publicación de un libro.

La publicación de un libro como el de Bodenheimer[1] en la sección de manuales de la serie sociológica de su editor está ampliamente justificada para quien tenga la curiosidad de dar un vistazo al índice de sus capítulos. Ese índice desprende por sí la utilidad de la obra para estudiantes, estudiosos y aun entendidos. Al escribir esta nota sobre un libro seleccionado por mí tengo que justificar algo más, el por qué de su elección de entre el conjunto de la literatura reciente y el por qué de añadir un manual más al número de los ya publicados sobre esa materia. La cosa parece además más grave dado que quien esto escribe fué alguna vez profesor titular de filosofía jurídica y declaró también por escrito su insatisfacción y desgana por el estado en que veía esa disciplina. Pues bien, aquella desgana y la absorción en otras preocupaciones me tuvieron algunos años totalmente alejado de la literatura filosófica jurídica del día, hasta que últimamente no sé qué razones me impulsaron a querer reanudar viejas lecturas y a que distrajera unas horas en afanes de recuperación. Desgraciadamente, de esta segunda salida he vuelto todavía con mayor desgana e insatisfacción. Lo que en momentos más jóvenes eran barruntos intelectuales tiene ahora la confirmación de una experiencia vivida y que no es en modo alguno privada y personal. Frente a esa experiencia el pequeño mundo libresco amontonado en los últimos años produce una impresión de doloroso anacronismo, de intolerable insensibilidad. El hecho es tan fuerte que no puede pasar sin comentario y sin un intento de explicación. A él vuelvo; pero basta su enunciado para destacar sobre ese trasfondo algunas cualidades excepcionales, en este caso, del libro de Bodenheimer. Primero, no diré que sea el único pero sí uno de los pocos de entre la literatura profesional que no desmiente y niega la fecha en que fué escrito; será feliz o no en la visión de la realidad, pero a la que apunta es nuestra realidad y no la de un mundo lunar. Segundo, es claro y preciso; se podrá estar conforme o no con lo que dice, pero lo que dice lo expresa en forma inteligible y justa, con la

(1) BODENHEIMER: *Teoría del Derecho.* Fondo de Cultura Económica. 1942.

palabra adecuada, como instrumento de expresión y no de confusión y embrollamiento. Tercero, Bodenheimer tiene la virtud de llevar a los planteamientos elementales en donde los problemas se viven en su dramática sencillez. Algunas de sus fórmulas pueden parecer poco refinadas a ciertas mentes "superiores"; pero aparte de estas personas, y se acepten o no aquellas fórmulas en su tenor literal, todas las demás, "estudiantes, estudiosos, o entendidos", agradecerán la inmediata sencillez con que les son presentados los problemas más vivos de su propia experiencia jurídica y política. En este sentido el libro de Bodenheimer no es sólo un manual para alumnos de primer año, sino un libro humano y serio que podrán aprovechar todos los que viven sin dormirse en nuestros días azarosos.

Ahora bien, como pudiera parecer arbitrario el que subraye estas cualidades y no otras, tengo que volver al trasfondo ya señalado en donde destacan. Lo cual me lleva a la faena de ofrecer en forma rápida y directa y no técnica los resultados de mi confrontación de unos cuantos libros con nuestra palmaria realidad.

Logomaquia y desprestigio

Una de las cuestiones más intrigantes de nuestros días ha sido la pérdida de prestigio ante las masas de los llamados intelectuales; cuestión que preocupa naturalmente no por el destino personal de esas personas sino por el destino de aquello que encarnan o pretenden encarnar: la inteligencia; pues la inteligencia sigue siendo en medio de todo lo único que nos ofrece comprobadas garantías de orientación y salvación colectiva. De esta espinosa experiencia se han venido ocupando unos y otros en estos últimos tiempos y yo mismo he echado mi cuarto a espadas con cierta insistencia. Veo ahora que mi amigo Francisco Ayala desde el otro extremo de América aprovechando un prefacio a un excelente estudio de Lampay, un libro con sangre en las venas, desenmascara agudamente a la especie de aquellos que por huir del caos buscan su refugio en puras logomaquias "cuya perfección formal no consigue sino poner más de relieve su carácter de evasión respecto de la vida". Celebro esta coincidencia y acepto una fórmula que tiene una penosa y fácil comprobación en el asunto que ahora traigo entre manos. Entiéndase, sin embargo, que no se trata de acusaciones personales a un grupo de hombres entre los cuales los hay seguramente honestos y bien intencionados sino de hecho colectivos que por su gravedad no pueden ser silenciados y deben tratarse sin pasión

ciertamente pero sí con objetividad implacable. ¿Hay un modo de encontrar una explicación a tales hechos?

Podemos aceptar como punto de partida una paradoja enigmática. Es ésta: en los últimos años una abundante literatura de libros, folletos y artículos sobre temas filosófico-jurídicos y una continuada fundación de Institutos, nacionales e internacionales, para el fomento y cultivo de esos temas, tienen como acompañamiento real una depravación progresiva de la vida jurídica tan considerable que lleva hasta hacer enteramente problemática la existencia misma del derecho en grandes áreas de la tierra y a su deterioro mayor o menor en todo lo que llamábamos humanidad civilizada. Por lo pronto, el hecho de que no haya sido casi nunca esta impresionante realidad el objeto único de aquella literatura es algo de por sí incomprensible pero no menos significativo; y conste que en esto no hay excusa para nadie, pues la marea ha sido y es universal y se percibía cómo la inundación no iba a dejar rincón alguno en calidad de islote resguardado y seguro para el fin de la especulación bizantina. Pero hay más. Sería enteramente pueril y falso interpretar la citada paradoja como una correlación precisa de la que derivar una imputación causal sin atenuaciones; esto último sería totalmente disparatado, pero no por eso deja de estar encerrada en esa paradoja una responsabilidad y no pequeña, aunque no derive de una causa única. Pues aunque pudiera sostenerse la indiferencia ante los hechos actuales en méritos de una dedicación o entrega a los supuestos temas eternos o permanentes: ¿qué es lo que han tenido que ofrecernos estos señores sobre un tema tan entrañable y grave como el del derecho que el hombre real vive a veces con su dolor y lágrimas? La respuesta sincera es ésta: un mundo desvaído y espectral de conceptos difíciles, falsamente profundos, de sutilezas, sin sentido y de simples e inacabables tautologías. Dicho en otra forma, un puro amontonamiento verbal, confluencia confusa con frecuencia de terminologías de la más varia procedencia. Cuando más de una vez me he visto ya medio asfixiado en ese mar de motajos, como decía Unamuno, he podido calmar mi indignación intelectual y moral imaginando hasta la carcajada lo que harían los semánticos con algunas de estas páginas. ¡Qué series interminables de *bla-bla-bla!* Y aunque pudiera decirme con razón que llevando el análisis semántico a sus extremos no queda títere con cabeza y que apenas quedan símbolos incólumnes, nadie podrá negar la diferencia entre unos y otros. Pues, señores, ¡qué símbolos los de otros días, aunque fueran opuestos y enemigos! Libertad, igualdad, autoridad, resistencia a la opresión, tradi-

ción, ley natural, etc. Haga cualquiera una tabla de las "esencias" y "categorías" que circulan ahora por ahí y juzgue si no está ciego.

Ahora bien, la situación importa no como un caso de dolencia para el que se aconseja un tratamiento enérgico como el de la semántica o que puede ser tomada en broma y pasatiempo si se quiere, sino como ejemplo muy típico del fenómeno más amplio de la irresponsabilidad intelectual que ha dominado en nuestros días. ¿Qué estímulo de vida, qué creencia positiva, qué fuerzas de sostén y de lucha puede encontrar el tan calumniado hombre corriente —alguna vez habrá que hacer su elogio— que se asome con un poco de esperanza al tipo de publicaciones que comentamos? A nadie le extrañe el hastío, el escarnio y la desesperación.

He recordado repetidamente a este respecto una anécdota juvenil, porque me ha parecido una clave para comprender cosas de mayor importancia ocurridas después. Siendo estudiante en mi vieja universidad valenciana anuncié, con pedantería perdonable, una conferencia titulada "Normativa y estimativa"; pero mis compañeros no juzgaron el caso muy digno de perdón y en el mismo anuncio improvisaron unos dísticos en donde la rima les llevó a nombrar repetidas veces un conocido instrumento de la más casera medicina. Aquella protesta e irritación de las masas escolares, más "auténticas" sin duda alguna en ese momento que el provocador de su escarnio, es lo que en el fondo ha venido repitiéndose después con otras masas, que arrasaron en su desesperación, y, con instrumentos más eficaces que los de la vieja farsa, lo que aún quedaba de inteligencia y razón.

No se trata de una *boutade;* aludo a cosas muy serias de las que tenemos hoy informaciones tan coincidentes como precisas. Lo que vamos sabiendo, por ejemplo, de la historia política e intelectual de la República de Weimar es ya suficiente para delinear con algún rigor la responsabilidad que cupo en esos años a la intelectualidad evasiva y logomáquica. ¿Es puramente casual que estuviera de moda en esos días una escuela jurídica empeñada en demostrarnos que todos los gatos son pardos? En esa confusión todo fué pardo en efecto; aunque la "imputación" no pareciera tan incolora a los que pudieron meditar más tarde sobre la distinción de estado y derecho en el resguardo trágico del campo de concentración. Ahora que es tan fácil hablar de la barbarie nazi ¿no sería mejor escudriñar severa y seriamente las causas que la produjeron y si estamos tan exentos de ellas como parece? ¿Qué pecado hemos cometido entonces para que se siga sirviendo como plato de novedad por estas tierras algunos de los

alimentos de la catástrofe? Pero lo que ocurrió en la Alemania weimariana fué más general de lo que se cree. Así, hemos podido contemplar cómo al empezarse la segunda guerra mundial nadie sabía por qué luchaba ni por qué se le pedía el sacrificio de su comodidad y de su vida. ¿No ha costado casi dos años vencer esa situación y que los hombres sepan qué es lo que vale su esfuerzo y lo cumplan con ilusión y con fe?

¿Cómo realizar todo eso con normatividades, análisis lógicos, aporéticas, imputaciones, estimativas, ontologías, esencias, y otras cosas por el estilo? La historia de las ideas nos muestra que jamás la especulación jurídica en sus grandes momentos ha sido una construcción espectral sino instrumento de organización, medio de lucha y depósito de creencias e ideales.

El Drama Académico

Ocurre con la especulación jurídica lo que en buena parte sucede también con la filosofía en general. Que se ha estado haciendo una filosofía jurídica para profesores; y esta es la más de las veces una especulación sobre los libros y no sobre la experiencia. De esta suerte y a poco que se descuiden, los temas filosóficos más vivos se desecan y enrancian. Pero no sólo eso. El drama académico en relación con ciertas disciplinas especulativas radica en que el profesor no sólo ha de conservar y recoger la herencia espiritual, sino mantenerse enterado de lo que se hace y produce al día. De tal forma no sólo se conservan los temas heredados, y yuxtaponiéndolos a veces en forma harto mecánica, sino que hay que recoger e integrar, venga o no a pelo, las últimas novedades. Va creándose así un mundo cada vez más abstracto, recortado y hermético hasta que una conmoción como la actual renueve el edificio en sus mismos cimientos.

La especulación filosófico-jurídica de estos últimos años constituía un ejemplo marcado y típico de ese fenómeno. Los elementos de la herencia y de la moda operaban al final tan mecánicamente que podía ofrecerse una receta para uso de aspirantes a pomposos títulos. La receta poco más o menos era ésta: acéptense los ingredientes de la herencia neokantiana, añádase un poco de iusnaturalismo, agréguense fuertes dosis de teoría pura y fenomenología y que no falten, si se quiere estar al día, unas gotas de existencialismo. La incoherencia del resultado no pasaba de ser una manifestación más de la incongruencia mental que es en nuestros días efecto y causa al mismo tiempo de la

desorientación social en que vivimos. ¿No hay demócratas que declaran, sin percibir contradicción, sus supuestos filosóficos aristocráticos; y liberales partiendo de la teoría de la institución, señalada acertadamente como la construcción jurídica del capitalismo monopolista, etc., etc.?

Lo que ha sido y lo que es la filosofía jurídica

Si todo esto es la filosofía jurídica en la actualidad, recuérdese lo que ha sido en sus verdaderos momentos. Los grandes hombres de la filosofía del derecho —que dicho sea de paso, pues no deja de ser significativo, pocas veces publicaron sus libros con ese título— representan sistemas de vida práctica entera y todas han traído una doctrina del hombre y una teoría de la sociedad; es decir una visión de la existencia y una iluminación de la acción. Es igual para el caso que sus doctrinas fueran revolucionarias o conservadoras, absolutistas o liberales, construcción del futuro o racionalización del presente. Ninguna ha dejado de ser una apelación a un tipo determinado de convivencia; y en el cuerpo del derecho natural, en tradición ininterrumpida, a una convivencia basada en la razón y garantía de la libertad y dignidad del hombre. Pero lo que es más importante: ninguna de esas doctrinas han sido construcciones en el vacío y puramente especulativas sino instrumentos de organización, intentos de realizar dentro de una sociedad de estructura determinada ciertos postulados ideales. El desarrollo puramente ideológico que pasa a los manuales nada recoge de lo que fué originariamente un enfrentarse tenaz con problemas y realidades muy concretos; una solución de aquéllos y una reconstrucción de lo que éstas ofrecían. Así se explica la resonancia histórica de tales doctrinas. Lo que tuvieron presente no fué una sociedad en general, sino la estructura social en que vivían, estructura que había de reafirmarse o reformarse de tal suerte que fueran posibles los ideales dados por su filosofía. ¿Podemos encontrar ahora esfuerzos mayores por insertar en la estructura *social real* en que vivimos —nacional e internacional— los postulados ideales que el precipitado histórico mantiene todavía como el patrimonio de la humanidad? No faltan por fortuna; pero dispersos por diversos campos, de acción y pensamiento, no pueden señalarse como abundantes y realistas las aportaciones de lo que llamaríamos la filosofía jurídica oficial. Se me dirá que en todo esto hay algo pueril, pues equivale a pedir el Hegel, el Grocio, etc.

de nuestra edad; mas no se trata de eso, sino de que cual ocurre en otros terrenos, las inteligencias dedicadas a estas cuestiones, de talla mayor o menor, se pongan seriamente a ver lo que tienen delante y sean esperanza de orientación y no causa de desconcierto. Cierto es que la filosofía negativa que ahora nos ha dado por cultivar puede prestar poco apoyo a esta reconstrucción iluminativa que viene exigiendo nuestra realidad, mas esto en todo caso indicaría que hay que dejar esa filosofía y no otra cosa.

Common sense in law

Mientras esto llega, es preferible antes que el desvarío acogerse al tema que nos da el título del conocido libro de Vinogradoff. Es decir, volvamos como punto de apoyo y de partida a la simplicidad, a la sencillez y al sentido común en la formulación de nuestros problemas. Podrán los cejijuntos altaneros sonreír de la fórmula según ellos poco "profunda" que Bodenheimer retorna oportunamente al decirnos que el derecho es un término medio entre la anarquía y el despotismo, pero todos los innumerables hombres que hoy día sufren en su carne de la degradación del derecho, reconocerán que en ella está el comienzo de la verdad. Y esto basta.

José MEDINA ECHAVARRIA.

MAX WEBER Y LA VICTORIA DEL RACIONALISMO ECONOMICO

Los estudios de Historia económica general, como sector diferenciado de la Historia de las ideas económicas, han hallado intenso cultivo, durante los últimos decenios, en los Estados Unidos y en la U. R. S. S. Este último país, según testimonio del Prof. E. Kosminsky, de la Universidad de Moscú, dedica en la vida docente de las altas escuelas un particular interés, no ya a la tradicional exposición del pensamiento económico, sino al estudio concreto de los hechos, conforme a un criterio que asocia el enfoque sociológico-tipológico y la orientación histórico-materialista. Por ejemplo, el caso de Inglaterra —una de las más cálidas obsesiones soviéticas— no es estudiado tomando como centro la génesis y evolución del sistema liberal y su versión en la teoría clásica, sino en los aspectos relevantes que permiten una recta apreciación del problema de la lucha de clases: el régimen señorial inglés, la rebelión de Wat Tyler, el acotamiento de las tierras durante el siglo xvi, las revoluciones agrarias e industriales del xviii, el movimiento obrero y el cartismo. Encaminadas estas manifestaciones universitarias hacia una capacitación técnica del futuro colaborador en la reconstrucción del país, renuncian a la técnica magistral de exposición y recurren a formas más activas en un trabajo en común de maestros y escolares: mediante coloquios, informes y discusiones, laboratorios históricos y frecuentes jiras por los campos de la estadística, de la técnica y de la geografía histórica y económica, va destruyéndose la vieja mentalidad receptiva del alumno, y se encienden en él preocupaciones ardientes por los problemas de la economía viva, aún palpitantes a pesar de la enorme carga erudita que sobre ellos ha volcado un siglo de investigación monográfica casi exhaustiva.

También los Estados Unidos perciben el interés que ofrece la historia de los hechos económicos, aunque desde un ángulo distinto. Por centenares se cuentan los *college books* sobre la materia referida: apenas pasa un mes sin que aparezca un nuevo libro sobre Historia de la Economía, unas veces dividiendo el tema por épocas, otras por instituciones, algunas conforme a un criterio de valoración geográfica, otras describiendo, con más o menos aparato documental, la adscrip-

ción de los hechos a un criterio político determinado. La masa de la producción bibliográfica indica a las claras el interés que esa disciplina despierta, ya, desde los primeros estadios del *curriculum* universitario. La forma, por lo común expositiva, de muchos de esos libros, sugiere la idea de que maestros y escolares mantienen la tradicional relación según la cual aquéllos aparecen como mentores indiscutidos, y éstos como elementos pasivos, más o menos afortunados en su papel receptor.

México ha comparecido, hace algunos años, en el campo de la preocupación realista por los temas de la evolución económica: con un certero instinto de pueblo a quien no encadena la historia intrascendente, se ha enfrentado, con un ímpetu primaveral, a la tarea de estudiar los problemas vivos, de hoy y de siempre. En este sentido el futuro graduado mexicano, en Economía, se halla atendido desde el principio de su carrera con enseñanzas de tipo objetivo que —cosa extraña— no se ofrecen con esa orientación en países tan tradicionalmente historicistas como la Francia "eterna" y los pretenciosos núcleos germanos.

No han faltado, en estos últimos tiempos, manuales de Historia General de la Economía, vertidos al castellano con atención preferente a la necesidad escolar. Libros hábilmente ideados, a veces, tenían el inconveniente de apreciar los hechos con un criterio parcialísimo, pensando sólo en el núcleo de la cultura occidental, ignorando la rica fuente de experiencia de las civilizaciones primitivas o exóticas, sacrificando al detalle curioso la estructura firme, que da sentido y continuidad a épocas y países. Así, pocas obras podían ofrecerse al lector de México y de las Américas que tuvieran la fuerza sugestiva y "provocadora", y el sentido constructivo, de la HISTORIA ECONÓMICA GENERAL, de Max Weber, traducida del original y editada por el "Fondo de Cultura Económica" de México: libro de corte universitario y trascendente, con novedad auténtica, de un apasionamiento comunicativo y renovador.

*

Para que en la tierra clásica de los historiadores —la vieja y añorada y perdida Germania— lograra Max Weber el prestigio altísimo de que siempre disfrutó, era forzoso que su aportación se distinguiera no sólo por la originalidad de su tarea, sino por el hondo calado de su eficacia como profesor. En ese único ejército invicto de Alemania,

el de sus grandes historiadores, Max Weber no aparece como un realizador cuajado y perfecto en todos sus detalles, sino como un animador no ya de ideas frías y eternas, sino de cuestiones de fuego y savia, en viva e impetuosa corriente.

Ranke había creado el gran humanismo histórico, lleno de romántica elegancia. Roscher huía de la crítica menuda y se sumergía en los vastos caudales de la descripción realista, con un cariñoso empeño de filólogo, enamorado del detalle. Schmoller —figura señera de la Alemania imperial octocentista— abandonó la posición cosmopolita de los investigadores de principios de siglo, y no se conformó, como Roscher, con llevar a cabo una fundamentación histórica y cabal del sistema clásico de la Economía. Pensando como político realista, ninguna definición parecía suficientemente sólida y respetable a su fuerte y noble escepticismo: todo, en él, estaba sometido a dura prueba, rigorizada por el genio y la erudición.

Con la aurora del siglo presente, Sombart apareció como la encarnación de una era nueva, sensible e "irritable"; de una época de hormigueo mental, y anhelos nebulosos; de una época nueva y cambiante como los comienzos del biocosmos. Para él, escribir historia era, según Brodnitz, "dar cuenta de un cambio perpetuo", en una sustancia donde sólo existía un elemento de continuidad: el "espíritu" de la nación. Creó después el concepto de "gran capitalismo", como una unidad abstracta y central del espíritu europeo. De esa ruta que conducía rectamente a la universalidad retrocedió Sombart, por desgracia, en los últimos años de su vida, volviendo al "vivac" nacionalista, denigrado ya por la soldadesca hitleriana.

En ese mismo período agitado de los comienzos del siglo actual, hizo Max Weber, precisamente, una espléndida comunicación al Congreso Universal de las Ciencias en San Luis Missouri (1904), acerca de la polémica que durante la última década del XIX sacudió a investigadores y economistas respecto a la constitución social de los primitivos germanos. Este Weber que se presentaba a los científicos del Nuevo Mundo tenía ya tras de sí una labor luminosa: en 1891, a los veintisiete años, había compuesto un magistral estudio sobre Historia agraria romana; al año siguiente investigaba en el interesante sector de la condición de los obreros del campo en la Prusia oriental, trabajo que le valió su incorporación a la Universidad de Freiburg, de donde luego pasó a Heidelberg y Munich. Desde los comienzos del siglo actual, su nombre va ligado, como uno de los fundadores de la "Sociedad Alemana de Sociología" y de la revista *Archivo de las Cien-*

cias Sociales y de la Política social, al intento de fecundar la Economía con las aportaciones de la Metodología sociológica.

No es propósito de la presente nota reseñar la ingente actividad de Max Weber como sociólogo de la Etica, de la Religión, de la Historia, de la Música, por la que es justamente conocido. El mismo "Fondo de Cultura Económica" de México dará, pronto, motivo para ello, con la edición de la obra maestra weberiana, Economía y Sociedad.. Este comentario sólo se propone dar un cordial anuncio de la edición española de la Historia Económica General.

*

En 1923 publicaban el Prof. S. Hellmann y el Dr. M. Palyi las lecciones que bajo el pomposo tema Resumen de Historia Universal, social y económica fueron objeto de la última actividad docente de Max Weber, durante el semestre de invierno 1919-20, en la Universidad de Munich, unos meses antes de morir. Despiadado juez de sí mismo, Max Weber nunca se hubiera decidido a publicar esa sagaz improvisación en la que, como podía esperarse de la profundidad y ardimiento de sus estudios, despliega un fenomenal dominio de culturas, períodos y países. Fueron precisos los estímulos de sus devotos alumnos, que ayudaron a integrar con sus apuntes de clase los guiones del maestro; fueron necesarias las sugestiones de Mariana Weber, esposa y colaboradora del autor, y el celoso empeño de los editores, para que la obra fuese publicada en su idioma original, y en pocos meses registrara el éxito de dos ediciones.

*

Victoria del racionalismo sobre la tradición, en la vida económica: tal es la idea conductora de esa Historia General de la Economía, que no presenta los hechos en el orden insignificante en que ocurrieron, sino valorados y en sistema, para obtener de ellos la confirmación auténtica de una tesis simple y cristalina.

Toda la Historia Económica de la humanidad se reduce, en substancia, a la constante y creciente descarga entre dos formas de acción: la "economía consuntiva", de pura satisfacción de necesidades (la "economy for use", de los ingleses) y la "economía lucrativa" ("economy for profit"). La primera, alicortada y tímida, propia de unidades

domésticas o de Estados mercantilmente cerrados; la segunda, agresiva y emprendedora, con el riesgo como fuerza motriz y la calculabilidad como método de ponderación inteligente, de sensata elección de posibilidades, de ilimitada multiplicación de beneficios.

Las formas estructurales del desarrollo económico, quedan reducidas, así, a un elemento nuclear: la actividad social, la conducta de unos seres humanos frente a otros. Todo ese proceso que en la Economía va desde las manifestaciones instintivas hasta las racionales no es otra cosa que un anhelo de depuración. Las acciones económicas cobran valor más alto a medida que obedecen a una voluntad consciente, con mayor capacidad selectiva y promotora: importan, sólo, por lo que tienen de significativo, de premeditado y certero. Y uno de sus mejores módulos es el éxito.

A lo largo de ese hilo conductor se han extendido progresos técnicos, descubrimientos brillantes, creaciones imperiales, triunfos fulgurantes y fracasos rotundos. Siguiendo esa trayectoria, debiera ir creciendo, también, en el hombre económico —movido por el afán de lucro— un fuerte sentido de responsabilidad basado en la convicción de que, en el logro de sus propios valores, corre peligro de invadir el ámbito de los ajenos.

Una serie de formas primitivas, subyacentes y preliminares al fenómeno de la Historia, crean el espinazo para la evolución. Entre esos factores tipológicos, uno de los más densos y fecundos es la autoridad carismática. Max Weber ha llevado con acierto los estudios de Sociología de las religiones al campo de la Economía. Que las religiones o sus sectas hayan proyectado la fuerza del dogma respectivo sobre las realidades económicas, o que, a la inversa, haya sido el fluir del progreso económico un fuerte instrumento modelador en las actividades seculares de las iglesias respectivas, lo cierto es que lo religioso y lo económico se han entrecruzado con brillantez y violencia, tan grandes por lo menos como las que caracterizan a la intersección de la cultura y el determinismo histórico. Señalar esa recíproca y poderosa influencia, y aducir en su prueba testimonios hallados en todas las latitudes geográficas y exhumados en todos los niveles de la historia —confucianismo, taoísmo, hinduísmo, budismo, judaísmo antiguo, catolicismo, reformismo, semitismo moderno— es una de las mejores aportaciones de Max Weber.

Recuérdese la formidable resonancia del fenómeno judío en la economía sombartiana. Max Weber ha creado, por su parte, una obra maestra al definir la trascendental misión de los calvinistas en la génesis del capitalismo. Pero decíamos antes que la técnica weberia-

na es fuertemente sugestiva, provocadora: como reacción crítica, ahí tenemos el notable libro de Robertson, *Aspectos del surgimiento del individualismo económico* (Cambridge, 1935), sobre el origen y valor de la personalidad libre en economía, obra donde se señala que otros sectores cristianos —singularmente los jesuítas— han acompañado con su pragmatismo el curso inicial de la economía capitalista.

Bosquejada sólo en la Historia Económica General y desarrollada con proporciones orquestales en Economía y Sociedad, la idea de "vocación", formulada por Lutero, permitió a Calvino elevar el ascetismo terrenal a la categoría de un ideal de conducta económica que es, acaso, uno de los más potentes motores del capitalismo. De ahí a identificar la salvación espiritual con el éxito en los negocios, no había más que un paso. Así se creó, según Weber, ese espíritu capitalista, perfundido de esencias religiosas, que ha sobrevivido aun después de evaporadas dichas creencias.

*

Abbott Payson Usher decía de este libro, al hacer su recensión bibliográfica, que "es la contribución individual de más importancia que se ha hecho en Historia económica desde hace más de cincuenta años". Por lo pronto, nos sorprende en el libro de Max Weber la rigidez con que, en un capítulo preliminar, expone los conceptos fundamentales de su estructura sociológico-económica, en términos profundos, cuya captación resulta acaso difícil, pero de un altísimo rendimiento, una vez lograda. En rápidos brochazos, que no excluyen una copiosa y selecta fundamentación bibliográfica, se exponen luego la base agraria de la economía moderna, el desarrollo del señorío y del feudalismo, la aparición de la ciudad y de la burguesía, la génesis y desarrollo de los gremios, de la vida industrial y del sistema capitalista. Lo más feliz del libro no es la novedad inteligente de la exposición, que procura al lector una trama utilísima para sus posteriores estudios, sino la potencia modeladora del maestro que despierta y estimula el esfuerzo creador del discípulo. Max Weber es todo lo contrario de esos profesores solemnes para quienes la función universitaria es una actividad fenicia, dedicada al trasiego infeliz de hechos sin alma y de ideas muertas.

*

Nacido en Erfurt como descendiente de una familia de abolengo liberal, Max Weber había pertenecido en su juventud a la Liga pan-

germanista, y comulgado con el credo nacional de dicha asociación. Un noble sentido de justicia le hizo apartarse pronto de la acción política, al ver con qué incomprensión veían los grandes terratenientes del Este alemán el problema de los inmigrantes polacos, y cómo el Kaiser enajenaba, a los ojos del mundo, con su política de aberración irresponsable, el prestigio y el honor de su patria, poniendo, de paso, en peligro con ello la continuidad cultural de Europa. Weber acompañó a Versalles la delegación alemana que aceptó la paz, y mostró en sus parlamentos una digna gallardía: pidió a la Asamblea de Weimar que el Presidente del Reich fuera elegido por el pueblo entero, y siempre se significó como enemigo de la reacción y adversario del patrioterismo vocinglero. Abiertas todas las ventanas de su alma al viento de las más distantes culturas, lleno de una humanísima erudición que le acercaba con amor a todas las razas, su cualidad principal había de ser la comprensión ilimitada y acogedora, esa misma amplitud universal que hacía coincidir los límites de su ciencia con los del mundo entero.

Los feroces guardianes de la Walhalla nazi, tan diestros en secuestrar valores auténticos, presentándolos como precursores de sus concepciones monstruosas se atreverán, acaso, a incluir a Max Weber entre sus valedores. ¡De nada servirá ese empeño! El peor enemigo de los totalitarios germanos es el intelectual explosivo, cuyas ideas no admiten limitaciones ni obstáculos en su crecimiento. La edición inglesa de la obra que comentamos fué, como la alemana, el punto de partida de una verdadera avalancha de meritorias investigaciones: estamos seguros de que la versión española no sólo procurará el cómodo placer de una interesante lectura, sino que movilizará la capacidad creadora y crítica de los economistas hispano-americanos, y dará motivos sobrados para notables estudios documentales sobre la moral económica americana, singularmente en el campo práctico de las religiones.

Manuel SANCHEZ SARTO.

Presencia del Pasado

FLORES Y JARDINES DEL MEXICO ANTIGUO Y DEL MODERNO

Por *Rafael* SANCHEZ VENTURA

(Materiales para un documental cinematográfico).

IMPRESIONANTE y gratísima impresión espera al viajero que ingresa en el país por Veracruz con destino a México, D. F. (sobre todo si viene de la Europa enloquecida y crucificada en la swástica) al llegar a la estación de Córdoba. Docenas y docenas de indígenas se acercan simultáneamente al tren por los dos andenes, ofreciendo flores variada e ingeniosamente aderezadas en ramilletes, guirnaldas o típicos troncos ahuecados de plátano, y formando un extenso friso del más inolvidable efecto.

Comprendemos ahora la emoción que sentiría Cortés, el conquistador conquistado por su conquista, cuando entró en Cempoalla, poco después de su desembarco en Veracruz. Salieron a recibirle hombres y mujeres con ramos y coronas de flores, que se mezclaron en la formación de aquellos rudos soldados, obsequiándoles con los más bellos frutos de sus vergeles. Cubrieron de flores el caballo de Cortés y rodearon el yelmo de éste con un collar de rosas, poética prenda de una amistad, llena de alternativas, luego, en su desarrollo . . .

Este dibujo, de autor indígena no posterior en muchos años a la conquista, puede servir como ilustración ingenua de la escena.



Del Lienzo de Tlaxcala.

Pero volvamos a nuestros tiempos y veamos cómo queda el interior de los vagones del tren, a los pocos instantes de la gozosa invasión.

Y no tan sólo, ni siquiera principalmente, los vagones de lujo ocupados por turistas y gente adinerada, pues el espectáculo que acabamos de presenciar no es una manifestación organizada por las agencias de turismo.

Los mejicanos humildes que viajan en segunda son, acaso, quienes más pronto se apresuran a comprar unas flores que amenicen el curso de su viaje.

Y es que México, por secular tradición que no tiene paralelo en ningún otro país, es el pueblo más amante de las flores y de los jardines.

Asistido por la naturaleza con una extraordinaria diversidad de alturas y de climas a cortas distancias, su flora es más rica y variada que la de cualquier otro lugar de la tierra, y en el Valle de México pueden reunirse todos los días las flores y frutos más frescos, distintos y espléndidos de las zonas tropical y semitropical.

Los mercados de la capital ofrecen un aspecto deslumbrador con sus numerosos puestos rebosantes de flores.

Las flores más raras y preciadas en otros países pueden encontrarse aquí con seductora facilidad. Estas orquídeas, estas gardenias y camelias, no cuestan (aunque lo valgan) una fortuna. Podemos adquirirlas sin arruinarnos... Y son el adorno de todos los hogares.

No es de extrañar el asombro que produjo a los primeros conquistadores ver los famosos mercados de Santiago de Tlaltelolco, de Tlaxcala (donde se reunían, según cuenta Cortés al César, "*treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes*", maravillándole que "*entre ellos hay toda manera de buen orden y policía, y es gente de toda razón y concierto*") o de México, ciudad que "*era la más hermosa cosa del mundo*".

En estos mercados se vendían grandes cantidades de flores, y es increíble lo enorme de las remesas que habían de llevarse cada día a la capital, pues sólo expendíase el remanente de lo que se empleaba en el ornato de los templos, en las danzas ceremoniales y para el uso personal de los grandes señores, así como en la severa etiqueta palaciega. El Padre Torquemada, informado por indígenas, cuenta que nadie podía llegar a la cámara de audiencias de Moctezuma sin la correspondiente ofrenda de flores selectas. Y nos refiere muy curiosas anécdotas al respecto. También solían ofrecerse a las autoridades, en señal de acatamiento, collares, ramos y guirnaldas de flores. Fray Diego Durán, con igual referencia de nativos autorizados, dice que "*tributaban destas provincias* (de la "tierra caliente") *todos los días desta vida grandes cargas de rosas hechas y aderezadas de mil diferencias de rosas... y juntamente traían de los árboles destas rosas con sus raíces para plantar en las casas de los señores*". Estos jardines particulares de los nobles, a que alude Fr. Diego, ocupaban en su vida habitual un lugar destacado, pues el P. Sahagún cuenta en un capítulo destinado a los "Pasatiempos y recreaciones de los señores" que "*también, para su recreo, plantaban* (ellos mismos) *vergeles o florestas donde ponían todos los árboles de flores*". Los dignatarios y los jefes guerreros mexicanos, siempre que se presentaban en público, llevaban ramos de flores como signo de su grandeza. Todavía a fines del siglo XVI nos habla el Padre Acosta de la

costumbre indígena de obsequiar con ramos a sus huéspedes y de ofrendarlos a los nobles.

(Los párrafos anteriores pueden ilustrarse puntualmente con otros dibujos del *Lienzo de Tlaxcala,* del *Atlas* de Durán, de los códices de Sahagún reproducidos por Troncoso, etc., etc.)



Del *Atlas* de Durán.



Del Códice *florentino.*

Aunque ya no en calidad de tributos, siguen viniendo a la capital "todos los días desta vida" imponentes remesas de flores, cuya distribución, primero en camiones, como vemos, y luego en canastos sobre los hombros de innumerables porteadores, aumenta la alegre policromía de las inefables, mágicas, mañanitas de México.

En su Historia de las Indias, describe el Padre Durán distintas danzas que tenían lugar en los templos y en los palacios, y opina que *"el baile de que ellos más gustaban era el que con aderezo de rosas se hacía, con las cuales se coronaban y cercaban... y hacían una casa de rosas, y hacían unos árboles a mano muy llenos de flores olorosas a donde hacían sentar a la diosa Xochiquetzal..."* Los indios actuales no han olvidado aquellas danzas, y, al son de iguales ritmos probablemente, siguen representando análogos *ballets* en honor de la Virgen, con igual devoción que antes lo hicieron a Xochiquetzal. En algún caso, la imagen misma de esta diosa ha sido objeto modernamente de su culto, más o menos desfigurado, como en Xochicalco, donde los indios impidieron que se llevase al Museo de México una escultura de Xochiquetzal, instituyéndola ellos en el cementerio católico del pueblo.

En el riquísimo folklore mexicano encontramos multitud de danzas que se practican en las iglesias o al aire

libre con motivo de muchas festividades. Veamos a estos danzantes, caprichosamente vestidos, que parecen ilustrar en vivo el pasaje antes citado del Padre Durán, con sus guirnaldas y ramos florecidos y la gruesa cadena de flores que entre todos sostienen.



Del Códice *florentino* de Sahagún.

Obsérvense los dibujos de mano indígena, que ilustran el *Códice florentino* con las noticias, curiosísimas, que suministran los informantes, también indígenas, del Padre Sahagún. Aparece primero un dignatorio con corona y enorme collar de flores, ante tres jóvenes, floridos también; vienen luego diferentes personajes con ramos en



Del Códice *florentino* de Sahagún.

las manos, guirnaldas en la cabeza, grandes rosarios de flores, etc., y por fin algunos jardineros cultivando flores, los unos, vendiéndolas y aderezando ramos, guirnaldas y collares, los otros, y componiendo, este último, uno de esos mosaicos florales en los que llegaron a virtuosismos de técnica jamás superados. Los relatos sobre el jardín de Moctezuma, nos hablan de preciosos retratos ejecutados con flores y hojas. El Padre Acosta, otro cronista del siglo XVI con informaciones directas, cuenta que los indios

"hacen varias clases de ramos con tanto primor y variedad que nada puede ser más agradable a la vista".



Del Códice *florentino* de Sahagún.

Y no se ha perdido enteramente la tradición, ni mucho menos, como puede comprobarse con tantas muestras de la legendaria maestría conservada por los jardineros de nuestros días.

Los corpulentos cordones de flores, que figuran en uno de los cuadritos dibujados, todavía se usan por los indios en ciertas festividades como el Viernes de las Amapolas en Santa Anita, donde la algarabía cromática que producen tantas flores en manos de los peregrinos y en el ornato del templo, la turbación sensual que causa tanto aroma, y las guirnaldas de frutos que halagan la vista y humedecen la boca con sólo mirarlas, alejan del pensamiento los dolores de la Virgen, no obstante ser el pretexto de la fiesta.

Y los mosaicos florales que antes se aludieron, tienen su manifestación contemporánea en las soberbias alfombras de flores que cubren el pavimento de las iglesias frente al altar mayor en determinadas solemnidades, como el Jueves Santo en Xochimilco y Coyoacán, o las fiestas de la Asunción, en Huamantla, y de Guadalupe en la Basílica. Los indios de hoy, igual que los precortesianos, en las obras de más empeño, emplean arena y semillas coloreadas para conseguir mayores efectismos. En la región de Cholula usan también el serrín teñido.

Parecida habilidad exhiben los actuales representantes de aquellas importantes corporaciones de jardineros aztecas, los *xochimanque*, mencionados por los cronistas, al levantar esos floridos arcos de gracioso dibujo que ornamentan las puertas de iglesias o de residencias con ocasión de diversas celebraciones.

Más importantes aun y significativas que las noticias históricas, susceptibles si se quiere de interpretación acomodaticia, son los testimonios, irrecusables y objetivos, de la Filología. Y ésta nos demuestra que los antiguos mexicanos sintieron más entrañablemente que ningún pueblo del mundo el amor (que siempre conduce al conocimiento) por las plantas y las flores.

No es del caso exponer, ni puede hacerse en tan pocas palabras, el sabio y expresivo sistema de nomenclatura botánica (fruto de una apasionada experiencia milenaria) que tenían los mexicanos. Pero será interesante presentar algunos ejemplos curiosos. En idioma nahuatl, mediante un perfecto juego de prefijos y sufijos, se obtienen nombres de plantas cuya sola dicción ilustra acerca de todas sus cualidades características. Y así tenemos la palabra *tonalchichicatquilitl*, que nos dice criarse esta planta en verano *(tonal)*, que es amargo su sabor *(chichic)*, que se come *(quilitl)*, y que se desarrolla cerca del agua *(at*, abreviatura de *atl*, agua). Otros afijos y abreviaturas nos indican que una planta es medicinal o que se cría entre rocas, montañas o arena...

Francisco Hernández, médico de Felipe II, que vino a México para estudiar la flora del país, en sus copiosos escritos e ilustraciones sobre la botánica mexicana, recogió más de tres mil nombres en nahuatl de plantas diferentes.

Los maravillosos libros de Sahagún (escritos originalmente en lenguaje nahuatl, al dictado de viejos indígenas que vivieron los tiempos anteriores a la conquista y fueron elegidos entre los más sabios depositarios de la cultura aborigen) están llenos de noticias, increíblemente llenos de noticias referentes a la importancia que tenían las flores en la vida religiosa, doméstica y social de los mexicanos. Abundan, además, las palabras, pintorescas y significativas, que nos permiten intuir notables aspectos y poéticas facetas de la mentalidad mexicana. Existen verbos expresando acciones como "*ofrecer un ramillete de flores*", "*coronar a una persona y ponerle un collar de flores*", "*acariciar frotando suavemente con una flor*", "*despertar al amado murmurando una dulce canción de flores*"... Y muchas más por el estilo.

Las poesías indígenas anteriores a la conquista están saturadas de una imaginería casi exclusivamente sacada de las flores, hasta el punto de que es difícil hallar una composición donde no predominen las sugestiones, metáforas o epítetos florales, y pueden espigarse ad libitum expresiones tan delicadas como éstas: *"Con corazones embriagados por el aroma de las flores, se abrirán como corolas nuestros cantos", "mi corazón florece cuando el perfume de la flor se confunde con mi canto"...*

No puede sorprendernos, pues, que Xochiquetzal, diosa del amor y de las flores, y, sobre todo, su compañero Xochipilli, *el joven dios del placer y las flores, del verano y los juegos,* sean deidades muy importantes de la teogonía azteca. Véanse las representaciones de la diosa, que figuran en los códices *matritense* y *borbónico* de Sahagún, y entre las esculturas del Museo Nacional.



Xochipilli y su compañero Macuilxochitl, según los códices *matritense* de los Primeros Memoriales y *borbónico,* respectivamente, de Sahagún, Son, acaso, dos nombres de una misma deidad, por lo que dice Simeón y el Padre Bernardino.

Ahora veamos a Xochipilli, según un dibujo del mismo códice *matritense*, dibujo amable y gracioso, en lo que cabe con el concepto esotérico y abstracto del arte azteca. Más importancia tiene la escultura del mismo dios, también conservada en el museo arqueológico de México. Ostenta en la mano, como atributo significativo, un bastón con un corazón ensartado; pero es de mayor alcance la decoración de flores y mariposas en relieve que lleva por

todo el cuerpo, pues ella nos permite considerar a Xochipilli en la órbita mitológica de Quetzalcoatl, el héroe espiritual y civilizador de los mexicanos, que "*se tapaba los oídos cuando oía hablar de guerra*" y, enemigo de la efusión de sangre, recomendaba, según Mendieta y Sahagún, que se sacrificase a los dioses con flores y mariposas. Es el sentimiento que inspira al poeta aborigen cuando canta:

La mariposa dorada liba las flores:
en flores estalla mi corazón, oh amigos,
y flores perfumadas derramo.

Quetzalcoatl se representa de manera terrífica en el arte mexicano. Estas serpientes emplumadas que aquí vemos, tan frecuentes en monumentos aztecas, toltecas, mayas y quichés, desparramados por todo el país (lo cual demuestra la excepcional importancia de su culto), estas serpientes emplumadas representan —por una obscura simbología teológica— a Quetzalcoatl, el dios de más pura espiritualidad, rey mítico de Tula y Cholula que enseñó a los hombres el arte de las flores y de la orfebrería. Algunas leyendas le presentan como el amado de Xochitl, la flor, es decir, la tierra florida. Y otras le adjudican la invención del calendario ritual que divide el año en veinte trecenas, apellidando a la vigésima *Xochitl*, la flor, a la cual estaba consagrada, celebrándose con rutilantes fiestas, prolijamente descritas por el Padre Sahagún. Su época recuerda, en la mitología mexicana, la edad de oro de la mitología helénica. La tierra se cubría entonces, sin necesidad de cultivo, de flores y frutos portentosos: una espiga de maíz fatigaba a un hombre con su carga, el algodón se producía en el árbol teñido ya de todos los colores, brillaba el aire, fragante de flores y canoro y pintado de pájaros. . .

Este Quetzalcoatl, padre del Sol, también, y señor de los vientos, según otras tradiciones de sentido más cósmico y menos humano, es caracterizado plásticamente, al considerarle bajo la última advocación, con distintos atributos, que pueden observarse en un relieve perteneciente a las colecciones del Museo Arqueológico mexicano.

Pero la versión más influyente del mito, la que promovió los templos maravillosos que vamos a ver sucesi-

vamente, erigidos en Teotihuacán y en Chichén Itzá, es de suponer fué la del Quetzalcoatl amigo de los hombres, a quienes reveló el secreto de la tierra e instruyó en las técnicas agrícolas, artísticas e industriales. Su vaticinio de que "*en los tiempos venideros habían de venir por la mar, de hacia donde sale el sol, unos hombres blancos que serían señores de la tierra*" facilitó la empresa heroica de Cortés y sus compañeros, al ser recibidos por Moctezuma como temibles emisarios y vengadores de la deidad.

Los cultos cruentos, los sacrificios humanos y festines canibalescos son —dicen— posteriores y contrarios a la doctrina primitiva, que pueden representar Quetzalcoatl y, acaso, Xochipilli. Tales extravíos constituyen una degeneración de los ritos antiguos y obedecen a una turbia complicación de los dogmas con la interferencia de apremiantes circunstancias políticas suscitadas por las constantes rivalidades nacionales que originaban una pugna por la hegemonía, promotora de frecuentes guerras de exterminio.

Los sacrificios propiciatorios de ciertos animales son práctica universal derivada de prístinos conceptos totémicos, que pueden llevar, por una serie de asociaciones congruentes en la turbia mentalidad primitiva, a la aberración de magnificar la solemnidad del culto superando la calidad de la víctima. Con esta lógica se glorifica más a los dioses con un toro que con una paloma, y con un hombre más que con un toro. Un paso más en el monstruoso refinamiento de la liturgia provoca la identificación del hombre sacrificado con la esencia divina del numen a quien se le ofrece en holocausto la sangre propiciatoria, y esa carne, entonces, consagrada a la divinidad y santificada por su espíritu, se reparte sacramentalmente entre los fieles y es comida místicamente a manera de comunión.

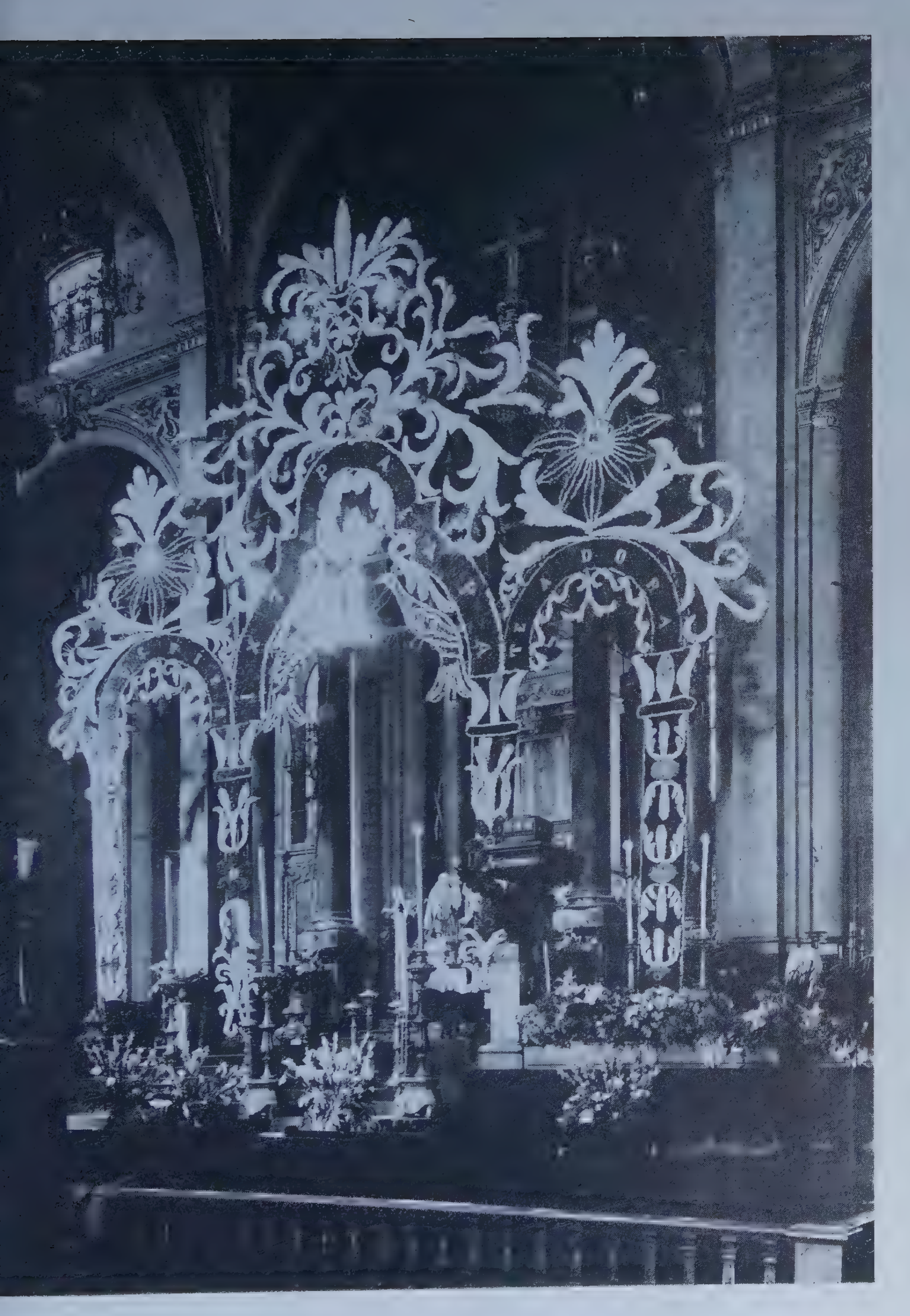
En una sociedad de base teocrática, el misterio y el temor tienen que prevalecer, y la casta sacerdotal, para subsistir, ha de subyugar al pueblo con las concepciones fantásticas del dogma, alucinándole con el fastuoso esplendor de las ceremonias rituales. Pero la triste realidad histórica de tales abominaciones no justifica el sambenito de antropofagia que pesa sobre los aztecas, pues un acto ri-



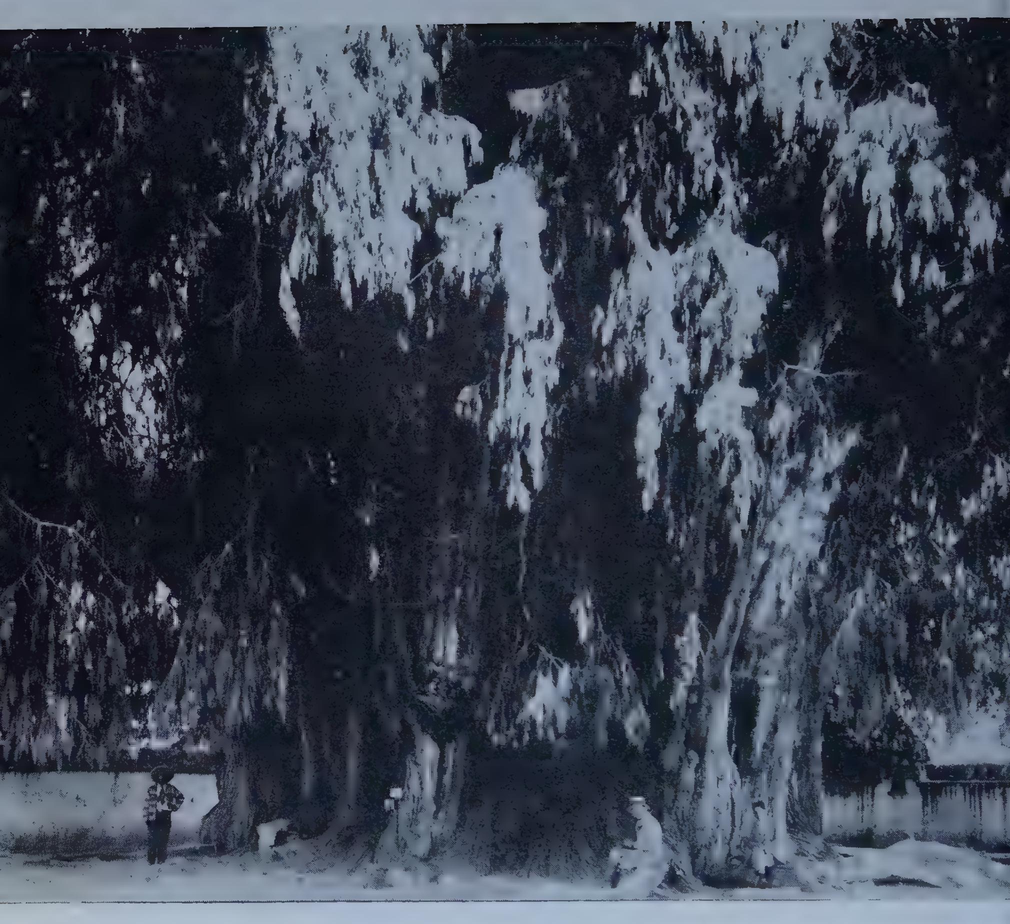
En una calle de México.



Adorno de flores de las indias oaxaqueñas.



Adorno floral de la Basílica de Guadalupe.



Ahuehuete de Santa María del Tule, Oaxaca.
(Dícese que es el árbol más corpulento del mundo)

tual de supremo carácter religioso, por muy repugnante que nos parezca, no es lícito confundirlo con la satisfacción de un inmundo y trivial apetito doméstico, que es lo que mereciera la acusación de canibalismo. Durante el sitio de Tenochtitlán y rodeados de miles de cadáveres, se morían de hambre los compañeros de Cuauhtémoc, sin que a ninguno se le ocurriera aliviar su tormento con aquellos cuerpos tan a su alcance.

Sin tan ciertas motivaciones religiosas y sin la excusa de un estado general de civilización rudimentaria, es infinitamente mayor el número de las víctimas (sin contar los caídos en acción de guerra) que han inmolado Hitler y Franco a sus siniestras ambiciones en los últimos seis años, que los muertos durante otros tantos siglos en las piedras de sacrificio de los templos nahuas y mayas.

La clase sacerdotal consiguió arraigar esos lamentables sentimientos hasta el punto de que una de las instituciones más exaltadas por los poetas y que más entusiasmo infundía entre los nobles era la llamada *Xochiyoauh* o *Guerra Florida.* Para prevenir la improbable circunstancia de que una etapa de prolongada paz estorbase la provisión de víctimas que necesitaban los sacerdotes, se recurría a los combates mensuales *(Guerra florida)* que se concertaban entre los reinos confederados de México, Texcoco y Tlacopan, de una parte, y la ciudad teocrática de Chalollan, con la república de Tlaxcala y el estado oligárquico de Huexotzingo, por la otra. Y a estas reverentes guerras, sin más objeto que hacerse prisioneros con el inexorable destino de ser luego honrosamente sacrificados, iban los guerreros revestidos y armados con su mejor equipo, y poseídos de alegría delirante y enardecida. La muerte de los caídos en estas luchas se llamaba *xuchimiquitzli,* que quiere decir *muerte rosada, dichosa y bien afortunada,* según el Padre Durán.

Entre aquellos enigmáticos pueblos —de severa moral, por otra parte, en los demás aspectos de la vida— hasta sus místicos paroxismos de una crueldad repelente y bestial, van siempre asociados al culto de las flores y a ceremonias llenas de dignidad y de elegancia.

(Los precedentes párrafos podrían acompañarse con imágenes representando guerreros engalanados, efi-

gies de dioses, escenas de luchas y holocaustos, imágenes del paraíso azteca... fáciles de encontrar, tantos como se quiera, en códices indígenas del siglo XVI. Asimismo pudieran proyectarse piedras de sacrificio, esculturas de *caballeros águilas* y *caballeros tigres*, armas diversas empleadas por los guerreros, y cuchillos ceremoniales usados por los sacerdotes).



Del *Atlas* de Durán.

Diminutos templos de barro, que abundan por todos los museos, se han hallado copiosamente en las excavaciones, y eran objetos devotos ofrendados a las deidades, que se cree conservábanse en las casas con las advocaciones del dios predilecto. Es significativo observar que predominan los dedicados a Xochipilli y Quetzalcóatl, lo cual constituye otra elocuente expresión popular de ese religioso fervor por las flores que manifiestan tradicional y obsesivamente los mexicanos en todas las circunstancias. También los hay de Xochiquetzal, la otra deidad de las flores, cuyo nombre ha pasado, apenas modificado, a la toponimia, pues ahí tenemos el pueblo de Juchiquesalco, donde antes debió haber templo muy venerado o conspicuas floralias de la no olvidada diosa. Y son frecuentísimas, por doquiera existen ruinas aztecas, unas figurillas antropomorfas representando deidades, con revelador predominio de Xochiquetzal y Xochipilli.

No sorprenderá, pues, que tanto las tradiciones indígenas recogidas por los cronistas, como las observaciones directas de los conquistadores, expuestas en sus relatos (principalmente los de Cortés, Bernal Díaz y el *Conquistador anónimo*), se hagan lenguas de los prodigiosos

jardines mexicanos. Constituían verdaderos museos vegetales, donde reunieron las flores y árboles más notables, ordenados sistemáticamente como en los llamados Jardines botánicos, establecidos en Europa con mucha posterioridad. Tenían también su sección especial para pájaros y peces brillantes y para otros animales de muy numerosas clases, incluso las más feroces, anticipándose igualmente a los parques zoológicos europeos. No era menos notable la disposición arquitectónica de las plantaciones, aprovechando y realzando las colinas y demás accidentes del terreno mediante rampas, escalinatas, artificios hidráulicos y estatuas, suspendiendo las platabandas con terrazas superpuestas, como en los fabulosos jardines colgantes de Babilonia, y elevando las construcciones palaciegas en los sitios de más pintoresca visualidad.

Procuraban con estas esplendideces dar realidad a su *Xochitlalpan* o *Tierra de las flores,* que era algo así como el Paraíso terrenal azteca, donde se criaba el *Xochimahuitl,* o sea *el Arbol Florido,* que producía como frutos las vidas de los hombres y los cantos, es decir, la Vida, la Poesía y la Música. Recientemente, muy recientemente, se ha descubierto en Teotihuacán una pintura mural, de superlativo interés arqueológico, en la que se representa ese lugar de la geografía mitológica indígena.[1]





Del Códice *florentino* de Sahagún.

---

[1] Véase Alfonso Caso, El paraíso terrenal en Teotihuacán, en "Cuadernos Americanos", Nº 6. pág. 127.

No es mucho lo que resta, aparte el recuerdo literario, de tan miríficos jardines. Pero bien vale la pena detenerse en la contemplación de algunos evocadores vestigios.

Veamos las impresionantes ruinas de Xochicalco. ¿Fueron templo, fortaleza o palacio? Quizá las tres cosas. Su nombre *(casa de las flores)* nos induce a pensar que hubo en los alrededores jardines muy prestigiosos. Pero no queda rastro de ellos. Quedan, sí, ruinas arqueológicas de suma importancia. Sobre un cerro convertido artificialmente en pedestal (dividido en cinco pisos escalonados) de un templo piramidal desaparecido ya, casi por completo, vemos algunas piedras y paramentos esculpidos con estilo primitivo y grandioso. Quedan también románticos restos de subterráneos, uno de ellos arreglado para facilitar su acceso a la efímera emperatriz Carlota.

Y tenemos también el leitmotiv pasmoso de cualquier excursión por México: la naturaleza. Inolvidable paisaje divisamos desde estas ruinas. Vastísimo *panorama* ceñido por las sierras lejanas de Omitlán, Huizteco, Malinalco, Cempoalla, Palpan y Huitzilac, sobre las que más allá aun asoman sus excelsas cumbres el Popocatepetl, por Oriente, y el Nevado de Toluca, por Occidente. En los primeros términos, la feraz campiña de varios pueblecillos; luego, la gran barranca del Toto, el lomerío de la falda meridional del Huitzilac, y la cañada de Cuernavaca.

Más interesante para nuestro objeto son los restos del famoso alcázar de Netzahualcoyotl, el legislador, filósofo y poeta-rey de Texcoco, uno de los hombres más notables del Continente en los tiempos prehispánicos. Su corte fué la más brillante de esta parte de América y su ciudad de Texcoco la más culta, espiritual y opulenta, la Atenas del mundo aborigen. La fama de sus jardines incomparables supera todas las ponderaciones, y las ruinas arqueológicas de ese cerro, llamado el Texcotzingo, donde existió el más formidable de aquellos jardines, confirman la verdad de las narraciones indígenas, recogidas con fidelidad por los cronistas. Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente del rey-poeta y cuyo nombre (igual al de los últimos reyes de Texcoco, sus antecesores) significa *ojo florido*, cuenta con sorprendentes pormenores

en su HISTORIA CHICHIMECA —escrita por el 1600— las maravillas de los jardines que se extendieron por las laderas de la ilustre colina, destinando un capítulo al relato "De cómo hizo Netzahualcoyotl casas de recreación, bosques y jardines, y la gente que mandó ocupar en su adorno y en el de las casas reales y cerco de ellas". Poco es lo que ahora permanece del "jardín cercado", que también describió Fr. Toribio de Benavente a mediados del siglo XVI, y donde aun pudo hacer, poco después, el doctor Hernández valiosas investigaciones botánicas y dibujos de plantas desconocidas: restos del acueducto que surtía el gran receptáculo nutriz de otros tres inferiores, decorados con estatuas gigantescas, desde donde se repartía el agua en todas direcciones mediante una red de canales construídos con singular perfección; el imponente estanque llamado hoy por los nativos "el baño de Netzahualcoyotl"; y esos venerables ahuehuetes, quizá plantados por el mismo rey, quien no solamente manifestaba su amor al árbol en los pensiles para su recreo, sino que dictó (a principios del siglo XV, nótese bien) acertadas leyes reglamentando el corte de árboles, con el fin de proteger la conservación de los bosques.

Desde la cima de este cerro, al que se ascendía en su época de gloria por una escalinata de 520 peldaños, se admira uno de los paisajes más wagnerianos que pueden contemplarse. Torrentes de vegetación selvática se precipitan por las pendientes laderas de los grandes montes lejanos, para remansarse en la zona cultivada del inmenso llano, donde escintila el evocador lago de Texcoco. Velasco, el patriarca de la moderna pintura mexicana, ha interpretado sinfónicamente estos lugares con maestría que resiste la confrontación de los cuadros con el natural. Véanse su grandilocuente versión del Valle de México y su aérea visión del *Baño de Netzahualcoyotl,* para las que parece haberle prestado sus ojos el águila heráldica de Tenochtitlán.

No debió ser muy inferior la importancia de los jardines que el señor de México ofreció a Netzahualcoyotl, en agradecimiento por su victoria sobre el tirano de Atzcapotzalco, y que el poeta-rey disfrutó durante su accidental residencia en Chapultepec. Todavía quedan más de

trescientos ahuehuetes gigantescos, plantados personalmente por él mismo y que prestigian en la actualidad las avenidas del célebre Bosque, orgullo legítimo de la República. Algunos ejemplares tienen troncos cuya circunferencia pasa de los quince metros.

El mismo origen eximio tienen los ahuehuetes del *Contador*, y los que con igual orgullo se yerguen en Chiautla.

Al regresar Netzahualcoyotl a su ciudad de Texcoco, los soberanos aztecas hicieron de Chapultepec su morada placentera, aumentándose con el tiempo los hechizos del real sitio, que llegó a ser con Moctezuma trasunto fiel de Xochitlalpan, la poética región del edén azteca, adonde un vate aborigen manifiesta sus deseos de ir, exclamando:

¡Vaya yo allá en unión de las variadas aves preciosas,
disfrute yo allá de las bellas flores,
las fragantes flores que deleitan el corazón,
las que alegran, perfuman y embriagan,
las que alegran, perfuman y embriagan!

Conquistadores y cronistas ensalzan a porfía las magnificencias del Chapultepec de Moctezuma, así como los demás jardines de este desdichado emperador, cuya pasión por las flores le llevó a invadir los dominios del régulo Malinal, cerca de Oaxaca, porque no quiso éste (a pesar de ofrecérsele *cuanto quisiera* en cambio) obsequiar al primero con un árbol que producía muy exquisitas flores. Malinal, igualmente entusiasta y obcecado, perdió la vida por defender el árbol, y el árbol enriqueció las colecciones de Moctezuma. Otro jardín tenía éste, que parece por las descripciones tan estupendo como Chapultepec: el de Huaxtepec, en la "tierra caliente", cuyas ruinas, descubiertas hace pocos años, merecen verse aunque defrauden a quienes conozcan las referencias históricas aludidas. En medio de una vegetación tropical que dificulta la observación de los restos, y en abrupto terreno que hace fatigosa la expedición, encontramos numerosas esculturas rupestres con figuras entre las que puede identificarse a los dioses de las flores Xochipilli y Xochiquetzal, nuestros viejos amigos ya.

Queda menos aún de los palacios aztecas de Coyoacán e Ixtapalapa; ambos tenían jardines famosos, y Cortés, que se alojó algún tiempo con sus cuatrocientos compañeros en el último, describe los jardines con admirativas palabras.

Si los jardines suspendidos mediante terrazas superpuestas produjeron el asombro de los conquistadores, todavía les causó mayor impresión la existencia de las *chinampas* o jardines flotantes. Algún amasijo casual de hierbas, ramas y raíces sueltas, sosteniendo motas de tierra accidentalmente caída encima, al ser visto errante por la superficie del agua, debió sugerir a los habitantes del lago la idea de formar artificialmente con raíces y carrizos entretejidos cubiertos de una capa de tierra, unas a manera de grandes balsas que pudieran soportar determinados cultivos. El término azteca *chinampa,* quiere decir "sobre tejido de cañas o varas", y acerca de su origen existen tradiciones mitológicas que demuestran lo remoto de su abolengo. Las chinampas fueron, pues, islas flotantes, floridos vergeles flotantes susceptibles de ser conducidos a voluntad a través de las aguas; pero ya han anclado casi todas, a causa de la escasa profundidad del famoso lago, donde penetraron con fuerza las raíces de los esbeltos y melancólicos huejotes. Hoy constituyen un verdadero archipiélago, exultante de flores y formando multitud de canales bellísimos.

Se encuentran en Tezompa, Ixtapalapa y, sobre todo, Xochimilco, lugar éste universalmente famoso por ser visita obligada de los turistas que llegan a México, quienes han esparcido por el mundo entero el renombre de sus románticos canales bordeados de flores.

Un breve paseo en cualquiera de las graciosas embarcaciones que se nos ofrecen, justificará la razón del prestigio que tiene ese paraje de embeleso inolvidable. Pocos nombres tan acertados como este de Xochimilco, que en idioma náhuatl significa *en las sementeras de las flores.*

Con la caída del imperio azteca no se acaban, naturalmente, los jardines mexicanos, pero toman —y también esto es natural— proporciones menos extraordinarias. Los conquistadores necesitaban pocos refinamientos y sus "casas de placer", como llamaban a las mansiones situadas en

el campo, aunque no lejos de la ciudad, son mucho más modestas que las de los antiguos señores del país.

En Coyoacán, donde se ha mantenido hasta nuestros días la gran tradición jardinera, tuvieron sus casas de recreo los principales conquistadores.

Cortés, que regaló a su amada Doña Marina el jardín que antes poseyó allí Moctezuma, tuvo una residencia magnífica en Coyoacán. La casa que hoy se le atribuye en el pueblo, es indudable que no pudo pertenecerle, pues su estilo acusa de manera inequívoca el siglo XVIII; su jardín interior tampoco es muy interesante, según vemos.

La casa llamada de Ordaz también es posterior a este conquistador. Su jardín, de traza colonial, merece sin embargo nuestra corta visita.

Más importancia tiene el jardín de la casa que, con igual falta de fundamento, llaman de Alvarado. Es realmente hermoso, aunque, como todos los de la época colonial, no pasa de ser una imitación de los europeos. Conserva todavía el "chocolatero", pabelloncito que figuraba en todos los jardines señoriales del tiempo virreinal y que era así llamado por ser el sitio donde las damas de la casa recibían por las tardes a sus amistades, obsequiándolas con el rico chocolate de Soconusco y con otros refrigerios abundantemente servidos. Es justo tributar aquí un recuerdo respetuoso a Zelia Nuttall, la eminente mexicanista, cuyo nombre mereciera llevar esta casa, no sólo por haberla habitado tantos años y restablecido muchas de sus maltrechas bellezas, sino también porque fué ella quien primero y mejor ha sabido valorizar las tradiciones genuinas de la jardinería mexicana.

Son pocos los jardines de esta época que en América han llegado hasta nuestros días, y ello da algún interés al rápido examen que estamos haciendo de los más importantes que en México se conservan.

Es muy bello ese denominado *Pensil mexicano*, cuyas portadas de acceso son estimable muestra del valiente barroco, tan característico de México. El muro ornamentado con el gran medallón y las sirenas, la fuente, de regusto mudéjar en el labrado de los remates, y el amplio nicho que protege un asiento de piedra, son asimismo típica manifestación de aquel arte mexicanísimo.



Jardín de la casa de Alvarado en Coyoacán.



Alberca vestida de gardenias en Fortín, Veracruz.

Veamos también el jardín que se conserva, bastante puro, en Tlalpan, y que está profusamente exornado con relieves de mascarones y racimos frutales en argamasa.

Peor conservado, pero digno de verse, sin embargo, es ese de San Angel, que se halla en la casa perteneciente antaño al obispo de Madrid.

En el mismo pueblo debemos admirar el majestuoso porte de la gran calzada, y la serena fuente que en el jardín de la casa Fagoaga perduran todavía.

Tenemos noticias literarias que permiten imaginar el fausto que durante los siglos XVII y XVIII ostentaron estas *casas de placer* radicadas por las cercanías de la capital mexicana, y curiosos detalles sobre las aparatosas fiestas que en ellas se celebraban. El Padre Vetancurt nos pondera en 1698 los insólitos artificios y pomposas arquitecturas que amenizaban los vergeles de Coyoacán, San Angel, Mixcoac y San Agustín de las Cuevas, barrio este último que titula de "paraíso occidental" por el gran tren y pluralidad de sus fincas de recreo.

También fueron notables los huertos y jardines monásticos; se instalaron con menos boato que los aristocráticos, pero con más severidad y, acaso, elegante solidez. Véanse, si no, los restos que aún se conservan en San Angel de la huerta del convento carmelita. Y adviértase el empaque del estanque con su excelente orden arquitectónico al fondo y la prócer vegetación arbórea a los costados, reparando especialmente en la dignidad de esa escalinata, sosegada de proporciones y justa de ornamentación.

En la sacristía de Santa Rosa de Viterbo, en Querétaro, hay una gran pintura de finales del siglo XVIII, con la representación de un místico jardín que pudiera simbolizar el "hortus conclusus", advocación la más poética de la Virgen. Su incierto autor mueve las figuras de su original composición en un jardín de bello diseño y nobles arquitecturas, que no es imposible fuérale inspirado por alguno del mismo México.

En el corazón de la urbe, dentro del histórico Palacio Nacional, tenemos remansado un pequeño jardín muy evocador, llamado "de la virreina", que conserva su antigua traza y que convida a visitarle por el fresco encanto

y la tranquilidad sedante que nos ofrece, en contraste con el bullicio ardiente que le rodea sin contaminarlo.

Pero nos tenemos que trasladar a Cuernavaca si queremos ver redivivas (aunque sea de manera muy parcial y con sordina) las magnificencias de los jardines aztecas, traducidas al gusto influído por Europa. Ahí están los *jardines Borda,* que son tal vez los más hermosos del Continente americano. Su opulento fundador, aragonés de origen, era hombre de refinadas aficiones y además inteligente horticultor, de modo que al preparar su exquisito retiro organizó un jardín botánico y un huerto de aclimatación, dispuestos con todos los recursos de la arquitectura de jardines. Se derraman éstos por una extensa inclinación natural que modifican numerosas rampas y escalinatas de variada traza y elegante decoración, y que animan incidentales fuentes, estanques, juegos de agua, templetes, bancos, muros ornamentales, etc., siempre con gasto munífico de buen gusto y riqueza.

El abandono de muchos años les ha dado más tarde una emoción romántica, que por desgracia han perturbado algunas inconvenientes restauraciones y añadiduras que sería bueno subsanar.

Pero no terminemos la visita sin apacentar nuestros ojos por el luminoso paisaje que se abarca desde los miradores levantados en las esquinas. Del Ajusco, al Norte, a los cañaverales que tiemblan hacia el Sur, en lontananza, hay ancho espacio para saciar nuestra sed de horizonte.

Nos hemos ido refiriendo de manera principal a los *xochiteipancallis,* o sea *palacios de las flores,* los jardines lujosos de las clases altas; pero sería torpe desdeñar los *xochichinancallis,* nombre que en náhuatl tiene el *sitio de flores cercado por una empalizada,* es decir, el humilde jardín del indio pobre.

Constituyen los últimos una expresión mucho más pura y significativa del sentimiento popular, pues el número infinito de los que existen revela una afición auténtica y generalizada por las flores, una instintiva necesidad de ellas, que aquí sí que no es posible atribuir a deseos de ostentación o de snobismo.

Los citados pueblos inmediatos a la urbe (Coyoacán, Mixcoac, San Angel, Tacuba, San Bartolomé, Tizapán...)

están llenos de jardines cuya modestia no atenúa su encanto, pues el buen gusto, el sentido artístico (sexto sentido de los mexicanos), supera con ventaja muchas veces a la escasez de medios materiales.

Y no es allí tan sólo; casi todo el país forma un gigantesco jardín que produce maravillosas flores, a veces, de manera espontánea, otras, mediante cultivos, humildes o de lujo, pero siempre inteligentes y esmerados.

Es muy importante el jardín privado de la familia Requena, en Churubusco, dedicado especialmente al cultivo de la dalia. Esta flor, la más conspicua entre las tantas autóctonas del país, de donde salió para alegrar los jardines del mundo entero, es objeto aquí de los más sabios y dispendiosos cultivos. Todas las variedades de la planta, muchas de ellas desconocidas fuera, están representadas en ejemplares magníficos como sólo en Churubusco pueden contemplarse.

Por la región de Córdoba y el Fortín, vemos que las márgenes o lindes de muchas heredades están hechas con setos de rosales, gardenias o camelias. Y las *playas,* como llaman los nativos a extensos campos donde críanse nada más que flores, se delatan por su aroma mucho antes de ser descubiertas por la vista. *Bañarse en agua de rosas* no es aquí una figura literaria sino una práctica deleitable pues acostumbran a cubrirse las albercas con un manto de camelias y gardenias.

Algunos días, el del Corpus, por ejemplo, la ciudad entera aparece especialmente invadida por las flores; en los mercados y en las proximidades de las iglesias, trechos muy espaciosos se cubren con mulitas, de graciosa estilización, que vienen cargadas de flores y constituyen un regalo tradicional que a ningún niño debe faltarle.

Si está vivo, como hemos visto, el sentimiento popular por las flores, también está vigilante la atención oficial para canalizarlo y perfeccionarlo. Los vastos Viveros de Coyoacán, no se limitan a proporcionar especies selectas de plantas a los jardines públicos, y aun particulares, y a los montes y calzadas del Estado, saliendo de allí millones de vástagos cada año, sino que son escuela ejemplar de cultivos, donde el arte de los actuales *xochimanque* constriñe el crecimiento de los cedros imponiéndoles la

servidumbre de adoptar caprichosas siluetas uniformes a lo largo de esas largas avenidas. Merece igualmente nuestra visita el Jardín de Propagación de Mixcoac, aplicado al estudio y cultivo de las flores más diversas, con objeto de tener bien provistos los parques municipales, tan agradables y numerosos. Las Exposiciones de flores, solemnemente inauguradas con la presencia de las más altas autoridades, conceden importantes premios a los mejores cultivadores y nos permiten admirar ejemplares portentosos de las flores más raras. El *Conservatorio de flora y fauna tropicales,* instalado en Chapultepec por iniciativa del anterior presidente de la República, dentro de una inmensa estufa, donde viven infinidad de plantas con la temperatura acondicionada. Y otros establecimientos análogos que no podemos recorrer por apremios de tiempo (hasta la rotulación de las calles, expresiva en todas partes del oficial sentir y pensar, nos denuncia el interés que aquí inspiran las flores; todas tienen dedicada su calle correspondiente: rosa, geranio, orquídea, naranjo, amapola, lirio, heliotropo y cincuenta más) dan lugar a que, en este aspecto al menos, no resulte muy en exceso exagerado preguntarse, también ahora, con el Padre Durán "*¿En qué tierra del mundo hubo tantas ordenanzas de república, ni leyes tan justas ni tan bien ordenadas como los indios tuvieron en esta tierra?*"

La visión rápida, casi vertiginosa, que hemos ofrecido, de uno de los aspectos más singulares, fascinantes y poéticos del México de siempre, visión, además, tomada desde un ángulo, por circunstancia anómala, demasiado olvidado, nos ayudará a comprender hasta el fondo aquellas palabras de Fernando Cortés al Emperador Carlos V, aquellas palabras sobre las cosas de la Nueva España que sin inconveniente podemos hacer nuestras: "*No podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas como pudiere, diré algunas de las cosas que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender*".

Reservados los derechos de adaptación cinematográfica

LA CATEDRAL MEDIEVAL DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Por *Kenneth John* CONANT
Profesor de Arquitectura de la
Universidad de Harvard.

EL NOMBRE de Santiago tiene tanta importancia en América —como apelación de ciudades importantes, dedicación de espléndidas iglesias, invocación de almas devotas— que me aventuro a presentar en CUADERNOS AMERICANOS una serie de diseños que muestran, en sus formas medievales, la basílica de Santiago de Compostela, donde, según la tradición, está sepultado el Apóstol.

El gran edificio es aún, como en el pasado, la meta de piadosas peregrinaciones, y todavía constituye, arquitectónicamente tanto como sentimentalmente, el foco y el centro de la primera ciudad que llevó el nombre de Santiago, aunque una larga serie de reconstrucciones en la época renacentista haya enmascarado por completo el exterior medieval.

Era yo bisoño como arqueólogo e historiador del Arte, cuando medí, estudié y publiqué la espléndida catedral gallega en 1924-26, mostrando lo que pude de su condición medieval, con ayuda de los dibujos del *canónigo fabriquero* Vega y Verdugo, del siglo XVII, para completar los diversos indicios existentes aún en el edificio mismo.[1] Pero yo no tenía entonces suficiente experiencia para hacer una serie de dibujos como los que acompañan a este artículo, y solamente después de un largo estudio del estilo románico tuve el atrevimiento de intentarlo.

Ciertas partes de la Catedral, indispensables para tales restauraciones, están irreparablemente perdidas —las por-

---

[1] KENNETH J. CONANT, *The Early Architectural History of the Cathedral of Santiago de Compostela.* Cambridge, Harvard University Press, 1926.

ciones superiores de las torres y la parte media de la fachada antigua, en particular— habiendo sido necesario introducir substituciones convencionales con objeto de representar el esquema del edificio, tal cual fué concebido por su arquitecto. Se ha tenido cuidado de respetar todas las indicaciones que ofrecíanse en la fábrica misma, en descripciones y noticias literarias, y en el carácter general del estilo románico imperante en el período correspondiente a la construcción de la iglesia —señalada entre 1078 y 1124—, con el complemento y la reconstrucción del frente occidental, entre 1168 y 1211.

Un estudio a fondo del plan original, dentro de los límites del estilo, revela el esquema general de Santiago como uno de los más perfectos, completos y representativos de todos los proyectos románicos (Lámina I). El ábside, la girola y las capillas radiales (primeras partes construídas, Lámina II) fueron de lo más hermoso en su clase; el espléndido crucero, terminado muy poco después de 1112, quizá sea el más noble de los cruceros románicos que ha llegado hasta nosotros, y la nave es rica en dignidad y belleza. El vestíbulo ostenta uno de los más sublimes conjuntos de escultura románica que jamás se hayan labrado, sustituto (1168-88) de otro más antiguo y más simple de composición, pero tanto el esquema primitivo (*circa* 1105, Lámina V), como el diseño posterior (1168-1211) de las fachadas, con sus torres apareadas y su gran escalinata, constituyen una entrada monumental rara vez o nunca sobrepujada en edificaciones medievales. El último esquema (Lámina VI), con ciertas adiciones medievales y del barroco más temprano, proporciona la base de la opulenta fachada churrigueresca levantada por Casas y Novoa (1738-50): en otras palabras, la majestad de la fachada del Obradoiro debe algo a la dignidad y a la gran concepción de la fachada románica original. Por la misma señal podemos apreciar las hermosas calidades del trazado original de todo el monumento, siempre poderoso, y en los croquis para su restauración, representaciones convencionales tuvieron forzosamente que subsanar los detalles perdidos ya para nosotros.

El gran medievalista norteamericano Arthur Kingsley Porter creía que la catedral de Santiago inició la serie de

los más grandes y típicos relicarios establecidos sobre las cuatro principales rutas francesas por las que viajaban los peregrinos hacia el relicario máximo, la tumba de Santiago. Una gran iglesia, básicamente similar a la catedral de Santiago, se erigía en cada ruta —San Martín en Tours, San Marcial en Limoges, Santa Fe en Conques y San Saturnino en Tolosa—. Estudios meticulosos de fecha más reciente parecen demostrar que esa traza general de planta y estructura fué realizada antes en San Martín de Tours (997-1050, muy reconstruída con posterioridad); que ciertos detalles, como los arcos gemelos del triforio y acaso las torrecillas, aparecen inicialmente en este grupo de iglesias de San Marcial de Limoges, mientras San Saturnino de Tolosa puede haber contribuído a la idea de poner torrecillas adheridas al extremo oriental de la nave. Ya es sabido ahora que el diseño de Santiago no fué el iniciador sino, antes bien, la más completa y magnificente ejemplificación del tipo. Se ignora si Bernardo —"magister mirabilis"—, autor del proyecto, era francés o español, pero en cualquier caso, el proyecto estaba profundamente influenciado, en distintos sentidos, por lo arábigo y, sobre todo, por formas y sentimientos españoles. Tiene esa altiva nobleza que obra siempre en el fondo de los grandes pensamientos españoles y es, de hecho, la primera iglesia medieval ambiciosa que se fundara en España.

Encontramos en esta gran estructura, creo yo, el máximum de lo que el románico, como un estilo puramente occidental europeo, era capaz de llevar a cabo. Los sistemas romanos de abovedamiento, tal como fueron entendidos y adaptados a las nuevas necesidades de la gran iglesia medieval por los ingenieros románicos, no permiten (con seguridad y durabilidad) interiores más capaces, espacios más anchos, soportes más sutiles o iluminación más directa que los conseguidos en Santiago. Conforme avanzaba el siglo XII y daba paso al XIII, la necesidad de esas grandes formas hízose más apremiante. Y a medida que el estilo catedral se desarrollaba progresivamente, al servicio de las nacientes e impetuosas ciudades, tan impuestas de su nuevo poder y tan celosas de superar a sus rivales en arquitecturas cívicas y religiosas, las demandas planteadas a los arquitectos de iglesias, excedían con mucho las posibili-

dades de aquellos técnicos fieles aún a las viejas tradiciones de la ingeniería románica.

Los problemas de la iglesia abacial de Cluny (1088-1130 y siguientes) se aproximaban a los de una gran catedral. Superando a Santiago en atrevimiento, sufrió un colapso parcial en 1125 y fué reconstruída y continuada (hacia 1225) en un estilo más y más cercano al gótico.

La revolución estructural que produjo el gótico, se efectuó mediante la introducción de técnicas inventadas y utilizadas mucho antes en la arquitectura bizantina y oriental —especialmente, cascos de bóveda poco espesos, ligeros sistemas de entrecruzar los nervios, y paredes rasgadas con ventanas, que sirven más bien como lienzos de relleno que como órganos sustentadores de la estructura—. El resultado final de estas formas necesariamente nuevas, fué la creación de una ingeniería radicalmente nueva, y, en consecuencia, de un estilo arquitectónico radicalmente nuevo. Pero la innovación no llegó bruscamente. Los elementos bizantinos y orientales tenían que adquirir derecho de ciudadanía en el estilo románico, antes de que pudieran usarse con efectividad en nobles proyectos arquitectónicos, y el camino estaba preparado para ellos por la introducción de motivos superficiales y decorativos originarios de Bizancio y Oriente.

Por eso, los arcos decorativos polilobulados y las columnas salomónicas que se emplean en Santiago, tienen cierta importancia —premonitoria, es verdad— para la arquitectura gótica (Lámina II).

Otro índice hacia el futuro es la audaz articulación de las torres en Santiago: su número considerable y la airosa silueta que resulta de su feliz colocación. La estructura gótica hizo posible infundir a cada línea de las iglesias una ligereza y una verticalidad mucho más acentuadas todavía. Estos elementos verticales que ofrecen las estructuras románicas al arquitecto gótico, le facilitan el tema para realizar muchos de sus más bellos efectos.

El gótico tiene una deuda para con edificios románicos como Santiago de Compostela, no menor que la que tiene con el cercano Oriente.



LAMINA I.—Esquema general de la Catedral de Santiago de Compostela, ideado mediante el estudio de los elementos todavía existentes, los dibujos del canónigo Vega y Verdugo, de hacia 1660, y la descripción del Canciller Aymery Ricaud en la **Guía de Peregrinos**, del año 1137 poco más o menos.



LAMINA II.—Abside de la Catedral en su primitiva construcción; Crucero con las partes altas de las torres hipotéticamente reconstruídas.



LAMINA III.—Abside y crucero de la Catedral, fortificada tras la sublevación de la ciudad en 1117, según las mismas fuentes de la lámina I.



LAMINA IV.—Abside y crucero de la Ca
dral, tal como estaba fortificada en el si
XIV. Esta lámina es una adaptación del di
jo original de Vega y Verdugo de la extre
dad Este de la Catedral (1660), reproduc
aquí en pequeño y cuyo original se encuen
en los archivos de aquella basílica. En nu
tra reconstrucción se han omitido las adicion
del renacimiento y del último gótico, exist
tes en 1660 y se han hecho varias correccion



LAMINA V.—Esquema general de la fachada oeste de la Catedral, en su primer proyecto (mismas fuentes que para la lámina I). El palacio (a la izquierda) y el claustro son parcialmente hipotéticos. El portal representado es el primitivo Portal de la Transfiguración, descrito en parte por el Canciller Aymery (1137) y reemplazado a principios de 1168. El frontón central con sus arquillos ciegos y los pisos superiores de las torres son hipotéticos.



LAMINA VI.—Esquema subsiguiente del ha
tial oeste de la Catedral, incluyendo el Pórti
de la gloria (1168-88) y la tribuna (has
1211). Esta lámina procede de iguales fue
tes que la I. Véase aquí mismo el dibujo q
hizo el canónigo Vega y Verdugo de la fach
da occidental. En nuestra reconstrucción
han hecho correcciones basadas en element
existentes. Las torres se han completado
potéticamente y los edificios subsidiarios p
sentan, como en la lámina V, formas mediev
les parcialmente hipotéticas.

PARA LA COMPRENSION DE ESPAÑA

NOTAS MARGINALES A LIBROS NUEVOS Y VIEJOS

Por *Pedro BOSCH-GIMPERA*

SE AGITA constantemente el problema de lo Hispánico y, aun prescindiendo de conceptos confusos y contradictorios, lo cierto es que no se llega a resultados positivos. En el mejor caso se obtiene una visión parcial que, prescindiendo de aspectos importantes, es también insuficiente porque, en realidad, no existe una reconstrucción de la historia de España que permita valorar y discriminar sus verdaderas creaciones.

Es difícil saber exactamente lo que es España. ¿En qué medida existe un aglutinante común, una España entidad espiritual? ¿Es cierta la tesis de la "vertebración de España por Castilla" de Ortega y Gasset? En tal caso, todo lo demás ¿qué representa? Que todo esto no está claro aún, lo indica el hecho de que el propio Ortega se plantease "la angustiosa pregunta: ¿para qué vivimos juntos?"

Al tratar de reducir el cuadro a rasgos claros y simples, cada vez queda más inexplicable el proceso histórico y cada vez tenemos más la sensación de que nos movemos en un terreno abstracto, en el que se ha perdido el contacto con la realidad.

¿Será posible discutir todo esto objetivamente y atribuir a cada factor su verdadera significación, situándonos ante el problema, no como panegiristas o como detractores sistemáticos, sino distinguiendo de matices y abarcando sus complejidades, huyendo de criterios simplistas en función de ideas preconcebidas?

VOSSLER en un trabajo recientemente reeditado[1] intenta responder a la pregunta acerca de lo que sea el tipo de lo español y dice que, en Madrid, en Toledo o en Burgos hubiera reconocido que el auténtico tipo del español es el castellano, ya que la lengua más importante, la orientación política que alcanzó más éxito y el carácter más definido se hicieron extensivos desde la meseta de Castilla al resto del país, dándole así una unidad nacional. Pero, en Barcelona, ante los hechos de la vida política, cultural y literaria de Cataluña, ante su lengua distinta, contestaba a la pregunta que España tiene la fortuna de no presentar un tipo cultural ni racial cerrado y único, apareciendo unidas distintas fuerzas, como en todas las unidades vivas y capaces de ulterior desarrollo, y destacándose, para nombrar sólo las dos más importantes, el espíritu de señorío de Castilla y el sentimiento burgués catalán.

Vossler atisba la complejidad del problema de España y de sus pueblos; pero este problema, pavoroso para cuantos se enfrascan en él, generalmente se resuelve suprimiéndolo y concentrando la atención en lo que es el resultado final de la evolución, el único perceptible para los observadores superficiales: el predominio de la monarquía castellana con la desaparición de sus propias diversidades étnicas aparentemente absorbidas por Castilla y la formación de una cultura castellana, en la que cada vez es más difícil distinguir los elementos de la "koinè", favorecida por la unidad de lengua y cuyo máximo florecimiento y expansión coincide con la formación del imperio español por "Castilla". Todo lo que late bajo estos hechos o queda al margen de ellos, es olvidado.

Pero, por mucho que se cierren los ojos, ahí están, además de los castellanos, los asturianos, extremeños, andaluces, murcianos, aragoneses, canarios, sin contar los gallegos, catalanes, valencianos, baleares y vascos. Y estos pueblos, más o menos parecidos o más o menos diferentes, no pierden su personalidad —de una naturaleza muy distinta a la que tienen dentro de Francia auverneses, picados o borgo-

---

[1] K. VOSSLER, *Algunos caracteres de la cultura española.* (Buenos Aires, México, Colección Austral, 1942).

ñones — ni su cohesión interior y no se ha comprendido a uno ni se le ha definido cuando se tiene en la mente a cualquier otro, aunque este sea el castellano que, por la lengua y por la sede del poder político, avanza al primer lugar. Asimismo, cuando se trata de representarse el paisaje español no se obtiene sino una simplificación inexacta cuando, según el gusto personal del extranjero a quien ha sugestionado, se habla de la austeridad de las tierras de Castilla o de los rientes campos andaluces —*"fern im Süd, das schöne Spanien"*—, de los naranjos y de los castaños. También la geografía española tiene sus complicaciones!

Que todo ello se redujese jamás a una unidad política o de cultura, a una unidad "nacional" y que tal unidad la hiciesen los Reyes Católicos, puede creerlo solamente un observador superficial o quien se empeñe en tomar uno de los elementos de España por todo el conjunto. Ya lo dijo D. Manuel Azaña cuando proclamaba que, resolviendo el problema de las autonomías, la República iba a hacer la unidad de España, acaso por primera vez.

La razón de que sea difícil comprender esta complejidad es que cuesta al observador moderno o al historiador de las épocas "históricas" entender el proceso de la formación étnica española. Para ello es preciso adentrarse en la Prehistoria y seguir los hilos que en ella se destacan de la madeja, aparentemente confusa, a través de la Edad Media, hasta los pueblos modernos y como, en un proceso complicado y cambiante, especialmente en los territorios o en los núcleos menos acusados, se llega directamente desde la tribu prerromana por el grupo o el Estado medieval al pueblo moderno. Pirenaicos y "capsienses", iberos y tartesios, celtas, romanos, judíos y musulmanes siro-árabes o berberiscos, todos han dejado su rastro y no se han confundido sino imperfectamente y, cuando lo han hecho, han seguido en su mezcla el fuerte influjo de la intrincada geografía peninsular que, a menudo, aísla más que comunica. La laguna que, en el proceso histórico general, representa la omisión de este capítulo de los orígenes y de la dinámica étnica española, repercute en la imposibilidad de comprender muchos fenómenos históricos en lo político y en lo cultural. Pero no empezaremos a saber lo que

es España hasta que tengamos una idea clara de lo que ha sido su historia primitiva y valoremos cómo su persistencia llega hasta nosotros.

Otro trabajo previo, necesario para la inteligencia de los hechos y de las creaciones españolas, es la distinción de lo que yo he llamado[2] las "superestructuras" de la historia de España de lo que realmente representa algo autóctono o definitivamente incorporado a la naturaleza de los pueblos españoles. Generalmente la historia de España se confunde con la de los dominios forasteros, y se habla de la España romana, visigoda o musulmana, o con la de determinados elementos aclimatados en el país y aun surgidos de él, que lo monopolizan, pero que representan algo postizo. Cierto que lo más ajeno consigue a veces influir permanentemente o que su intersección en el curso de la historia puede desviarla sensiblemente y aun de modo definitivo. Pero, a menudo tales interferencias no destruyen la verdadera esencia de los pueblos y éstos, dormidos momentáneamente, vuelven a aparecer así que se libran de lo superpuesto. Aun entonces es fácil confundir lo que es producto del genio autóctono o que se le ha incorporado definitivamente de lo que no es sino un contagio más o menos grave de las superestructuras forasteras.

Los libros que, al tratar de la Edad Media española —período crucial— pretenden ofrecer algo más inteligible que el maremágnum habitual en el que el lector se pierde entre matrimonios de príncipes y complicaciones dinásticas, batallas, y más batallas, estados cristianos y reinos de taifas, invasiones y rebeliones, acaban liándose la manta a la cabeza y, para introducir un poco de luz y precisar los relieves en aquel pasaje lunar, reducen toda la historia medieval a la conquista árabe con la reconquista cristiana, en las que apenas sobresalen unos cuantos hechos culminantes.

Así también simplifica Vossler cuando cree que España sólo llegó a una acción trascendente histórico-universal

---

[2] P. Bosch-Gimpera, *España.* (Anales de la Universidad de Valencia, 1937).

por la unión de las dos coronas y de las dos maneras de ser que atribuye a España: el espíritu de señorío de Castilla y el burgués de Cataluña. Antes de 1479 no cree que España participase en la vida de los pueblos con carácter propio, sino sólo como objeto de explotación de los extranjeros que la utilizaban como colonia y campo de batalla. Y en la persistencia de la lucha reconquistadora ve la explicación del único hecho importante, en su concepto, de aquel largo período: el espíritu de Cruzada y de aventura que se perpetuó en la conquista de América.

Ocurre aquí pensar en la loable excepción que representa Merriman [3] al darse perfecta cuenta de la importancia extraordinaria de la política exterior de Cataluña y de sus intervenciones en el sur de Francia y en el Mediterráneo, en donde fué un factor decisivo durante largos siglos. Junto a las demás empresas generales, existe en la política catalana, a partir del siglo XII y aún desde antes, un pensamiento de gran estilo que se persigue tenazmente, adaptándolo a las circunstancias, renovando los objetivos al compás de los fracasos y de las colisiones con fuerzas opuestas y que produce resultados durables, de los que no es el menor el de haber llegado a ser un factor decisivo en Italia. Estas empresas exteriores, que crearon la primera política internacional de España, se apoyaron en una solidez económica, basada en antiguos cimientos, paralela de la de las repúblicas italianas y que se traduce en la extensión del comercio catalán por todo el Mediterráneo y aun por el Atlántico y el norte de Europa y en la creación de instituciones bancarias y de un derecho marítimo —el *Consulat del Mar*— de inmensa trascendencia para la economía europea. En el terreno político, no es tampoco un hecho despreciable haber llegado a un estable y sano equilibrio interior que evitó a Cataluña las convulsiones civiles de otros pueblos de España y de Europa y que cristalizó en acelerar y perfeccionar el proceso democrático, así como en la confederación catalano-aragonesa, en la que, en cierto modo se incluye a Cerdeña y Sicilia, primer ensayo efectivo y

---

[3] R. B. MERRIMAN, *The rise of the Spanish Empire in the old world and in the new*, I-IV. (Nueva York, 1918-1934, 2ª ed. de los dos primeros volúmenes; 1936).

durable de unidad española y de solución confederativa equivalente al *Commonwealth* británico. También podría hablarse del significado de las treguas de Dios iniciadas por el abad Oliva en el siglo XI y de la frecuencia de los arbitrajes —acatados por los reyes catalanes aun en el caso de serles desfavorables— como precedentes de direcciones modernas de la política internacional.

Estos ensayos y experiencias catalanas hubieran podido contribuir mucho a constituir de modo estable la España moderna y, si se hubiesen aprovechado en América, hubieran podido producir beneficios de los que se vió privada, por considerarse a los catalanes como extranjeros a la Corona de Castilla y por haber estado prohibido llegar a América hasta entrado el siglo XVIII.

TAMBIÉN hay mucho que hablar del espíritu de Cruzada. Cierto que acabó por ser el común denominador de muchas empresas de la Reconquista española y que a través de ésta se formó el ideal de unidad religiosa y de conversión de los infieles que se trasplantó a América. Pero hay que reconocer que ni existió desde el primer momento ni actuó siempre con la misma intensidad ni de la misma manera. Hasta el siglo XI puede decirse que no aparece. El móvil anterior de la lucha no es sino el anhelo de independencia o la resistencia a la opresión. Moros y cristianos viven, a menudo, en paz y sus familias entroncan por matrimonios frecuentes, ayudándose en sus rencillas, en las cuales leoneses, castellanos y navarros buscan el auxilio de Córdoba para triunfar de sus rivales cristianos, lo mismo que, en determinados momentos, los moros buscan a los cristianos como aliados contra sus enemigos musulmanes. Sólo temporalmente es incómoda la situación de los muzárabes.

El motivo religioso empieza a dominar cuando, después de la toma de Toledo, los monjes de Cluny infunden a la Iglesia española su espíritu reformador y cuando los Papas —que en los tiempos del Califato habían recibido embajadores de Córdoba— ante los nuevos peligros surgidos en Oriente, temen la repetición de las gestas del siglo VIII y

promueven la guerra santa. Entonces empiezan las cruzadas españolas, antes que las dirigidas a la reconquista del Santo Sepulcro. Pero ni Alfonso VI —el emperador de las tres religiones y esposo de Zaida, la hija del rey Motámid de Sevilla— ni el Cid, ni los Condes de Barcelona, ni siquiera San Fernando, no digamos ya Alfonso el Sabio, perseguían la exterminación y ni tan sólo la conversión en masa del infiel. Se trata, de momento, del predominio político y cuando más de no someterse los cristianos a los moros, sino al contrario. Hasta después de la conquista de Sevilla se satisficieron los reyes cristianos muchas veces con el simple protectorado y con el cobro de parias y los reyes moros de Granada llegaron, en concepto de vasallos, a concurrir a las Cortes de Castilla, sin que nadie se sintiese herido en sus sentimientos religiosos.

Los fueros de las ciudades regulaban las relaciones de los fieles de las tres religiones. Toledo en el siglo XIV es una especie de Jerusalén de Occidente[4] y las culturas musulmana y judía tuvieron allí un último período de brillantez, precisamente bajo el dominio cristiano. Hasta el final de la Edad Media, reyes, nobles y pueblo no desdeñaban las costumbres y el arte musulmán (Pedro el Cruel, Enrique IV, el propio conde de Tendilla, el florecimiento y arraigo hasta muy tarde del arte mudéjar en la tradición artística española). Nada permite hablar de incompatibilidades raciales: véanse las relaciones del pueblo con los moros en el Romancero, los entronques de nobles y aun de los reyes españoles con familias judías, los ministros judíos y los rabinos conversos en las más altas sedes arzobispales.

Cuando el proselitismo cristiano se desarrolló en gran escala, comenzó por la persuasión. Raimundo Lulio y San Vicente Ferrer querían convertir mediante la controversia, como antes San Isidoro protestaba ante los reyes visigodos de las conversiones violentas de los arrianos. Juan I de Cataluña-Aragón castigaba severamente las matanzas de

---

[4] M. J. KAHN, *Apocalipsis hispánica* (México, Editorial América, 1942). Contaba con 70,000 israelitas, dos barrios judíos, 7 sinagogas monumentales y gran número de oratorios, 7 u 8 centros eruditos y academias talmúdicas.

judíos cuando las predicaciones del arcediano de Écija a fines del siglo XIV comenzaban a propagar la intolerancia y aún en tiempo de los Reyes Católicos, al inciarse la gran persecución, todavía el general de los Gerónimos, Fray Alonso de Oropesa, y el Cardenal Mendoza predicaban caridad e insistían en querer convertir por medios persuasivos, habiendo detenido el primero por algún tiempo el establecimiento de la Inquisición.

Creeríamos que estas son las verdaderas direcciones del espíritu popular español en todos sus pueblos y el precedente legítimo de la obra misionera y educadora de Las Casas, de Motolinia, de Vasco de Quiroga, de Francisco de Vitoria. El cambio de política de los reyes Católicos, al poco tiempo de la conquista de Granada, faltando a los pactos concluídos en la capitulación —que tanto se esfuerzan en justificar, lo mismo que la expulsión final, en aras de la "unidad católica" y de la fusión de los pueblos, los escritores reaccionarios y falangistas sobre todo en estos momentos en que en España hay que ponerse a tono con el antisemitismo nazi— es posible que deba atribuirse en buena parte a la desviación de la tradición española representada por el absolutismo totalitario que empieza a culminar con los propios Reyes Católicos.

Ello obliga a revisar muy cuidadosamente el período representado por el siglo XV, evitando que el juicio de la obra de los españoles de entonces —en la que ciertamente hay mucho oro de ley— aparezca contagiado por aquellas desviaciones impuestas por la superestructura, dentro de la cual no vacilamos en considerar incluídos a los propios Reyes Católicos, como también luego a Carlos V y a Felipe II, por mucho que deseemos hacer justicia a cuanto de positivo valor quedó de su obra y por mucho que evitemos caer en las exageraciones de la leyenda negra. Pero nos resistiremos siempre a entusiasmarnos con los "éxitos" de la inquisición, con las matanzas y destierros en masa de judíos y moriscos —nos parece natural que ello quede reservado a los historiadores falangistas admiradores del III Reich y a los perfeccionadores de esos métodos ensayados por primera vez por la antigua superestructura española— y lamentaremos siempre que la tradición de San Isidoro y de

Raimundo Lulio fuera desviada y que no se llegara a una fusión pacífica de los pueblos y al cumplimiento de las Constituciones de Santa Fe. No nos convencen las dificultades que pudieran ofrecer judíos y moriscos para el mantenimiento del "orden" invocadas por el Marqués de Lozoya,[5] como dudamos que a nadie convenza la justificación de los campos de concentración y de las ejecuciones en masa de la España Falangista con igual argumento. Menguados hombres de gobierno, de antes y de ahora, los que no tienen otro medio de mantenerlo.[6]

El "espíritu de cruzada" y de aventura, con todos sus aspectos buenos y malos, subsistió ciertamente después de la epopeya de la Reconquista y se perpetuó en las guerras de prestigio del Imperio español y en la conquista de América. Creeríamos en la sinceridad de Carlos V y de Felipe II al creerse llamados a la misión de imponer la unidad religiosa, así como en la de los conquistadores que, además del oro, buscaban la salvación de las almas americanas. Pero nos parece ingenuo creer en la eficacia de las hogueras o de los cintarazos para convertir protestantes y judíos en España y en Flandes. Conquistado el Nuevo Mundo, más

[5] JUAN DE CONTRERAS, MARQUÉS DE LOZOYA, *Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Isabel.* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1939). En su concepto —y ello es muy significativo— la obra de los Reyes Católicos, la imposición del orden como base previa de la realización de las empresas imperiales, se paraleliza con el fin de la "anarquía" del liberalismo democrático del siglo XIX y de la segunda República, gracias al "nuevo orden" de Franco y de Falange, para Lozoya, anuncio del nuevo imperio español y de la nueva Hispanidad.

[6] El caso de Granada demuestra precisamente nuestra tesis. El éxito de la política suave del Conde de Tendilla y del arzobispo fray Hernando de Talavera se comprometió precisamente por la impaciencia por la conversión total que hizo llevar a Granada a Cisneros, el cual forzaba las conversiones en masa y cuyos frailes hacían encarcelar a los reacios, propinándoles en las cárceles palizas que coadyuvaban la fuerza de los argumentos evangélicos, como en el caso de Zegri Azaator. Poco después comenzó la primera gran sublevación de los moriscos. El propio rey Fernando llegó a censurar los métodos de Cisneros: "¿Se propone ese fraile destruir en un día lo que nosotros hemos logrado en diez años de lucha?", en lo que no hay que ver tan sólo su personal animosidad contra Cisneros. Ver Luis Santa Marina, *Cisneros* (Biblioteca Austral, 1940), p. 66 y sig. y L. Pfandl, *Juana la Loca* (Biblioteca Austral, 1941), p. 40-41.

eficaz fué la manera clásica, la de los predicadores y educadores. La desviación del sentido primitivo de las palabras "Cruzada" y "guerra santa" —guerras defensivas para libertar a los cristianos de la opresión o para evitar un peligro, no para imponer el Cristianismo por la fuerza: las del Santo Sepulcro, las de Egipto y de Túnez con San Luis, la misma de Lepanto— proviene acaso de la perpetuación del espíritu militar y de la organización del Estado en vistas a la guerra constante, en la Europa feudal primero, luego en la España castellano-leonesa, que dificulta la organización normal del Estado, alcanzada antes en Portugal y en Cataluña con el término anterior de la Reconquista.

Nos preguntamos también hasta qué punto el espíritu militar es una característica permanente de los pueblos españoles y si no es, acaso, otra herencia perniciosa de la superestructura visigoda, perpetuada por los descendientes de su ejército, rebelados contra el dominio musulmán en las montañas de Asturias. Los reinos que ellos constituyen mantienen el carácter guerrero y éste imprime un profundo carácter a su creación, que persiste en la tendencia absoluta de sus reyes y en la perpetuación de las luchas civiles de la nobleza. Estas luchas representan en realidad militares que se sublevan y su ejemplo transmite a sus sucesores modernos la idea de que ellos personifican la patria y están llamados a la "misión" de salvarla en sus crisis, imponiendo en el siglo XIX y en el XX, según los casos, la libertad, el absolutismo o el totalitarismo con sus pronunciamientos, lo mismo que sus antepasados creían en la eficacia de las armas para imponer la unidad religiosa. Esto explica acaso también las dificultades para el desarrollo de la democracia y las limitaciones que ésta tuvo ya en las Cortes castellanas y leonesas, que —a diferencia de Aragón o Cataluña— sólo excepcionalmente pudieron hacer valer sus derechos y limitar el absolutismo real, el cual pudo allí más pronto prescindir en absoluto de ellas.

IGUAL SIMPLIFICACIÓN padece la historia de la cultura. Vossler niega todo carácter nacional, en la época romana, a la participación española en su cultura y, según él, en

la Edad Media, España contribuyó sólo a través de personalidades o de escuelas aisladas o por alguna empresa accidental al desarrollo de la cultura europea. Esto que ya es exagerado para la Antigüedad lo es mucho más para la Edad Media. El propio Vossler tiene que reconocer que algo encierra el suelo español y que algo tiene su cielo que contribuye a imprimir un carácter, aún a lo extranjero que allí se aclimata y que, cuando se pone en contacto con el mundo, le hace aparecer como distinto de lo que originariamente fuera.

El único hecho recogido por Vossler de la cultura española en la Edad Media —la influencia de algunos pensadores judeo-árabes del siglo XII, se encuadra en un fenómeno de raíces profundas. La intersección de los dos mundos: el europeo general y el español en el que se ha insertado y ha venido a ser uno de sus factores más brillantes la influencia oriental. España, a través de la época visigoda, fué uno de los reductos en que se salvó parte de lo que pudo pasar a la Edad Media del naufragio de la Antigüedad en Occidente. Basta como símbolo citar el enciclopedismo isidoriano y su influencia, en Europa, al lado de los que representan la Baja Latinidad, de los cuales vivió la ciencia cristiana hasta su renovación, en buena parte mediante el contacto con la España influída por el Oriente. Entonces, cuando todavía los árabes de España, los anteriores a la consolidación de la obra de Abderramán I, no eran sino unos soldadotes rapaces e incultos, los mozárabes andaluces mantienen la continuidad de la cultura y, cuando a través de la Iglesia, se desarrolla la relación con todo el Occidente, la Marca hispánica comienza a ser un factor activo de transmisión y de influencia. En el renacimiento carolingio hubo figuras importantes procedentes de Cataluña (Teodulfo de Orleans, Félix de Urgel). La cultura mozárabe, ya impregnada de fuertes resabios musulmanes, irradia una gran influencia en el siglo X, cuando la poesía latina de Ripoll era, según frase de Berr, la única tolerable de Europa, cuando un conde de Besalú aprendía griego en aquel monasterio, en donde Gerberto, después el Papa Silvestre II, pasaba largo tiempo estudiando las ciencias árabes, especialmente las matemáticas. En el siglo XI, en

la transformación de la cultura romano-carolingia de Occidente obran con fuerza no sólo el nuevo factor de la influencia bizantina y lombarda, sino la mozárabe y musulmana española, que no son extrañas a la eclosión del primer arte románico. A él transmiten elementos importantes de su escultura y de su pintura y una primera "escuela de traductores" de Barcelona precede la que después florecerá en Toledo.

Desde la época califal a través de los reinos de taifas y de los núcleos de moros y judíos que persisten, principalmente en Toledo, la cultura oriental en sus aspectos musulmán y judío florece sin interrupción. Además las ciencias, de la música y la literatura —para ésta véase la reciente nueva edición del libro de García Gómez [7] y recuérdese al gran poeta y médico toledano Yehuda-Halevi — la filosofía alcanza su zenit en los siglos epigonales (Algacel, Avicena en el XI, Avempace, Abentofail y Averroes en el XII entre los musulmanes y Abengabirol o Avicebrón y Maimónides entre los judíos en el XII también). Por entonces, a la escuela de traductores de Toledo acuden hombres de toda Europa. Pero, antes ya, en los contactos mencionados a través de Cataluña y en las primeras cruzadas del siglo XI en los territorios fronterizos del valle del Ebro, han comenzado contactos fructíferos. La lírica de los trovadores provenzales ha adoptado la forma métrica árabe del zéjel que había de tener una larga historia y cuyas repercusiones llegan al siglo de oro de la literatura española y a muchas literaturas europeas. La música árabe influye también en Europa, como luego la judaica dejará fuertes sedimentos en la poesía popular andaluza, a través de los cripto-hebreos, así como persistirá entre los sefarditas hasta nuestros días. La astronomía y la cartografía de la España judeo-árabe irradiarán enormemente y aun contribuirán al descubrimiento de América y a los descubrimientos portugueses. Y, como dice Vossler, la especulación y la hermenéutica de judíos y musulmanes españoles del siglo XII y su mística neoplatónica hizo mucho a favor de la formación del espíritu

---

[7] E. García Gómez, *Poemas arábigo-andaluces.* (Buenos Aires - México, Colección Austral, 1940).

europeo, primero a través de Raimundo Lulio, de Alberto Magno y de Santo Tomás de Aquino, constituyendo una primera *Aufklärung* y llegando a la segunda, para a través de las traducciones de Espinoza, empalmar con Leibnitz, Lessing, Kant y Goethe. Añadamos también que Abentofail, traducido al inglés, sirvió como libro de devoción a los cuáqueros. El espíritu crítico y la libertad de conciencia de esos orientales andaluces, tan segura y consciente, aunque fué combatida, no pudo ser destruída del todo y dejó gran sedimento en Europa. La coexistencia de las tres confesiones en el sur de España y en Portugal sazonó un deseo de investigar y una teoría del conocimiento y proporcionaron el estímulo para el estudio de la naturaleza, mucho antes del Renacimiento.[8]

¿Hasta qué punto es ello, en la propia España, una cultura forastera y hasta qué punto influye el suelo y los pueblos españoles y el contacto con ellos? A las tesis, que han dominado mucho tiempo, creyendo toda la civilización española medieval de origen oriental y exagerando el empobrecimiento producido por las invasiones, se opone ahora la de que los árabes florecieron en España precisamente por aquellos contactos. Bertrand[9] llega a decir: "¿Cómo se explica que países que han continuado siendo islámicos hayan llegado a una decadencia aún más lamentable? Desde que el Africa islámica se ha separado de la España católica y latina no ha vuelto a producir nada, ni en arte, ni en literatura ni en ciencia. El Islamismo occidental no ha conocido la civilización hasta que ha sido español, es decir, hasta su contacto con las antiguas civilizaciones, formadas por la tradición heleno-latina, muy superiores a los salvajes bereberes de Africa".

Sin duda todos los factores tuvieron algo en su haber. La esterilidad de la cultura africana moderna no es un argumento decisivo. El Islamismo africano medieval dependía de pueblos sin tradición cultural y la corriente que

[8] Para la influencia judía en Europa, además de los libros citados de Vossler y de Kahn, ver también: Saul Mèzan, *De Gabirol à Abravanel, juifs promoteurs de la Renaissance* (París, 1936).

[9] L. Bertrand, *España, país creador. Historia crítica de un gran pueblo.* México, Ediciones Atlántida, 1942).

partía de los grandes focos de Damasco, de Bagdad o de Egipto tampoco lo fecundizó, derivando a España, a excepción de algunos centros africanos como Kairouan. El fanatismo berberisco dificultó lo que se produjo en España y cuando en los umbrales de la edad moderna, las expulsiones permitieron recoger en Africa la herencia musulmana española, ésta se hallaba ya fatigada y en decadencia, como en Granada, imposibilitada de infundir una nueva juventud a su nueva patria. Lo que de las culturas musulmana y judía deba en la península atribuirse en la península, a la influencia española, está todavía por dilucidar. Sin duda al nuevo impulso debieron resurgir fuerzas ancestrales inagotables pero, en todo caso, no nos explicaríamos el fenómeno de la cultura oriental española como una mera adopción de la decadente cultura visigoda. Mucho salvó ésta de la Antigüedad; pero el saber isidoriano comparado con el del Califato produce una sensación de pobreza y de estancamiento.

RESULTADO de la España medieval es la que, terminada la Reconquista, se apresta a intervenir activamente en el mundo y la que descubre y coloniza el Nuevo Continente. Esta España lleva en su seno elementos de inmenso valor y trágicos conflictos procedentes de su propia evolución y de no haber podido resolver sus propias contradicciones. Todo ello habrá de reflejarse en su historia y condicionar su grandeza y su decadencia.

Guardémonos ante todo, como a menudo se hace, de identificar la grandeza de la cultura española en el siglo XVI y en el XVII predominantemente a sus reyes y al Imperio. En realidad esta floración magnífica es la madurez de un fruto, incubada durante largos siglos y en parte realizada ya fuera de lo que hubiera debido ser su apoyo natural: la organización de España como país moderno. En la tragedia española se dan a menudo estos fenómenos de florecimiento desarraigado: se ha señalado un hecho análogo en la cultura de los árabes y judíos en el siglo XII. La intervención de los reyes y del Estado imperial pudo influir; pero fué, en muchos aspectos sólo uno de los fac-

tores y a la vez un freno que, a la larga, contribuyó al estancamiento y a matar las energías del país, creando la dirección divergente que, a menudo se ha producido en España entre los caminos del Estado y los del desarrollo espontáneo de los pueblos.

No queremos regatear el talento político, la habilidad diplomática y la fuerza de trabajo, así como la devoción a su oficio real de Fernando e Isabel, de Carlos V y aun de Felipe II. Reconozcamos también que su política, a menudo no tuvo para nada en cuenta los intereses de sus pueblos [10] y que prescindió de energías que hubieran podido ser beneficiosas y salvadoras, por recelo de mermar la posición autoritaria y la supremacía de la Corona, prefiriendo siempre los auxiliares sumisos a su capricho.

La magnitud de los objetivos, el prescindir de la situación del mundo, en el que nuevos factores imposibles de suprimir o de dominar hacían quimérico restaurar un orden de cosas pasado ya, hizo estallar a la Monarquía española contra esos factores y engendró su propia ruina, todavía en el momento de su mayor poder aparente. No todo fué perfidia de los enemigos, celos e incomprensión. Hubo mucho ensoberbecimiento dentro de la propia torre de marfil. Y al prestigio de la monarquía se sacrificó siempre el bienestar y la ordenación interior de los propios pueblos.

Por la persistencia y agudización de los factores militares de la Reconquista castellano-leonesa y por la unificación religiosa violenta, España entra en la Edad moderna en forma distinta que los demás pueblos europeos. Con lo primero, a la vez que se consolidaba el absolutismo —fenómeno general—, se dificultaba la creación de formas estatales durables —como las que se habían constituído en Cataluña y en Inglaterra— que compensaran la muerte en flor de la evolución democrática castellana. Esta era

---

10 "Miradas las cosas con imparcial serenidad, puede decirse que Carlos desviado por su idea imperial y los deberes del gobierno en el Imperio, e impedido por sus campañas guerreras en Africa, Italia y Alemania, no hizo nada por España. No recogió ni prosiguió ni terminó la obra emprendida en vida de Fernando y de Isabel . . . Felipe II empieza su obra desde el punto mismo en que la dejaron las frías manos de Isabel". (Pfandl, *Juana la Loca*, p. 126).

una democracia rural, como ha dicho Azaña; pero la diferencia de clases más acusada allí que en Cataluña y la persistencia del espíritu militar como nota predominante, no permitieron la perfección de la evolución completa democrática y de ella quedó muy poco después de los Comuneros. La deficiente organización estatal descuidó las actividades económicas —no inexistentes en los siglos medievales— y al organizarlas en América, lo que hubiera podido ser la salvación, las organizó de espaldas a España, perpetuando una economía ganadera y agraria primitiva cuando en los demás pueblos de Europa se iba a alcanzar la plenitud industrial y mercantil. Las actividades culturales se resintieron también del ambiente peculiar creado por la persistencia de ciertos factores medievales y por su agudización por la política de la monarquía cesarista, contribuyendo a ello la ausencia, en el desarrollo de la cultura española de los siglos imperiales, de la influencia benéfica que hubiera podido tener el espíritu de los reinos levantinos, en donde había un espíritu más libre y más elástico a la vez que más internacionalidad por su situación fronteriza con otros países europeos y por la relación con Italia.

La ortodoxia levantina siguió siendo compatible hasta el final con la convivencia con moros y judíos: el mismo papa Alejandro VI fué acusado de "marrano" en Italia y los señores valencianos y catalanes se opusieron vigorosamente a la expulsión de sus vasallos, así como los pueblos a la Inquisición. En ellos el humanismo, que representa plenamente Luis Vives, culminación del pensamiento catalán y levantino, tiene muchos de los caracteres que Vossler señala como característicos de Italia y que establecen la diferencia con el humanismo castellano: un cierto liberalismo despreocupado, inspirado en el espíritu benedictino y franciscano, familiarizado con el mundo y con la naturaleza, con los que su religiosidad no ve oposición. Aquello que constituirá, también según Vossler, la actitud típica de España ante el Renacimiento y la *Aufklärung*: el recelo ante la naturaleza y el retraso en el cultivo de las ciencias naturales, no se dará en Cataluña y en Levante, en donde se habían producido las grandes contribuciones

a la cosmografía y a la cartografía y en donde se realizará más tarde, en el siglo XVIII, la renovación de las ciencias naturales (Cabanilles), de la medicina (Gimbernat, Virgili) o de las matemáticas. Esta actitud de la mente se continúa en el sentido de la naturaleza y del paisaje, tan característicos de la poesía catalana moderna y en la manera especial de ser del idealismo catalán.[11]

La España castellana, después del período del erasmismo, se preocupa sobre todo de mantener la ortodoxia teológica, que culmina en la Contrarreforma, de la que aquélla es el alma, sin problemas de doctrina ni de moral, porque ya todo está resuelto, fiel a la simplicidad rectilínea de la filosofía de tipo escolástico. Sus filósofos, con toda la grandeza de su espíritu (Las Casas, Vitoria, Suárez, etc.) se dedican ante todo a limitar en lo posible el despotismo, a darle un sentido más justo y a hacerlo depender de la ley divina. Después de momentos en que parecía que se iba a incorporar plenamente al Renacimiento, está atenta a evitar las derivaciones que aquél trajo consigo y, en cierto modo, se prolonga la Edad Media, hasta hoy en muchos aspectos, dificultando que penetrasen o retrasando los movimientos ideológicos posteriores. A la larga se ha impuesto en España la disciplina mental férrea del Estado-Iglesia, de que ha hablado Fernando de los Ríos [12] y se reprime con mano fuerte toda disidencia o todo intento de defender la libertad de los hombres o de los pueblos. La libertad y la fecundidad del espíritu español se refugian en el florecimiento literario y artístico y en la evasión hacia las empresas exteriores. "España estuvo, entonces, abandonada por los españoles —dice Bertrand—: horizontes inmensos

[11] Si el mon es tant formós, Senyor, si es mira — amb la pau vostra dintre de l'ull nostre, — ¿qué més ens podeu dar en una altra vida?. . . —¿Amb quins altres sentits me 'l fareu veure — aquest cel blau damunt de les muntanyes. . .? — Deume en aquests sentits l'eterna pau — i no voldré més cel que aquest cel blau. — . . . I quan vinga aquella hora de temença, — en que s'acluquin aquests ulls humans, — obriu-me'n, Senyor, uns altres de mes grans — per contemplar la vostra faç inmensa. — Sia-m la mort una major naixensa. (JUAN MARAGALL, *Cant espiritual*).

[12] F. DE LOS RÍOS, *Religión y Estado en la España del siglo XVI* (Nueva York, Instituto de las Españas, 1927).

se abrían ante ellos y les atraían hacia fuera de la madre patria que no consideraban más que como a la vieja casa solariega, donde se acababa por descansar o por morir, después de haber pasado la vida batiéndose en todos los campos de batalla europeos y en donde disfrutar la pequeña fortuna ganada con la explotación de la caña de azúcar en Cuba o en Santo Domingo o en las minas de oro y de plata de México y del Perú".

Pero, dentro de la aparente uniformidad "católica" y simple, no dejan de encerrarse contradicciones y problemas, aunque no salgan a la superficie, ahogados o desconocidos por la superestructura, y estas contradicciones y estos problemas, apuntando tímidamente en las épocas de mayor poder de aquélla, engendrarán las divisiones y los conflictos de la España moderna hasta nuestros días.

A través de todos los obstáculos y de todas las limitaciones, la personalidad exuberante del "hombre de pasión", como califica Madariaga al español —y esta nota es ciertamente aplicable a todos los pueblos—, produce el complejo valor humano de ese tipo que se desarrolla en los siglos imperiales y que despierta la admiración de Vossler, a la vez que de cuantos lo han estudiado y comprendido —no siempre es cosa fácil—, de ese hombre español con infinita capacidad de resistencia senequista, con el sentido trascendente de su esfuerzo individual, señorial incluso en los estratos populares, nunca serviles, con el sentimiento exaltado del honor sin estar exento de realizar, en mitad de la lucha, brutales actos de crueldad y de codicia, despreciador del dinero que derrocha, devoto y aun místico, sintiendo con exaltación la amistad, apreciando al humilde y simpatizando con la pobreza y el dolor ajenos, solícito a socorrerlos.

Es difícil hacer de manera imparcial y objetiva el balance del Imperio español y de su obra, discriminando lo que debe atribuirse a él o al pueblo. Recordemos de nuevo como uno de los mejores intentos el de Merriman. De este balance deseamos subrayar algunos hechos por su peso específico para lo ulterior. Ante todo el fracaso de la

política de hegemonía, prolongada para mantener el prestigio antiguo a través de las épocas de decadencia, y sus repercusiones fatales en lo interior, cuando ya era imposible pretender mantener la dirección de Europa en manos de una sola potencia o de la alianza habsburguesa, imposible también por los medios de que España disponía.

El aparato de gobierno que debía soportar tales empresas, a través de la burocracia filipina, tampoco era un acierto y su tradición ha sido fatal, constituyendo uno de los frenos mayores de la historia de España. Y la distracción de tantas energías fuera —con ganancia nula para aquélla y comprometiendo en tales empresas el provecho de América, sin preocuparse de organizar el país y su potencialidad económica— era todavía peor, debiendo conducir forzosamente a la bancarrota del siglo XVII, agravada por los epígonos de la política imperial, validos de reyes imbéciles que habían de estrellarse contra la Francia de Richelieu y de Luis XIV, como Felipe II se estrelló contra Isabel Tudor. No menos grave era no haber sabido llegar a la constitución interior de España en lo referente a la convivencia de sus pueblos, ni destruídos ni respetados.

La tradición española de tolerancia quedó rota y, en la ortodoxia impuesta por la fuerza, se perdía a la larga la fuerza espiritual y la intimidad del sentimiento religioso. No hay voces discordantes, de momento, pero florece la religiosidad hipócrita de los "marranos" y se consagra en el fondo de la conciencia española la división que hará asomar la irreligiosidad ya bajo la ilustración del siglo XVIII y que, en el XIX y en el XX, consagrará el apartamiento definitivo de muchos del Catolicismo entre las mentes más distinguidas y que, en el pueblo, ocasionará las explosiones más violentas, sobre todo al identificarse constantemente muchos dignatarios eclesiásticos con la política de la superestructura opresora y al mantener sus posiciones políticas, desinteresándose de los problemas de aquél.

Otro resultado ha sido el divorcio entre el Estado y el pueblo, que perdura hasta tiempos recientes. Cabe preguntarse si lo mucho que han hecho los españoles lo han hecho contra el Estado y en todo caso al margen de él. Esto se observa ya muy pronto. A todos los conquistadores

se les echaba en cara que intentaban rebelarse y aún hacerse independientes. Así se quería justificar la actitud real con Colón y con Cortés y muchas de las grandes empresas las improvisaron si no contra el rey por lo menos contra su administración —Cortés y Diego Velázquez. Al lado de las leyes de Indias y de algunos excelentes funcionarios hubo, también en América, mucho desconocimiento de la realidad y mucho freno burocrático. Algo veían los grandes ministros de Carlos III para querer sustituir los Virreinatos por algo más eficaz y, cuando los criollos hicieron la independencia de América, no se les opuso sino la burocracia y la fuerza, empleadas con contumacia hasta el final y haciendo fracasar todo intento de autonomía de Cuba y Filipinas. Los gobiernos españoles, que ignoraban a los pueblos de la propia España, no se daban cuenta del significado profundo que encerraban los nombres de los territorios de América y que la palabra "nueva" agregada a los de los viejos reinos peninsulares era un signo de que se trataba en realidad de nuevas Españas y que su vitalidad, el arraigo de los criollos en la tierra y su mezcla con el elemento indígena incubaba la formación de naciones incompatibles con las tradiciones políticas y administrativas de la monarquía española.

Con mayor razón cuanto que, en la propia España, la unificación fracasaba. Para ella quedó de la política imperial un fermento funesto: la opresión de los pueblos y el contagio del resentimiento de la monarquía contra los "rebeldes" a aquellos que, por estar más cerca de la Corte y convertirse en sus instrumentos, se infectaron de las ideas de hegemonía despótica y crearon un divorcio espiritual con los que no se avenían a ser dominados. Así se ha perpetuado la supuesta idea perturbadora de "hegemonía" de Castilla,[13] el obstáculo más insuperable para llegar a la

[13] "Oponiéndose a una política de autonomías en España, lo que se hace es calumniar a Castilla y dar razón a los que han atacado el centralismo español atribuyendo preponderancias injustas a Castilla. Vosotros los castellanos, sobre todo en esta Castilla del Norte, tenéis muchas y grandes cosas que hacer. Tenéis un destino que cumplir y lo que se trata es de saber si sois iguales a vuestro destino. Si no lo sois, todo lo que se haya de hacer en España se hará sin vosotros y esto sería como hacerlo contra vosotros. Y si sois iguales a vuestro destino

unidad de España o por lo menos para constituirla de manera satisfactoria. Los pueblos que se resisten a ser desnaturalizados y absorbidos recuerdan siempre el "Memorial" del Conde Duque de Olivares y las diatribas de Quevedo contra los catalanes "aborto de la política", "provincia apestada". Y cuando la unificación parecía lograda, después de la derrota de Cataluña en 1714 y de la cruel represión subsiguiente, de un siglo de paz y de las experiencias liberales, contagiadas de nuevo por la superestructura española y por el totalitarismo democrático, el problema constitucional de los pueblos se plantea de nuevo y probablemente no sólo para Cataluña, Euzkadi y Galicia.[14]

El cambio de dinastía hizo, cierto, grandes esfuerzos para convertir en eficaz la mohosa máquina estatal de los Austrias, con los consejos de Luis XIV y con los ministros extranjeros primero y, luego, con la incorporación de españoles a la dirección de la política. El país parecía despertar y no sólo fué capaz de resistir la crisis de las guerras napoleónicas y las convulsiones civiles del siglo XIX, sino que su cultura siguió una marcha ascensional. Se incorporaba a Europa y a sus corrientes —en oposición constante o al margen del Estado—, con más intensidad a medida que se reconcentraba en sí mismo y olvidaba las aventuras y los ensueños imperiales.[15] Precisamente después de la última quiebra de éstos en 1898, con la crítica acerba de los vicios del Estado y de la sociedad española (Ganivet, Costa), la obra de los educadores (Giner, Cossío) y de los que Vossler llama "despertadores" fructifica y empiezan a pro-

lejos de perder aquello que se ha supuesto hegemonía castellana sobre las regiones españolas, tendréis otra vez el destino propio dentro de la nación que corresponde al genio de este país". (Azaña, Discurso de Valladolid).

14 *It was one of the misfortunes of the Spanish liberal movements of the nineteenth century that, being influenced by French models, it took no account of that spirit of regionalism which is one of the strongest facts in Spanish character* (H. A. L. Fisher, *History of Europe*, Londres, E. Arnold, 1940, pp. 937-938).

15 "Si un imperio español fuese posible y deseable, que no lo es..." (Azaña, *discurso de Barcelona*, 18 de julio de 1938).

ducirse nuevos valores, dando signos de madurez también los viejos pueblos de personalidad no castellana.

Tierra de fertilidad inagotable, en que la semilla sembrada a voleo, y en que la planta, apenas sin recibir cultivo, germinan y producen frutos sorprendentes y en que todo período templado; por corto que sea, produce la ilusión de un resurgir definitivo. Pero en que los obstáculos tradicionales pesan demasiado y resurgen—ellos también—cada vez con mayor violencia a través de sus proteicas formas, prefiriendo precipitar el país en la ruina antes que adaptarse a los nuevos tiempos y que transigir. La escisión de las dos Españas está, de momento, consumada y el porvenir verá el triunfo de la una o de la otra. Importa mucho a los españoles y a los pueblos de su sangre y de su cultura deslindar claramente los campos y conocer lo español en toda su complejidad y sin confusiones ni desviaciones. Sólo así será posible un día una eficaz constitución de España y que coopere con América en el mundo más humano que debe salir de la presente convulsión.

MEDITACION SOBRE EL ALMA INDIGENA*

La Universidad Nacional de México inicia el cuarto año de la magnífica *Biblioteca del Estudiante Universitario* con un volumen dedicado a una de las manifestaciones medulares del alma prehispánica, a la que busca su cauce en lo religioso. El volumen se intitula Mitos Indígenas.

Tres valiosos documentos se eligieron para dar un compendio de la grandiosidad que alcanzó el pensamiento mítico, cosmogónico, y la compleja y elaboradísima vida religiosa entre los aztecas, última cultura del suelo de Anáhuac que florecía a la llegada de los españoles, alimentada por su propia substancia, sin mezcla de savias dispares. La elección de documentos relacionados con la religión de los aztecas se hizo en virtud de que, por una parte, es sabido que "de modo general en las religiones viene a proyectarse con mayor exactitud la vida de los pueblos y de los individuos y porque la religión absorbía completamente la existencia de los antiguos mexicanos", y por otra, "porque su sensibilidad está más próxima de la del mexicano actual".

La *Leyenda de los Soles*, el *Tratado de los Ritos y Ceremonias y Dioses*, fragmento capital del Códice Ramírez, y el *Calendario Antiguo*, tomado de la Historia del Padre Durán, son las piezas que integran la parte documental, y ampliamente han sido estudiadas por los principales polígrafos de la historia antigua de nuestro país; de modo que, no obstante ser la parte sustancial del volumen, puede sólo mencionárseles de paso, con el propósito de hacer hincapié en lo que, sin demérito del indiscutible valor de aquellos textos, debe ocupar el lugar dominante en esta nota, a saber, lo que llamaremos la meditación sobre el alma indígena, que constituye el *Estudio Preliminar* del volumen.

El dilecto escritor Agustín Yáñez ha encontrado al mismo tiempo la ocasión y la confirmación de un certero análisis del alma indígena, en las tres piezas seleccionadas para formar el tomo. Después de poco más de cuatrocientos años en que por primera vez una planta de hombre blanco posó en tierras de México, perdura —como una punzante inquietud—, el problema de la conformación del espíritu de la

---

(*) MITOS INDIGENAS: Estudio preliminar, selección y notas de *Agustín Yáñez*.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México.—México, 1942. (Vol. 31 de la *Biblioteca del Estudiante Universitario*).

nación mexicana, en el que las mejores esencias de lo indio estén presentes, dado que su sangre, su aliento, están en nosotros como en conflicto de dominación con lo que de europeo, de occidental, circula en nuestras venas y habla por boca de la estructura social de nuestro país, y se expresa en la lengua y en los sentimientos y en las actitudes y normas. Esta inquietud encuentra su más aguda manifestación en la parte más sensible del pueblo, que son las gentes cuya razón de ser está en las ideas o en las formas, en el dilatado mundo del pensamiento o en el universo de la intuición estética. Son, o los pensadores o los artistas, o quienes de un modo u otro poseen una personalidad que mueve su equilibrio en ambos dominios, quienes se han preocupado con un mayor interés en este vivo problema, cuya hondura trasciende el cuerpo de la patria y aflora en los movimientos más finos de su cortesanía y en la faz más límpida en que halla su expresión plástica, poética, el pathos del pueblo.

Una sensibilidad de ágiles reacciones, una aguda intuición, más que el conocimiento exhaustivo de una cultura que será imposible reconstruir en sus detallados perfiles, en sus columnas y en sus poderosas trabes, es la base, el firme y seguro sostén en que descansa la penetrante adivinación del alma indígena, que Agustín Yáñez expone en ese compendiado estudio preliminar del libro.

Con valiente ánimo y espíritu de profunda simpatía, empieza el autor a examinar uno a uno los testimonios que, sin lugar a duda, y a pesar del tiempo, de la naturaleza y de los hombres, acusan la autenticidad vital de las culturas aborígenes y fundan inconcusamente las categorías del alma precortesiana.

Tales testimonios irrefragables, actuales, vivísimos, son las artes plásticas ("desde la cerámica hasta la arquitectura, pasando por los estadios de la escultura y los códices"), el genio de las lenguas indígenas y, finalmente, el acervo de creencias religiosas, la técnica ritual y las costumbres derivadas de ello, testimonio este último que no invalidan "las oscuridades que le son propias, ni los errores de interpretación que ha padecido"; antes esto y "las refracciones del asunto en los diversos cronistas que lo recogieron", más "la política persecutoria y de olvido, son otros tantos tamices que al dejar escapar ciertas notas vivas, invariables y unánimes, no hacen más que probar su autenticidad", como dice Yáñez, adelantándose a posibles objeciones contra el valor de las noticias que sobre la religión indígena han llegado a nosotros por medios interesados en desfigurarla.

El triple testimonio indubitable sirve a Agustín Yáñez para ir explorando y descubriendo los rasgos distintivos (*facultades* o *catego-*

rías) del alma indígena, que destaca con penetración desde el múltiple y complicadísimo fondo sobre el que contrastan las voces que siguen diciendo a este mundo, por bocas que repiten su ancho eco o reviven sus modulados tonos, un mensaje oriundo de América.

Los rasgos descubiertos a través de lo que fué troquelado vivamente y en todo lo que era un producto sensible del poder creador de aquellas razas, son para Yáñez los siguientes: una gran fuerza de abstracción, el sentido realista, la facultad de paradoja, la poética en sentido estricto, la de desasimiento y la de expresión plástica. Cada una de estas categorías son examinadas a la luz de los tres testimonios señalados al principio del estudio, y hay en ello tan sagaces aciertos y páginas maestras como el estudio de la paradoja vital que revelan las artes y las costumbres de los antiguos mexicanos, desde la "belleza de los mitos astronómicos y el amasamiento con sangre de las materias que servirían a la construcción de ídolos", desde "la terrible grandeza de Coatlicue o el nexo de mutua sustentación entre vida y muerte", hasta "el rígido ascetismo ligado con la sensualidad y los desenfrenos".

El cuadro podrá ser incompleto; pero tiene rigor de construcción que lo hará tener presente para nuevos intentos de crítica y enriquecimiento, que vengan a descubrir otros aspectos del alma indígena.

Queda puesta de manifiesto la cualidad de íntima conexión interna entre partes que supone una cultura y la inherente índole orgánica que parece compartir con el hombre, su creador, así como para reconocer, por lo que aun suspende el ánimo después de siglos de abandono, que las culturas indígenas de México tienen suficientes méritos para ocupar el lugar prominente que cada vez conquistan con mayor firmeza las culturas americanas, al lado de las más señeras y antiguas del viejo mundo.

El alma del hombre no sólo encuentra una línea de expresiones culturales, que siga una sola secuencia bien definida y válida universalmente, sino que se desborda hacia múltiples cauces, cada uno de ellos concordante con la genuina e intransferible personalidad del particular grupo humano en que se manifiesta. Al par de la común, esencial semejanza que liga a todos los pueblos en sus superiores como en sus más bajos impulsos, es preciso reconocer que la modulación, el contorno que los diferencia, es lo que adquiere el valioso relieve por el cual se llega a la diversidad. En último término lo que cuenta es lo que individualiza, lo que sustancia la multiplicidad de forma.

La torturada gestación del México de ahora, con sus claroscuros, con sus virtudes y sus vicios, se explica en parte por algunos de los rasgos destacados por Yáñez como peculiares al alma azteca. Ya él

de labrar. Yo propongo la antigua voz mexicana *tequitqui*, o sea, tributario. E invito a los conocedores de lenguas aborígenes a elegir otra mejor".

*

En medio de la complejidad y virginidad de lo que exploraba, Moreno Villa procedió con sencillez maestra: se puso a ver, a ordenar; se puso a recordar la escultura hispánica para ir clarificando el caudal que tiene su origen en ella, en la escritura aborigen y luego en la confluencia de ambas; estableció órdenes: cronológicos, por movimientos estilísticos, por temas cuando fué posible. Diríamos que siguió un camino recto y avanzó en la misma dirección sin parar mientes en lo que podría solicitarle a los lados, absorbido en su propósito de atravesar aquella jungla de piedra. Con facilidad de ordenamiento y exposición y bien escogidos ejemplos, delineó la estructura de una obra vastísima por lo que debe ser, aunque se halle reducidamente dispuesta en este volumen. Un esfuerzo a fondo sobre estas bases sería la ampliación de un marco lleno de entendimiento de la obra de arte. No priva nunca un criterio puramente erudito, sino una estructura forjada por la sensibilidad y el esfuerzo de una apreciación lograda en lo posible desde su propio mundo.

Podría afirmar que Moreno Villa no habría podido escribir este libro con tanta claridad y ligereza aparente en medio de su entendimiento real, si no hubiese vivido ya varios años entre nosotros y si no tuviese por las artes plásticas algo que es mucho más que una vocación. ¡Qué espectáculo nos han dado algunos europeos, ignorantes a fuerza de erudición, al querer acercarse con una tradición mediterránea, rígida, de la letra —indigna de tal nombre—, al mundo de Anáhuac o a lo contemporáneo, precisamente lo mejor, animado aún no por una academia de lo precortesiano, sino por una pasión y concepción semejantes.

Los cronistas primitivos elogiaron la capacidad artística de los indígenas siempre en relación a la habilidad con que imitaban los modelos europeos. Como ya lo señalamos, el error se ha hecho tan persistente, entre propios y extraños, que por derivación ha establecido una especie de discernimiento académico. De allí nace, en parte, la enorme reputación de Tolsá, tan apropiadamente situado en su medio, sobre quien Moreno Villa escribe con desenfado que acaso habrá de sorprender. Y de nuevo surge la línea que estimo preferible: la de un juicio y goce de lo americano por sus expresiones ajenas a la imita-



Cruz humilladera en San Agustín Acolman. Siglo XVI.
(Estilo tequitqui)



Dolorosa en San Andrés Calpan (Puebla). Siglo XVI.

Por cortesía del Sr. Mc. Andrew puedo ofrecer aquí una fotografía que no llegué a publicar en mi libro. Corresponde a uno de los relieves más interesantes del convento franciscano de Calpan, ligado estilísticamente a los de Huaquechula y a ciertas pinturas de Actopan. Como representación de la Virgen de los Dolores es sumamente curiosa. No recuerdo en la escultura europea un desarrollo tan desmesurado de los siete puñales (Siete Dolores). Se concibe más posible en un grabado que en una obra de bulto. Son puñales decorativos, imposibles de realizar en una imagen aislada o exenta; necesitan estar aplicados a la superficie del fondo. Los discos, tan extraños, que rematan la empuñadura acaso tuvieron en su día piedras de obsidiana como otras obras "tequitqui" sujetas aún a la superstición indígena. El marco del nicho y las cenefas son de una labor exquisita. El primero podemos considerarlo como progenitor de los muchos y magníficos marcos que encuadran los típicos relieves frontales de muchas iglesias mexicanas.

José MORENO VILLA

ción europea, o por sus afirmaciones aún dentro de la imitación, contra ese criterio que no sabe ni puede ver la maravillosa Coatlicue sin compararla con los modelos griegos. Sin embargo, yo creo que Moreno Villa apenas tocó el tema; lo tocó en buena dirección, pero debió profundizarlo.

*

Quien no pueda juzgar, comprender, sentir la escultura primitiva es porque no ha comprendido ninguna otra. Recurrir a los estilos clásicos, oponer el recuerdo de Venus o Apolo a las creaciones americanas, nacidas también directamente como fruto perfecto de un mundo complejo y sombrío, espeso de mitos e invadido de dioses por todas partes, es desconocer la esencia misma del arte.

Y no se diga que entre el orden clásico occidental y el orden azteca no hay relación posible. En ellos mismos acaso no la admitan, pero sí en sus orígenes, desarrollos y expresiones peculiares. La figura humana señorea el arte griego y le da su dimensión y función; en ella se concretan mitos, dioses, aspiraciones. En el azteca la figura humana no posee ese dominio y los misterios se concretan con enorme fantasía creadora cuya libertad suele juzgarse como impureza. Lo griego condujo a una limitación con su afán centralizador antropomórfico. Lo azteca se llenó de nubes, sueños y terror; de sombra y metafísica. Y así la libertad, la ciencia, la justicia, la esperanza, la Tierra, la ley, la nación, la fe, la democracia, la industria, la ciudad la virtud, la patria, fueron representadas pronto por una matrona, más o menos rumbosa y venerable, empuñando sus atributos, recubierta con solemne túnica en reposo o dramáticamente desplegada por sus movimientos. Para el occidente una diosa de la tierra y de la muerte hubiese sido una especie de Ceres con sus espigas y una hoz o una guadaña. ¿Cómo concebir una representación tan compleja y al mismo tiempo lograr una sólida escultura sin huecos con mayor horizonte expresivo que Coatlicue? Las más avanzadas expresiones han tenido como empeño fecundo intentar colocarse en la prístina situación de las artes primitivas. De allí nació el reconocimiento del arte negro. Las artes primitivas nos ofrecen una presencia como más clara y directa de sus orígenes y por ello nos facilitan entender su relación vital con el misterio, vuelta ya letra muerta en la clásica lección olvidada. Entendiendo esa relación y tal origen es como se puede aproximarse a ellas, penetrarlas. Y no sólo en las artes primitivas alienta esa lec-

ción: lo clásico no afirma otra verdad por encima de la rutinaria aceptación de un modelo.

Moreno Villa en esta obra se aparta del criterio de los cronistas y de sus seguidores actuales. Estamos hartos de que nos repitan que los indios eran muy hábiles para imitar. Para apreciar el valor artístico de los aborígenes tenemos que seguir precisamente los caminos opuestos a esta tradición ensotanada.

La escultura colonial es ya sólo la pendiente en que aquel extraordinario arte primitivo desciende resistiendo, consciente e inconscientemente, en un ámbito que le es ajeno, expresando creencias que aún no parecen tener hondas raíces y donde hasta los mitos, como el de la Virgen de Guadalupe (¿no es un mito de esencia *tequitqui?*) son como una pátina para cubrir la vitalidad de un mundo sumergido pero latente. Desde las piedras admirables, como Coatlicue o Xochipilli, a través de academias e imitaciones, le vemos ir cayendo en sus santos, cada vez más pueriles, hasta llegar a un "arte" casi tan triste y lamentable como el de la parisina calle de Saint Sulpice, llena de santos y mancebías...

Luis CARDOZA Y ARAGON.

Dimensión Imaginaria

CUATRO POEMAS

Por *Enrique* GONZALEZ MARTINEZ

EXCELSITUD

IGUAL DOLOR nos arrojó a la hondura;
mas nuestro afán de vuelo, que era el mismo,
pudo juntar abismo con abismo
y hacer de dos abismos una altura.

Vierte la estrella solitaria y pura
la luz en que te abismas y me abismo;
y vuelto ya verdad el espejismo,
se pierden el abismo y la amargura.

Sobre la excelsitud de la montaña,
amor —un mismo amor— nos acompaña
y nos domina un solo pensamiento . . .

¡Si fuera dable detener ahora
el ala fugitiva de la hora,
parar el astro y refrenar el viento!

CARCELERA

Limpia mi vida ahora de toda la impureza
de ayer; sé como hermana piadosa y matutina
que en la secreta alcoba descorre la cortina
para anunciar que el triunfo de la mañana empieza.

Ungeme con el óleo de mi propia tristeza;
desata de mi llanto la lluvia cristalina
que cada erial fecunda, que enflora cada ruina;
y por las tardes canta, y por las noches reza.

Alcánzame tú ahora lo que alcanzar no pude;
yo quiero que tu mano me lave y me desnude
de afeites y disfraces de una existencia loca.

Secuéstrame en tu torre, clausura la ventana,
y si me llama el grito de una inquietud lejana,
sujétame en tus brazos y bésame en la boca.

Octubre de 1942.



La muerte del cisne.



ODILON REDON, La cabeza de Orfeo.

ORIENTE

CAE LA LLUVIA ROJA . . . ¿Y no se lava
la vieja culpa? . . . Toque de agonía
lanza el clarín . . . ¿Y nadie todavía
de la cruz de ignominia se desclava? . . .

Oscuridad, temblor, hirviente lava,
pavores en el monte, como el día
en que el divino soplo se perdía
en la demencia de la grey esclava . . .

Oriente . . . Sinaí con rayo y trueno;
hondo bramido que desgarra el seno
en que hallaron los muertos sepultura . . .

¿Bajo del iris que en la estepa asoma,
el pico de coral de la paloma
cortará su promesa de verdura? . . .

Noviembre de 1942.

ALMA DESNUDA

AQUÍ ESTOY en sudor, en sangre y llanto.
Pido a mis horas el sentido justo,
y de mi propia ceguedad me asusto...
Mi sol se nubla y se me quiebra el canto.

Páginas y más páginas; volumen
de aventuras borrosas e imprecisas
donde espectros de penas y de risas
se aprietan en irónico resumen...

Relato de emoción que se deshace
como la pompa en el jugar del viento;
se alarga y se complica el argumento
y no se llega nunca al desenlace...

Volará cada hoja desprendida
sin que haya nadie que su giro advierta;
y, sin embargo, para mí ¡cuán cierta
y cuán grave y cuán honda fué la vida!...

¿Qué fuí, qué soy?... El ánimo inseguro
cuenta los años y las fechas nombra;
mas crece la barrera de la sombra
y se hace más impenetrable el muro.

Lluvia que baja y ala que se empina,
entre altura y abismo me sostengo,

y sin tregua y sin rumbo voy y vengo
en un largo volar de golondrina.

Tremolé mi pendón en la eminencia
de abrupta roca, y veo que han caído
en el viejo jirón descolorido
gotas de sangre y manchas de conciencia.

Herí con ambos puños la muralla
y no cedió; canté frente a las olas
del incesante mar y me vi a solas...
Por eso el pulso tiembla y la voz calla.

Pude cambiar de signo, ver la vida
bajo otras formas; pero el mundo rueda
y a mi medrosa soledad le queda
el tiempo en fuga y la ocasión perdida.

¿Borrar?... ¿Retroceder?... ¿Trocar la duda
en certeza final?... ¡Intentos vanos!
No valen pudicicias de las manos
a la hora en que el hombre se desnuda.

Noviembre de 1942.

SANTAYANA Y LA AUTONOMIA DE LO ESTETICO

Por *Raimundo LIDA*

EL QUE en la labor del artista concurra no sólo la visión inspirada sino también *ce qu'il y a de plus distinct de l'état de rêve,* refluye indirectamente sobre el problema del arte considerado desde el punto de vista ético, y aumenta su complejidad. Santayana vuelve repetidamente sobre esta cuestión —quizás el tema central de su filosofía del arte, puesto que para él la tarea propia del filósofo frente a la actividad artística es juzgar de su armonía con las otras actividades del hombre ("la crítica del arte es una parte de la moral", llega a decir). Y encuentra demasiado simplista la tendencia moderna a aceptar como obvio el principio de la autonomía del arte sin tomarse el trabajo de precisar y distinguir. En los antiguos—y principalmente en la condena platónica del arte, aunque tampoco sea solución del todo satisfactoria— Santayana advierte un sentido mucho más afinado para las sutiles distinciones envueltas en el problema ético-estético.

El rigorismo platónico

El filósofo de la *República* razona, en efecto, con lógica inobjetable y lleva con gran audacia sus ideas hasta las consecuencias últimas cuando considera a los poetas como criaturas animadas de furor divino, pero dispone que se les destierre, "no sin ciertas muestras de platónica deferencia", si violan las fronteras trazadas por la razón. Un poeta —comenta Santayana—, en cuanto inspirado por el dios, es asiento de irresponsables combinaciones creadoras con las palabras y sus significados. Así, la inspiración es

simplemente locura que recorre a tientas su camino. Por más que posea confuso caudal de experiencias y hábitos verbales, lo utiliza ciegamente y al azar. Lo probable es que, de almas sólo movidas por el frenesí y el éxtasis, nazcan obras demasiado débiles y contrahechas para sobrevivir, o monstruos que hasta pongan en peligro las normas necesarias para la existencia de la república. De todos modos, los resultados de ese juego de la fantasía aguijada por el entusiasmo deben, según Platón, someterse luego a ley racional. Nacida la obra, ha de examinarla el censor público antes que se la autorice a vivir.

Y así, observa Santayana, el arte y la belleza recibieron implícitamente en la sentencia de Platón el más alto elogio. Para que una cosa fuese bella, debía serlo en todo respecto. Platón "hubiera creído insultar al arte —remodelación de la naturaleza por la inteligencia— dándole un campo más estrecho que la vida práctica en su totalidad". Como en un espíritu cultivado lo bello es inseparable de lo bueno, en interés de la belleza misma el organizador de la sociedad debía estar dispuesto a quitar de ella todo lo que pudiera lastimar la armonía y unidad de la vida. Sólo una mente bárbara, agrega Santayana por su parte, admitirá que una misma cosa sea "estéticamente buena pero moralmente mala, o moralmente buena pero odiosa a la percepción". Lo parcialmente malo o lo parcialmente feo deben a veces aceptarse, como mal menor, bajo el apremio de circunstancias desfavorables, "pero si una cosa es fea, *por eso mismo* no será del todo buena, y si es *en absoluto buena,* será por fuerza bella". En este punto el pensamiento de Santayana se acerca al aristotélico: lo bueno y lo bello coinciden materialmente, en la cosa, aunque no sean idénticos formalmente, en el concepto.

Coordinar lo estético con lo ético y, muy especialmente, juzgar la actividad del artista conforme a consideraciones morales no es dañar las atribuciones del arte, sino, por lo contrario, rendir homenaje a su importantísimo papel en la economía toda del espíritu. Para desconocer la validez de esa crítica, el artista tendría que refugiarse en su irresponsabilidad y subrayar particularmente lo que en su labor hay de arrebato e inconsciencia. Y sería defensa va-

na, porque en ese respecto ningún reparo tiene que hacerle el moralista. Él admite de buen grado que el poeta, en su locura, puede ser oráculo de un dios, sólo que se reserva el derecho de sentenciar racionalmente, no sobre la locura misma, sino sobre sus resultados. Conságrese el poeta a su labor de visionario y de artesano, de *vates* y de *faber*. Hará bien en no preocuparse de otra cosa; hará bien en no "moralizar". Pero del valor de su obra juzgará el filósofo teniendo en cuenta todos los intereses que la poesía afecta, y sólo la aprobará si su resultado total es benéfico y ennoblecedor.

En lo que sin duda Platón exagera, dice Santayana, es en su idea del mal que los poetas pueden traer al mundo. De hecho, las creaciones del arte no regido por la inteligencia son más disparatadas que peligrosas, y no se necesita de legislación especial para acabar con ellas; suelen morir tranquilamente en el olvido. Platón era no sólo filósofo sino admirable poeta, formado en el centro mismo de la vida literaria de su tiempo, y nada tiene de extraño que su sensibilidad estética lo llevara a sobreestimar el influjo del arte sobre la sociedad. Las fábulas homéricas no tendrían efecto tan pernicioso como el que él les atribuye; no es probable que fuesen creídas como verdad literal. Concederles tanta importancia ética era tomar demasiado en serio los símbolos y empequeñecer las pasiones y virtudes humanas simbolizadas.

Pero se explica que el filósofo arremetiera contra esas ficciones poéticas. No se entenderá en todo su alcance el rigorismo platónico si no se tiene en cuenta que la polémica no estaba dirigida en primer lugar contra el arte sino más bien contra el mito petrificado y contra la flojedad de sentimientos. La poesía que de ordinario consumen las gentes es poesía trillada que se dedica a propagar, en imágenes convencionales, ideas establecidas desde hace mucho tiempo; los poetas populares son los agentes profesionales de la Musa, que trasmiten por menudo, a un público ya convertido, antiguas y atrevidas visiones. Platón predica justamente una cruzada contra la poesía y la mitología fósiles. En lugar de las divinidades naturalistas de los griegos, propone un sistema de símbolos morales; en lugar del pla-

cer de los sentidos, la austeridad y el apartamiento. Proscribir a Homero equivalía a proscribir la trivialidad reinante. Es como si un hombre de ciencia se desatara hoy contra la lectura del Génesis por considerar peligrosamente errónea su cosmogonía mítica, aunque reconociera al mismo tiempo que contiene excelentes imágenes y admirable fuerza poética. No de otro modo admite Platón la grandeza de Homero, y atribuye a soplo divino sus obras, por muy dañosas que accidentalmente puedan ser. Aunque el mundo homérico no fuese modelo aceptable para un Estado racional, era una maravillosa visión heroica, con muy profundas raíces en las aspiraciones e impulsos del espíritu griego.

Pero además de esa condena general del arte, hay en la legislación platónica otras que parecen más escandalosas e injustificables. Tales sus invectivas contra la música y el drama, culpados de excitar imprudentemente la pasión y de quitar así fuerza y nervio al alma de los jóvenes (cantos marciales y religiosos son los únicos permitidos en la república ideal). Tales, también, sus previsiones contra las artes imitativas, artes sólo capaces de producir inútiles duplicados de lo útil, vanos fantasmas del bien. Y esto, explica Santayana, nos da la clave de la dificultad. Por una parte, Platón, socrático, hace consistir el verdadero bien de las cosas en su eficacia; por otra, concibe abiertamente su república como un orden provisional, como una iglesia militante en que el rigor debe durar hasta que el mundo se redima de su irracionalidad, como un Estado en armas donde todo ha de sacrificarse al propósito de salvación. Claro está que, identificado lo bueno con lo eficaz (es decir, con lo que ayude a ese propósito), el arte debe parecer superfluo. La dialéctica de Platón —concluye Santayana— es aquí, una vez más, extremosa, pero ceñida y consecuente, aunque los filósofos posteriores dejaran muy pronto de comprender la intención del maestro.

El filósofo, juez de las artes

"Ya no está de moda entre los filósofos atacar al arte." Lo usual es que se admita, siquiera tácitamente, su armo-

nía con lo moral; a primera vista, el arte nada puede tener de reprochable en sí mismo. Pero el deber del filósofo es examinar precisamente esos juicios de primera vista. A él le toca decidir cuál es el papel de los valores estéticos conforme a un ideal superior que coordine todos los intereses humanos. La tarea del filósofo es "sentir y confrontar todos los valores poniéndolos en relación y, si es posible, en armonía" y establecer tipos ideales para la estimación relativa de las cosas. Bajo su autoridad deben caer lógicamente las artes y los objetos que de ellas resultan, donde tan diversas funciones se combinan. También en lo estético la inteligencia tenderá a la elaboración de esos tipos ideales, teniendo en cuenta los intereses y placeres ligados a lo bello, a su contemplación y a su creación; y conforme a esos ideales examinará en cada caso los valores llamados estéticos y juzgará de su acuerdo o desacuerdo con las otras exigencias del espíritu. Y examinando así reflexivamente y con comprensiva justicia las obras de arte, nunca tomará por valores supremos los pseudo-valores de la mera sensación o de la habilidad vacía o de la expresión automática y primaria, simples ingredientes, a lo sumo, de la impresión estética total.

Del tipo de filosofía que se adopte depende, desde luego, el lugar que se asigne al arte. El pensamiento ascético y desilusionado —"post-racional", lo llama Santayana— tiende a excluir el arte de entre las actividades del espíritu o a concederle puesto muy humilde, lo cual no es de extrañar en filosofías que quieren gobernar la vida desde las alturas y que de buen grado se consagran a desacreditar la naturaleza e intereses del hombre (sin ver que se desacreditan de paso a sí mismas, parciales manifestaciones de esa naturaleza y de esos intereses). Los pensadores del tipo opuesto prefieren, en cambio, hacer del arte una actividad divina e irresponsable, sobradamente justificada por el esplendor y encantamiento que añade al mundo. Son filósofos "pre-racionales" o, para decir mejor, no son todavía filósofos. "Las fieras que escuchaban a Orfeo pertenecen a esta escuela". La embriaguez no puede ser el ideal del filósofo, ni puede ser tampoco actitud permanente en el artista ni en sus devotos. Quienes intentan emancipar el

arte de la disciplina y la razón procuran hacerlo, no sólo en esa esfera, sino en la vida toda. Les irrita el orden, que precisamente despierta en ellos la conciencia de su fracaso, y se vengan excomulgando al mundo. Pero es en el mundo, en la comunidad de los hombres, donde el arte "debe hallar su nivel".

Cabe sin embargo otro punto de vista desde el cual el arte parece autorizado a afirmar su absoluta independencia. En la esfera de las ficciones artísticas ¿a qué ha de introducirse la autoridad moral? Cuando se vituperan las pasiones y se contrastan con los mandatos de la razón, es porque se toman en cuenta los ruinosos efectos que las pasiones suelen tener; sin esos peligros, nada habría en ellas de reprochable. Si una actividad del espíritu muestra, pues, no estar ligada al mundo real, parecería por eso mismo justificarse. Y el arte ¿no está precisamente en ese caso? Es un orbe cerrado de formas imaginarias, superpuesto al orbe de lo existente. Tiene su fin en sí mismo: ni su intención es influir en las cosas del mundo, ni de hecho influye en gran medida. El arte parece ir a remolque de la historia. Un cambio social no logra expresión artística sino cuando ha adquirido ya suficiente importancia y se han prefigurado también sus otros efectos colaterales. Y apenas se establece una escuela artística consagrada a expresar el sentimiento reinante, el sentimiento mismo empieza por su parte a variar, y pronto el estilo "oficial" queda irrisoriamente envejecido. La expresión se limita a registrar el movimiento, pero es incapaz de mantenerlo por sus propias fuerzas; el río puede ahondar su cauce pero no alimentar sus fuentes. Lo mismo en el alma individual de cada artista. El arte traduce a su manera las pasiones sin estimularlas, y aun les quita vida al inmovilizarlas para describirlas. El buscar la belleza de las pasiones es peligroso rival de las pasiones mismas, que pierden entonces terreno y procuran conciliarse con otros modos de vida espiritual e iluminarse de inteligencia. Podrá el arte, por su tema, revelar las preocupaciones y conmociones entre las cuales nació, pero en cuanto arte revela ya un nuevo y muy distinto interés. Elevándose sobre los conflictos del vivir cotidiano, sobre sus limitaciones, su arbitrariedad

y desorden, nos ofrece un mundo donde la limitación es una excelencia, donde el desorden se transfigura en bella y armónica diversidad, donde toda forma se justifica íntimamente, como la vida de todo ser se justifica en la naturaleza.

El arte, pues, en que se realizan los más perfectos tipos ideales de actividad humana, imágenes que renuevan nuestra perspectiva del universo sin que de hecho entren en el engranaje material de nuestra vida, ¿no estará, por eso mismo, emancipado de toda autoridad exterior? No —contesta Santayana—, porque esas imágenes e ideales no son precisamente arte mientras no se realicen, mientras no pasen de mera visión fantástica, de arrebato y delirio, y no se traduzcan en precisa obra material. Y es menester que ciertos hombres se entreguen devotamente a esa tarea de transformación y le sacrifiquen tiempo, esfuerzo, materia valiosa. Las artes, como concreta actividad, ya no pertenecen a ningún mundo intangible y remoto; son labor de artesano, labor perfectamente terrenal, ligada a los demás quehaceres del hombre y a su conducta toda. De ahí el recelo que en general suelen inspirar al moralista, y los ataques de que han sido blanco por quienes veían en ellas una peligrosa invitación a la ociosidad, o al abandono de deberes más altos.

Pero el moralista no sólo mira con recelo la específica actividad del arte. Para Santayana, el sentido estético está entrelazado con todas las manifestaciones espirituales del hombre: modifica los productos de su trabajo, tiñe cada uno de sus pensamientos. El amor a la belleza, pues, no sólo debe justificarse en sí mismo, como región particular dentro de la vida humana, sino también como influencia que se desborda por todos los canales del espíritu. Las gentes "prácticas" consentirían en dejar a los artistas encerrados en un oasis, y hasta en alimentarlos, como a animales de un jardín zoológico, si no sintieran que lo estético invade también la vida práctica y amenaza el abstracto rigor de sus planes y sus fines; en su propia esfera, les resultaría desastroso el hábito de perderse en la contemplación de lo inmediato o pasar de pronto con la fantasía a un mundo de ensueño e irrealidad. Al hombre de ciencia,

por otra parte, no le incomoda el artista mientras no se salga de su terreno; lo que sí le incomoda es el afán "artístico" —afán de lucimiento y brillo retórico— en el terreno mismo de la ciencia.

Hay, en suma, un elemento de poesía inseparable de las ideas, de la conducta, de los afectos humanos, y al filósofo toca averiguar hasta qué punto debe tolerarse o cultivarse. Desde luego, no es un elemento adventicio, un agregado superfluo cuya eliminación pueda sensatamente desearse; es la materia natural y sustantiva de la experiencia. El valor estético —valor específico de lo directamente dado en la percepción— es en cierto sentido el supuesto previo de todos los valores que el pensamiento y la acción pueden realizar. Los conocimientos valen por su papel representativo, como síntesis ideal de percepciones, como líneas abstractas que unen un punto a otro de la experiencia concreta. Su función puede ser universal, y de importancia suma; pero en cuanto representativos, son siempre actividad derivada, de segundo grado: relacionan y ordenan lo que por sí ya tenía valor intrínseco. Lo estético es inherente a lo sensorial, y por eso mismo inevitable en la acción y en el pensamiento; no es un ingrediente parásito cuya intromisión haya que deplorar, sino un valor primario digno de desarrollarse y afinarse. En la sensibilidad se dan ya virtualmente ciertas distinciones —bueno y malo, aquí y allí, luz y oscuridad —que luego la razón continuará y aplicará. La razón puede acaso transformar los juicios estéticos, pero no destruirlos. Su material son las percepciones mismas, que ella dispone en sistema, de suerte que se completen y apoyen unas a otras. Pero ¿de qué valdrían los sistemas así construídos si las piezas con que se construyen carecieran de todo valor?

Quien se jacte de atender estrictamente a la verdad o a la utilidad prescindiendo de todo interés estético querrá acaso decir, si es hombre sensato, que una vez planteados sus problemas no los encara con criterio preferentemente estético, o querrá decir, con más crudeza, que no los encara arbitraria y desordenadamente. Pero si lo que quiere decir es, en cambio, que ha conseguido volverse del todo impermeable a lo estético, que ha aislado cuidadosamente

de lo bello sus actos y sus ideas, no hará más que publicar su incultura y la manquedad de sus intereses. El sentido estético no se opone a la utilidad ni a la lógica. Es más: lo verdaderamente útil y lógico posee cierto modo de valor estético, mientras que ciertas aparentes bellezas sensoriales, contrarias de algún modo a la inteligencia, no pueden en definitiva satisfacer a una sensibilidad estética consumada. Hay quienes, entregándose a exasperada pasión por la belleza momentánea y ocasional, trastornan a tal punto la armonía de su propia vida, que se cierran así el camino por donde pudieran llegar a belleza más alta, la única con que lograrían calmar esa pasión. "Mantener la belleza en su sitio es embellecer todas las cosas". Arrebatados por su vértigo, los estetistas alcanzarán a lo sumo un placer fácil e inconsistente, mientras que verán eclipsarse un doble y auténtico bien: por una parte, la belleza no buscada que se añade gratuitamente a todo orden profundo y estable; por otra, la belleza que en vano buscaban en un "contexto" indebido, donde no podía menos que resultar indecorosa y ofensiva al buen gusto.

Para Santayana el elemento estético es, repitámoslo inseparable de las ideas, sentimientos y actos del hombre. No sólo acompaña siempre, de uno u otro modo, las creaciones de la inteligencia, sino que es su necesario punto de arranque (como, para Croce, el momento de la intuición en la actividad "circular" del espíritu). Partiendo de ese primario impulso creador la conciencia elabora luego sus claras percepciones y sus distinciones racionales. Y en cada etapa de este proceso se ofrecen a la contemplación estética materiales nuevos. Santayana lo ilustra en su REASON IN ART con ejemplos tomados de muy distintas esferas. Así, ciertos caracteres que la sensibilidad ha aprendido en las cosas —lo recto, lo curvo, lo simétrico, etc.— pasan a ser luego el objeto de estudio de la Matemática; pero finalmente, después que el razonamiento los ha analizado y relacionado, después que los ha reducido a puras formas despojándolos de todo valor sensorial, pueden volver a contemplarse estéticamente y suscitar entonces viva emoción. Sistemas mecánicos de fuerzas y movimientos como los que estudia el astrónomo pueden ser asimismo legítima

fuente de placer estético. De modo análogo, en muy otro terreno, la afinidad sensorial mueve a los hombres al amor, pero una vez que la sociedad humana ha levantado sobre esa base un edificio moral y legal, "este nuevo espectáculo da ocasión a nuevos arrebatos imaginativos, trágicos, líricos y religiosos". Desde cierto punto de vista —bien lo sabían los antiguos— la vida entera es un arte. No es menester para ello adornarla de florones y entorchados ni someterla a importunas restricciones "estéticas". Basta con que demos a todos sus momentos una forma que, por implicar estructura armoniosa, implique al mismo tiempo un ideal de posible perfección. Y esta perfección, contemplada a su vez estéticamente, aparecerá como pura y genuina belleza. A toda vida lograda viene a añadirse así una sanción estética. Si la eficiencia biológica se acompaña de gracia, la perfección moral va siempre unida a cierta manera de *splendor formae*, a un halo de decoro sensible.

La autonomía de lo estético en el pensamiento moderno

Hemos visto con qué insistencia rechaza Santayana la autonomía de lo bello en cuanto no se tome como autonomía de un punto de mira sino de una efectiva región de la realidad: las fronteras de lo estético son simples expedientes teóricos que no delimitan una zona determinada, ni en la naturaleza ni en la experiencia del hombre. Santayana se agrega así a la larga serie de pensadores modernos que de alguna manera reaccionan contra la emancipación kantiana de lo bello frente a lo útil, lo bueno y lo agradable. En el mismo Kant, desde luego, esa línea de pensamiento se entrecruza con otra de sentido muy diverso, que, afirmando la supremacía del valor ético y buscando un modo de fusión de todos los valores bajo ese valor sumo, considera que la más alta manifestación de lo estético se da en la belleza moral; la belleza (en sentido estricto) no es más que su símbolo sensible. Por lo demás, esa relación entre lo bueno y lo bello es lo que, siquiera parcialmente, da sentido a la pretensión de validez gene-

ral de los juicios de gusto (cf. *Crítica del juicio*, parte I, sección 2ª § 59).

De todos modos, la emancipación de lo estético se consideró bien pronto como rasgo esencial y distintivo de la crítica kantiana, tanto por sus defensores como por sus adversarios. Aun antes de los intentos anti-kantianos del siglo XIX, sabido es que Herder combatió decididamente la escisión del bien en valores distintos, que para él no eran sino distintos modos de ver una misma realidad valiosa: el siglo XVIII había recibido del Renacimiento y de la antigüedad la concepción de la actitud estética como forma general de vida, no precisamente —al menos en la antigüedad— de la *vida del artista* según la entenderá el romanticismo, sino del *arte de vivir* conforme a norma racional, en el sentido en que los estoicos, por ejemplo, hablan de la vida virtuosa como de una obra artística (esto, aparte de la secular tradición metafísica de la unidad Verdad-Bien-Belleza, que no es, como suponía Baudelaire, invención de la *philosophaillerie* moderna). Típica formulación y desarrollo alcanzará esa idea en la obra de Shaftesbury, con su identificación, no tanto en lo conceptual como en la concreta vida humana, de lo bello y lo bueno, armoniosamente equilibrados en un alma perfecta.

Lo cierto es que el siglo XIX intentará por diversos caminos reunir una vez más lo estético con las otras esferas de la vida. La estética psicológica y sociológica atenderá con especial predilección a esas miras. Así Guyau propone reducir el sentimiento estético a una forma derivada del de simpatía moral (recuérdense los reparos de Séailles contra esa "disolución" de lo estético) y ver en la belleza aquel modo de ser de las cosas que, por interesar al juego de nuestras representaciones, voliciones y afectos, estimula, cuando es percibido, el sentimiento de vida libre y activa. Toda perfección envuelve un elemento de apetito y acción; lo bello es a la vez deseable *sous le même rapport;* una vida orientada hacia altos valores intelectuales y morales ofrece por eso mismo "forma" estéticamente valiosa, en cuanto que en ella se reúnen y armonizan todas las funciones del espíritu. La contemplación del arte suscita armonía análoga en nuestra conciencia, y tanto más directa

y eficaz, piensa Guyau, cuanto mayor sea la fuerza del sentimiento personal o colectivo que la obra traduzca. Otros estéticos, vueltos más bien hacia la psicología individual, insistirán asimismo en el tono hedónico infuso en toda experiencia psíquica, e identificarán, tácita o declaradamente, lo estético y lo hedónico. Ejemplo característico de esta tendencia es la obra de Adolf Göller, a pesar de cierto vago influjo de la metafísica de Schopenhauer. Percibir, pensar, obrar, todo lo que en la conciencia no sea voluntad, entra, para Göller, en los dominios de lo estético. El sentimiento de energía espiritual es por sí mismo estético. Lo es el pensar utilitario cuando, visto desde sus efectos, se nos revela como proceso de ordenación y configuración de la materia. Lo son los principios y descubrimientos de la ciencia y las demostraciones matemáticas . . .

Baste aquí señalar estos repetidos ensayos de quitar la esfera estética de su aislamiento, esta progresiva ampliación *material* de su contenido, por donde se llegará finalmente, en ciertos pensadores contemporáneos, a intentar la ampliación *formal* de la estética en el cuadro de las disciplinas filosóficas. Ya en 1865 el herbartiano Zimmermann propone una Estética en sentido lato que equivale en realidad a toda una Axiología, coordinada con la Metafísica y la Lógica en un sistema filosófico total y concebida como teoría de las formas y relaciones en cuanto capaces de suscitar aprobación o reprobación. Modernamente, Müller-Freienfels ha subrayado con particular énfasis en su *Psicología del arte* hasta qué punto lo estético (en sentido amplio) rebasa los lindes de la actividad artística (es decir, de lo estético en sentido estricto). El autor relaciona su definición de lo estético con las ideas de Kant sobre el placer desinteresado, las de Schopenhauer sobre la naturaleza contemplativa del arte y las de Jonas Cohn sobre el carácter "intensivo" (no "consecutivo") de esa contemplación. Lo estético es para Müller-Freienfels, una actitud general del espíritu contrapuesta a la actitud práctica. "Todo objeto de acción y de experiencia (vivencia) puede hacerse y experimentarse por sí mismo o por un fin exterior": al primer caso corresponde la actividad estética, di-

rigida hacia un valor interno de la experiencia misma; al segundo, la actividad práctica, dirigida hacia un valor externo o instrumental. Y siendo así lo estético un modo de experiencia subjetiva y no una región determinada de objetos, Müller-Freienfels considera errónea la tentativa de reducir su estudio al análisis de la creación y contemplación del arte y prescindir de los aspectos estéticos de la religión, la filosofía, la ciencia y hasta la vida práctica. Un paso adelante en esa dirección corresponde, en fin, a la *Estética* de Albert Görland (1937), que, concebida como una "filosofía crítica del estilo", comprende el estudio de las concepciones filosóficas del mundo (creaciones estilísticas, las considera Görland) y de los sistemas religiosos, morales y pedagógicos.

La necesidad de coordinar el arte con las demás actividades humanas no es, observa Santayana, requisito meramente impuesto por el filósofo, que en defensa de la unidad del espíritu juzga el arte desde su mirador y dicta deberes al artista. Es necesidad sentida por el arte mismo, condición que ha de cumplir para su propio beneficio. Consideremos la cuestión, pues, desde este segundo punto de vista.

El teórico —insiste Santayana— puede encarar artificialmente la sensibilidad estética y el impulso artístico como dos bienes distintos, y separados también de todos los otros bienes humanos; el placer que acompaña a la creación y a la contemplación estéticas puede asimismo abstraerse, en teoría, de todas sus afinidades y efectos. Pero aislar en la realidad un *interés artístico* de entre todos los demás intereses, y una *obra de arte* de entre "todo lo que el trabajo del hombre ofrece, de una u otra manera, a su bien total, es hacer despreciable la esfera de lo estético". Desligando del conjunto de la actividad del espíritu uno de sus elementos no se logra otra cosa que quitar a este elemento su sentido racional, y quitárselo también al conjunto. La actividad estética muere entonces vencida por otros impulsos. Los productos de un arte que se reduzca, por ejemplo, a mera habilidad resultarán triviales y endebles: seguirán siendo documento de determinados modos

de vida, pero no de la vida de la inteligencia. Nunca ha habido arte digno de conocerse que no tuviera algún sentido práctico, o intelectual, o religioso. El goce de la percepción no es pleno goce artístico si no se enlaza a nada racionalmente importante, a nada que tenga pleno derecho de ciudadanía en el mundo natural o en el moral.

Hemos visto cuán importante es el papel que, para Santayana, habría de reconocerse a lo estético aun cuando se adoptara un criterio puramente eudemonista. El deleite que la sensibilidad y la fantasía encuentran en la contemplación de lo bello, y hasta el inmediato placer de la mano o la voz en la tarea de dar cuerpo a un impulso expresivo, son parte considerable en los ideales de felicidad humana y en sus realizaciones concretas. Pero, precisamente como *parte*, es menester que entren en perfecta coordinación con los demás intereses del espíritu, y que se apoyen en ellos. La inteligencia tiende a disponer en síntesis los valores propios de la imaginación y todos los otros valores humanos. Para un alma cultivada, ese afán de síntesis gobernará también su actitud ante lo estético. Como todos sus intereses racionales colaboran en cada acto de estimación de valores, nunca prestará plena adhesión a lo que, siendo cruel y torpe o, de cualquier otro modo, inespiritual, pretenda ser objeto "puramente artístico", como no puede asentirse *totalmente* a lo que produce, por ejemplo, dolor físico. No es propio de la vida racional "que aprobemos con ninguna parte de nuestra naturaleza lo que sea ofensivo para cualquier otra parte". Y el valor estético no puede realizarse en objetos que no nos afecten desde algún otro punto de vista. No puede tener como asiento lo insignificante. Todo lo que aspire a recrear la imaginación debe haber ejercitado antes los sentidos y suscitado alguna directa reacción anímica, debe haber atraído sobre sí nuestra atención y haberse entrelazado en la urdimbre viva de nuestra personal historia, antes de pasar, en fin, por la acción depuradora de la inteligencia.

Y no cabe suponer, por otra parte, que el aislamiento de la esfera estética pueda asegurar al espíritu una división estable de funciones. Después de abstraída la supuesta región de lo puramente estético, a costa de convertirla en

la región de la pura insensatez, el elemento estético continuaría viviendo en todas las demás actividades del hombre. Sus máquinas, sus juegos, sus ritos, sus creencias, su prosa serían inevitablemente bellos o feos. Junto al esteticismo puro, tan dudoso e inhumano, habría que admitir indudables bellezas en lo extra-artístico, en todo lo que de alguna manera sea adecuado, oportuno y benéfico. Pues todo lo que es conveniente y servicial acaba por adquirir presencia graciosa: el ojo aprende a trazar su forma, a completar sus rasgos con conciencia latente de sus funciones y, no pocas veces, a remoldear el objeto mismo para adaptarlo mejor a puras exigencias estéticas, de suerte que cosa tan excelente para el hombre se vuelva del todo congenial con él. Si, por una parte, la plena belleza es imposible mientras no se apoye en los demás valores, por otro lado la satisfacción estética viene por sí misma a completar esos valores, imperfectos cuando ella no se les añade. El placer inmediato de la percepción —concluye Santayana— tiende a derramarse a todo lo que es bueno desde otro punto de vista, y a volverse así para los espíritus más afinados, símbolo de la excelencia total.

EL AMERICANO NUEVO Y SU ACTITUD POETICA

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

I.—*CONTRIBUCION A LA FELICIDAD HUMANA*

La imagen geográfica del Continente descubierto por equivocación, era aún primitiva e imperfecta, como un mapa dibujado por un niño, en los siglos xvi, xvii y xviii. Los hombres europeos de esas épocas se representaban a América como un vago territorio, compuesto de países *"siempre verdes"* y cubierto de fundaciones españolas, especialmente iglesias y palacios de virreyes. Más allá, se encontraba el Mar Océano con sus monstruos acuáticos que se sumergían y salían a la superficie, sin cesar, señalando el fin del mundo.

En mayor grado que la magia o la alquimia, el descubrimiento de América había encendido la esperanza humana. Las más variadas leyendas se echaron a volar en ese favorable tiempo de candor y fe en lo maravilloso: el reino de Eldorado, el País de la Canela y de las Amazonas, la Fuente de la Eterna Juventud —de Ponce de León—, el Tesoro Sepultado de los Incas. Esas leyendas obedecían a la sed de felicidad experimentada por la humanidad antigua; felicidad que ésta cifraba en la posesión de tres bienes únicos: el oro, la mujer y la salud.

Los galeones españoles llevaban, en efecto, oro y piedras preciosas con destino al viejo mundo. Y en lo que se refiere a las amazonas, los conquistadores las encontraron en el suelo americano en gran número, ya domesticadas, pasivas y hacendosas, y con un gusto por la servidumbre que fué de inmensa utilidad para sus planes de colonización de esas nuevas tierras. Pero, en mayor grado aún que el oro y demás beneficios, otros agentes más modestos,

igualmente oriundos de América, estaban contribuyendo a la felicidad humana: el tabaco, el cacao, la coca. Era el generoso aporte de la agricultura mágica de los indios.

El tabaco, procedente de las tierras antillanas, transformó el vivir europeo. Introdujo el ensueño en la sociedad batalladora de las pasadas épocas. Impuso la pausa reflexiva, con el hábito de aspirar por las narices un polvo de rapé o dar una chupada a la pipa. Despejó el cerebro del hombre y aclaró su mente, envolviendo el vivir en un velo tenue de intimidad cordial. Llevó al espíritu una impresión de quietud confortable o, mejor, de calma dichosa.

De igual manera, el chocolate fué un humilde reformador de la vida española. Su aparición contribuyó al desarrollo de la sociabilidad, haciendo posible la tertulia en que se ejercita la inteligencia. Ese cuadro habitual de una familia feliz de los siglos pasados —en Cádiz o en Logroño— donde se muestra al abuelo envuelto en una venturosa nube de humo azul, y mujeres y mozos alegres charlando animadamente en torno de las jícaras de chocolate, está revelando la influencia benéfica y vital de América. Al contrario del vino y del alcohol pendencieros de ciertos países, y del impasible té inglés, la olorosa bebida de color castaño produjo la cordialidad expansiva, el ejercicio intelectual y la gracia, florida de ocurrencias y refranes.

Otro de los benefactores americanos de la humanidad antigua fué el árbol de la coca, cuyas hojas maceradas en infusiones o vinos farmacéuticos suprimían milagrosamente al dolor. La anestesia hizo posible el perfeccionamiento de la medicina y la cirugía, salvando así innumerables vidas de las asechanzas de la muerte. Las hojas amargas de la coca constituyen el símbolo de las escondidas posibilidades del nuevo Continente, en el sentido del bien universal.

La innegable contribución de América a la felicidad humana, en los pasados tiempos, fué, de este modo, múltiple: el oro que elevó el nivel de vida de los españoles, los nuevos productos agrícolas que aportaron el deleite y la salud, el espacio territorial abierto como una promesa ilimitada para todos los hombres.

II.—*EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO*

Mas, así como despertó una gran esperanza el descubrimiento geográfico de América, en los años postrimeros del siglo XV y durante todo el siglo XVI, igualmente el descubrimiento espiritual de América en el siglo XX es un hecho trascendental que ha venido a levantar las fuerzas de la humanidad fatigada. Ese descubrimiento espiritual de América lo han realizado los mismos americanos, muchas veces empujados, es verdad, por la curiosidad o la enseñanza de Europa.

Durante el siglo XIX, los países americanos consiguieron su independencia política de la Metrópoli; mas, continuó el coloniaje espiritual. La poesía hispanoamericana seguía al pie de la letra los modelos españoles. Olmedo caminaba sobre las huellas de Quintana; José Mármol, Manuel Acuña y otros imitaban a los románticos peninsulares; Joaquín González Camargo se lamentaba en el tono exacto de Becquer; Felipe Pardo tenía como maestro a Moratín; Luis Benjamín Cisneros ganaba fácil notoriedad hispánica con su *Elegía a la Muerte de Alfonso XII.* Aun en las estrofas de MARTÍN FIERRO vagaban ecos de la poesía popular de la Península. Sólo en las postrimerías del siglo XIX, algunos poetas de Colombia y de otros pocos países más, acercaron sus labios sedientos a las fuentes del romanticismo alemán y el romanticismo italiano.[1] Mas, el verdadero movimiento de independencia espiritual hispanoamericana se inició con el Modernismo, que no fué un conato aislado sino un fenómeno continental. Es verdad que hubo arrepentimientos y supervivencias —que los hay hasta en nuestros días—; pero el hecho es que la corriente modernista se impuso y llevó su influjo, a su vez, hasta la Península (Valle Inclán, Salvador Rueda, Pérez de Ayala, los Machado, el primer Juan Ramón Jiménez, Villaespesa y los poetas menores como Fernández Ardavín, Marquina y compañía).

[1] José Eusebio Caro recuerda a algunos a Carducci; Julio Arboleda a los poetas germanos. Rafael Pombo es ya un precursor de la total liberación poética.

Los hombres europeos empezaban a descubrir el espíritu de América. En los comienzos del siglo xx, por primera vez, las tropas expedicionarias americanas desembarcaron en Europa, en defensa del derecho y la libertad de los pueblos. Jóvenes de los Estados Unidos, de México, de Venezuela, del Ecuador, de la Argentina, fueron a ofrecer su vida voluntariamente en las trincheras de Francia. Europa y el mundo empiezan entonces a hablar con esperanza de "los americanos", a los que se considera capaces de realizar las cosas más sorprendentes.

Es un hecho innegable que mientras el sentimiento de solidaridad humana y la sensibilidad democrática se manifiestan sólo en las figuras intelectuales más destacadas de Europa, o sea en la flor de la "inteligencia occidental", los habitantes de América, sin distinción de clases, poseen estos sentimientos de modo profundo y espontáneo. Lo que en el resto del mundo es excepcional, ya es común y general en América.

Europa está haciendo actualmente, a su propio costo, un nuevo descubrimiento de América. Descubrimiento del espíritu de América que está resuelto, como en los tiempos iniciales, a contribuir a la felicidad humana, limpiando vigorosamente de todos los obstáculos el camino del futuro. Como en otras épocas, los puertos empobrecidos de Europa esperan las naves que llegan de América; pero éstas ya no se hallan cargadas de oro sino de vidas humanas, innumerables, que se ofrecen por la libertad y la creación de un mundo mejor.

III.—*AMANECER DEL SIGLO XX EN AMERICA*

En el proceso de nuestra independencia espiritual de España, la aparición de Rubén Darío es uno de los acontecimientos más trascendentales. El es el Gran Adelantado, el héroe de la emancipación de la poesía hispanoamericana. Lo que algunos críticos han calificado de afrancesamiento en Darío no es sino una voluntad radical de separarse del forzado itinerario español, abriendo un camino nuevo, inaugurando una aventura sorprendente de la que regresa con un inmenso botín de color y de música, con un teso-

ro de frescura destinado a enriquecer y refrescar la ascética aridez castellana. Darío inundó de azul y de esperanza el panorama poético, en los comienzos de nuestro siglo.

No hay que caer en el error general de suponer que PROSAS PROFANAS es la obra representativa del iniciador del Modernismo.[2] Ese libro apenas es la señal, el golpe de batuta con que impuso silencio para ejecutar su propia música. Los cisnes traídos de las islas de Mallarmé, las marquesas pastoras y los sátiros verlainianos, los campesinos con nombres helénicos que pululan en esa especie de campo nudista de Samain, toda esa fauna desencadenada por Rubén Darío, no tuvo otro objeto que acabar con las últimas supervivencias del coloniaje español.

La poesía suprema de Darío, el libertador, es la otoñal y meditabunda, la de la "barba en la mano" y la acidez filosófica.

Y esta claridad latina
¿de qué me sirvió
a la entrada de la mina. . . ?[3]

Aún a través del oscuro laberinto donde le salen al paso los enigmas eternos, resuena su poderosa orquestación verbal, su maestría musical claramente originaria de América.

En los primeros años de este siglo, el hombre americano se siente esencialmente moderno, sin tradición fija —habiendo cortado de modo voluntario las amarras hispánicas—, con su obsesión de aportar algo diferente al mundo. Los CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA interpretan ese amanecer del siglo, los tres primeros lustros del modernismo. Allí se vió que Darío no usaba el exotismo sino como elemento ornamental, como un espolvoreo de "especias americanas" para realzar el sabor de sus creaciones. Mas, permanecía inmutable, en el fondo, el aliento de filosofía, de experiencia humana y de sentimiento eterno de su poesía.

"*Muy moderno, audaz, cosmopolita*" se llamó a sí mismo Darío. En esos calificativos se encuentra la clave de

---

[2] Aún hay quienes consideran *Azul* como el breviario inicial de la escuela modernista.

[3] Del poema intitulado *Eheu!*.

su actitud, animada por las tres esenciales virtudes americanas. La solidaridad con el tiempo nuevo y con todos los países del mundo es el mensaje mayor que el gran poeta difundió como característica fundamental de nuestro Continente.

El coro de poetas imitadores de Rubén Darío, no añadió nada, o muy poco, al Modernismo. Hubo cantores de las pampas, los bosques, las cataratas del Nuevo Mundo. Mas, todo se esfumó en medio de una desordenada trompetería verbal, cuyos ejecutores más virtuosos fueron Díaz Mirón, Santos Chocano, Jaimes Freyre, Guillermo Valencia.[4] La nota de exotismo fué extremada por Herrera y Reissig, quien supera en sus *Eglogánimas* a los *Sonetos Rurales* de Samain, y obtiene en su trabajo de artífice un inusitado relieve de síntesis y universalidad.

Luego, en natural continuidad secreta al Rubén Darío de CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA —y no en oposición, como creen algunos— le sucedió González Martínez, cuya obra democratizó la poesía, despojándola de su elemento decorativo y superfluo y haciéndola ganar en sobriedad.

Esta época —en la que hay que nombrar igualmente a Lugones y José Juan Tablada— se cerró con Huidobro y su Creacionismo que vigorizó la construcción poética, dotándola de materiales superpuestos, antes nunca usados, y de sutiles inventos, livianos y durables a la vez. La expresión idiomática se convirtió entonces en una nave libre con la proa siempre puesta hacia un horizonte desconocido. (*Ultraísmo* le llamaron a esta escuela poética en España, reconociendo su procedencia de ultramar, al mismo tiempo que sus rumbos extremos).

IV.—*LA BUENA SOMBRA DE WALT WHITMAN*

Ya desde fines del siglo pasado, se iba extendiendo desde el norte del Continente una sombra patriarcal, cuya voz tenía la resonancia de los himnos y de las profecías. Esa voz de sombra llegaba envuelta en niebla con lamen-

---

[4] Hay que añadir: Urbina, Amado Nervo, Lugones, Santiago Argüello.

tos de "ferryboats", en chillidos de pájaros sobre las sementeras de un país de abundancia, en cantos de gratitud de artesanos y labradores. Era la voz del dulce y bondadoso anciano Walt Whitman, habitante de grandes ciudades y campos inmensos. Hablaba del "genio de lo moderno". Dedicaba sus oraciones al esfuerzo y al trabajo. Sus héroes eran los exploradores, los inventores, los constructores. Nacía con él la poesía de las factorías, de la "*agricultura multiforme*", de las máquinas, de la vida mercantil, de las minas, de la gestación de los nuevos Estados.

Escribía Walt Whitman cosas significativas y augurales como la *Canción del Camino Abierto*, la *Canción de lo Universal.*[5] Tenía "*espíritu de amor y lengua de fuego*" y aconsejaba: "*las palabras sustanciales están en la tierra y en el mar, en el aire y en ti mismo*".[6] Iniciaba con su poesía tonificante el descubrimiento de la belleza que se esconde en la vida diaria, en los oficios humildes, en la salud, en la libertad, en la camaradería con todos los hombres de todas las razas. "The earth, that is sufficient".[7] En este verso suyo se encierra toda la clave de la poesía americana, de norte a sur. *La tierra es suficiente,* en efecto, para la creación poética de nuestros días.

Hasta hoy sigue creciendo sin término la sombra del vigoroso viejo juvenil. Los mozos de varias generaciones le acompañan en sus himnos que constituyen la épica de la democracia. Buena sombra germinal fué para Sabat Ercasty, Gabriela Mistral, Parra del Riego, Neruda y otros más, ahora creadores de un mundo propio. De modo especial, el autor de los HIMNOS DEL CIELO Y LOS FERROCARRILES dejó ver en su obra la enseñanza de fuerza y nobleza del patriarca norteamericano "*de ágiles ojos celestes y cara de aurora entre los humos de su barba de santo natural*".[8]

---

[5] En la colección *Leaves of Grass.* Edición con prólogo de Christopher Morley.—Doubleday, Doran & Co.—New York, 1940.

[6] WALT WHITMAN: *Song of Myself.*

[7] WALT WHITMAN: *Song of the Open Road.*

[8] JUAN PARRA DEL RIEGO: *A Walt Whitman.*—Publicado en Montevideo.

En el fragor apocalíptico y confuso de estos años, se alcanza a oír la estremecedora voz profética:

Not wan from Asia's fetiches,
Nor red from Europe's old dynastic slaughter-house,
Area of murder-plots of thrones, with scent left yet of war's and scaffolds everywhere
But come from Nature's long and harmless throes, peacefully bailed thence,
These virgin lands of the Western shore,
To the new culminating man, to you, the empire now,
You promis'd long, we pledge, we dedicate . . .

Thunder on! Stride on, Democracy! Strike with vengeful stroke!
And do you rise higher than ever yet O days O cities!

V.—*CIENCIA DE ARRIBA Y RAIZ TERRESTRE*

Una mirada sobre el panorama poético del mundo de habla española, puede descubrir fácilmente la significación de la actual poesía americana. España, reducida a ser una esquina de Europa, en el siglo XIX, hacía esfuerzos inauditos por preservar su herencia de tradición y misticismo, a todo viento y marea. Mas, la tempestad huracanada del Romanticismo europeo iba llevándose todo entre sus torbellinos de lágrimas. De Inglaterra venía el asalto mayor, con Byron, el fundador de un doliente imperio que no tenía límites.

La poesía española era una "ciencia de arriba" como gustaban llamarla sus marqueses, duques y clérigos poetas. Señalaban con esta denominación su origen celeste y su parentesco directo con la Teología y demás conocimientos religiosos. Exigía esta ciencia una serie de reglas, ligadas con las prácticas monásticas y el espíritu de la lengua latina. El hombre común no podía ser visitado por la gracia poética. San Juan de la Cruz; Fray Luis, el agustino; Lope de Vega, Familiar del Santo Oficio; Góngora, Beneficiado de la Catedral de Córdoba; Argensola, el Capellán; esos eran los nombres mayores de la poesía o de la revelación altísima.

El Romanticismo y las reformas políticas alcanzadas por el pensamiento liberal, cambiaron un poco esa situa-

ción. Empezaron algunos hombres de la clase media española a escribir poesía; pero, para hacerlo, seguían invocando a un ser sobrenatural al que llamaban Musa y que solía bajar del cielo. Nada tenía ésta de Erato, Polimnia o Calíope, ya que su aspecto no era jupiterino sino cristiano y habitaba al lado de los ángeles.

En el siglo XX, el hombre telúrico de América hace que la poesía, por primera vez, hunda su raíz en la tierra. Lo humano, lo inmediato, ejercen por fin su poder, cuyo significado empieza a descifrarse gradualmente. La poesía se vuelve un mensaje vital que puede salir de los labios del hombre del pueblo, del indio o del negro, de cualquier ser de la especie humana. Se llega a entrever un vasto mundo no descubierto; el reino de las cosas, el imperio de lo físico. Y la poesía no vacila en penetrar en él hasta resolver su misterio.

Ese es el aporte del americano nuevo: haber encontrado la raíz terrestre del hombre. Haber iniciado una especie de "realismo poético", frente a las vaguedades metafísicas y las brumas románticas. Ese realismo poético americano ha alcanzado a remozar aun la poesía española, en sus mejores exponentes de esta hora, desde Unamuno y Antonio Machado hasta Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda.

A los "cánticos y sonetos espirituales" han sucedido cantos y sonetos materiales, "elogios de la materia" y poemas humanos. Gabriela Mistral canta a la *"sal blanca y ciega"*, a la *"Santa de la sal"*. Pellicer escribe sus POEMAS ELEMENTALES. Cardoza y Aragón, enfermo de soledad, penetra en el mundo de las *"Mudas materias opacas, sin forma ni sollozo"*. RESIDENCIA EN LA TIERRA llama a su gran libro Pablo Neruda. Huidobro escribe una serie de poemas con el título de VER Y PALPAR. Alberto Hidalgo publica DIMENSION DEL HOMBRE; Francisco Luis Bernárdez, CIELO DE TIERRA; *Juvencio Valle*, TRATADO DEL BOSQUE; Octavio Paz, RAIZ DEL HOMBRE. Esta obsesión humana y terrestre —fruto de un conjunto de países en parte inexplorados, donde conviven más o menos pacíficamente hombres de las más variadas razas—, es la contribución de América a la poesía universal.

VI.—*CLAVE DE LO NATIVO*

La revalidación poética de la realidad circundante produjo, de modo natural, el "Nativismo", con un sentido de afirmación y defensa, en los países de gran inmigración extranjera como la Argentina, Chile, Uruguay. En la zona afroamericana, más o menos en el mismo tiempo, nació la "Poesía Negra", y, en el resto de América, el "Indigenismo". La exaltación de la vida inmediata, del paisaje nativo, de la morada terrestre, condujo de esta manera al hombre americano al descubrimiento de su mundo propio e intransferible.

Hay algo como la vertiente original y remota de esta clase de poesía, en la *Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia,* oda vernácula, de gran color y movimiento.[9] Igualmente el Nativismo tuvo un precursor no declarado en Leopoldo Lugones, el de *Odas Seculares*". También se puede calificar como nativistas a Carriego, Ramón López Velarde, Pedro Leandro Ipuche, Luis C. López, Alberto Guillén, José Eustacio Rivera, Jorge Luis Borges, a pesar de que su creación poética no se ha realizado únicamente en ese sentido. Muchos de entre ellos tienen, sin embargo, más luz autóctona tal vez que el propio Fernán Silva Valdés, el supernativista, quien se propone extraer el perfume poético de las labores agrícolas, de la incorporación de los inmigrantes rubios y de la vida popular, en "romances chúcaros", aborígenes o salvajes. Mas, el romance no es una forma de expresión americana y no le quedan muy bien los abalorios sobre su fina y clara piel que está delatando su linaje español. El Nativismo culto y matizado, interpretativo y ennoblecedor, de Jorge Luis Borges, o el irónico, profundo y musical de López Velarde —uno de los grandes poetas de nuestro tiempo— son altísimas y provechosas lecciones poéticas.

En los países donde existen aún considerables masas indígenas —Ecuador, Perú, Bolivia— apareció el Indigenismo como una vuelta hacia la sencillez y una protesta por las condiciones actuales de los primitivos dueños de la tierra. Ya no era la pintura del "buen salvaje", sino el

[9] Este poema hizo famoso al colombiano Gutiérrez González.

grito reivindicador por el hombre oprimido. El vocerío indigenista no ha dejado huellas mayores; pero fué, en su tiempo, un puntual despertador de la conciencia y una segura semilla de las actuales novelas de indios.

No hay que confundir el Indigenismo con el indianismo o el costumbrismo. La literatura indianista ha existido siempre, desde los días de la colonización española en América.[10] El costumbrismo, por su parte, ha aprovechado solamente del elemento decorativo y no ofrece ningún contenido social. Tampoco se puede reducir el Indigenismo a un fenómeno local, como lo hace Alberto Tauro, quien lo califica erróneamente de "nacionalismo literario" o de "trasunto de la peruanidad". El Indigenismo es mucho más vasto que todo eso: es la expresión de un sector humano, más allá de las fronteras nacionales, significando un anhelo de integración americana, por medio de la incorporación de una raza, originaria y olvidada, a la aventura común.

Tanto el Indigenismo como el Nativismo son formas de interpretación de la realidad o, más bien, de contacto directo con la tierra. Naturalmente, el vocabulario en que se han estructurado no siempre está hecho de materiales transparentes y necesita de una clave auxiliar, pero sus valores expresivos —o subversivos— son de una intensa y palpitante eficacia.[11]

VII.—*POESIA NEGRA PARA DANZAR*

Ese mismo imperativo de integración americana da origen a la poesía negra en Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití y en todas las costas del Caribe. Aún en el Río de la Plata se oye una "guitarra negra" tocada por un hombre blanco que tiene la nobleza de lamentar la suerte

---

[10] Indiano se llamaba en España al español que volvía de "las Indias". Luego se aplicó por extensión a todo lo americano. Novelas indianistas fueron, por ejemplo, las de Matto de Turner o Juan León Mera (CUMANDA). Y los poemas del género, desde el de Ercilla hasta el de Zorrilla de San Martín (TABARE).

[11] Entre los poetas indigenistas peruanos, hay que nombrar especialmente a Alejandro Peralta, Luis Fabio Xammar, José Varallanos, Guillermo Mercado.

de sus hermanos de color oscuro. Nada tiene que ver, sin embargo, esta poesía con el "Arte negro" que tuvo años de abundancia en Europa después de la primera guerra mundial. Esa modalidad invadió principalmente la pintura y el relato, y no pasó de ser otro de los refinamientos europeos. Las "historias de negros"[12] estuvieron de moda y el negrismo pictórico y plástico fué considerado como la flor de lo moderno. No era sino una nueva fuente de exotismo para la Europa cansada. Unicamente se lo usó como condimento fuerte y no llegó a ser poesía.

En los países hispanoamericanos, el negrismo obedeció a un imperativo interior y produjo un movimiento poético definido: Poesía negra para danzar, en contraposición de la poesía negra para cantar, que se produce en los Estados Unidos. Tomando en cuenta solamente la geografía y el tiempo, se podría llegar a la conclusión de que una corriente de influencia poética se produjo desde la Louisiana y Florida hacia Cuba, Puerto Rico y las Antillas en general. Los ecos de nostalgia de la música negra, de los cantos de los cargadores de algodón y de los "negro spirituals", parecen haber viajado en el viento del Mar Caribe hacia las playas hospitalarias. Hay la idea común, igualmente, de que ciertos poemas de Vachel Lindsay son las semillas de la flora poética antillana. Pero *"The Congo"* —al que el autor le da el subtítulo de "estudio de la raza negra"—, *General William Booth enters into Heaven, Simon Legree, John Brown* y los demás poemas de color escritos por Lindsay, presentan una preocupación religiosa, moral e ideológica y están hechos para ser recitados o cantados individualmente o en coro. La fuente de donde mana toda esta poesía es la canción negra. Lindsay quiere que se canten sus poemas y él mismo señala el tono y los instrumentos con que ellos deben acompañarse. En *El General William Booth entra al Cielo*, el poeta pone esta nota: *"Para cantar en el tono de "Blood of the Lamb" con los instrumentos indicados"*. Estos instrumentos son el tambor, el banjo y la flauta.[13]

[12] Título de un libro de relatos de Paul Morand.

[13] Igual cosa podría decirse de Langston Hughes, quien reconoce como su maestro a Lindsay y aspira a ser el cantor popular de los negros norteamericanos.

Lo que diferencia a la poesía negra hispanoamericana es que su inspiración arranca de la danza. No son ya las canciones de trabajo y los himnos. Nicolás Guillén y José Zacarías Tallet escriben "rumbas", Pereda Valdés evoca "el candombe", Luis Palés Matos llama a uno de sus poemas "Danza Negra". Ya no existe la medida de oro del poema sino el ritmo de la maraca, el sonido preciso del timbal. Los poemas de Ballagas, Tallet, Palés Matos, se pueden bailar. La *conga* del Brasil y de Cuba, la *plena* de Puerto Rico, el *alfandoque* del Ecuador, la *rumba* antillana, el *tamborito* de Panamá, son aprisionados en vocablos onomatopéyicos, en giros imitativos, y traen un temblor de sensualidad y de oscuros anhelos.

Mas, el aporte de la poesía negra no sólo es de música, sangre, "animalidad y belleza", sino, sobre todo, de reparación social, de incorporación de un rasgo que faltaba para completar el perfil total de América. Nicolás Guillén ha expresado certeramente este aspecto humano:

Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.

Lanza con punta de hueso,
tambor de cuero y madera:
mi abuelo negro.

Gorguera en el cuello ancho,
gris armadura guerrera:
mi abuelo blanco.

Don Federico me grita
y Taita Facundo calla;
los dos en la noche sueñan,
y andan, andan.
Yo los junto.
—Federico!
Facundo! Los dos se abrazan.
Los dos suspiran. Los dos
las fuertes cabezas alzan,
los dos del mismo tamaño

bajo las estrellas altas;
los dos del mismo tamaño,
ansia negra y ansia blanca.

(BALADA DE LOS DOS ABUELOS).

VIII.—*LA POESIA SOCIAL HISPANOAMERICANA*

Al mismo tiempo que la poesía negra y la poesía indigenista, apareció la poesía social, en sucesivas jornadas, desde México hasta la Argentina. Se trataba de un movimiento de insurrección espiritual contra las malas condiciones imperantes entre las clases bajas, los obreros y los campesinos. Era también una especie de afirmación de "independencia con respecto al pasado propio", usando de una expresión de José Gaos.[14]

Esta poesía social invitaba a la acción, se hallaba sacudida de imprecaciones y amenazas y hacía uso de vocablos ardientes con los que pretendía inflamar el mundo. Su principal arma era el clamor. Intentaba llegar al pueblo, y para ello, trataba de ser lo más objetiva posible, lo más simple y esquemática, hasta constituir lo que se llamó "cartel proletario" o manifiesto lírico. Estos carteles aunque despojados muchas veces del más elemental ornamento poético, quedarán, sin embargo, como el documento de una época y servirán para comprender mejor el proceso de la emancipación espiritual de nuestro Continente.

Es indudable que los poetas hispanoamericanos se adelantaron a los otros poetas del mundo —con excepción de los rusos— en incorporarse a las masas populares y formular el mensaje de su dolor y su anhelo. En Europa no había poesía social. Había únicamente poesía del pueblo, unanimismo francés, expresionismo alemán, futurismo, cubismo, vanguardismo universalista. En España, el ejemplo de independencia dado por América empezaba a florecer cuando sobrevino la reacción de los generales y los señoritos, en 1936.

---

[14] José Gaos: *Localización histórica del pensamiento hispanoamericano.* Cuadernos Americanos, N° 4, 1942.

En cuanto a la influencia rusa que se ha creído encontrar en la poesía social hispanoamericana, no pasa de ser una similitud de técnica y de sentimiento. Cuando se inició la poética revolucionaria en nuestros países, nadie sabía leer el idioma ruso y no se había traducido al español o al francés sino un poco de Block, Essenine o Mayakowsky, o sea los poetas que menos se parecen a las figuras representativas de nuestra poesía social. Hay más similitud entre los poetas proletarios hispanoamericanos y los *constructivistas* como Elías Selvinsky, Guerassimov, Ladovieff, Svetloff; mas, se puede asegurar que esta similitud es enteramente casual, ya que las obras de estos últimos no han llegado a América. (Muy pocos han leído seguramente la traducción francesa del *Hierro Floreciente* o *La Fábrica de Alas de Fuego* de Guerassimov). La influencia de la literatura rusa fué posible en la novela, y esto, únicamente, de modo temporal. La razón principal de esta atracción se debió a las condiciones similares de feudalismo agrario y amanecer del industrialismo, existentes en estas dos diversas partes del mundo.

La contribución de la poesía social a la expresión auténtica del espíritu americano, es apreciable en relieve y en número, a lo largo del mapa continental: en Chile, el violento y potente Pablo de Rokha, quien forcejea en una "gran temperatura" de motores y masas; Juan Marín; Gerardo Seguel; Julián Petrovick. En el Perú, el contradictorio fustigador celeste y terrenal Alberto Hidalgo, el de *Biografía de la Palabra Revolución;* César Vallejo; Magda Portal; Xavier Abril, el de la significativa *Declaración en nuestros Días.* En el Ecuador, el insobornable Manuel Agustín Aguirre de *Llamada de los Proletarios;* Jorge Reyes; Miguel Angel León; Pedro Jorge Vera. En Colombia, el móvil Luis Vidales; Castañeda Aragón; Darío Samper. En Venezuela, Antonio Arraiz, el vigoroso autor de *Aspero;* Manuel Rugeles. En Cuba, Juan Marinello; Regino Pedroso; Manuel Navarro Luna y, de modo especial, el febril pero mesurado Nicolás Guillén. En Bolivia, Oscar Cerruto. En el Uruguay, Blanca Luz Brum. En Centroamérica, Gilberto González Contreras; Salomón de la Selva; Claudio Barrera. En México, List Arzubide; Hum-

berto Rivas; José Muñoz Cota y, sobre todo, Manuel Maples Arce, quien tomó gran parte de sus imágenes de la lucha política y social: "*viento, dictadura de hierro*", "*el crepúsculo es un motín sangriento en los suburbios*", "*los poetas comentan la renuncia del día*". No hubo país hispanoamericano que se mantuviera ajeno a este despertar. Es verdad que en los últimos años muchas de estas arengas y manifiestos poéticos han sido sepultados entre las ruinas de ideas, épocas y ciudades; pero, de todas maneras, debe tomarse en consideración esta etapa, en su valor justo, para comprender mejor la actitud poética actual del hombre americano.

IX.—*NERUDA, HABITANTE DE LA TIERRA OSCURA*

Todo el azul del cielo ha empezado a encanecer, se ha vuelto gris. La arena del suelo no es ya más que ceniza. Es como si el mundo hubiera perdido su amable disfraz, su luminosa apariencia, sus vestiduras de colores y se mostrara en su desnudez lamentable. Los cazadores de ángeles, los coleccionadores de rosas y de estaciones, se retiran en silencio. Y Pablo Neruda, el enlutado, alza su voz franca y angustiosa y le palpa los huesos al planeta. El no "inventa cosas" cuando canta, sino que se reduce a quitarle la máscara a la realidad y denunciar su verdadero nombre y su misión secreta. Así, el viento "*arrolla su bandera de lúgubre cuero*", la sangre "*tiene dedos y abre túneles debajo de la tierra*", el día cae "*como una temblorosa tela de vaga viuda*".[15]

La poesía se liberta hasta un grado sumo, Neruda no aspira sino a ser el hombre común, intérprete de la angustia humana en el vasto escenario terrestre. Vive "*dentro de su piel y de su traje, sinceramente oscuro*". Expresa lo inexpresable. Eleva a la categoría emocional los sucesos diarios, los objetos despreciados: la melancolía en las familias, las enfermedades caseras, el aceite, las camas, las botellas, los utensilios domésticos. Ofrece una imagen fiel

---

[15] PABLO NERUDA: *Residencia en la Tierra.* Tomo I. Ediciones del Arbol. Madrid, 1935.

de este mundo preñado de dolor, miseria y explotación humana.

Pablo Neruda, nacido en una pequeña ciudad de Chile a principios de este siglo,[16] escribió de 1925 a 1935 su gran libro RESIDENCIA EN LA TIERRA, que da la medida de la profundidad espiritual americana. En ese libro desolado, lleno de impresiones orgánicas, se ha consignado el lamento trascendental que estremece las entrañas convulsas del hombre. Su poesía se mantiene alejada voluntariamente de toda transparencia, dejando únicamente al descubierto su viva raíz terrestre. Poesía compacta, mineral, de una dureza que muchas veces no se deja penetrar a la primera intención; pero que, luego, deslumbra con la vena inagotable de sus imágenes casi líquidas, sus presagios y sus símbolos.

El poeta de los *Tres Cantos Materiales* ha rejuvenecido y restaurado el idioma, dando un nuevo sentido a las palabras usuales, aplicando a las cosas calificativos inesperados y sin embargo exactos. Ha creado una nueva metáfora, de tamaño y densidad filosóficos. Ha puesto al desnudo lo patético y trascendental de la vida diaria. Su desprecio de los elementos retóricos, su desdén de los mitos, su vocabulario virginal, son otros tantos ejemplos de independencia que han sido seguidos sin orden, aunque no sin riesgo, por los hombres jóvenes de América.

Neruda es dueño de un mundo viviente, atropellado, y su expresión a veces es apenas un tartamudeo sibilino, un balbuceo primario. Posee una especie de ciencia de las palabras dispares. De las palabras que se mezclan en la tierra; pero que nadie había osado aun ponerlas juntas en el poema:

Y golondrinas verdes hacen nido en tu pelo,
y además caracoles y semanas,
mástiles enrollados y cerezas...

Si pudiera llenar de hollín las alcaldías
y, sollozando, derribar relojes,

---

16 Nació en Parral en 1904. Véase la *Exposición de la Poesía chilena* de Carlos Poblete.

sería para ver cuándo a tu casa
llega el verano con los labios rotos,
llegan muchas personas de traje agonizante,
llegan regiones de triste esplendor,
llegan arados muertos y amapolas,
llegan enterradores y jinetes,
llegan planetas y mapas con sangre,
llegan buzos cubiertos de ceniza...

Llegan raíces, venas, hospitales,
manantiales, hormigas,
llega la noche con la cama en donde
muere entre las arañas un húsar solitario,
llega una rosa de odio y alfileres,
llega una embarcación amarillenta,
llega un día de viento con un niño...

(ODA A FEDERICO GARCIA LORCA).

No hay nadie que haya superado a Neruda en realismo patético. Sus cantos a la materia son incomparables en castellano. Nadie ha invocado mejor las formas del mundo: "*¡Oh párpados, oh columnas, oh escalas - oh profundas materias agregadas y puras!: ¡cuánto hasta ser campanas! - ¡cuánto hasta ser relojes! Aluminio - de azules proporciones, cemento - pegado al sueño de los seres!*" Este vigoroso hombre de Chile y del Universo, con su piel tostada por el sol y sus ojos almendrados, ha sabido ver las cosas como no han podido hacerlo aún los surrealistas franceses. Hay mucho convencionalismo, mucha cultura ultrarrefinada, mucho elemento libresco en el Surrealismo, mientras que en la poesía de Neruda hay enigma natural, directa revelación telúrica. La tierra y el hombre son dos vasos comunicantes, por donde circula el misterio elemental.

Estoy mirando, oyendo,
con la mitad del alma en el mar y la mitad del alma en la tierra,
y con las dos mitades del alma miro el mundo".[17]

[17] PABLO NERUDA: *Agua Sexual.*

Mas, muchas veces, el poeta no se resigna únicamente a su papel de contemplador. Ha visto las ciudades destruídas, las muchedumbres palpitantes de heroicidad y sufrimiento y ha entrado en ellas, dispuesto a compartir el dolor colectivo. Ha escrito himnos y elegías de la guerra. Y se ha alistado, con voluntad de martirio, entre los hombres que están decididos a hacer de nuestra América la realización de la más espléndida "patria humana".

X.—*POESIA DE LA GUERRA Y DE LA MUERTE*

La sensibilidad alerta del americano nuevo se manifestó, una vez más, durante la guerra civil española, que fué la iniciación de la guerra social internacional. Numerosos jóvenes hispanoamericanos se trasladaron a España a dar su sangre por la causa del pueblo. Trataban de pagar de esta manera la deuda de gratitud contraída hace muchísimos años con los españoles que vinieron a América trayendo su idioma y su patrimonio espiritual.

Entre las ruinas humeantes de las ciudades bombardeadas, entre los asaltos de los tanques de fabricación alemana y de la caballería mora, nació la poesía de la guerra, escrita por hispanoamericanos. Esta poesía está representada por César Vallejo, Nicolás Guillén, Neruda, González Tuñón, Octavio Paz, Pita Rodríguez. Poesía que levantaba su signo de muerte y de esperanza, entre el polvo y la sangre, entre el amargor de la injusticia y la derrota. Los sembrados estaban cubiertos ya únicamente de espigas de fuego y humo, de cadáveres de campesinos, de ruinas de viviendas humildes. El hombre común se sentía acosado por todas partes, por sus tradicionales enemigos. Si éstos triunfaban en España, la vida de las clases populares se hallaría amenazada en el resto del mundo. Así lo comprendieron Vallejo, Neruda, Guillén y los otros. César Vallejo se identificó tanto con la suerte del ejército del pueblo español que cuando éste comenzó su desastrosa retirada del Ebro, el poeta no pudo resistir tan honda amargura y murió de desesperación en un hospital francés. ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ es el título del libro del atormentado mestizo peruano, cuya sensibilidad uni-

versal adivinó que en el suelo peninsular se jugaba el destino del hombre.

Esta poesía de la guerra es necesariamente elegíaca, desgarrada, cósmica. Tiene de la poesía social el clamor de protesta. Es desorbitada, gesticulante a veces. Igualmente es profunda, móvil, enternecedora, filosófica. Y, sobre todo, terrestre. El realismo se extrema hasta producir impresiones casi físicas. A los cantos a la materia viviente, a los himnos pacíficos a la madera y al vino, a los símbolos del cristal y de la sal, suceden los obuses y las ambulancias, el polvo, las ruinas, la materia destrozada, el sudor, el gemido animal del hombre que muere. El cañón es el "*toro de la muerte que embiste y lo derrumba todo*", la sangre es irónicamente "*el tomate histórico*", la pólvora es "*una vegetación de pesadilla*". Es "*la muerte a pedazos, la muerte a torrentes hacia la mar corriendo*" según la expresión gráfica de Raúl González Tuñón en sus significativos poemas:

Cargados de relámpagos, navajas, ambulancias,
sobre una soledad de evacuación, distante,
pasan rozando las últimas veletas,
de enloquecidos gallos ciegos ya silenciosos,
pasan sobre negocios llenos de nadie
buscando un hospital y el corazón de un niño.
Son los obuses.

Yo vi el árbol desnudo, el foco abierto,
la reventada piedra, el vidrio herido,
la sangre todavía
como no se ve nunca en los museos
ni en los teatros.
Son los obuses.

Son las panteras del aire vomitadas
que vienen de la selva de acero y pólvora amarilla,
la muerte hecha pedazos buscando la inocencia.
Son los obuses.

Una mitad de novia contra el balcón ardido,
sus manos, ya lejanas, perdidas, estrelladas,

luego la masa sola del niño y el caballo,
la muerte por la boca redonda vomitada.
Son los obuses.

(LOS OBUSES).

El libro más representativo de esta poesía de la guerra es, sin duda, ESPAÑA EN EL CORAZÓN *(Himno a las glorias del pueblo en la guerra)* de Pablo Neruda. La muerte tiene allí un nuevo sentido de palingenesia, de fusión con la tierra. Después de ese libro han aparecido otros muchos de igual índole en cada uno de los países hispanoamericanos; pero sólo unos cuantos nombres permanecen hasta nuestros días. Entre los más notables se hallan: PASO DE SOMBRA de Cruchaga Santa María, LA MUERTE EN MADRID de González Tuñón, CANTOS PARA SOLDADOS Y SONES PARA TURISTAS de Nicolás Guillén, NO PASARÁN de Octavio Paz. También han escrito poemas de la guerra, Huidobro, Xavier Abril, Alejandro Carrión, José Ramón Heredia, Eduardo Anguita, Antonio de Undurraga, Volodia Teitelboim.[18]

Con el derrumbe del frente militar en Cataluña y el éxodo del pueblo español, quedó flotando en el espíritu hispanoamericano una impresión de desaliento y de muerte, que ha ido afirmándose más aún con la destrucción de las ciudades europeas, la caída de Francia y los continuos desastres de los Estados democráticos. Esa presencia de la muerte es particularmente notable en la poesía mexicana de estos últimos años. Ya en 1936 había publicado Ortiz de Montellano su MUERTE DE CIELO AZUL, libro inesperado y transparente, al que siguieron CRIPTA de Torres Bodet (1937), NOSTALGIA DE LA MUERTE de Villaurrutia (1938), MUERTE SIN FIN de José Gorostiza (1940). Esta última obra es la revelación de un poeta en ejemplar madurez, dueño de un vocabulario justo y de una imagen compacta y lúcida. En Gorostiza el factor telúrico se une a la cultura y a la inteligencia para producir una equilibrada síntesis. La siguiente muestra es algo de lo más original que se ha

18 En Buenos Aires se editó en 1938 un libro *España Heroica* donde se hallan igualmente otros nombres de poetas hispanoamericanos de la guerra.

escrito sobre el agua inconstante, imagen de la vida cambiante y fugaz que es una especie de muerte continua y sin término:

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis,
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquirlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahito— me descubro
en la imagen atónita del agua
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,
que nada tiene
sino la cara en blanco
hundida a medias, ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar
más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma
no obstante —oh paradoja— constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.
En él se asienta, ahonda y edifica,
cumple una edad amarga de silencios
y un reposo gentil de muerte niña,
sonriente, que desflora
un más allá de pájaros
en desbandada.
En la red de cristal que la estrangula,
allí, como en el agua de un espejo,
se reconoce;
atada allí, gota con gota,
marchito el tropo de espuma en la garganta
que desnudez de agua tan intensa,
que agua tan agua

está en su orbe tornasol soñando,
cantando ya una sed de hielo justo!"

(MUERTE SIN FIN).

Muy diferente es, por cierto, la muerte invocada por Luis Cardoza y Aragón, la "*humilde reina del eclipse*" que existe en un "*clima eterno de color de himno*", la muerte cubierta con un "*gran uniforme sin botones y solos guantes blancos ya sin tacto que no cansan*".[19]

XI.—*ACTITUD DEL HOMBRE NUEVO*

Desde el Modernismo hasta la poesía actual hay, en resumen, una línea continuada, una especie de órbita completa dentro de la cual han ido apareciendo el Nativismo, el Indigenismo, la Poesía Negra, la Poesía Social, el Nerudismo, la Poesía de la Guerra.[20] Todas estas diferentes manifestaciones son facetas auténticas del espíritu americano. Fuera de la órbita quedan el Surrealismo trasplantado, el Neo-culteranismo, la imitación de las formas española caducadas —como en el caso de EL BUQUE de Francisco Luis Bernárdez.[21]

El hombre nuevo de América reconoce como su misión primera el descubrimiento espiritual de su continente nativo. Este descubrimiento consiste en saber ver en torno, en interpretar el lenguaje verdadero de los diversos componentes raciales de la población —mestizos, indios, negros, blancos— y en captar el mensaje del hombre eterno que se resiste a sucumbir bajo el peso de la explotación, la injusticia y la guerra. El americano de nuestros días —en el norte y en el sur— tiene una mirada nueva, virginal. Obedece al mandato telúrico. Posee un agudo sentimiento de lo inmediato, lo que constituye la base de su extraordi-

---

[19] LUIS CARDOZA Y ARAGÓN: *El Sonámbulo.* Libro publicado en Guatemala en 1937.

[20] Hay que añadir el "Whitmanismo" que tuvo numerosos discípulos.

[21] O de ciertos otros poetas que se han adueñado del secreto formal y técnico de *El Cántico Espiritual.*

nario realismo. Su capacidad de comprensión y su experiencia sensorial le llevan fácilmente a la síntesis. Su sentimiento de fraternidad humana le conduce, de modo lógico, a su anhelo de solidaridad universal.

En la producción poética de estos últimos años se puede observar con claridad una fuerte corriente de Universalismo; pero de un nuevo tipo que no excluye las diferenciaciones locales. No se trata del antiguo universalismo nivelador que quería —y quiere aún— suprimir de cualquier manera las distintas particularidades, sino de un nuevo universalismo integrador que prefiere sumar antes que destruir, conservando la variedad dentro de la unidad humana. Esta es una de las características más importantes de América, aquello que ayuda a comprender mejor el significado de su espléndido esfuerzo. América aspira a realizar el ideal de *"una humanidad unida colaborando en la construcción de una torre prodigiosa"*.[22] Este ideal o sueño es viejo en el mundo, es verdad, pero los métodos de dominación militar con que se ha pretendido llevarlo a cabo han sido los menos apropiados.[23] Sólo en un conjunto de Estados libres, unidos voluntariamente y poblados por hombres libres de todas las razas es posible la ejecución de tan magnífico sueño. América está destinada a esta obra que acrecentará la felicidad humana.

El hombre nuevo de nuestro Continente quiere contribuir con su poesía de construcción y de esperanza. Su actitud es la del aprendiz que está esperando el alba para levantar la gran arquitectura, y aprovecha las últimas horas de la noche para revisar sus materiales atesorados y probar sus utensilios. En esta hora de espera y de preparación, en esta "hora del hombre" —según expresión feliz de Huidobro— hay todavía vacilaciones y sombras. Y profusión de caminos y de rumbos; pero todos llevan a la construcción de la alegría. A la colina donde se levantará la arquitectura anhelada.

California, 1942.

---

22 Paul Valéry: "Variete II".

23 Este fué el caso de la Roma de los Césares, la España de Carlos V, la Francia de Napoleón, y de todos esos Estados que han pretendido ser Amos del Mundo.

MEXICANOS EN TEXAS

Por *Mauricio MAGDALENO*

La voz gangosa del viejo pastor bautista Peter Livingstoy salmodiaba, en la cálida noche de agosto:

—"Días vendrán, cuando Jacob echará raíces, en que florecerá y echará renuevos Israel, y el haz del mundo se henchirá de fruto..."

Las palabras voloteaban en el templo de muros lisos, tras de cuyo altar tres mocetones de Magnolia renovaban concienzudamente el entarimado, golpeteando con tan cuidadosa suavidad, que apenas si de cuando en cuando impedía el ruido de los martillos que los fieles percibiesen la voz del pastor.

Ni Rogelio Guzmán ni Guadalupe, su mujer, entendían papa de todo lo que el reverendo Livingstoy decía, desde hacía diez minutos. Tenían once años en Texas y no habían logrado entender ni menos hablar el inglés, parte porque no frecuentaban el trato de las familias de pizcadores del pueblo y parte porque, a fuer de legítimos mexicanos de la más maciza ralea, no se adaptaban a vivir fuera de su tierra y seguían manteniendo intactas sus raíces en la sustancia más entrañable de su origen. Por lo que ve a la pequeña Guadalupe y a Rogelio chico, era distinto. Habían nacido en estas praderas polvosas de Texas y asistían a la escuela de Magnolia. Parloteaban corrientemente con sus amigos rubios y negros y cuando la familia trasladábase alguna vez a Spring o a Novasota —los dos pueblos más próximos, sobre la vía del Missouri-Pacific— eran ellos los que se entendían con los dependientes de las *Five and Ten* o traducían a su padre las escasas ofertas de trabajo de *The Texas Daily*.

—"Por tanto de esta manera será purgada la iniquidad de Jacob, y este será todo el fruto, apartamiento de su pe-

cado, cuando tornare todas las piedras del altar, como piedras de cal desmenuzadas; porque no se levanten los bosques, ni las imágenes del sol..."

El pequeño recinto hervía, como si por fuera lo devorara una hoguera. Guadalupe musitaba un rezo, por su parte independientemente de la lectura del Antiguo Testamento que efectuaba el pastor. Hacía tres años que concurrían a este templo bautista, desde que un incendio redujo a escombros la iglesuca católica de Spring y se quedaron sin sus misas y la voz de los vecinos les indicó la conveniencia de frecuentar la Casa del Señor, como todo el mundo. Protestante o católica, era todo lo que había y allí estaba, sobre el altar, el gran crucifijo, como el de la iglesia de Spring y como el de la iglesia de su propio pueblo de la sierra de Michoacán. Casi siempre el rezongo gangoso del pastor inundaba a Rogelio de una espesa sensación de sueño, y su mujer le hacía señas con el pie para que no se durmiese; pero ahora no era el sueño el que lo ganaba, sino el torcedor de los días malos que se aproximaban. Desde hacía una semana, había anunciado José Taffers, el de los campos de algodón:

—A partir del quince, negros y mexicanos, sólo trabajarán el segundo turno. Los cien dólares mensuales redúcianse, pues, a cincuenta. La vida era dura, había mujer por medio que mantener y dos chicos, y otro que venía en camino... Alfonso García, un compatriota de Jalisco, había solicitado en vano de Taffers:

—No podemos vivir con cincuenta dólares, Joe. Tengo seis bocas que alimentar. ¡Todos somos hijos de Dios, hombre; americanos, negros y mexicanos!

—American people is first, García. I'm sorry.

Vida dura, arrolladora, implacable. Cuando Taffers le llamó a la pizca del algodón, en el otoño pasado, andaba dando tumbos de aquí para allá y poco faltó para que el hambre los rindiese a él y a los suyos. Había trabajado, a las desesperadas, de albañil, de carpintero, de buhonero y de herrero. El nuevo trabajo representaba sesenta dólares al mes —una miseria, es verdad; pero una miseria que le salvó de caer desfallecido, un día cualquiera, en las calles de Spring o Magnolia o Novasota. Después le aumenta-

ron la soldada a ochenta, y por fin a cien. Las ilusiones lo asaltaron en un tropel impetuoso.

—Mira, Lupe —solía decirle a su mujer, con los ojos clavados en lo hondo de la pradera, hacia los dorados trigales de Mae Ranch—: un día compraremos ese ranchito.

—¡Estás loco, Rogelio! ¡Confórmate con que no te quiten el trabajo!

—Te digo que ese ranchito será nuestro, un día, Dios mediante. ¿Cuanto crees que valga el Mae Ranch, Lupe?

La mujer le miraba con sus tiernos ojos melancólicos de desterrada, sonreía como si regañase blandamente a su hijo y balbucía, un poco aterrada por el monto de las fantásticas ilusiones de su marido:

—¡Un dineral! Bedloe lo vendieron en cuatro mil dólares y no era ni la mitad del Mae Ranch... ¡Estás loco, Rogelio!

—Quien quita, mujer... ¿Sabes? Cuando sea nuestro, le pondremos Lupe Ranch... ¡Será como un pedacito de México para que crezcan los muchachos!

Llegó a idear, algunas tardes, al regreso del trabajo, acariciando con los ojos y el corazón el bulto lejano de la finca:

—No me gusta el granero ahí, ¡no me gusta aunque estos gringos presuman todos de sabios! Tiraré ese granero y lo pasaré detrás de Lupe Ranch.

A nadie sino a su mujer hablaba de su sueño, porque nadie hubiese sido capaz de comprenderlo y el más serio hubiese soltado una risotada brutal de oírle tamaño desvarío. Con toda seguridad, el mismo Alfonso García le habría sermoneado:

—La ausencia de la tierra te está secando los sesos, Rogelio. ¿Crees que eso se compra con cien dólares mensuales de jornal?

Ahora, todo había acabado. Desde el día siguiente, habría que bregar otra vez con la miseria y conformarse con ver padecer a los chicos de frío, en cuanto el invierno cayese... De Mae Ranch, ni qué hablar. ¿Para qué? No estaba loco y sabía que venían días duros. Una protesta le reptó por la sangre, como un borbotón de fuego. Maldijo de su suerte, sordamente, en un gruñido opaco y triste.

Lupe le miró, de reojo, y le hizo una seña con el pie. El reverendo Livingstoy bendecía a su grey, y en tanto su hermana Mabel arrancaba un himno al viejo órgano colocado sobre una pequeña plataforma, a un lado del altar. El pastor se escurrió entre los fieles y Ted Carter, de la Salvation Army de Magnolia, ocupó su lugar para recordar al vecindario que dentro de un mes justo se celebraría solemnemente el primer centenario de la fundación del pueblo. Habría una gran fiesta, herradero, box y baile hasta el amanecer. Cuando concluyó, la gente empezó a salir del templo. La noche se hacía más y más cálida. Tendidos en un césped, en el parque, unos negros en camiseta, tomaban el poco fresco de los árboles, Rogelio y Lupe caminaban despacio, en silencio, pensando en el maldito segundo turno de los algodonales. Lupe y Rogelio chicos estaban ya en casa. Ella jugaba con las dos hijas de García y Rogelio habíase metido en el sótano y daba grandes voces, anunciando a las muchachas:

—¡Mañana venderé estos libros a Fred: su padre compra todo el papel inútil de Magnolia!

Chilló, acongojada, Lupe:

—¡Sal de ahí, Rogelio!

El sótano era su enemigo mortal. Cuantas veces penetraba en él su hijo, casi siempre en compañía de tres o cuatro amigos, tantas salía convertido en una pura lástima, con el traje hecho añicos y pintarrajeado de cabeza a pies por el hollín y la basura. Apareció en la boca de la escalera, todo escurrido, y dijo, en son de disculpa:

—Acababa de entrar, mamy.

—Es preciso que obedezcan a mamá —dictaminó, grave, Rogelio grande, dirigiéndose a ambos chicos. Después, se quedó mirando al hombrecito, como si se tratase de capturar algo importante que había revelado, sin saberlo. ¿Cuántos libros habrá en el sótano, hijo?

—Muchos, papy. ¿Quieres que bajemos? El sábado construímos una casa de diez pisos con ellos.

Una casa de diez pisos debe requirir —pensó Guzmán— unos cien libros: ¡cuando menos! Decidió, en tono vulgar:

—Mañana llamaré a Pedro Sánchez a ver si me da un par de dólares por toda esa basura.

Lupe chica se echó a reír, alegremente, haciendo mofa de su hermano.

—¿Ya oíste? ¡Basura!

Tras de la cena —se le había clavado a Guzmán, ahora, como una obsesión, el recuerdo de los libros— anunció a su mujer:

—Pensándolo bien, mañana en la mañana voy a ver esos cachivaches y puede que me resuelva a tratar de venderlos en el mercado yo mismo. ¡Al cabo no trabajaré sino el segundo turno! Hasta me servirá de distracción. ¿No crees?

—No te darán por todos más de los dos dólares que puede darte Pedro Sánchez— le contestó Lupe, sin mirarle.

En la cálida noche de Texas —brillaba en la pradera una luna grande, como un sol— el hombre se debatía, presa del pungente torcedor de los días malos que venían encima. Lupe se quejó, al día siguiente, de que no la había dejado dormir. Rogelio estaba de mal humor y resolvió:

—Voy a buscar a los paisanos.

—Ya sabes que los paisanos no salen del billar. Si Joe te ve ahí, pensará que estás muy a gusto con trabajar medio turno nada más. Anoche dijiste que ibas a ver esos libros viejos.

—¿Yo? ¡Al diablo lo que me importan! ¡Que se los coman las ratas!

Se volvió, en la puerta, y bajó al sótano. Habría, a ojo de buen cubero, unos cien volúmenes: exactamente los que calculó, partiendo de la base de que con ellos Rogelio chico y sus amigos habían construído un edificio de diez pisos. Olía a moho y a cucarachas. El viejo Simón Noble, que habitó la casa hasta su muerte, no se cuidó de mandar a la basura tanta porquería. Había telarañas por todas partes y los volúmenes vomitaban densas tolvaneras, al contacto de la mano. No había uno solo que sirviese para maldita la cosa, según Rogelio coligió, a poco de examinarlos con atención. Apartó tres, forrados en piel, que contenían láminas a colores, y pensó dejarlos en casa para uso de los chicos. Cuanto a los demás, era muy dudoso que nadie le diese diez centavos por cada uno, y eso, suponiendo que quien se interesara por ellos —si es que

alguien se interesaba en todo Magnolia— no tuviese miedo a pescar un tifo u otra peste cualquiera. Decidió, por fin, que lo mejor era transladarlos a casa de Fred Lewis, el buhonero, quien acaso se aviniese a pagarle dos o tres dólares por su cargamento. Lupe le veía subir y bajar incansablemente. En el hall se amontonó el pequeño cerro, y cundió en torno una nube de polvo.

Lucía espléndidamente la mañana del quince de agosto. Al fondo de la calle, como viniendo del parque, apareció la figura del reverendo Livingstoy. En los olmos chillaban las golondrinas y en la zanja corría dulcemente una agua tranquila. Oíase la voz del pastor saludar a las vecinas. Alguien se quejó, cerca, de que Joe Taffers había reducido lo salarios a la mitad. Livingstoy aconsejó resignación.

—Si no tienen que hacer en las mañanas, lean la Biblia. "Buscad y hallaréis", dijo el Señor.

—¡La Biblia! —farfulló, rabioso, Rogelio Guzmán— ¡Como si todo se arreglara con leer ese almodrote!

—¡Hola, Rogelio! ¿También a ti te tocó el segundo turno? Resignación, hijo, resignación. No hay mal que por bien no venga.

—Buenos días señor pastor.

—¿Qué haces con tantos libros, hijo?

—Nada. Acabo de sacarlos a allá abajo. Puede que me resuelva a venderlos.

Livingstoy cruzó la calle y se coló por el jardincillo. Curioseó entre los lomos y le sobrecogió un acceso de tos.

—Debí decirle que esto no está presentable todavía, señor pastor. Acabo de sacarlos del sótano.

—Los amantes de los libros no tememos a nada, Rogelio. El otro día fuí a dar al chiquero de Stephans, siguiendo un librito que se guardaba el muy pícaro y por cierto no le servía para nada.

Lupe habíase presentado, a la sazón, y ofreció un sillón al pastor. Este se arrellanó, a sus anchas, y mientras la mujer limpiaba meticulosamente volumen por volumen, él los examinaba con atención. Uno lo hojeó largo rato, deteniéndose en cada una de sus páginas, y luego miró dis-

traídamente otro lote que le presentaba Lupe. Se levantó. Dijo, con una voz extraña:

—¿Cuánto quieres por este librito?

Rogelio Guzmán fingió examinar, a su vez, el viejo volumen: era un ejemplar de la Biblia que pesaba muy bien sus tres libras y en el cual el mexicano no encontró nada de extraordinario. Lupe le miró, rápidamente. Preguntó, a su vez con un tonito indiferente:

—¿Cuánto me ofrece el señor pastor?

Livingstoy metió mano en los bolsillos y contó nueve dólares, en billetes de a uno; luego dijo, limpiando su cartera ante los ojos asombrados de Guzmán:

—Lo que traigo, y me quedo sin un centavo: treinta y nueve dólares con veinte centavos. ¡No quiero que estas Biblias anden rodando en la basura!

Guzmán se sintió hondamente traspasado por la emoción. ¿Qué era todo aquello que ocurría a un palmo de sus narices y en lo cual representaba él un papel de tanta significación? ¡Hubiera jurado que el viejo almodrote no valía sino diez o veinte centavos! ¿Y si tuviese realmente un valor cuantioso este cachivache y arrancárselo por la mitad o la tercera parte? Solían darse casos... En Irapuato, una vez... Estaba sudando y se limpió la frente con la manga de la camisa. Repuso, poniendo en la voz un tono perfectamente tranquilo muy lejos de ser sincero:

—No me conviene, señor pastor. —Rectificó, dando unos golpecitos nerviosos sobre los forros del libro:— Mejor dicho, no lo vendo.

—Pues es una lástima, porque a ti no te servirá de nada. Hasta la vista, Lupe.

—Adiós, señor pastor. —Y chilló la mujer, en cuanto Livingstoy traspuso el jardinillo: —Pero ¡estás loco de remate, Rogelio! ¡Treinta y nueve dólares y veinte centavos y no has aceptado! Yo no dije nada porque nunca me esperé que fueras a rechazar la proposición del pastor. ¡Treinta y nueve dólares y veinte centavos! La pobre de Lupe no tiene qué ponerse, ahora que viene el invierno, y la ropa de Rogelio está que da lástima.

Casi se le soltaron las lágrimas. Estaba visiblemente molesta y se escurrió de prisa rumbo a la cocina, mascullando:

—¡Estás loco!

—No estoy loco, mujer, ¿sabes? Esto ha de valer mucho más de los treinta y nueve dólares. ¿Tú crees que el pastor me ofreció cuanto llevaba consigo nada más porque sí? No, Lupe. Yo soy un hombre ignorante; pero nadie me toma el pelo fácilmente. —Se paseaba por el hall, con el ser revuelto, como si debiese un crimen y esperase de un momento a otro la llegada de la policía. Aulló metiéndose de golpe en la cocina: —¡Oye, Lupe! ¿Y si fuera a ver por ahí cuánto vale este libro?

—¿Y dónde, Rogelio? El pastor es el único que entiende de eso en Magnolia.

—En Magnolia, sí; pero puedo ir a Austin, por ejemplo.

—¡Rogelio!

—¿Por qué no? Tres horas a Valley y tres a Austin: total, seis horas. Mañana sabríamos a qué atenernos. Me late que ese libro viejo vale su buena plata. Y en el peor de los casos, no faltará quien nos dé por él diez o veinte dólares más que lo que da el pastor.

Fué como si hubiese entrado en la casa de los Guzmán un demonio que subvirtiese el concepto corriente de las cosas. Lupe no chilló más y aun animó a su marido:

—¡Dios lo haga, Rogelio! ¡Estamos tan necesitados! Si te late, ve. Tal vez tengas razón. ¡Por algo te ofreció el pastor treinta y nueve dólares y veinte centavos! —saltó, intranquila—: ¿Y Joe? ¿Y el segundo turno?

—Que me descuente el día. Dile que mi hermano Olegario está muy malo en Waco.

Los pequeños Lupe y Rogelio oyeron, asombrados, que papá salía a un corto viaje. Rogelio chico lloriqueó porque éste no lo llevaba consigo y Lupe le rogó que le comprase una estufa de juguete en Waco. Al caer la tarde pasó el tren de Houston y Lupe regresó con sus hijos. Musitó, fervorosamente:

—¡Dios Nuestro Señor lo haga!

Al día siguiente, a las diez, se presentó en casa el reverendo Livingstoy. La mujer le informó que su marido estaría de retorno hasta el día siguiente, y el pastor, por su parte, comentó:

—A ver si puedo pasar mañana. No es seguro, porque tengo un compromiso en Novasota. Dile que le doy cien dólares por la Biblia. El librito no vale tanto; pero me gusta la edición. Es muy rara y, sobre todo, a ustedes no les sirve para nada.

Sin saber por qué, por primera vez pensó Lupe en Mae Ranch. Estaba tan nerviosa que la tarde se le hizo insoportablemente larga. Allá, al fondo de la pradera, lucía el amarillo ocre de su tejado la finca, entre un macizo de olmos. Cuando se encendieron las luces del pueblo, el corazón se le puso a latir encabritado. Noche cerrada llegó Rogelio.

—¡Figúrate que volvió el pastor y me dijo que te pagaría cien dólares por esa Biblia! Mañana vendrá.

Rogelio fingió, por unos minutos, un gran aplomo. Al fin balbució, con voz ahogada, vertiendo las palabras de prisa, como un alud que le quemase el corazón:

—Estuve en Austin y gracias a la ayuda del amigo Lozano —¿te acuerdas de Lozano, Lupe? El chaparrito aquel de Laredo, dientes de oro . . .— que me llevó a una buena librería . . . ¡Dios mío! ¡Lupe! ¿Sabes cuánto vale este libro viejo?

—El pastor me dijo que daría cien dólares . . .

—¡Doce mil dólares!

—¡Jesús!

Casi se desmayó la pobre a resultas del sofocón. Rogelio, frenético, aullaba:

—¡Doce mil dólares! Me lo dijo un perito. Es una de las primeras ediciones inglesas. ¡Lupe! ¿Te das cuenta?

Tardó en entenderlos a las cabales. Juró, rabiosa, recordando a Livingstoy, como si se tratase de un ladrón que ideaba robarle un tesoro:

—¡Con razón ese pastor sinvergüenza te ofrece cien dólares!

Los chicos vieron, una hora más tarde, que su padre metía cuidadosamente el mamotreto bajo la almohada, en

el sitio justo en que dormía. La pequeña cuchicheaba, cuando Rogelio apagó las luces:

—¿Oíste? ¡Doce mil dólares!

—¡A callar! requirió Guzmán— Y a sellar la boca, porque este asunto sólo Dios sabe en qué parará.

Los niños soñaron con mundos prodigiosos de praderas y castillos, como los de las películas. El matrimonio durmió poco y mal. Con el primer sol se levantó Lupe, y a poco su marido se fué al baño y se puso a cepillar su terno azul marino —el de los días gordos— trece dólares en la barata de Sunder's, de Waco, ocho meses hacía. De buena gana se hubiese echado a la calle a respirar el aire mañanero; pero le detuvo el temor de dejar la Biblia en casa, bajo la custodia de una indefensa mujer. Los chicos salieron al colegio y Lupe arregló meticulosamente el hall. El sol lucía en dorados lingotes en la pradera. Al fondo emergía, entre los olmos, el bulto amarillo de Mae Ranch. No venía un soplo de viento y caldéabase el aire de agosto.

—Dijo Joe que no pasaras cuidado, que te espera hoy.

No contestó. Había visto aparecer, al fondo de la calle, la figura del reverendo Livingstoy. Sabía que no era hombre rico y ni por un instante pensó que pudiese pagarle los doce mil dólares del libro; pero quería demostrarle que no era un papanatas y que había quien le pagase una fortuna por su Biblia. La sangre le hervía en el ser.

—Buenos días, Rogelio. Buenos días, Lupe. ¿Qué tal te fué de viaje?

—Bien, señor pastor.

—¡Vaya, vaya! Me alegro. Deshice el compromiso que tenía en Novasota sólo para venir a verte. Dirás que soy muy terco. ¡A los amantes de los libros no se nos quita de encima fácilmente! Le dije ayer a Lupe...

La manaron las palabras a cataratas a Guzmán. Farfullaba como un poseído:

—Que me daba cien dólares por el librito. Sí señor pastor. Lupe me dió el recado. —Le miró de hito en hito, como nunca antes se hubiera atrevido a hacerlo.— Definitivamente, no, señor pastor. ¿Sabe usted cuánto me dan por esta Biblia?

—No. Yo estoy dispuesto a aumentar mi proposición hasta. . .

—¡Doce mil dólares, señor pastor. ¿Se da usted cuenta? ¡Doce mil dólares! ¡Ahora sí que comprendo la hermosura de aquellas páginas que suele leer usted en el templo! ¡Ahora sí que florecerá y echará renuevos la vida para mí!

El reverendo Livingstoy se había puesto muy grave. Dijo, pausadamente:

—¿Quién hizo el avalúo del libro?

—Un perito de Austin, señor pastor.

Ultimó, secamente:

—Te pagaré los doce mil dólares. Considera cerrado el negocio.

Lupe ahogó un ¡Jesús! transido; cuanto a Rogelio, le reptó en la sangre una caliente ebriedad. Se rascó la nuca, como si se sintiese acorralado.

—Es el caso, señor pastor. . .—bisbiseó, mirando intranquilo hacia sus zapatos impecablemente lustrados— En fin, que ahora he pensado. . . es decir, ahora no: es una vieja ilusión. . .

—¡Rogelio! —gimió, aterrada, Lupe, mirando derrumbarse estrepitosamente aquel sueño de doce mil dólares, en el instante preciso en que estaba a punto de cuajar en increíble realidad.

—¡Para qué es más que la verdad! A mí no me importan esos doce mil dólares. Doy esta Biblia que Dios puso en mis manos por Mae Ranch con todo y sus llenos.

—¡Mae Ranch! —rezongó el pastor— No sé que Larsen venda la finca. —Agregó rápidamente: —¿Conque quieres ser el propietario de Mae Ranch, bribón?

—¡Es un viejo sueño mío y de Lupe, señor pastor!

—Pues ni una palabra más. Guarda esa Biblia como oro molido y déjame ponerme al habla con la Universidad. En una semana más, estarás instalado en Mae Ranch—. Añadió con un gesto de sorna: —Ya ves que la Biblia vale algo siempre. . .

Media hora más tarde, pasó por la casa de los Guzmán José Taffers.

—¿Vas o no vas, mexicano?

—Mire, Joe: bórreme de la lista. Pensándolo mejor, he resuelto no trabajar el segundo turno.

Le miró, desde el volante del truk y se encogió de hombros, mascullando:

—All right!

Arrancó el truk, levantando una nube de tierra. Al fondo de la calle, en la pradera, emergiendo del lejano macizo de olmos, brillaba al sol la masa amarilla de Mae Ranch.

SHOSTAKOVICH Y EL ALMA RUSA

OYENDO la *Séptima Sinfonía* de Shostakovich, es posible percibir la transformación que ha sufrido el alma rusa en unos cuantos años. ¡Qué lejos se siente esta música de la fantasía y sensualidad de los "Cinco"! Nada o casi nada hay ya en Shostakovich del sabor popular de la escuela rusa; ni el colorido de Rimsky-Korsakov, ni el melodismo eslavo tan peculiar de Tchaikovsky o de Borodine, ni ese refinamiento oriental que es común a todos los grandes músicos rusos modernos. Aun las deslumbrantes sonoridades stravinskianas se sienten alejadas de esta obra que sólo parece aproximarse en ciertas modalidades de estilo a la de otro gran ruso, a Sergio Prokofiev. Shostakovich abandona pues la ruta de la tradición nacionalista para encaminarse hacia la música abstracta. No obstante que la *Séptima Sinfonía* es una obra circunstancial, no ha necesitado el autor, para realizarla, apelar a recursos extraños a los que le son habituales. Es más bien que su estilo personal encontró, en los acontecimientos de la invasión alemana, un tema propicio para ejercitarse en su máxima plenitud. No hay artificio ni violencia en este arte que ocasionalmente se pone al servicio de un doloroso suceso nacional.

Aunque uno quisiera substraerse a la sugestión del tema guerrero, ahí está el primer tiempo de la sinfonía para imponerlo con el obsesionante motivo marcial que poco a poco domina la orquesta hasta llegar a un climax estruendoso. Pero no son los rasgos descriptivos los que impresionan por su objetividad, sino el estado del espíritu ruso que se proyecta en todos los perfiles musicales de esta sinfonía. Musicalmente es austera en los temas y en el desarrollo de éstos, pero la fuerza de expresión es suplida por el empleo de una imponente masa orquestal. En el primer movimiento el tema militar, de una extrema sencillez, se repite sin variación en diversos instrumentos hasta que lo toma toda la orquesta, recordando el procedimiento de Ravel en el *Bolero*. La forma de aquel tema es angulosa y dura. El desarrollo que prefiere Shostakovich es zigzagueante, en contrastes agudos entre los tonos altos y bajos. Los temas suben bruscamente y luego se precipitan vertiginosamente como aviones en picada. Su paleta no tiene sino dos tonalidades, el blanco y el negro, este último como fondo musical,

atravesado en todas direcciones por líneas melódicas, a veces relampagueantes. Hay una tensión interna en esta música que parece contenida por una disciplina férrea, la cual sólo permite un muy reducido margen a la expansión de los sentimientos. Se siente en toda ella, una atmósfera de opresión impuesta por las necesidades guerreras. Ascética denominaría a esta música, pero de un ascetismo espartano, que endurece los sentimientos para fortalecer la voluntad. Su fuerza está en la tensión de voluntad, una voluntad, sombría que se yergue ante la muerte, pero que al final estalla con entusiasmo, con la esperanza de la victoria.

Si Shostakovich representa el espíritu de la Rusia soviética y así debe ser, puesto que su música pretende servir de inmediato a los trabajadores de su país, entonces esta sinfonía puede darnos una idea de las transformaciones profundas que ha sufrido el alma rusa. Lo que ya no encontramos en ella es la libertad en la expansión de los sentimientos, que permitía al compositor de otros tiempos, no únicamente recrearse en la variada gama de los motivos populares, sino también abandonarse al lujo de los recursos musicales de expresión y al atrevimiento de la técnica más refinada. Esto no quiere decir que Shostakovich haya vuelto simplemente a la sobriedad clásica, como a veces Prokofiev, que lo hace en la rotundidad de sus formas armónicas. Shostakovich se atiene también a las líneas del clasicismo musical, pero les imprime un desequilibrio, una distorsión que endurece aquellas formas y les da una expresión contundente o incisiva. En esto radica tal vez el sello de la personalidad de Shostakovich que no es por esto menos valiosa que la de sus ilustres antecesores. El preferir a éste o a los otros es una cuestión de gusto. Pero se advierte que Shostakovich es tan espontáneo como lo fueron Glinka o Mousorgsky, tan fiel como éstos a su temperamento y a las exigencias de su tiempo. Por esto hay que apreciar con la mayor comprensión y simpatía los ensayos de este nuevo compositor para encaminar la música de su país hacia nuevos rumbos.

Samuel RAMOS.

LA DANZA DEL MAIZ QUE GERMINA

TANTO se ha escrito y panegirizado en torno a David Herbert Lawrence que seguramente al cabo de algunos años será difícil reconocer su imagen auténtica y original, hace notar un fino crítico. Y es sabido que la celebridad del poeta inglés ha llegado a ser mayor justamente después de su muerte, es decir, a partir de los últimos doce años. En vida, dentro de su país, fué conocido y estimado grandemente por una escasa minoría atenta y sensible, sin que ello signifique que fuera de Inglaterra careciera de un selecto y adicto grupo de curiosos de las letras, quienes iban siguiendo paso a paso las obras que su portentoso lirismo entregaba. Ahora, la nombradía del poeta se ha extendido por todo el mundo, pero especialmente dentro de nosotros. Y ello quizás se deba un poco a un innegable renacimiento del gusto literario que en México apunta, y un mucho a la obstinada preocupación que el poeta mostró siempre por nuestro país. La extraordinaria novela *La Serpiente Emplumada,* el extraño cuento *La Mujer que se fué a caballo* y, principalmente, los relatos y ensayos agrupados en el tomo titulado *Mañanas de México,* constituyen los testimonios más patentes de esa su preocupación cuya raíz no era otra que la irreconciliable animadversión que Lawrence sentía por la civilización mecánica. El proyecto de fundar con los "happy few" —extraño repertorio de amigos suyos— una colonia de intelectuales y artistas, tenía la propia raíz: una nostalgia incontenible por lo primitivo y un deseo enorme de descubrir las potencias más elementales y primarias del hombre. En *La Vara de Aarón,* expresa el convencimiento de que los aztecas y pieles rojas poseían "el elemento vital" que empecinadamente buscaba —este elemento también solía verlo entre los habitantes indígenas de las islas de los mares del Sur y en otros grupos humanos que conservan pura su autoctonía—; creía que el ingrediente aborigen del hombre actual de México y de América era prediluviano, y que la conciencia de aquél estaba firmemente afianzada a la tierra como está afianzado el mineral o el vegetal, en constante y recíproco diálogo de fuerzas telúricas. Este apego a la tierra se manifiesta no sólo en la agricultura, sino en la cerámica y en su rudimentaria y arcaica arquitectura: el indio hace sus casas de tierra como si no se conformase con pisarla. Las casas de

adobe cautivan profundamente a Lawrence y le parece un mágico misterio que no se desmoronen. "El que estos pequeños montones cuadrados de lodo duren siglos y siglos, mientras el mármol griego se parte, y las catedrales se tambalean, es algo que asombra y maravilla".

*

Los años inmediatos a la conclusión de la guerra anterior vieron germinar una singular casta salida sobre todo de entre los intelectuales y artistas, los cuales tenían un *ethos* característico: en su concepción del mundo, teosofizaban; en estética y arte, sobrerrealizaban; añoraban paisajes bucólicos y mansos donde su espíritu reencontrara la tranquilidad perdida; abominaban de una técnica y de unos saberes científicos cuyo empleo pacífico y constructivo nunca acertaron a descubrir creyendo, con no escasa simpleza, que máquina y destrucción eran sinónimos. En suma, hacían teatrales aspavientos de sofocación y hastío por la catástrofe que acababa de pasar, en vez de hurgar afanosa y austeramente en el oscuro y desolado panorama que condenaban, para hallar así un eficaz remedio que les permitiera, a la postre, crear el clima espiritual que en otras latitudes buscaban. Y es que querían hallar en el espacio lo que estaba en el tiempo, porque de esta suerte era menos penosa la redención anhelada. (Cuando se haga una minuciosa disección de la anatomía de nuestro tiempo, acaso se podrá ver con máxima claridad, cómo los intelectuales se dividieron radicalmente en dos grupos por lo que hace a la idea de la salvación del hombre: los que la situaban en un *topos* determinado y al cual se llegaría como cualquier turista llega, y los que situaban esa salvación en un *cronos* más o menos próximo y al que debía llegarse ofreciendo todas sus energías y toda su capacidad creadora).

Uno de los más dignos especímenes de aquella casta que produjeron los años posteriores al de 1918, fué el excepcionalmente dotado David Herbert Lawrence. Es ampliamente conocido el meollo de su ideario: instintivismo, irracionalismo, sensualismo y vitalismo, bases éstas indispensables para ser un poeta de gran calibre, pero también para ser un tenebroso y frenético dictador. Esta lawrenciana manifestación antiintelectualista o, por mejor decir, antinoética, tenía en el novelista inglés sospechosas resonancias: reiteradamente invocaba Lawrence el genio de la raza el cual —decía— se hallaba incrustado en la sangre. La superstición hemática era parte indisoluble de su doctrina, hasta el punto de que consideraba la sangre y la carne de una raza como por-

tadoras de más sabiduría que su propia inteligencia razonadora. La analogía que implica este pensamiento lawrenciano con ciertos credos amenazantes, parece manifiesta; pero sería, empero, una inútil cuanto inoportuna divagación formular aquí la cuestión que muchos se han hecho —acerca de que Lawrence estaría con los totalitarios si ahora viviese.

*

Para nuestro gusto, la mejor obra del poeta alusiva a nuestro país es *Mornings of Mexico,* cuya diáfana y decorosa traducción española estuvo a cargo de Octavio Barreda, traductor feliz del poema de St. J. Perse, *Anabasis.* En lugar de MAÑANAS DE MÉXICO —en el libro no se habla de las mañanas de nuestro país—, el novelista inglés debió rubricar su libro así: LA DANZA DEL MAÍZ QUE GERMINA. De los ocho capítulos que integran el libro preferimos los titulados *Día de Mercado, La Danza del Maíz que Germina* y *La Danza Hopi de la Serpiente.* Entre éstos nos quedamos con el segundo que es más bien un precioso ensayo saturado de un hondo lirismo, pudiendo advertirse sin dificultades la notable intuición estética que Lawrence posee y que todos le admiramos; bien que esta intuición va, algunas veces, en detrimento de su intuición sociológica.

A la belleza plástica que la mayoría de las danzas mexicanas tienen de suyo, le agrega Lawrence todas las excelencias de su genio, hasta transfigurarlas en una extraña alucinación o en un remoto hechizo. Es de dudarse que alguna vez se haya intentado hacer una tan poética descripción de nuestras danzas, de algo que evidencia lo prometedor de las virtudes dormidas que anidan en el alma del indio americano.

Durante el desarrollo de la Danza del Maíz, poco a poco el espectáculo va impresionando al poeta en tal forma que "*no es posible tener de él una impresión total salvo la de una especie de bosque vibrátil, de una pequeña floresta en movimiento, con relampagueantes cabellos negros y pechos oscuros de oro rojizo que no destruyen del todo la ilusión de una selva*". Y cada vez que los danzantes se alínean, descubre el poeta "*una larga y hermosísima línea recta, flexible como la vida pero recta como la lluvia*". Le agrada ver dar a los indios el *fino y sutil compás de los pies desnudos, palpitantes como pájaros*" . . .

*

En *La Danza Hopi de la Serpiente,* repara Lawrence en la comunión casi metafísica que el indio y la serpiente practican con la

tierra, con sus fuerzas convulsivas e interiores. Le sorprende la cercanía en que viven ambos —el indio y la serpiente— no sólo con las energías telúricas sino con las corrientes cósmicas y todas las fuentes de la vida: impregnado de sol y de lluvia, va el indio cumpliendo un milenario destino.

Es este ensayo una de sus mejores interpretaciones poéticas del mundo mágico en que habita el indio americano.

*

En el capítulo *Día de Mercado*, capta una perspectiva bastante fiel de una acentuada faceta en el carácter del mexicano, sea indio, mestizo o español: su afán de regateo —esta manía incurable de regatear que el mexicano cultiva, sería buen tema para un ensayo—; con gran colorido está reflejado el periódico *tianguis* de nuestros pueblos y hay un pintoresco diálogo recogido magistralmente por el poeta, cuya transcripción acaso no sea imprudente hacer aquí:

—¿Cuánto por este manojo de heliotropos.

—Quince centavos, señorita.

—Diez.

—Quince.

Se dejan los heliotropos, y sigue uno su camino. Pero la indita está satisfecha. El duelo aunque de unos instantes la ha enervado.

—¿Tienes claveles?

—¿Rojos, señorita? Treinta centavos.

—No. No quiero rojos. Mezclados.

—Sí señorita. La mujer coge un puñado de claveles de todos colores y los ata cuidadosamente. ¡Mire, señorita, qué lindos! ¿Ponemos otros poquitos?

—No, así está bien. ¿Cuánto es?

—Lo mismo, señorita, treinta centavos.

—Es muy caro.

—No, señorita, no es caro. Sólo este ramo vale ocho. —Y enseña un ramillete más pequeño—. Vaya, que sean veinticinco.

—No. Te doy veintitrés.

—¡Mire, señorita! Coge dos o tres flores más y las une en el ramillete.—Dos reales así.

Lawrence ve en esto no el símbolo de una tacañería, sino un afán del indio por entrar en contacto con su prójimo, de hablar y departir

con él —como lo hace el mediterráneo en el ágora—, impulsado quizás por la aguda soledad en que su vida se desliza. No compartimos esta explicación, por razones que no pueden ser expuestas aquí.

*

En otros capítulos de MAÑANAS DE MÉXICO, Lawrence se muestra un tanto injusto al apreciar la vida interior del indio. No comprende el explicable mecanismo de resentimiento que posee una raza violentamente sojuzgada por despiadados conquistadores y cree que el indio es nativamente cruel. Por ejemplo, en el capítulo titulado *El Mozo*, habla de "*la mirada insolente y dura de la mayor parte de los indios, que dan la impresión de nunca haber nacido de madre*". Y se descubre que su optimismo respecto al indio no es absoluto, cuando dice: "*La mayor parte de las indias mexicanas parecen parir cuchillos de piedra. Observad a estos hijos de incomprensibles madres, con ojos negros de pedernal, y sus menudos y tiesos cuerpecillos semejantes a erectos y agudos puñales de obsidiana. Pero tened cuidado que no os vayan a destripar*". Y generaliza con gran ligereza cuando afirma que "*el indio no se perdona el sentirse libre y feliz*". Cree Lawrence, en suma, que la ingénita maldad —torpe creencia— del indio mexicano se debe a que "*las diosas y dioses aztecas son una partida de seres desagradables y odiosos; en sus mitos no hay nada de delicadeza, de gracia, de poesía; sólo un perpetuo gruñir, un gruñir interminable*".

Esas cualidades negativas que Lawrence le atribuye al indio, constituyen una flagrante contradicción —contradicción típica de poeta— con el repertorio de virtudes que a menudo le asigna a nuestra raza. El discreto crítico don Antonio Castro Leal, parece hallar una solución a la antinomia que apuntamos. "El mundo primitivo de México conserva algo de esa fuerza antiquísima y misteriosa que nada ha podido destruir, pero que no encuentra todavía una forma de integración que la redima de su oscuro destino. De aquí que cuando no duerme en la inercia como un pesado letargo de reptil, pueda ser mal empleada o desviarse a formas que la rebajan o la corrompen. El odio, un odio sordo y ciego, suele ser una manifestación de esa inadaptabilidad, de esa incapacidad actual de la integración en formas superiores, y la crueldad que a veces la acompaña, una crueldad sin perversión, no es más que un accidente de su desarrollo".

Es cierto, claro, que nuestra raza posee una energía que no ha encontrado aún su cauce de expresión creadora —que esa energía sea

antiquísima o no, es algo que nos parece subsidiario—; pero no es menos cierto que los raros brotes de crueldad que aparecen en el alma indígena se deben más a su condición de raza sometida y vejada que a incapacidad de integración o inadaptabilidad. No es posible adaptarse a un régimen de injusticia secular, ni se puede esperar la integración cultural del indio cuando todo ha estado —y está— confabulado para evitarlo. Una raza ofendida tiene que vivir a la defensiva; por eso, el indio no es cruel ni ofende: se defiende. A este vivir a la defensiva le llama Lawrence crueldad y con ello prueba el poeta nada más una cosa: que carece de intuición sociológica. Porque si al indio se le devuelve la fe en la justicia, él nos devolverá su fertilidad y enriquecerá al mundo con el mensaje de su voz inédita.

José E. ITURRIAGA.